

# Eugenio Fuentes

## EL INTERIOR DEL BOSQUE

*colección andanzas*



Lectulandia

Yo por bien tengo que cosas tan señaladas, y por ventura nunca oídas ni vistas, vengan a noticia de muchos y no se entierren en la sepultura del olvido, pues podría ser que alguno que las lea halle algo que le agrade, y a los que no ahondaren tanto los deleite.

Y a este propósito dice Plinio que no hay libro, por malo que sea, que no tenga alguna cosa buena; mayormente que los gustos no son todos unos, mas lo que uno no come, otro se pierde por ello.

**Lectulandia**

Eugenio Fuentes

# **El interior del bosque**

**Ricardo Cupido 2**

ePub r1.0

Mangeloso 20.12.13

Título original: *El interior del bosque*  
Eugenio Fuentes, 1999  
Diseño/Retoque de portada: Mangeloso

Editor digital: Mangeloso  
ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*PREMIO ALBA / PRENSA CANARIA 1999*

El jurado del IX Premio de Novela Alba / Prensa Canaria (septiembre, 1999) ha estado compuesto por José Manuel Caballero Bonald, Clara Sánchez, Miguel Munárriz, Antonio Iturbe y Menchu Solís por Alba Editorial.

*Problema hay siempre y luego de matar sigue*

*J. C. ONETTI*

# Capítulo 1

Supo que había sentido miedo cuando miró hacia atrás sin que ninguna causa lo justificara. Ninguna sombra, ningún ruido, ningún olor turbaba la placidez de su paseo, pero algo que no sabía definir la había asustado y le había hecho volver la cabeza. Solos por el bosque, un lobo acecha siempre en el horizonte, pensó, sorprendida de su propio recelo. Era la primera vez que aquello le ocurría en sus caminatas por El Paternóster. Conocía bien esa zona de la Reserva y aunque había sufrido en ella pequeños incidentes —un fuego que a punto estuvo de escapárseles de las manos a ella y a Marcos un día de viento, una herida en la pierna producida por una caída, el descubrimiento de un ciervo ahorcado y de un perro que le lamía el semen—, todos habían sido fruto de la casualidad, la imprudencia o la brutalidad de las costumbres, nunca de una voluntad ajena y decidida a hacer daño. De modo que detuvo sus pasos, respiró hondo durante medio minuto, escuchó el profundo silencio que acuchillaba el bosque y habló en voz alta por primera vez desde que una hora y media antes saliera caminando del hotel:

—No hay nada, no hay nadie. No hay nada que temer.

Su voz le sonó poco convincente. Advirtió sorprendida que su corazón comenzaba a latir más deprisa y que la palabra miedo se instalaba en su cabeza, como un inquilino indeseable al que no lograba desalojar. Recordó lo que tres semanas antes había escrito en su diario: «Pero el miedo no es un sentimiento inocente», y supo que en la soledad del bosque no le iba a ser fácil expulsarlo.

Había iniciado la marcha después del desayuno, con el tiempo programado para subir hasta las cornisas de las pinturas rupestres en el Yunque, tomar allí la comida fría que le habían preparado en el hotel y que llevaba en la pequeña mochila y estudiar los últimos detalles que aún necesitaba para completar sus cuadros. Antes de regresar tendría tiempo todavía para pensar en su relación con Marcos, serenamente, ante aquel horizonte irrepetible donde se podía creer que no existen los ríos contaminados ni hay humo negro en el cielo ni basuras ensuciando los campos. Se había calzado las cómodas botas de goretex, se había vestido el pantalón de loneta, una camisa clara de corte masculino y una gorra, y había comenzado a caminar. Todo estaba tan bien como otras veces, así que no podía ahora dejarse influir por aquel absurdo temor. Sabía que en medio del bosque y en completa soledad puede aparecer el miedo, pero ella era una chica fuerte, se dijo, independiente, que vivía sola en Madrid desde la muerte de su padre y abría la puerta sin preguntar antes quién era, que había demostrado ser inmune a esa pusilanimidad de dobles cerrojos y temor a las sombras, de miradas de desconfianza y de derrota que solían tener muchas de las mujeres que viven solas y tristes y piensan que el timbre de la puerta sólo suena para anunciar amenazas. Llevaba más de noventa minutos de marcha y podría regresar sin

arrepentirse demasiado, pero de algún modo adivinaba que si ahora retrocedía hacia el hotel ya nunca más iba a atreverse a salir sola a caminar, porque sabía de la maldad con que a menudo actúa la memoria. Se ajustó sobre los hombros los tirantes de la pequeña mochila, bebió un poco de agua de la cantimplora y reemprendió la marcha con paso decidido.

Cinco minutos más tarde, el camino, hasta entonces una pista forestal por la que podían circular vehículos, desembocó en un claro. A partir de allí se bifurcaba en dos vías. La de la izquierda, más ancha, bajaba hacia el pantano. Sin detenerse tomó la de la derecha, que ascendía a las cuevas con las pinturas. Al salir del claro y reanudar el paso por el sendero estrecho y empinado volvió a notar en la nuca la sensación de silencio, como si alguien la estuviera observando desde muy cerca para confirmar que tomaba el camino que desde un tiempo antes, desde que salió del hotel, había previsto. De nuevo volvió a dudar si debía regresar y de nuevo apretó el paso hacia arriba, aun sabiendo que a partir de allí ya era muy improbable que pudiera ver o cruzarse con alguien, que muy poca gente y en contadas ocasiones tomaba aquella vereda difícil y solitaria, porque preferían merodear por las navas y colinas para contemplar la abundante caza mayor de la Reserva que pacía por las cercanías del pantano y se dejaba fotografiar desde lejos, casi doméstica, sin asustarse demasiado. Una gota de sudor le bajó por la frente y se deslizó entre sus cejas buscando la nariz. Se la limpió con la manga y, sin saber por qué, quizá para observar la posición del sol, miró hacia el cielo. Bajo el limpio azul de la mañana dos milanos planeaban muy altos en el aire, lentos y satisfechos, digiriendo la caza de ratones o serpientes o carroña que ya habrían hecho al amanecer. Siempre la había sorprendido y admirado la riqueza y variedad de aves —el milano con cola de pez y falsa indolencia, el águila tripona y mayestática, el pulcro alimoche con una servilleta blanca al cuello, la esquiva cigüeña negra con el pico lleno de ranas, el buitre que hace de cada carroña un festín lujurioso e higiénico, el halcón de hierro que siempre ataca el cráneo de sus víctimas, el veloz y elegante vencejo, la urraca insolente, el azor silencioso cortando el tul del cielo con la afilada tijera de sus alas, la oropéndola que agita una campanilla en su garganta, la perdiz que mueve sus alas a chasquidos, como si al volar se le rompieran los huesos...— que allí encontraba, mucho más que la flora o los animales de tierra. Siempre las había considerado la mejor prueba de que aquella comarca era la que se conservaba más pura, más limpia a pesar de todo, menos contaminada. A las aves nadie las podía acotar en el cielo y si permanecían en El Paternóster era porque todavía tenían un hábitat que en casi todos los demás lugares había desaparecido. Se podía crear artificialmente una reserva para los jabalíes o los ciervos cerrando un espacio con alambre, pero nadie podía acotar el aire para que allí vivieran y se reprodujeran las rapaces. Era una suerte, pensó, que todavía no fuera tan conocida que se llenara cada domingo de excursionistas, aunque en aquel momento seguía



sintiendo miedo y le hubiera gustado oír unas voces cerca, gritos de niños, risas, incluso el borboteo de una radio transmitiendo un partido de fútbol. Había oído decir que la Reserva estaba a punto de ser declarada parque natural o algo parecido, y se preguntó si entre las futuras ventajas se mantendría aquel privilegio de caminar por los senderos, sola y libre, sin excesivas trabas ni rutas impuestas. Oyó un pequeño ruido a sus espaldas y sintió cómo se intensificaba su temor. Le pareció como el chasquido de una ramita seca al romperse, pero se repitió que tampoco aquello era un motivo para creer en el peligro. Al contrario, el bosque se volvía amenazador cuando lo envolvía un silencio total, no cuando se llenaba de sonidos. Tenía de nuevo seca la garganta y se detuvo para beber otro trago de la cantimplora anatómica que llevaba colgada al cinturón, adaptada a la forma de la cadera. Notó el agua aún fresca y agradable deslizándose por su garganta, arrastrando las partículas de polvo tragadas en la caminata. De los prodigios del bosque aquél era sin duda el mejor: la sensibilización de todos los sentidos aletargados en la ciudad, la consciencia de todas las partes de su cuerpo, aun las más íntimas o pequeñas. Mientras cerraba la cantimplora recordó que en ningún otro sitio había gozado tanto haciendo el amor como en mitad del bosque, sobre la hierba o en la tienda plantada junto a cualquier escondido brazo del pantano donde se bañaba desnuda al terminar, cada poro erguido como un volcán sintiendo el contraste del agua fresca. Se acordó de él, de su negativa a acompañarla aquel fin de semana para hablar ellos dos solos de todo lo que no funcionaba, sin hacerse reproches, sin pedir consuelo. Agachó la cabeza para colgar la cantimplora en el cinturón y al levantarla vio la figura surgida del horror que se abalanzaba hacia ella con un cuchillo en la mano, una de esas oscuras navajas de pastores que siempre parecen recién afiladas sobre una piedra de granito y que al cabo del tiempo pierden la línea recta de su filo para ahondarse allí donde han tenido más uso, adquiriendo así una terrible eficacia para hacer daño. Dio un grito e intentó defenderse levantando los antebrazos. El dolor en la muñeca le llegó a su cabeza una décima de segundo antes que el dolor en el pecho izquierdo, donde sintió con nitidez cómo se clavaba el acero rasgando la carne tierna y esponjosa. Un escalofrío de angustia y de dentera le hizo estremecerse. La navaja salió de su pecho para tomar empuje y buscar la base del cuello. Oyó el roce del metal contra los tendones y cartílagos de la tráquea y notó cómo unos hilos se le cortaban dentro, al tiempo que su segundo grito quedaba convertido en un gorgoteo animal. La sorprendió el calor que la inundaba, humedeciendo la piel de su pecho y abrasando su garganta como si hubiera tomado algo muy caliente y viscoso, muy distinto del agua que había bebido un minuto antes, y que le provocó unos deseos irresistibles de vomitar. Entonces supo que iba a morir y que lo había sabido desde que abandonó el claro y tomó el sendero hacia las cuevas. Estiró los brazos hacia su verdugo y agarró su ropa con sus últimas fuerzas, aunque de aquel modo dejaba definitivamente al descubierto su pecho para

nuevas heridas del cuchillo. Le hizo daño el pinchazo del alfiler en el dedo corazón de la mano y, sin saber por qué, lo apretó aún más, como si aquel dolor pequeño y tan definido pudiera hacerle olvidar el dolor de la garganta. Sintió que caía hacia atrás y que se iba hundiendo en un río escarlata y luego ya no sintió nada.

Había oído un disparo aquella mañana y desde que vivía en el bosque sabía que los disparos eran sinónimo de sangre. Desde su madriguera había escuchado también el grito de una mujer y, un poco más tarde, alejándose, el ruido entrecortado de aquella máquina en la que se subían los humanos. Luego se quedó quieta, comprobando el silencio, la ausencia de toda vibración en la superficie de la tierra. Durante varias horas permaneció inmóvil en su oscuridad, resistiendo el hambre que le producía saber que no muy lejos de allí había carne.

La rata asomó por la hura el hocico negro, espiando el paisaje solitario que contemplaban sus pupilas diminutas.

Todo seguía en su sitio, los árboles y el sol, los insectos y el polvo. Avanzó un paso hacia fuera y levantó la cabeza. Hasta su nariz llegó el levísimo y perfumado olor a sangre con el que había estado soñando desde que oyó los disparos. Sin embargo, todavía no se decidió a avanzar. Un eco de voces humanas que debían de estar más abajo, en el claro del bosque, le llegaba con nitidez, pero desde aquella distancia no la inquietaban demasiado. Al hombre le temía por las máquinas de matar que utilizaba, no por su presencia. Desarmado, era el depredador más torpe de todos los depredadores, con una vista de topo, un olfato muy corto y una ridícula lentitud en sus movimientos. Recordó un perro de la ciudad donde había vivido: siempre era más rápido que sus congéneres, a las que desnucaba de un golpe seco contra el suelo. Luego, ni siquiera se las comía. Mientras los hombres del claro no la descubrieran no tendría por qué preocuparse.

Volvió a observar alrededor y luego miró al cielo. Sabía que allí estaban sus principales enemigos, el buitre puntual con los cadáveres y las rapaces siempre hambrientas. Sin embargo, nada volaba arriba. Con un impulso decidido salió de la madriguera y se deslizó hasta el tronco de un pino. No podía esperar a la noche. Como ella, una legión de depredadores nocturnos habrían escuchado el disparo y olido la sangre y estarían en sus refugios esperando la llegada de la oscuridad para abalanzarse sobre los restos de la presa o sobre los animales más pequeños que acudirían a su reclamo.

Una ráfaga de brisa le trajo más intenso el olor. Ahora venía mezclado con un aroma a mil flores que ya había olfateado en algunas de las ropas y en restos que abandonaban los humanos en su paso por el bosque. Volvió a mirar hacia el cielo antes de llegar con una rápida carrera hasta las cercanías de la comida. Se agazapó entre unas jaras y observó. Allí estaba el cuerpo, inmenso y tierno, suficiente para

alimentarla durante todo un año si no fuera porque los cadáveres de los humanos se descomponían con excesiva rapidez, exhalando un tufo que ni ellas mismas eran capaces de soportar. Ninguna palpitación delataba la vida, no podía ser una trampa. Las moscas, las mejores emisarias de la muerte, ya estaban procreando sobre sus labios. Ante la visión de la comida y el intenso olor a sangre, el hambre se le hizo insoportable. Confiada, avanzó hasta el cuerpo y dio una vuelta a su alrededor, estremecida de gula y de placer, como un mendigo invitado a comer a palacio que ante la visión de tantos manjares no supiera por dónde comenzar.

Se alzó sobre sus patas traseras y apoyó las manos sobre la frente del cadáver, hasta que los pelos del bigote rozaron las pupilas frías y dilatadas por el espanto, pero se retiró enseguida, asustada por la insoportable fijeza de los ojos abiertos tan cerca de los suyos. Sobre la piel quedó la huella de tierra de sus tres diminutos dedos.

Agazapada junto al cuello volvió a espiar alrededor, temerosa de la llegada de rivales más fuertes. Segura entonces de que aquel botín no tenía que compartirlo aún con nadie, corrió hasta los pies, que habían quedado ligeramente abiertos. Se detuvo en la suela y despreció el olor a lagartijas que desprendía. Trepó a una de las botas, contemplando desde allí la perspectiva del cuerpo inmenso que tenía para ella sola. Si pudiera, lo arrastraría hasta esconderlo en su madriguera. Durante un segundo envidió a las hormigas, no por su fuerza, sino por su tenaz y organizada colaboración en grupo para llenar sus despensas. Pero aquél era un atributo de su raza, la feroz lucha entre ellas para arrebatarse el territorio y la comida. De un brinco saltó hasta las rodillas y avanzó lentamente sintiendo bajo sus patas los muslos tersos y carnosos que ya hubiera mordido si no se lo impidiera la fuerte tela de loneta. Un olor a orina tiró de ella hacia arriba. Avanzó unos pasos y olisqueó la entrepierna, donde una mancha oscura le acentuó la salivación. Aquél era el olor de su anterior casa en la ciudad antes de ser expulsada por la ferocidad del perro y por las máquinas de acero. Lamió la humedad del pantalón y rozó la panza contra él, borracha de placer. Luego continuó su recorrido. Llegó hasta el pecho, empapó su hocico en la sangre de la primera herida y levantó la cabeza saboreándola. Era menos densa que la de los ciervos, más dulce. Iba a comenzar su festín cuando vio el cuchillo clavado en el cuello, un poco más arriba. Ciega de deseo, sin mirar nada más, sin atender otra llamada que la desordenada voz de su barriga, hundió los dientes afilados en la carne desgarrada junto al acero y mordió un pequeño trozo. Nunca había comido una carne tan suave, tan tierna. Tragó sin masticar y volvió a desgarrar como un carnívoro, apoyándose en las ensangrentadas patas delanteras para arrancar mejor su comida. Todo aquello era suyo, su descubrimiento y su propiedad. Sintió un odio de glotón contra las moscas que se posaban en las heridas para robarle su minúscula ración de alimento. Entonces escuchó los pasos que venían hacia allí y, sin dejar de masticar, se irguió sobre las patas posteriores. Desde que salió de la madriguera había oído sus

voces, lejanas, pero ahora uno de ellos se estaba acercando. Vio la figura inmensa y enemiga que dudaba en su trayectoria y se detenía con la cabeza agachada, seguramente también buscando algo con que alimentarse. Pero luego miró al frente y continuó avanzando. Ya no había duda: venía hacia ella y la obligaría a huir abandonando su festín. Siempre era lo mismo. Como la lucha por el alimento, aquél era el permanente destino de su raza: tocar el paraíso para ser inmediatamente expulsadas de él; querer ser como las águilas y vivir como los topos. Mordió con avidez dos pedazos y llenó con ellos las bolsas interiores de sus mejillas. Luego, con los carrillos hinchados, dio un brinco y corrió a esconderse de nuevo bajo la tierra.

El grupo de muchachos de doce a catorce años llegó al claro con las bicicletas de montaña. Allí se detuvieron, las dejaron tiradas en la tierra sedienta tras cuatro años de sequía y entre risas y exclamaciones buscaron la sombra de los pinos para comer los bocadillos que traían en sus pequeñas mochilas multicolores. Estaba muy avanzado octubre y quedaban pocas tardes largas para hacer una excursión así por el monte. Comieron entre bromas y bebieron —disimulando el desagrado— un vino duro como madera que uno de ellos había sustraído de su casa. Al terminar la merienda alguien sacó un paquete de cigarrillos y algunos fumaron reteniendo la tos en la garganta. Durante unos minutos discutieron sobre la posibilidad de reemprender enseguida la marcha para intentar llegar a las cuevas o esperar un tiempo para digerir la comida. Y como en igualdad de condiciones es más fácil que triunfe la pereza, los más diligentes aceptaron media hora de descanso para dedicarla a esas diversiones de la infancia donde tan a menudo se mezcla y confunde la crueldad con el juego. Sacaron un tubo de pegamento que llevaban para arreglar los pinchazos y tres de ellos fueron a buscar dos palos que terminaran en horquilla. Otros limpiaron de hierbas y piedras un círculo de medio metro de radio que rodearon con pasto y palitos secos.

Sólo entonces se dispersaron alrededor para buscar los escorpiones bajo las piedras. Era una hora temprana de la tarde, un buen momento para descubrirlos, pero también el más arriesgado en el caso de que alguien sufriera una picadura, porque con el calor aumentaba la virulencia del veneno. Poco después trajeron los dos primeros alacranes metidos en dos jarros de cristal vaciados en la comida y los arrojaron dentro del círculo. Los escorpiones, más asustados que enfurecidos, iniciaron una carrera loca para salir de la pista, limpia de piedras y de hierbas, donde les era imposible encontrar una sombra o un refugio frente a aquellas inmensas figuras que los miraban desde lo alto. Sus intentos de huir eran infructuosos, porque con los palos ahorquillados los devolvían una y otra vez al centro del círculo. Además, uno de los muchachos prendió fuego —a pesar de la expresa prohibición de las señales— a la pequeña barrera de pasto y ramitas secas que habían hecho alrededor. Asustados por

el humo, los animales se quedaron quietos, en actitud engañosamente sumisa. Bajo su inmovilidad era fácil adivinar que todo su sistema de vísceras y glándulas estaba frenéticamente trabajando para estimular y producir mayores dosis de veneno.

Era el momento de comenzar el juego. Los dos chicos que tenían los palos inmovilizaron a los escorpiones contra el suelo sujetándolos con las horquillas. Un tercero destapó el tubo de pegamento y con todo cuidado —pero con una precisión y un pulso que indicaban que no era la primera vez que lo hacía— les puso en el aguijón afilado y curvo una gota de cola que no tardó en solidificarse. Levantaron los palos y los dejaron libres. Los animales permanecieron en aquella quietud de araña, calculando qué estrategia era necesaria, todavía asustados por los movimientos de aquellas figuras gigantes y por el olor a quemado que salía de la barrera del círculo, pero sin duda confiando en el poder de su veneno y en la inquebrantable decisión de su carácter. El muchacho que había usado el pegamento acercó entonces la mano hacia ellos. Los dos escorpiones se pusieron en formación de defensa, aguijón junto a aguijón, para cubrirse las espaldas contra un enemigo inmenso y sustentado por huesos y tendones mil veces más poderosos que su frágil caparazón. Cuando el dedo llegó junto a ellos levantaron el vientre del suelo y lanzaron contra él los agujones, que, como esos peculiares garrotes de algunos pastores que terminan en una pesada bola, no podían herir como aguja y sólo golpear como un diminuto puño. Golpearon varias veces contra el dedo, entre las risas nerviosas que venían de lo alto, antes de detenerse a descansar, desconcertados por la dura protuberancia que estorbaba en su telson. Otros muchachos se atrevieron entonces a excitarlos con el dedo, a jalearlos, a desafiarlos hasta que estuvieron exhaustos, uno junto a otro, conscientes ya de la burla a la que habían sido sometidos. Dos chicos los cogieron en la palma de la mano, los acercaron a su rostro y luego los dejaron caer contra la tierra para reventarlos de un pisotón. No satisfechos todavía con el juego, como si se hubieran enfrentado a dos adversarios poco fieros, fueron a buscar bajo las piedras a otra pareja. Se dispersaron alrededor del claro y dos minutos más tarde resonó el grito de uno de ellos y la carrera precipitada hacia el refugio contra el miedo que siempre otorga el grupo. Los demás pensaron que le habrían picado al introducir la mano bajo una piedra, pero al llegar junto a ellos dijo:

—Hay una mujer muerta.

Estaba tan pálido que todos supieron que no era una broma.

Luego, llevándose una mano a su cuello, explicó:

—Tiene un cuchillo clavado en la garganta.

Hacía algún tiempo que el sol se había hundido tras la cresta del Yunque y la ausencia de luz obligaba a encender los grupos electrógenos. De vez en cuando estallaban los flashes de las cámaras fotográficas inmovilizando un cuadro abigarrado

e irreal para las pupilas de los pájaros desvelados en mitad de la noche. Una docena de hombres, casi todos con uniforme de la Guardia Civil, avisados tres horas antes por los muchachos que habían encontrado el cuerpo, se movían entre los árboles observando cada detalle, cada hierba seca pisoteada, cada rama rota, cada piedra removida.

Un hombre con uniforme de sargento se acercó a otro más alto y más joven, vestido de paisano, que hablaba con el juez y el médico forense que habían subido a levantar el cadáver.

—Lo hemos mirado todo alrededor tres veces, mi teniente. Con esta luz no podemos hacer mucho más.

El hombre vestido de paisano miró hacia el juez esperando su aprobación. Asintió con la cabeza y sólo entonces el sargento permitió que se acercaran los dos camilleros vestidos de blanco. La ambulancia había quedado más abajo, en la bifurcación de donde partía la vereda. Levantaron con cuidado el cuerpo y lo colocaron sobre la camilla de lona. Los tubos redondos de aluminio brillaron reflejando las luces de los focos.

—Es como si alguien hubiera esperado este momento para hacerlo. Hasta el fin de semana anterior daba vueltas por el cielo el helicóptero del SEPEI —dijo el teniente observando el rostro lívido, el cuchillo de mango de madera clavado en la carne que nadie podía tocar hasta que lo examinaran los expertos que vendrían de Madrid, las pequeñas huellas de tierra y de sangre que la rata en su itinerario había ido dejando en la frente y en la camisa clara.

Los camilleros se apresuraron a cubrirlo con una tela. Hasta ellos mismos, acostumbrados a recoger cadáveres destrozados en las carreteras, parecían aturridos por la violencia seca y aterradora de aquella muerte.

—Esperen —dijo el juez inclinándose sobre la camilla—. Creo que ya podemos abrirle la mano.

Habían transcurrido más de doce horas y el rigor mortis había actuado sobre los miembros, sobre las falanges de los dedos, endurecidas y apretadas en el puño cerrado. Los nudillos, un poco más blancos que el resto de la piel, indicaban que había algo entre los dedos.

—Una pista, sólo una pista, cualquier cosa —susurró el teniente, como si hablara consigo mismo.

Con esfuerzo, el médico forense fue abriéndolos uno a uno, comenzando por el meñique. Al llegar al corazón vieron clavado en la yema el pequeño objeto metálico que brillaba a la luz de los focos y de las linternas dirigidas hacia él. Era un pin. El sargento lo cogió con una pinza y lo mostró al juez y al teniente antes de guardarlo en una pequeña bolsa de plástico. Tenía forma circular, delimitada por una señal roja de prohibido. Dentro de ella se veía la palabra MURUROA bajo el dibujo del pequeño

atolón del Pacífico, sobre el que se levantaba una gran seta radiactiva. El pin representaba una protesta contra las pruebas de explosiones atómicas realizadas unos meses antes por los franceses.

El teniente se inclinó sobre el cadáver y observó los dos lados de la camisa ensangrentada buscando la chincheta o la huella que hubiera dejado en el tejido, aunque intuía que no iba a encontrar nada.

—Creo que ya tenemos algo —dijo.

—Sí —contestó el sargento, escéptico y viejo—. Algo.

A una señal del médico los dos auxiliares levantaron la camilla y recorrieron la vereda hasta el claro donde esperaba la ambulancia. Todavía el fotógrafo disparó algunas tomas sobre el lugar donde había estado, sobre las hierbas secas y las ramas aplastadas por el cuerpo cuya silueta quedó marcada con una fina línea de cal blanca.

—Creo que podemos irnos —dijo el teniente—. Que se queden aquí tres hombres. Mañana por la mañana, con la luz del día, habrá que revisarlo todo de nuevo. A fondo. Habrá que traer el detector de metales y pasarlo por los alrededores.

Se dirigieron hacia abajo, hacia el todoterreno. La ambulancia había partido. Sacó de la guantera la documentación de la víctima que ya había ordenado recoger en el hotel en el que se había alojado la noche anterior, el Europa. Desde la pequeña fotografía del DNI una chica sonriente y atractiva, con el pelo claro caído en mechones sobre la frente, lo miraba directamente a los ojos. Leyó otra vez su nombre, Gloria García Carvajal, y la fecha y el lugar de expedición. Pensó con alivio que esta vez no tendría que elegir las palabras para comunicar la desgracia a los padres cuyos nombres aparecían en el reverso, junto al domicilio de Madrid. Esta vez serían sus engreídos colegas de la capital quienes tendrían que quitarse la gorra, agachar la cabeza y componer el gesto de condolencia. No dejó que el sargento condujera. El mismo se puso al volante y comenzaron a bajar por el camino de tierra.

## Capítulo 2

Cupido se había anticipado quince minutos a la hora acordada para la cita y lo vio venir caminando hacia la Fuente de Chico Cabrera, el punto de partida de casi todas las excursiones al monte, fuera porque allí confluían varios senderos que partían de distintos barrios de Breda, fuera porque casi todos acudían a llenar las cantimploras con su agua limpia y fina, con fama de calmar los dolores musculares y curar más de una enfermedad. Le extrañó que recorriera caminando los dos kilómetros largos que había desde la ciudad —que se veía al sur, en una cota más baja, rodeada de encinas y olivos y extendiéndose de forma radial siguiendo los ejes de las carreteras, de modo que ya se hacía difícil distinguir su antigua y original forma de paloma que el tiempo hubiera aplastado contra el suelo—, porque ésa le parecía una costumbre perdida y todos los hombres que conocía se hubieran desplazado en coche, incluso en un recorrido dos veces más corto. La costumbre y el placer de caminar, pensó, los estaban recuperando los grupos de excursionistas que los fines de semana llegaban desde las grandes ciudades atraídos por la variedad del paisaje y la riqueza de la fauna, o para practicar un deporte muy viejo bautizado ahora con una palabra muy nueva: senderismo.

El lugar de la cita lo había elegido el hombre que se acercaba caminando, apenas ya a cincuenta metros. Era novio de la muchacha asesinada tres días antes y había dejado en su contestador el recado de que quería contratarlo para algo relacionado con su muerte. Desde aquella distancia podía ver que era joven, alto y fuerte, del mismo tipo de quienes practicaban las largas caminatas por el monte, una nueva generación de viajeros y turistas que habían recuperado tras dos mil años el antiguo consejo de Julio César de hacer marchas prolongadas, que intentaban rescatar del olvido los nombres de árboles y arbustos que no conocía nadie menor de cuarenta años y que estaban aprendiendo a no llamar encina a cualquier clase de *quercus*. Nada tenían que ver con las ruidosas familias que desde las grandes ciudades salían a ensuciar el campo los domingos, comandadas por un jefe déspota y fumador, poco deportista, pero muy aficionado a imponer a todos a su alrededor la histérica tensión de los comentaristas de fútbol. Aquella nueva gente acostumbrada a caminar, a llevar una vida sana, podría competir en fuerza física y en habilidad —dos terrenos que hasta hacía poco parecían patrimonio preferente de la población rural— con el mozo más fornido de la villa, entrenado en los brutales trabajos del campo, sin que nadie pudiera apostar por un ganador seguro. Cupido los había visto venir de otra manera, con un mayor respeto por el entorno, limpios y corteses, casi todos tan altos como él, sin caer en la tentación de exhibir la supuesta superioridad de unos modos de vida y habla urbanos sobre las deficiencias de la vida rural. Pero tampoco mitificaban la bondad del aire y de los productos campesinos, la otra manera de esconder un mismo



desprecio. Llegaban provistos de un buen equipo, con un calzado caro y adaptado al terreno y al tiempo, con unas ropas que aunaban la liviandad con la mayor eficacia para aislar el cuerpo del agua y del frío. Desde el principio los había mirado con simpatía, aunque un poco lejanamente, como un mundo atractivo que había conocido demasiado tarde y al que él ya no pertenecería nunca.

El hombre llegó hasta el detective, levantando de la tierra atormentada por la larga sequía un poco de polvo con cada uno de sus largos pasos. Visto más cerca, detenido junto a la fuente, con el sol dándole de lleno en la cara recién afeitada, marcándole unas finas arrugas junto a los ojos y la boca, no era tan joven como parecía andando. Tendría unos treinta años, pero daba la impresión de que podría seguir aparentándolos sin excesivo esfuerzo durante diez más.

Estaba tan acostumbrado a que sus clientes fueran personas generalmente maduras, entre los cuarenta y los sesenta, inseguros o balbuceantes, con una evidente debilidad o cobardía para resolver sus problemas e infortunios, que le sorprendió un poco que fuera un hombre tan enérgico y joven quien venía a contratarlo.

—¿Ricardo Cupido?

—Sí.

—Marcos Anglada —dijo tendiéndole la mano—. No sé si es el mejor lugar para hablar, pero quería ver el sitio donde ocurrió.

—Sí, es el mejor lugar —afirmó el detective. También él prefería que la cita fuese allí. No le gustaba utilizar su apartamento como oficina. Sabía que al posible cliente le daba una impresión de provisionalidad, el local de un aficionado. No tenía dentro nada de lo que podría imaginarse: ni un ventilador de grandes aspas girando lentamente en el techo, ni un sólido archivador metálico que pudiera cerrarse con llave, ni una exuberante secretaria de uñas pintadas y con mucho tiempo libre. Desde que, tres días antes, había dejado de fumar, ni siquiera olía a tabaco. Y aunque sabía bien que nada de aquello era necesario, la imaginería detectivesca estaba tan profundamente arraigada en la mente de quienes iban a contratarlo que siempre advertía en ellos una primera mirada de extrañeza y decepción al no encontrar ninguno de los símbolos que esperaban.

Cupido miró hacia el noroeste, hacia las cornisas azules del Volcán y del Yunque donde estaban las cuevas con las pinturas, hacia los parajes donde habían matado a la muchacha.

—¿Conocía este lugar? —le preguntó.

—Sí, vine un par de veces con ella. Hicimos un recorrido largo. Aquí, en esta fuente, nos detuvimos y, tal como nos habían aconsejado, llenamos las cantimploras —contestó señalando el caño metálico y negro por donde había sido canalizada el agua que luego caía en un hondo pilón de granito.

—¿Qué ruta tomaron?

—Fuimos por un sendero que ella ya conocía y que subía hasta unas cuevas con pinturas rupestres.

El detective asintió con la cabeza recordando el camino que él también había hecho muchas veces, muchos años atrás.

—¿Fue en ese mismo trayecto? —preguntó Anglada mirando hacia arriba.

—Sí, en ese mismo trayecto.

Se agachó hacia el oscuro surtidor de la fuente y metió la mano bajo el chorro de agua fría y perfumada.

—Creo que usted es el hombre adecuado para este trabajo —dijo sin mirarlo, pero sin ningún titubeo—. Es de aquí y conoce la zona y a sus habitantes.

—¿Qué trabajo exactamente?

—Quién la mató. Quiero que lo encuentre y quiero saber por qué lo hizo. Quiero saber su nombre antes de que lo sepa la policía —dijo en voz baja, fría, tranquila y decidida, la voz de un hombre, pensó el detective, acostumbrado a mandar, a elegir el orden de los acontecimientos y a las personas que los ejecutarían. Sólo el deseo de una venganza personal que no confía ni delega en los mecanismos de la ley podría enfriar tanto aquella voz. Parecía armado de toda la paciencia necesaria para no desistir, aunque tardara en llegar el momento de la represalia. Aun así, le resultó extraña la naturaleza del encargo.

—A los detectives nos suelen contratar para encontrar a los desaparecidos, o para cosas más triviales, no para descubrir al autor de un crimen. Ésa es labor de la policía.

Anglada desvió la mirada del agua y lo observó con curiosidad.

—Tiene razón. A este país lo seducen los desaparecidos, y tanto más si son mujeres jóvenes. Encontrarlas nos hace sentirnos héroes. En cambio, descubrir al autor de un asesinato nos hace sentirnos jueces, y ése es un oficio que nadie quiere. Un escalofrío nos recorre la espalda cada vez que oímos hablar de la Ley del Jurado y pensamos que nos puede tocar a nosotros. Soy abogado —concluyó—. Quizá por eso perdí la confianza en la policía.

—Si ellos no lo encuentran no va a ser fácil que lo haga yo.

—Le pagaré bien por intentarlo. Dígame sus tarifas —insistió, amistoso y terco, con esa seguridad que distingue al hombre que manda del hombre que obedece.

—Treinta mil al día, con todos los gastos incluidos. Más una cantidad fija si llego al final, independientemente del tiempo que haya estado trabajando.

—De acuerdo. Treinta mil al día. Le daré un millón más si lo encuentra —aceptó con precipitación, como si tuviera prisa por desembarazarse de aquel asunto y dedicarse a lo que de verdad importaba.

Cupido asintió con la cabeza. Todavía no se había acostumbrado a hablar de dinero en su trabajo. Le seguía pareciendo un trámite frío y desagradable tener que pactar un precio con alguien que tiene problemas mucho más urgentes. No lograba

desprenderse de una ambigua sensación de chantaje. Pero también sabía que si no acordaba de antemano las tarifas, su cliente se sentiría más inquieto e incómodo que él.

—¿Sabe el lugar exacto donde ocurrió? —preguntó Anglada.

—Sí —dijo. Había subido el día anterior, después de oír el mensaje en el contestador.

—Me gustaría ir hasta allí. Si le parece, podemos hablar mientras llegamos.

Cupido se alegró de que se lo facilitara todo. Anglada era la primera persona a quien tendría que hacerle preguntas y el tiempo que emplearían en el trayecto era una ocasión idónea. Sólo había un pequeño inconveniente.

—Puede haber gente —dijo.

—¿Todavía? —se extrañó.

—Sí. En un crimen así, hasta el lugar donde ocurrió se convierte en noticia. Puede haber curiosos llenos de morbo. Incluso algún fotógrafo rezagado. Todavía la Guardia Civil no quitó las vallas con las cintas.

—No importa. Vamos.

—¿Qué relación exacta tenía con ella? —le preguntó en cuanto subieron al coche del detective.

—Nos hubiéramos casado. Ya habíamos hablado de eso, de la necesidad de vivir en una misma casa, de cómo nos organizaríamos, aunque no habíamos precisado ninguna fecha cercana.

El detective observó su perfil. Era un tipo atractivo, de piel bronceada, nariz pequeña y cabello moreno y corto. Le seguía pareciendo extraño que un hombre joven como él tuviera aquella actitud de venganza, más propia de alguien maduro a quien una muerte así hubiera despojado de todo cuando ya no se tienen fuerzas para empezar de nuevo. Suponía que lo más razonable hubiera sido olvidar, no querer saber más, intentar rehacer una vida que aún sería larga. Hurgar en el dolor era tan absurdo como infructífero.

—¿Por qué vino sola esta vez? Usted dijo que en alguna ocasión la había acompañado.

—Se lo propuse, pero ella no quiso —hizo un silencio, como si fuera demasiado prematuro hablar de aquello—. Últimamente estaba un poco rara y me dijo que quería estar sola un par de días. Ya lo había hecho otras veces. Sus padres eran de Breda y aunque Gloria había nacido en Madrid, decía que aquí estaban muchas de sus raíces. Hasta que sus padres murieron venían algunos veranos a pasar las vacaciones. Gloria conocía muy bien toda la zona y hallaba un bienestar particular regresando a estos lugares. Yo no compartía su entusiasmo. Hay otros sitios más hermosos y con mayores comodidades. Por otra parte, estaba trabajando en una serie de cuadros sobre este paisaje y sobre las pinturas rupestres de las cuevas.

—¿Pintaba?

—Sí. Era su profesión.

—¿Había más gente que sabía que este fin de semana ella iba a venir a la Reserva?

—Lo sabría cualquiera que se lo hubiera preguntado. A Gloria le gustaba hablar de lo hermoso que era todo esto —dijo haciendo un gesto vago que indicaba que no compartía del todo sus mismos gustos.

—¿A quién conocía aquí?

—A casi nadie. No venía para estar con gente conocida. A algunos amigos lejanos de las vacaciones. Los saludaba, pero de algunos no recordaba ni el nombre. A un guarda de la Reserva, creo que se llama Molina. La ayudó a tramitar un permiso para moverse por las zonas restringidas, para pintar. También fui una vez con ella a visitar a unos tíos y a un primo adolescente, la familia que le quedaba.

—¿Recuerda cómo se llamaban?

—Clotario. Era hermano del padre de Gloria. El chico se llama David.

—¿No tenía más parientes?

—Creo que no. Gloria conservaba una pequeña casa en la que todavía no era posible vivir. La habían abandonado desde que murieron sus padres. Por eso cuando venía se alojaba en el hotel Europa. Pero últimamente había hecho algunas reformas. Había arreglado el tejado y los servicios y la estaba rehabilitando poco a poco. Sus parientes la aconsejaron al buscar a los operarios. También iba trayendo algunos pequeños muebles y utensilios que le sobraban en Madrid.

—¿Y ahora?

—¿A qué se refiere?

—¿Para quién será la casa?

—La casa y el piso y el estudio de Madrid. Nunca le oí hablar de testamento. No se piensa en eso a los veintiocho años.

—Todo junto tendrá un valor importante —aventuró Cupido.

—Sí. No era eso que entendemos por una millonaria, pero tenía un sólido patrimonio. Tendrán que pagar un buen porcentaje de impuestos, pero al final quedará una cantidad respetable. La ley establece que heredará la familia más próxima.

No era necesario ser mucho más explícito. Sus palabras parecían cargadas de intencionalidad. O acaso ése fuera el lenguaje habitual de los abogados. Pero si se demostraba que la familia de Breda tenía algo que ver con su muerte, la herencia no llegaría a sus manos.

—Aparte de usted, ¿había alguien más en Madrid que alguna vez hubiera venido con ella? —volvió a preguntar, esforzándose en aquellas primeras informaciones que él llamaba el trabajo sucio, un acarreo de documentación, de datos carbonizados, a

veces rutinario y aburrido, pero siempre imprescindible.

—Algunos de sus amigos. Al menos Camila y Emilio.

Cupido esperó a que siguiera hablando, pero Anglada no dijo nada más.

—¿Quiénes son?

—Gloria y Camila eran propietarias de una sala de exposiciones en Madrid.

—¿Eran socias?

—Sí. Se conocían desde hacía años y se complementaban bien. Camila es eficaz, puntual, calculadora. Se centraba más en la gestión del negocio. Gloria aportaba sus conocimientos de pintura. La intuición, solían decir. Yo no creo en eso, pero parece que a ellas les funcionaba. Además, así, el horario de la Galería le dejaba tiempo para pintar.

—¿Y Emilio?

—Su amistad con Emilio era más reciente. Los unía la dedicación al arte —dijo con un leve acento de molestia o de ironía, incómodo en el uso de aquellas palabras cuyo significado no parecía comprender muy bien.

—¿También es pintor?

—No. Hace esculturas. Tiene una casa de campo aquí, en Breda, una herencia de sus abuelos, creo. Es una casona grande donde viene a pasar algunas temporadas, cuando está cansado o cuando tiene algún encargo de trabajo y necesita estar solo. Emilio presume de artista airado, marginal e incomprendido, pero en el fondo le gustaría ser famoso y aclamado por la crítica. En ese aspecto es un fracasado —dijo, y el detective notó ya un claro matiz de desprecio en su voz—. Lleva años oscilando entre diferentes proyectos, pero nunca logra culminar ninguno. Últimamente había trabajado también sobre las pinturas rupestres de ahí arriba —dijo señalando el Yunque—. La idea fue de Gloria, hacer algo conjunto con materiales y técnicas diferentes. Incluso ha montado su exposición en la Galería, pero no puedo darle muchos más detalles. No he pasado por allí desde que... —dudó para elegir las palabras menos dolorosas— la mataron. En realidad nunca me interesó mucho. Sabía que Gloria era feliz con la Galería, con sus cuadros y con sus amistades. Eso era suficiente para mí, aunque nos impidiera estar más tiempo los dos solos. Yo no encajaba en su ambiente. Salíamos juntos en ocasiones, pero no acababa de entenderlos. Eran demasiado bohemios. Yo tengo un horario que cumplir en el bufete y ellos no. A ellos nadie les pide cuenta de las horas. Cuando me llevaba con gente así, siempre tenía que esforzarme por estar relajado. Gloria, sin embargo, sabía estar conmigo o con ellos sin dejar de ser Gloria. Este asunto de sus amistades era lo único en lo que no estábamos demasiado de acuerdo.

—Estamos llegando —dijo Cupido cuando Anglada quedó en silencio, sin nada que añadir. Lo había escuchado con atención, sin interrumpirlo, un poco extrañado de que alguien tan aparentemente seguro de sí mismo le confesara aspectos de su

intimidad, de sus debilidades. A menudo aquellas conversaciones terminaban siendo siempre lo más importante, lo más decisivo en su trabajo.

Llegaron al claro y Cupido detuvo el coche. Al otro lado, donde comenzaban los árboles, estaba tendida de tronco a tronco una cinta amarilla prohibiendo el paso. Al contrario de lo que había temido, no había nadie alrededor. Posiblemente, durante varios meses nadie volvería a aventurarse a caminar solo por aquel sendero, del mismo modo que nadie se cobija bajo un árbol en el que un hombre se ha ahorcado.

—¿Allí fue? —preguntó Anglada.

—Sí, pero no encontraríamos nada, no quedará ninguna señal. Lo habrán rastreado todo suficientes veces.

Anglada se detuvo en pie junto a la cinta, sin atreverse a entrar. Luego miró hacia el suelo, pensativo, resistiendo la tentación de aplastar con el zapato una fila de procesionarias que avanzaba lenta e invasora hacia el terreno acotado. Cupido permaneció unos pasos atrás, y desde allí le preguntó:

—¿Quién podía querer matarla?

—¿Matarla? No, nadie.

—Todos tenemos algún enemigo —dijo con voz neutra.

—Pero nadie se atrevería a tanto.

El detective se quedó en silencio, recordando rostros y nombres de gentes con valor para matar que un día, creyéndose impunes, no desaprovecharon la oportunidad de hacerlo.

## Capítulo 3

El detective atravesó caminando la pequeña ciudad en que se había convertido Breda en un corto plazo de quince años. La reapertura del viejo balneario y la expansión turística de la Reserva le habían dado un impulso importante que había ido acompañado por la creación de una docena de medianas industrias que, sin dar trabajo a más de tres o cuatro centenares de empleados, habían alcanzado una sólida estabilidad y competencia. Así, había conseguido asentarse en una tranquila equidistancia entre la vieja villa anclada en sus costumbres y ascendencia rural y la mediana urbe de servicios a que aspiraban sus ediles.

Había regresado hacía cinco años y había desfilado durante los tres primeros por varios trabajos donde nunca pudo hallarse a gusto, bien por su incapacidad para soportar los rigores de las jerarquías laborales, bien porque ya era demasiado tarde para que se acostumbrara a madrugar y a repetir durante ocho horas una labor mecánica, él, que siempre había vivido huyendo de cualquier monotonía. Al fin había sacado una licencia fiscal y había puesto una placa en la puerta de su apartamento donde se leía: «Ricardo Cupido. Investigaciones». Como los detectives privados que había conocido, tampoco él había llegado a aquel trabajo por una decisión vocada. También Cupido provenía de una vida turbia y rota y de un oficio anterior que no supo ejercer. Había llegado a la conclusión de que a esa profesión se llega siempre desde el fracaso. Una profesión que aquella ciudad no le perdonaría nunca. Hacía tiempo que se había desmarcado y sabía que Breda no le otorgaría la redención con un trabajo que pretendía devolver a la luz asuntos que muchos hubieran preferido que permanecieran en la sombra. El Alkalino se lo había dicho en una ocasión: «Nunca te harás rico en esta ciudad con ese oficio. Un oficio tan poco respetable, aquí sólo podría desempeñarlo alguien muy respetado. Y tú, desde que ocurrió todo aquello, ya no lo eres». Pero ya no le importaba tanto, se decía. Había comenzado a asumir que el derrotero hacia el que derivaba su vida era el de la soledad. Con su trabajo ganaba lo suficiente para vivir haciendo todo tipo de gestiones. Al principio le parecía increíble la heterogeneidad de la gente que lo contrataba y de los encargos que recibía, todo el repertorio de odios, inquietudes, venganzas, mínimos y rastreros delitos que aclarar, desde descubrir al autor de pequeños robos de ganado a encontrar a un pariente que tres décadas antes se marchó a Costa Rica, desde cobrar deudas de morosos recalitrantes a aportar las pruebas tristes y vulgares de un adulterio, desde eliminar una amenaza a localizar a una adolescente escapada de casa, con rapidez y en secreto, antes de que la noticia de la huida acarrearla la vergüenza y la deshonra. Se había acostumbrado, también, a la soledad de su pequeño apartamento, donde —no sabía exactamente por qué, no sabía qué tipo de atractivo emanaba— de vez en cuando aparecía una mujer que solía marcharse al cabo de algún tiempo, cuando comprobaba

su rechazo a cualquier compromiso y su incapacidad para dar algo más que afecto y sexo; cuando descubrían que el interior de la cabeza que acariciaban y del pecho que abrazaban nunca serían de su entera propiedad.

Sin apenas darse cuenta estaba llegando al nuevo cuartel de la Guardia Civil. Por una de esas ironías de la expansión urbanística, había sido edificado en un solar vacío, junto a una de aquellas rancias casas de prostitución con mesa camilla en la sala y armarios de luna en las habitaciones, situada extramuros de la villa. En cuanto se echaron los primeros cimientos, el burdel fue sumariamente trasladado a la parte opuesta de Breda, lo más lejos posible de los nuevos vecinos uniformados. Hacía ya varios años de su traslado, pero Cupido recordó con una sonrisa las certeras palabras del Alkalino una madrugada en que se empeñó en llevarlo con él a hacerles una visita y se quejaba de lo lejos que se habían mudado: «Las putas no debieron irse nunca de aquella casa. El primero y el segundo oficio más viejos del mundo deberían estar juntos. Al fin y al cabo, en sus nacimientos sólo los separan unas horas. El primero surgió para que cualquiera pudiera satisfacer las exigencias del amor; el segundo, para que nadie intentara satisfacer por su cuenta las exigencias del odio».

Vio frente a él el sólido y feo edificio de ladrillos rojos levantado a mitad de los ochenta y no pudo dejar de pensar qué porcentaje del dinero destinado a su construcción se había llevado aquel hombrecillo bajo cuyo mandato fue edificado, Luis Roldán; cuánto habría ganado por cada ladrillo, cuánto por cada saco de cemento, cuánto por cada chincheta de las que lo rodeaban impidiendo el aparcamiento de vehículos, en previsión de un improbable atentado, aquí, tan lejos del norte y del centro del país. Se acordó del viejo cuartel, cuando Breda era sólo una villa grande y extendida por las alas y el pico, con su extraña forma de paloma. Estaba casi en el centro, en una calle no demasiado ancha, y tenía unas amplias cuadras para estabular los caballos con los que hacían la ronda y perseguían a los contrabandistas con Portugal, pero a todas luces insuficientes para albergar el nuevo parque de motocicletas y automóviles del que ahora disponían para desarrollar su doble labor de vigilancia de tráfico y vigilancia rural en la Reserva. La vieja casa cuartel había sido derribada y el solar era un aparcamiento público que ya nadie evitaba dando un rodeo. Con él había desaparecido el silencio que siempre tenía aquella calle, como si en ella no hubieran estado permitidos los perros y la gente que la habitaba hablara en un tono más bajo que el resto de la población. Veinticinco años antes a los niños también les impresionaba la mezcla de miedo y de respeto que, como una carpa, cubría el edificio y a sus ocupantes. Si en alguno de sus juegos infantiles Breda entera se convertía en cancha, la calle del cuartel —sin decirlo nadie, sin haberlo acordado— quedaba acotada como un territorio prohibido, como una burbuja que no convenía tocar y donde los muchachos no debían adentrarse. Cupido suponía que la causa final de todo aquello era la prevención de los mayores al



contacto con sus ocupantes, un temor que se contagiaba a sus hijos y a los propios hijos de los guardias que vivían dentro, aquel compacto grupo de muchachos de diferentes edades que acudían todos juntos a la escuela como si fueran miembros de una secta y que no hacían amigos fuera de su círculo, tal vez porque sentían el rechazo que emanaban y que se manifestaba hasta en los juegos.

El número que hacía guardia en la puerta, un muchacho de apenas veinte años, de impecable uniforme, se llevó la mano derecha a la gorra.

—Quisiera hablar con el teniente —le dijo.

—¿Me deja su documentación?

Cupido le entregó el DNI y el muchacho fue hacia la garita. A través del cristal vio cómo descolgaba un teléfono y dictaba los datos. Le hicieron esperar unos minutos hasta que llegó un cabo que sin preguntarle nada más lo condujo al interior. Era una cita que hubiera deseado retrasar, que no le apetecía en absoluto afrontar en primer término, pero sabía que si quería disponer de la colaboración y la benevolencia de los representantes de la ley, debía dirigirse a ellos en primer lugar, antes de que supieran por otro conducto que estaba investigando el mismo crimen. Siempre habían sido muy susceptibles al intrusismo. Además, todavía no tenía nada y aquél era un buen sitio para adquirir los primeros datos. Aunque los jueces se habían acostumbrado últimamente a decretar demasiados secretos de sumario —violados al día siguiente por la colaboración entre una prensa ávida de carroña y unos funcionarios proclives al soborno, cuando no por los mismos acusados, interesados en provocar confusión pública aventando sus propios delitos con medias verdades que sugirieran tanto su culpabilidad como su inocencia—, en esta ocasión no había oído nada al respecto.

El teniente estaba sentado tras una mesa de madera, esperándolo, las manos cruzadas sobre una carpeta negra, la alianza de casado bien visible en el dedo anular. Un teléfono de color blanco, un ordenador y una figura con los símbolos de la Guardia Civil eran todo lo demás. El despacho daba una sensación de limpieza y eficacia acorde con la impresión que ofrecía el teniente, uno de esos jóvenes oficiales que ya no vieron en todas las paredes de la Academia el retrato de Franco. Tenía la piel bronceada y el cabello moreno, aunque comenzaba a escasearle y la calvicie avanzaba bifurcándose por encima de sus sienes como una herradura. En un primer momento daba la sensación de que no llevaba uniforme, ambiguo en aquel doble perfil que los miembros de la Benemérita habían desarrollado en las dos últimas décadas: grises funcionarios en las calles procurando el camuflaje, uniformados y orgullosos en las paradas militares y dentro de los cuarteles. Era difícil imaginarlo con un tricornio sobre la cabeza. Cupido intentó recordar su nombre, que había oído citar varias veces, pero no lo consiguió. Sí le vino a la memoria, en cambio, la historia que se contaba sobre él. Al parecer había estado a punto de echar por la borda

toda su carrera, apenas un año atrás, por un incidente ocurrido en su anterior destino en el Campo de Gibraltar. Se contaba con detalle que una noche en la que no estaba de servicio había ido a una discoteca a tomar alguna copa. Desde la barra había visto cómo varios chicos muy delgados, con el aspecto huidizo que tan bien conocía, habían desfilado frente a un individuo sentado en una mesa casi escondida en un rincón, acompañado de una muchacha muy joven, casi una niña. Cada vez que llegaba uno de ellos, el tipo aquel se levantaba y hacía que lo siguieran hasta los servicios. El teniente no necesitó mucho más para adivinar de qué se trataba. Su carácter le impedía asistir a un tráfico así sin hacer nada para impedirlo. Se acercó hasta la mesa del rincón, se identificó y le dijo al tipo que iba a registrarlo. El otro no protestó ni alegó nada sobre su traje de paisano. Sólo puso una condición: que no lo registrara allí, delante de la chica, que se prestaba a ir con él hasta el cuartel. El teniente había mirado a la muchacha, tan joven y con los ojos asustados, y aunque dudó un momento, sintió pudor y no quiso endurecerla un poco más haciéndole asistir a un cacheo en toda regla y a una detención. Seguro de haberlo sorprendido cargado, condujo al tipo al cuartel sin ningún miramiento. En algún momento del trayecto, de algún modo —o es que él no la llevaba encima, tal vez la muchacha de ojos asustados— debió deshacerse de lo que estaba distribuyendo, porque cuando lo registraron en una celda no tenía nada, estaba limpio. Tuvo que dejar que se marchara sin ningún cargo y sin más trámites, pero su firma y la nota de su detención ya habían quedado registradas. Cinco días más tarde el teniente se encontró con la citación de un capitán de Asuntos Internos hipersensibilizado por una maligna nota de prensa y por la presión social: pesaba sobre él una denuncia por detención ilegal y malos tratos. Todos los indicios apuntaban en su contra: había actuado dentro de un local privado sin una orden judicial, no había testigos de ningún tráfico y el tipo no llevaba nada encima. La sentencia provisional le cayó poco más tarde: un mes suspendido de empleo y sueldo por extralimitarse en sus funciones. El teniente había recurrido y al final se revisó todo el asunto y se revocó el castigo. Pero su carrera había quedado paralizada y se le cambió de destino.

Cupido lo miró y se preguntó cuánto habría aprendido de aquel conflicto, cuánto habrían aumentado sus dosis de prudencia y desconfianza, cuánto le urgía un éxito profesional que le devolviera el prestigio ante sus superiores.

Se levantó al verlo entrar, pero no rodeó la mesa para acercarse a él, sino que mantuvo una distancia de esgrima; desde allí lo saludó con un apretón de manos y le indicó una silla para sentarse.

—¿Sí?

—Me llamo Ricardo Cupido...

—Lo conocemos —interrumpió—. Nunca hemos hablado, pero lo hemos visto por ahí intentando solucionar esos pequeños conflictos que la gente de aquí intenta

mantener ocultos. Como si al final no nos enteráramos —añadió burlón, casi insolente.

—Ayer vino a verme un hombre, Marcos Anglada, el novio de la chica que mataron en la Reserva —dijo Cupido, sin responder a su comentario.

—Sí, el abogado. Nos ayudó a identificar el cadáver.

—Me contrató para buscar a quien la mató —explicó.

Temía una reacción molesta del teniente —Gallardo, recordó el nombre de repente—, pero lo vio asentir con la cabeza, como si confirmara lo que había supuesto al verlo entrar por la puerta.

—Él no confía en nosotros, pero usted sí viene a vernos —dijo en un tono seco, refractario a concederle al detective una colaboración que Anglada no había tenido con ellos.

—Sí. Podría comenzar preguntando en el hotel donde se alojó la muchacha si habían visto a alguien rondándola. O a los guardas de la Reserva. Pero nunca sacaría en limpio más de lo que ustedes ya han sacado.

—En concreto, ¿qué quiere saber?

—Si ya tienen algo. No me gustaría perder el tiempo en un trabajo que otros ya han resuelto.

—Tenemos algo —respondió el teniente, y dejó que Cupido se preguntara durante unos segundos qué era. Luego añadió—: Sospechosos.

Cupido sonrió apreciando su ironía.

—Eso mismo lo he leído los tres últimos días en la prensa —replicó.

—¿Por qué tendría que darle a usted una información que no le doy a los periodistas?

—Porque yo no la publicaría.

Gallardo dudó un momento. Cupido temía que arguyera cualquiera de las fórmulas oficiales para terminar la conversación y ofreció lo único que podía ofrecer, aun sabiendo que era muy poco:

—Le comunicaré lo que averigüe por mi cuenta.

—No hay trato. Usted no podría vendernos nada que no consiguiéramos gratis en otro sitio. Usted y sus paisanos, sus rumores y sus viejas historias de pequeños odios, están al margen de este asunto. Ahora se trata de un crimen.

En ese instante sonó el teléfono. El teniente lo descolgó y escuchó medio minuto, girando la silla para ponerse de perfil y ocultar el auricular, como si el detective pudiera adivinar lo que alguien le decía. Era evidente que la noticia no le agradaba, porque su gesto se fue endureciendo y Cupido vio cómo se le tensaban los tendones del rostro.

—¿Un hombre, un solo hombre? —preguntó irritado—. ¿Qué quieren, que abandone el cuartel y vaya yo a interrogarlos?

Levantó los ojos e hizo un gesto de despedida al detective, que se había puesto en pie y comenzaba a salir del despacho. Cupido caminó por el pasillo sin ver a nadie y atravesó el patio en cuyo fondo se veía abierta una de las puertas del garaje donde guardaban los automóviles. Llegó a la garita de la entrada y mientras el guardia le entregaba el DNI oyó el teléfono interior. Había caminado unos pocos pasos cuando el número lo llamó:

—El teniente quiere hablar de nuevo con usted.

Gallardo tamborileaba impaciente sobre la mesa.

—Vamos a hacer un trato.

Cupido supuso que aquel repentino cambio tenía algo que ver con la llamada de teléfono, pero no se atrevió a preguntar nada, esperando su propuesta.

—Pedí gente para trabajar en Madrid y sólo me dan un hombre —explicó, como para demostrar que su cambio de opinión no era un capricho ni venía motivado por ninguna simpatía personal, sino por confusas complicaciones burocráticas—. Dicen que tampoco ellos llegan con los que tienen. Mentira. Allí creen que sólo lo que ocurre en la capital es importante; que un asesinato en provincias es un asesinato de segunda clase, que no les concierne ni amenaza a sus familias. Quiero que hagamos un trato —repitió.

—¿Sí?

—Usted quiere saber qué es lo que tenemos. Yo necesito a alguien que sepa hablar con los amigos de la víctima que viven en Madrid. A usted lo ha contratado el novio de la muchacha y todos se sentirán obligados a responderle con más precisión y datos que a nosotros. Quiero que me cuente todo lo que le digan.

—Hasta ahí, de acuerdo.

—Por otra parte, usted es de esta ciudad —dijo haciendo un gesto vago hacia la ventana.

—Sí —respondió Cupido. Por los cristales vio encima del tejado una gran antena parabólica sobre la que se posaron dos palomas.

—Quiero que me vaya informando de todo lo que se cuenta por ahí, ese tipo de comentarios que todo el mundo conoce, excepto nosotros; las habladurías y los rumores que no llegan a ser denuncias. Esta ciudad nunca colaboró con nosotros, siempre nos ha visto como extraños. Siempre están mintiendo y, lo que es peor, creen que aceptamos sus mentiras.

—De acuerdo —repitió el detective. Enseguida supo que le convenía la alianza, porque concordaba con sus mismos propósitos. Aunque era consciente de que Gallardo podría hacer trampas con más facilidad que él.

—Antes de ir a Madrid necesito conocer todos los detalles.

—¿Ha hablado ya con alguien?

—Sólo con Anglada.

—Olvídese de él —dijo sacando unos papeles de la carpeta—. Estaba en Madrid aquella mañana, representando a un cliente ante un juez. Ya lo hemos comprobado y no hay ninguna duda. Tendrá que buscar alrededor de la muchacha. Aunque conocía a mucha gente, su círculo de amistades íntimas, que pudieran saber que este fin de semana iba a venir a la Reserva, era muy reducido. Hay un amigo, Emilio Sierra, un tipo raro. Escultor —añadió, como si su profesión fuera ya un indicio de sospecha—. Este fin de semana también estaba aquí, en Breda, en una vieja casona de la familia.

—Anglada ya me habló de él —dijo Cupido.

—Nos dijo que estuvo trabajando en unas esculturas, aunque nadie lo vio. Tendrá que volver a preguntárselo.

—Lo haré.

—También hay una mujer que trabajaba con Gloria. Eran socias. Quizá a usted pueda decirle algo más que a nosotros.

—Resulta difícil imaginar a una mujer empuñando una navaja de pastores —dijo Cupido. Aquél era uno de los datos publicados sobre los que la prensa regional había hecho más hincapié, dejándose llevar por la tendencia a lo cruento que recorría muchos medios de comunicación del país.

La foto del arma había aparecido en portada: ese tipo de cuchillos corvos que sirven tanto para cortar el pan como para degollar a un cordero.

—He visto cosas más increíbles —refutó Gallardo mirándolo con alguna ironía, como si fuera un aficionado demasiado ingenuo para su oficio—. También hemos sabido que hace algún tiempo la chica tuvo relación con un tipo bastante mayor que ella, un profesor de un instituto que poco después se separó de su mujer —añadió, acumulando las pequeñas historias de fracasos, los motivos de desconfianza sobre todo lo que no fuera orden, rutina, apariencia de felicidad—. Se llama Manuel Armengol. Podrá ver más detalles en los papeles que le dejaré estudiar.

—La chica tenía familia en Breda. Anglada sugirió que heredarán sus propiedades.

—De la gente de aquí nos encargaremos nosotros. Además, yo no buscaría en esa dirección. Encontramos algo en la mano de la víctima que apunta hacia otro lado. Lo que voy a enseñarle no lo sabe la prensa, porque nos parece una pista importante.

El teniente hizo un silencio esperando la pregunta de Cupido que no llegó. Sin embargo, el detective estaba lleno de impaciencia. Todo lo que habían hablado hasta entonces era rutinario, datos que él mismo hubiera podido adquirir sin demasiado esfuerzo.

—La víctima tenía apretado en el puño uno de esos pequeños adornos que tanto gustan a los adolescentes, un pin. Sabemos ya que se hizo una tirada de mil en una campaña para protestar contra las pruebas atómicas de los franceses en Mururoa, en el verano del noventa y cinco. Los vendieron en Madrid, uno de esos grupos

ecologistas que recogían firmas y organizaban manifestaciones contra las explosiones.

—¿No podría ser de ella?

—No. No apareció la chincheta con la que se prende a la ropa. Y tampoco había ninguna señal de que ella lo hubiera llevado. En ese aspecto los del laboratorio han sido tajantes. Tampoco lo pudo recoger del suelo porque no tenía la mínima partícula de tierra. Todo indica que se lo arrancó a su agresor: lo tenía fuertemente clavado en la yema del dedo corazón. No es mucho, al apretarlo tanto ella misma borró una posible huella dactilar, pero es nuestra única pista. En el corto equipaje que tenía en el hotel no había ni una agenda ni un solo papel que nos diera un nuevo dato. En la cartera tenía su documentación, un albarán de artículos de pintura, dos billetes de metro, un poco de dinero y sus tarjetas de crédito. No hubo violación ni señales de violencia anteriores a su muerte. La chica no estaba embarazada ni hay huellas de que fumara ni consumiera drogas —continuó con su informe, exponiendo la dificultad del caso—. Debía ser de las que cuidan su forma física.

—¿Puedo ver el pin?

—Sí.

Abrió un cajón de su mesa y extrajo una bolsita transparente que contenía el adorno. Cupido observó su dibujo a través del plástico: dentro de un círculo con la señal roja de prohibición aparecía una base de color verde donde se leía MURUROA y sobre ella la superficie del mar azul y el atolón en cuyo centro se elevaba el hongo nuclear.

—¿Cuándo va a ir? —le preguntó el teniente mientras volvía a guardarlo.

—Mañana.

—Espero sus noticias —dijo. Se levantó de la silla, dio la vuelta a la mesa y salió hasta la puerta del despacho para acompañarlo. Le tendió la mano al despedirse y se dieron un apretón breve y enérgico.

Cupido abandonó aquel recinto todavía cerrado al mundo exterior. Si era cierto que había desaparecido el miedo, aún quedaba latente la desconfianza, el recelo. Pensó que el teniente había sido franco al proponerle el pacto, pero sólo era una excepción motivada por las circunstancias y el mutuo interés. Sería muy difícil que se llevara bien con ellos. Los separaban el riguroso concepto de la disciplina y el sentido de pertenecer a un clan regido por leyes inquebrantables de adhesión, una pertenencia que Cupido, con su sentido de la independencia, nunca podría aceptar. Sin embargo, en el desarrollo de su oficio había aprendido la conveniencia de contar con su colaboración.

Antes de ir a su apartamento pasó por el Casino. La muerte de la muchacha, transcurridos tres días, debía de ser aún el principal tema de conversación en todas las tertulias. Allí encontraría al Alkalino. A él podría preguntarle todas las hipótesis —las

más fantasiosas y las más razonables, las más inconsistentes y las más elaboradas— que los montesinos hubieran imaginado sobre el crimen. Entre tantos nombres de posibles culpables como saldrían de su boca tal vez hubiera alguna verdad, alguna certeza, algún dato basado en lo que hubiera visto un pastor, o un cazador reacio a hablar con la Guardia Civil, o un conductor de paso que circulara por el hotel la mañana del sábado.

El Casino ocupaba la planta baja de una vieja casona deshabitada que cerraba sus ventanas superiores frente a la principal iglesia de la villa. Fundado por una Sociedad de Amigos del País, durante un siglo había sido el más prestigioso local de reuniones y partidas de chinchón y dominó para la burguesía montesina, pero ya sus mesas *art déco*, con encimeras de alabastro y soportes de hierro forjado con un diseño exclusivo donde destacaba la letra C, estaban casi todas desocupadas. Los profundos armarios empotrados donde dormían bajo el polvo varios centenares de libros viejos no eran abiertos ni por el servicio de limpieza. Incluso la sala posterior, independiente, de techos más bajos y familiares, con salida a un jardín con tres palmeras y plátanos, habilitada a principios de los setenta por unos socios envejecidos que intentaban en vano que sus hijos —de largas melenas y costumbres que no entendían, impregnados de olores que no habían olido nunca— continuaran, si no sus mismas diversiones, si el apego al lugar de diversión, había sido abandonada enseguida por la nueva generación que buscaba otra luz y otro color en las paredes y otras posturas indolentes que no permitían las rígidas sillas del Casino. Sólo los martes, con la celebración de lo que se había denominado *Lonja*, utilizando una palabra demasiado ampulosa para definir una actividad y un lugar de encuentro para las tres docenas de ganaderos de la zona rodeando a cuatro o cinco intermediarios confabulados en secreto para abaratar los precios de las reses, el Casino adquiría una vitalidad desconocida durante el resto de la semana.

El Alkalino estaba jugando una partida de dominó con tres hombres con aspecto de jubilados. Siempre atento a todo lo que se movía a su alrededor, vio entrar a Cupido y con un gesto de la mano le indicó que esperara. El detective pidió un café y comprobó que no había cambiado, que era el mejor de la ciudad, mezclando el de tueste natural con las dosis exactas de torrefacto portugués. Poco después lo vio recoger algunas monedas de la mesa, dejar su puesto a un sustituto y acercarse hasta él.

—Son quienes más dinero tienen —dijo haciendo un gesto hacia atrás, por encima de su hombro—. Todo está al revés. Hoy son los viejos quienes mantienen a los jóvenes.

Cupido sonrió. Con él era siempre igual, hablaría aunque estuviera bajo el agua. Por eso había venido a buscarlo.

—Querías verme —dijo.

—Sí.

Siempre habían congeniado, porque su charla incansable y sus insólitas teorías cuajaban bien con la capacidad para la escucha que tenía el detective. Era muy moreno, pequeño, nervioso, con los dientes algo picados y dos ojos vivaces entre unas pestañas cortas, como quemadas de tanto mirar alrededor. Todos lo llamaban Alkalino porque no se agotaba nunca. Una vez aceptado el apodo, él había impuesto que al menos se escribiera con la K que aportaba resonancias libertarias. Podía beber vitriolo y nadie lo tumbaba. Podía permanecer tres días despierto sin demostrar cansancio. Podía estar hablando una semana sin que se le agotaran las palabras y, lo que era más difícil, sin que se aburrieran sus interlocutores. Opinaba de todo el mundo y de todo lo que veía, pero sin imponer sus opiniones. Se decía de él —a veces con admiración, a veces con temor o con odio— que sabía todo lo que ocurría en Breda y que guardaba memoria de cuantos forasteros habían vivido algún tiempo en la ciudad. A nadie ocultaba su simpatía por el Partido Comunista, al que había estado afiliado durante años, y sin embargo confraternizaba y se movía bien en el ambiente tradicional y decadente del Casino.

—Me han encargado un trabajo importante —dijo Cupido cuando el camarero terminó de servir la invariable copa de coñac.

—Enhorabuena.

—El novio de la chica que mataron.

El Alkalino lo miró sin ninguna sorpresa y esperó a beber un trago para responder.

—Para que encuentres a quien lo hizo. Y aquí, en Breda.

—En Breda o en Madrid.

—Si ha sido como dicen, vas a tener mucho trabajo.

—¿Qué dicen?

—Cada uno da su versión y saca sus conclusiones. En esta ciudad todo el mundo está convencido de ser el mejor detective y de que si les dejaran las manos libres para actuar, encontrarían al culpable en unas pocas horas. Unos aseguran que el asesino es el propio novio, otros que el amante de la chica, otros...

—¿El amante?

El Alkalino alzó las cejas, extrañado de que pudiera iniciar aquella búsqueda con tan poca información.

—El escultor. La familia Sierra. ¿Nunca has entrado en la casa?

—No.

—Cuando viene por aquí deja las puertas abiertas y en ocasiones nos ha invitado a algunos.

—He oído hablar de él. Un tipo un poco escandaloso —recordó Cupido. Tenía fama de organizar fiestas con gente que venía de fuera, veladas donde corría de todo,



en una hermosa casona familiar que se levantaba en la margen derecha del río. Algunas veces que había pasado frente a ella había visto algún coche aparcado y las puertas abiertas, pero sin duda él tenía acceso a muchos menos sitios que el Alkalino—. ¿Es cierto que era amante de la chica?

Hizo un gesto de duda, sin atreverse a confirmarlo. En una pequeña comunidad provinciana como Breda había determinadas conductas que siempre se interpretarían mal, aunque no hubiera nada raro en ellas.

—Se dice que eran amantes porque algunas veces se les veía juntos, pero yo no pondría la mano en el fuego. Aquí estamos acostumbrados a creer que si un hombre y una mujer entran solos en una casa es para irse corriendo a la cama. Será que jodemos muy poco y por eso estamos pensando siempre en lo mismo.

El detective sonrió, aunque el Alkalino lo había dicho con toda seriedad.

—Otros aseguran que es una cuestión de herencias familiares —continuó—. Pero unos pocos pensamos en otra gente.

Volvió a beber un largo trago de coñac, chasqueó suavemente la lengua y se acercó un poco más al detective, susurrando:

—Unos pocos pensamos en doña Victoria.

—¿Doña Victoria?

—Sí. La Doña. ¿La conoces?

—¿Quién no la conoce? Pero dicen que está un poco loca.

El Alkalino levantó el codo y vació el resto de la copa dentro de su boca. Dio la impresión de que el cristal no había llegado a tocarle los labios. Con un gesto, le pidió al camarero que la llenara.

—No, no está loca. A menos que se llame locura a luchar durante veinte años contra un enemigo mucho más poderoso que al final siempre terminará venciendo.

—Eso también es una forma de locura —insistió.

—Tú estuviste fuera unos cuantos años —dijo el Alkalino con suavidad, sin citar el lugar donde había estado—, cuando más enconado estaba el conflicto entre ella y la nueva administración autonómica. Habían decretado oficialmente la creación de la Reserva y la ampliación de sus límites. Fue una pelea tensa, llevada con bravura por la Doña. ¿No te contaron nada?

—Me llegaron los ecos. Pero me gustaría volver a oírla desde el principio.

—Una historia larga y rocambolesca. El conflicto comenzó hace más de veinte años, todavía en tiempos de la dictadura, cuando uno de aquellos últimos ministros de la hornada tecnócrata declaró Reserva Natural todas las tierras de las serranías del Volcán y del Yunque y las que rodean el pantano. No creo que por entonces su decisión obedeciera a los principios ecologistas que ahora están tan de moda. Fíjate que ni siquiera nosotros, el Partido, que éramos la avanzadilla del pensamiento —dijo con un tono de ironía—, teníamos en nuestro programa tal concepto. Más bien se

trataba de un deseo de mantener virgen un territorio privilegiado para la caza. No sé si recuerdas que Franco vino alguna vez a cazar.

—Sí. Recuerdo que en una ocasión nos sacaron de la escuela y nos pusieron un banderín de España en la mano para ondearlo al paso de unos enormes coches negros en los que ni siquiera se veían los pasajeros.

—Se dice siempre que a Franco le gustaban mucho los pantanos. Era mentira. Le importaba un carajo la sed de este país. Si no, hubiera llevado el agua sobrante en Asturias a los desiertos de Almería. Él pudo hacerlo, porque nadie se hubiera atrevido a protestarle con la mezquina avaricia con que el norte se opone ahora. A Franco lo que en realidad le entusiasmaban eran las reservas de caza que, de paso, se creaban en las cuencas altas de los pantanos. Si te fijas, verás que, en la mitad de ellos, de la presa para abajo hay electricidad o regadíos y de la presa para arriba hay cotos de caza. Pues bien, doña Victoria tenía por allí unos terrenos de pastos en unas navas hondas y fértiles que le expropiaron cuando los invadieron las aguas. En ese primer momento aceptó la decisión y no protestó. El bien común exige cada cierto tiempo sacrificios de los particulares. Pero como la caza mayor necesita un territorio grande para procrear y el coto original era insuficiente, se amplió el diámetro de expropiación con un decreto ley de los de entonces. La Doña no aceptó aquella segunda decisión ni la forma chapucera de ejecutarla. Ella era la última heredera de un apellido unido desde siempre a aquellas tierras y tenía sobre sus espaldas una responsabilidad histórica, si se puede decir así, utilizando las palabras que usábamos en el Partido. Se dice que ni siquiera aceptó la sustanciosa suma de dinero que luego le ofrecieron al comprobar su tozudez, una suma que pagaba con justicia el valor real de lo expropiado. Y es que había un componente sentimental en todo aquel enfrentamiento. ¿Conociste El Paternóster?

—Sí —respondió Cupido. Eran los restos de la diminuta aldea que le había dado su nombre a la Reserva y hasta cuyos umbrales habían llegado las aguas. Quedaba una península de tierra, una loma en la que estaba el pequeño y antiguo cementerio, al que sólo se permitía acceder un día al año, el Día de los Muertos.

—Ya entonces quedaban allí muy pocos habitantes, la mayoría había emigrado en los sesenta, y enviaron a los pocos vecinos restantes a vivir a Breda y a cultivar unas tierras de regadío que les dieron en propiedad. Doña Victoria era ya viuda, un poco mayor, pero rica y atractiva para su edad, un buen partido que más de uno quiso apropiarse. Pero la Doña es una mujer muy especial. En aquel cementerio reposaban los restos de su marido, muerto muy poco tiempo después de casados, y de un hijo pequeño que no llegó a cumplir un año. Su único hijo. Por una parte, la ley dice que no se puede levantar una tumba hasta no sé cuántos años después de sellada. Por otra, desde Madrid tenían prisa por prepararle el coto al general. Todo el mundo sabía que era uno de sus últimos caprichos, y por eso había que arreglarlo pronto: la última

cena de los condenados. Cada año que pasaba debía de tener peor puntería, le temblaría más el pulso y necesitaría piezas mayores y colocadas más cerca de su mira. No podían esperar el tiempo legal y querían vallar los límites. Pero doña Victoria no iba a permitir que le impidieran el paso hasta las tumbas de su esposo y de su hijo ni que las pisotearan las botas de los cazadores. Al parecer era algo morboso verla acudir cada domingo hasta el pequeño cementerio para ponerles unas flores y estar un rato a su lado, susurrando palabras en voz baja.

—Morboso y estremecedor —dijo Cupido. Recordaba haberla visto siempre de negro, alta la barbilla, con algún adorno brillante de oro antiguo en la garganta o en las orejas que remarcaba aún más el luto.

—Sí, quizá estremecedor hace veinticinco años. Ahora ya esas cosas no ocurren. Las viudas no tardan en dejar de serlo. Lo cierto es que la Doña inició un proceso contra el propio ministerio para anular la segunda expropiación de sus tierras. Se dijo que en todo el procedimiento hubo además un grave defecto de forma, que no se respetaron los plazos para ejecutar los desahucios y que ella aprovechó con habilidad aquel error del ministerio (seguramente confiado en el ordeno y mando con que se hacían todas las cosas y en la sumisión con que eran acatadas) para alargar un conflicto que había de ir pasando de tribunal en tribunal agotando todos los plazos. En Madrid debían esperar que dimitiera de su afán por cansancio. O que se muriera. Pero la Doña no estaba dispuesta a morir. Al contrario, sabía que Franco era treinta años más viejo que ella. Lo sabía bien, porque le había servido personalmente el café en su primera y breve estancia en Breda, en los inicios de la guerra, de paso hacia Salamanca, cuando era una adolescente de Falange y varias de ellas fueron elegidas para habilitar su servicio en su fugaz visita. He llegado a ver una fotografía de aquel acto. Si no ocurría nada extraordinario, a él le llegaría antes la hora. Y debía adivinar que sin él, la dictadura y sus decretos caerían como fruta madura. Ya habían comenzado a sonar muchas voces en contra y, dicho sea de paso, la que gritaba más fuerte era la nuestra, la del Partido. Con el proceso inmovilizado, doña Victoria se preparó pacientemente para la revancha. Supo que había un niño huérfano de entre los expulsados de El Paternóster, de unos ocho o diez años, que destacaba en la escuela por una extraordinaria inteligencia. A los cuatro años lo rodeaban los viejos para que les leyera los periódicos, a los siete les daba clases a muchachos que le doblaban la edad. Fue a hablar con sus familiares, pidió amadrinarlo y se lo llevó a Madrid a estudiar en uno de esos colegios tan caros donde han estudiado la mitad de los diputados que ahora tenemos en el Parlamento. Ya entonces sabía que iba a ser una lucha larga, y para no perderla necesitaba contar con las mejores armas.

—Es extraña esa dosis de cálculo para un proyecto tan largo —dijo Cupido.

—Pero no estaba equivocada —replicó el Alkalino poniéndole una mano en el brazo, él mismo contagiado de su relato—. Lo que la Doña había vaticinado se fue

cumpliendo con una exactitud prodigiosa. Murió Franco al poco tiempo, cayó la dictadura y se votó en un referéndum la aceptación de la democracia. Pero el proceso no se había resuelto ocho o diez años después de comenzado, rodando de juez en juez a la espera de las nuevas leyes que permitieran salir de aquel callejón sin salida. El caso no es tan raro en este país. Fíjate en los años que duraron los juicios del aceite de colza o de la presa de Tous.

—El de Rumasa todavía sigue abierto —apostilló el detective.

—Mientras tanto, el niño a quien había amadrinado terminó Derecho. Salió una fotografía suya en la prensa regional porque fue el número uno de su promoción y el más joven de edad. Tenía un único objetivo en su trabajo futuro y en su vida: recuperar para la vieja señora las tierras confiscadas y aquel pedazo de suelo donde reposaban los huesos de sus muertos. Lo había contagiado de su misma obsesión. Ella podría descansar un poco de tantos años de incertidumbre. No conozco bien los entresijos legales de la historia, pero con la llegada de la democracia sé que se anularon algunas disposiciones anteriores. Borrón y cuenta nueva para entrar en el siguiente capítulo. Doña Victoria, ahora ya asesorada por su nuevo y brillante abogado, de nombre Octavio Expósito, debió de creer que todo iba a ser fácil, que le iban a devolver lo que le arrebataron de forma fraudulenta, que había merecido la pena sostener el pulso tanto tiempo. Pero esta vez se equivocó. Durante dos o tres años el asunto siguió en punto muerto, hasta que se determinaron las transferencias autonómicas, entre ellas las de Medio Ambiente. En Madrid debieron de respirar cuando soltaron de las manos aquella patata caliente que nunca terminaba de enfriarse. Pero cuando llegaron, en lugar de un cambio, la Doña debió de ver en los nuevos políticos viejas actitudes que le recordarían los tiempos pasados. Se lanzó entonces a la acción directa, sin miedo y sin tapujos, y entraba y salía de la Reserva sin que los guardas, tan severos con los furtivos, se atrevieran a impedirselo, asustados ante aquella mujer que llevaba en el brazo un ramo de flores para ponerlo en unas viejas tumbas y que exhibía rancios títulos de propiedad que nunca habían podido ser definitivamente derogados.

—La recuerdo de aquella época —dijo Cupido—. Teníamos intención de rodar un documental de la Reserva, con las pinturas rupestres y la fauna, en un formato amateur. Un día que buscábamos los lugares adecuados se presentó ella con un empleado, nos interrogó sobre la causa de nuestra presencia allí y nos dijo que era a ella a quien teníamos que pedirle permiso para rodar, no a los gobernantes autonómicos. Después de aquel primer momento y una vez aceptada su jerarquía, fue muy amable con nosotros.

—Recordarás también que por entonces, al comprobar que la democracia le hacía lo mismo que le había hecho la dictadura, llegó a quemar un coche todoterreno de los guardas. Nadie la vio encender la cerilla, pero todos sabían que había sido ella. Al

final, hace menos de un año, pareció que se liquidaba el proceso: el Tribunal Superior de Justicia decretaba la expropiación definitiva de las tierras en litigio y doña Victoria no podría volver a campar libremente por allí como hasta entonces. Ni sus esfuerzos ni los recursos de Expósito habían servido para nada. Una lucha de veinte años los declaraba a los dos definitivamente derrotados. Pero no se resignaron y todavía apelaron al Tribunal de Justicia de las Comunidades Europeas, en Luxemburgo. La sentencia final debe de estar a punto de pronunciarse.

—Pero todo esto, ¿qué tiene que ver con la muerte de la chica? —preguntó Cupido, aunque ya adivinaba la respuesta.

—Desde que se hizo pública la penúltima sentencia se procedió a una mayor dinamización de la Reserva. Había estado contenida, sin explotar todas sus posibilidades, durante demasiado tiempo. Enseguida se puso en marcha un nuevo proyecto de turismo rural, se abrieron rutas a caballo y a pie por zonas antes acotadas, se permitió la entrada a lugares sin demasiada importancia ecológica, habilitando nuevos puestos de observación de las rapaces y los ciervos. La moda del turismo rural estaba llamando a la puerta con el puño lleno de dinero y la Reserva es tan hermosa y está tan llena de atractivos que cada fin de semana aumentan los visitantes. Se vuelven locos por fotografiar los venados, las puestas de sol sobre el pantano y las tumbas del cementerio abandonado —dijo con un gesto de desdén—. En una de las rutas apareció asesinada la muchacha. ¿Crees que doña Victoria lamentará mucho su muerte si sirve de escarmiento contra la invasión de un territorio que nunca dejará de considerar como propio?

—No, no lo lamentará mucho. Pero tampoco la imagino ordenando un asesinato para evitar esa invasión.

El Alkalino movió la cabeza como si estuviera ante un defecto de Cupido, tan conocido como irremediable.

—Los jóvenes de hoy día sois muy poco imaginativos —protestó. Pero ni él era tan viejo ni Cupido era tan joven. Seis u ocho años los separaban.

—Quizá tengas razón.

—La tengo, la tengo. El tiempo lo dirá —concluyó vaciando el resto del coñac.

El detective pensó que si seguía bebiendo así no tardaría mucho en tener el hígado arrumado. Pagó las consumiciones mientras lo veía regresar a la mesa de juego.

## Capítulo 4

Aunque Cupido le había dicho al teniente que al día siguiente iría a Madrid, decidió posponer el viaje veinticuatro horas, hasta adquirir en Breda una mayor información. Había hablado con Gallardo y el Alkalino, pero ninguno de ellos conocía personalmente a la muchacha asesinada.

Por la mañana —sin madrugar, siguiendo su costumbre— se acercó al hotel Europa donde se hospedaba gran parte de los viajeros que venían a visitar la Reserva. Estaba asociado a una cadena de agencias de turismo rural y desde otros lugares se podía contratar fácilmente el alojamiento.

Pasó con el coche bajo el arco de la barbacana almenada que rodeaba toda la explanada del antiguo palacio reconvertido en hotel y aparcó frente a la puerta. Lo recordaba muy bien y, aun así, no pudo evitar mirar el escudo de la familia De las Hoces tallado en el dintel de granito cinco siglos antes: dos hoces empuñadas por dos rígidas manos cierran amenazadoramente el camino a una espiga de trigo.

Era una construcción de tres plantas, a la que las ventanas enrejadas y la almena cordobesa daban un claro aspecto de fortaleza. Sobre el eje de la puerta y del escudo se abría el balcón central, tras el que ahora se había habilitado la mejor suite del hotel. Su último dueño, que aún conservaba el apellido cinco veces centenario, lo había cedido por treinta años a una multinacional hotelera que estaba invirtiendo en el turismo rural, decidido a aquella transacción no tanto por el exiguo monte del alquiler que recibía a cambio cuanto por las reformas pactadas que realizaría el arrendatario, la única forma de mantener en pie un edificio histórico sujeto a las leyes de conservación de monumentos que gustan tanto a los visitantes como irritan a sus propietarios, atados de manos para modificarlos sin excesivo coste, porque su rehabilitación supone más gastos que derribarlos y levantarlos de nuevo.

Los nuevos inquilinos habían limpiado la piedra y picado la humedad de las paredes, habían eliminado el orín de todos los forjados y habían levantado una nueva cubierta a cuatro aguas que copiaba rigurosamente el original. Pero, al mismo tiempo, al limpiar toda aquella pátina de antigüedad y decadencia, habían desencarnado al palacio de su piel más identificativa, lo habían arrancado de la Historia para injertarlo en una época que lo acogía con avaricia, como una familia de nuevos ricos acoge encantada al último y arruinado heredero de una estirpe noble que los prestigiará en sociedad. Cupido recordó con alguna nostalgia el hermoso y decadente jardín italiano donde antaño brillaba, entre el abandono del musgo, el mármol blanco y tierno de la estatua de una Andrómeda desnuda y acribillada a balazos en los senos y en el sexo. Se preguntó dónde habría ido a parar, ahora que aquel espacio estaba ocupado por una ostentosa piscina.

Al llegar a recepción, la empleada, muy joven, se dirigió a él con una sonrisa

prefabricada:

—Buenos días.

—Buenos días. Quiero ver al gerente. Dígale que me llamo Ricardo Cupido.

La muchacha habló por el teléfono interior y unos segundos más tarde apareció Teo, José Teodoro Monteserín.

—Adivino a qué vienes —dijo estrechándole la mano. Eran amigos desde la infancia, separados luego por oficios y trayectorias muy distintas. Cupido había estado en la cárcel por contrabando de tabaco; Teo había llegado a dirigir el mejor hotel de la ciudad, habilitado en la casa más antigua de todas las construidas con piedra labrada. Pero juntos habían saltado muchas veces la barbacana posterior de aquel mismo edificio para encontrarse con la mujer holandesa que los introdujo en la madurez—. A hablar de la chica que mataron en el bosque.

—Acertaste.

—Todavía tengo recientes las respuestas que le di al teniente. De modo que puedes empezar. ¿Te apetece tomar algo mientras hablamos? —le preguntó señalando hacia el bar.

—Sí, un café.

—Vamos.

Se sentaron en los sillones anchos y profundos, bajo el alto techo con artesonado de madera y junto a una ventana tras cuyos cristales se veía brillar el óvalo verdeazul de la piscina y el muro levantado para contener la inclinación del terreno, en el que se habían practicado las hornacinas, ya vacías, para las estatuas.

—Vino el teniente y nos interrogó. A mí y a todos los que trabajaban ese día —dijo cuando se fue el camarero—. Estaba en recepción la misma chica que has visto ahora. ¿Quieres que la llame?

—Tal vez luego. Cuéntame tú qué sabíais de ella.

—No mucho. Era muy discreta en sus costumbres. Se había alojado aquí varias veces. La primera vez que figura en el libro de registro es hace dos años, unos meses después de que abriéramos. Elegía una habitación individual, siempre en fines de semana o en puentes. Sólo en dos ocasiones contrató una habitación doble, porque vino con un hombre, parece ser que era su novio. Pero no le registramos su nombre, porque ella ya tenía cierta familiaridad —expuso con precisión. Abrió las manos vacías para concluir—: Nadie recuerda nada especial de ella, excepto que era muy amable y muy guapa. Quizá, también, un poco triste.

—Este fin de semana, ¿cuándo llegó?

—El viernes, un poco tarde. A medianoche.

—¿Recibió algún recado?

—Recado escrito no, pero la recepcionista sí recuerda haberle pasado dos llamadas telefónicas. Era una voz masculina.

—¿Cuándo?

—El sábado por la mañana, antes de que saliera.

—¿Nada más?

—Nada más. Recuerda que era un hombre, pero ninguna pista clara sobre la voz ni sobre la duración de la llamada. Cuando es exterior, cuelgan sin necesidad de la intervención de la recepcionista.

—¿A qué hora salió por la mañana?

—A las nueve. Había pedido que la llamáramos a las ocho. A las nueve la vieron salir el cocinero y su ayudante, que llegaban a trabajar. Su horario comienza a esa hora. Coinciden con la recepcionista. ¿Quieres que la llame? —repitió.

—Sí, por favor.

Se levantó y volvió medio minuto después acompañado de la chica. Le pidió que se sentara, pero ella prefirió mantenerse en pie.

—¿Salió sola? —le preguntó el detective.

—Sí. Me entregó su llave para que la colocara en la casilla.

—¿No vio que la siguiera nadie, entonces o unos minutos después?

—No. Al menos, no inmediatamente. Creo que me hubiera fijado, porque estuve pensando si no le daría miedo ir a caminar sola por el monte.

—¿Cómo sabía que iba a caminar?

—Por la ropa y la comida que yo misma le entregué —respondió con seguridad—. Llevaba botas de montaña y una pequeña mochila donde metió la bolsa de comida del hotel.

—Los clientes pueden solicitar un bufé frío para llevarlo en sus excursiones. Basta encargarlo la noche anterior. Se recoge en recepción —explicó Teo.

—¿Vio si llevaba algún adorno en su ropa?

—¿Un adorno?

—Un pin.

—No, no vi que llevara nada. No lo recuerdo.

Aquellas respuestas era lo que el detective había temido. No tenía demasiada confianza en sacar algún dato útil de su búsqueda en el hotel, pero necesitaba confirmarlo para tapan cualquier agujero a sus espaldas. Porque en alguna ocasión había conseguido de los conserjes y porteros datos que no habían sabido darle los propios clientes que le pagaban.

Teo hizo un gesto a la empleada, que volvió a su puesto en recepción.

—¿Quién te ha contratado?

—El novio de la chica. Quiere que encuentre a quien la mató.

El gerente levantó las cejas y suspiró con pesimismo.

—Lo vas a tener difícil, porque parece la obra de un loco. Reconocí a la chica en cuanto el teniente me enseñó su fotografía del DNI. Era difícil no reconocerla



después de haberla visto una vez. Demasiado atractiva para ir caminando por ahí sola. Pero únicamente un loco sentiría deseos de destrozar a una mujer así. Si el novio no te hubiera contratado, lo habría hecho yo. Esta muerte puede sacudir un negocio que comenzaba a ir viento en popa —dijo abarcando con un gesto de la mano todo el magnífico escenario que los rodeaba.

Cupido comprendió que también por eso había contestado con tanta amabilidad a sus preguntas. Si se corría por las agencias de viajes la noticia de que había un homicida suelto por la Reserva, el hotel, habilitado pensando en sus posibilidades turísticas, tendría que cerrar por abandono. No pudo dejar de pensar en doña Victoria y en las palabras del Alkalino.

—No dudes en llamarnos para cualquier cosa en que te podamos ayudar —añadió.

—Gracias.

—Que tengas mucha suerte.

Lo primero que se veía al llegar al Centro-Base de la Reserva era la alta torreta de vigilancia contra incendios que desde sus quince metros de altura y construida enteramente con troncos dominaba toda la perspectiva alrededor, por encima de los tejados de las instalaciones y de las copas de los árboles. A sus pies se extendían los cobertizos para los vehículos de vigilancia y para los camiones cisterna de los bomberos, el almacén para las herramientas y la pequeña construcción que a veces servía de oficina, porque el verdadero centro de gestión estaba en Breda. Un poco separados quedaban la piscina donde los helicópteros podían cargar agua en caso de emergencia, el helipuerto, ya sin ningún aparato desde diez días antes, y las tres casas familiares que la dirección de la Reserva ponía a disposición de los empleados que quisieran habitarlas. Sólo una de ellas estaba ocupada, la de Molina, el guarda a quien le había correspondido el turno de vigilancia en aquel sector de El Paternóster el día de la muerte. Los otros empleados preferían vivir en Breda, lejos de aquel aislamiento tantos días al año, cuando no era época de caza o no era jueves o fin de semana, aunque supusiera prescindir de una vivienda gratuita y tener que desplazarse cada día hasta allí.

Al oír el ruido del coche, salió de la casa una mujer con un niño pequeño en los brazos. Otro chiquillo de cuatro o cinco años asomó tras ella y el detective se preguntó si no estaría ya en edad escolar. La mujer miró a Cupido mientras bajaba de su automóvil, sin acercarse a él, con una curiosidad algo nerviosa, como si supiera que alguien tenía que llegar, pero no supiera quién ni para qué.

—Busco a Molina, el guarda. Me dijeron que vive aquí.

—Yo soy su mujer. Ahora sale.

El detective la observó mientras esperaban. Quizá no pasara de los veinticinco

años, pero su aspecto de suciedad y abandono la envejecían. Tenía el pelo de ese triste color pajizo que ni siquiera parece color. Lo llevaba cortado en una media melena y bajo las mechas que le caían de la frente se escondía la mirada sumisa y desconfiada de quien, antes que en los demás, ha perdido la confianza en sí misma. Vestía una camisa de corte masculino, demasiado larga en las mangas para haber sido comprada para ella, y un descuidado pantalón de color marrón. A pesar de su aspecto, no había hecho ningún gesto o intención de ordenarse el pelo o ajustarse las ropas, como si se hubiera resignado hacía ya tiempo a la dejadez y a causar una impresión negativa.

Por la puerta de la casa apareció Molina. Llevaba el pelo húmedo y recién peinado, y el detective supuso que había estado durmiendo la siesta y que se habría levantado al oír el ruido del motor. Así, el contraste con la mujer se hizo mayor. Cupido recordaba haberlo visto alguna vez por la ciudad. Se fijó en su rostro moreno y correoso, en su cabeza demasiado pequeña en relación al cuerpo, con algunas canas aisladas en las sienes entre el abundante pelo negro, en su tipo delgado y dotado de una cierta apostura gitana, en la elegancia con que sabía llevar las botas camperas y los pantalones de pana negra, de canutillo ancho, prescindiendo del uniforme verde pálido que vestían los guardas de la Reserva. Aparentaba unos cuarenta años, lo que suponía una considerable diferencia con la edad de la mujer, pero era de esos hombres que parecen más sólidos y fuertes a los cuarenta que a los veinticinco.

Molina se acercó hasta el detective. El sí sabía para qué había ido hasta allí.

—¿Qué desea? —le preguntó.

—Quisiera hacerle unas preguntas.

—¿Sobre qué? —dijo, sin ocultar la desconfianza, alto y moreno, echando un poco la cabeza hacia atrás, con un gesto que proponía un desafío.

—Sobre el día en que mataron a la chica.

—¿Policía?

—No.

—Periodista —dedujo.

—No. Soy investigador privado.

Molina lo observó con mayor curiosidad, evaluando una posibilidad que no había previsto.

—Vaya a preguntarle a la Guardia Civil. Ya les conté a ellos todo lo que sabía.

—Ya lo hice. Me dijeron que usted era la única persona en este sector de la Reserva que esa mañana tenía la obligación de estar vigilando. Observar si alguien se internaba en él o salía de los límites permitidos para la acampada y los excursionistas.

El guarda lo miró fijamente, preguntándose qué más le habría dicho y hasta qué punto el detective contaría con la benevolencia del teniente para recibir aquella información.

—Dos mil hectáreas es un territorio demasiado grande para ver en todo momento quién entra o sale —replicó muy deprisa, como si tuviera aprendida aquella respuesta y siempre le hubiera resultado eficaz su uso.

Cupido comprendió que así no iba a sacar mucho de él. Molina era de ese tipo de gente recelosa, a medio camino entre la astucia y la prudencia, y hábil en ocultar información. Necesitaba demostrarle que no era un advenedizo.

—Usted conocía a la chica —dijo, y vio cómo sus palabras creaban una repentina corriente de tensión en el guarda y en la mujer, que levantó la cabeza interesada.

—¿Quién se lo dijo? —repitió. Aparentaba indiferencia, pero el detective ya sabía que había logrado inquietarlo.

—Marcos Anglada, el novio de la muchacha.

—¿El novio lo ha contratado?

—Sí.

—Es cierto que la conocía —explicó, como si conocer al cliente lo hubiera tranquilizado—. La había visto alguna vez.

—¿Cuándo?

—En una ocasión ella y el novio estuvieron a punto de provocar un incendio. Otra vez tuve que guiarla hacia algunos parajes de la Reserva que quería pintar. Era el mismo trabajo que guiar a un cazador a los tollos, pero con ella no era para disparar. Lo había solicitado a la dirección de la Reserva y le habían concedido el permiso.

—¿La vio el sábado?

—No. Y no tenía por qué haberla visto. Cuando la mataron todavía estaba en la zona de tránsito libre y ahí ejercemos menos vigilancia. Además, no es fácil detectar a una persona sola que entre caminando.

—¿Pasó cerca de allí en algún momento de la mañana?

—No —repitió en tono de fastidio—. Esa mañana seguí otro itinerario.

—¿Se cruzó con alguien? ¿Con algún coche?

—Ya le dije que no vi a nadie.

El guarda miró su reloj con un ostensible gesto de impaciencia. Luego miró hacia el bosque, como si alguien estuviera esperándolo allí dentro. Dijo:

—¿Terminó con las preguntas?

—Por ahora sí, por ahora terminaron las preguntas. Adiós —añadió dirigiéndose también a la mujer.

En el camino de regreso se preguntó si Molina podría haber matado a la muchacha y no se sorprendió al responderse que sí. Aunque daba la impresión de ser alguien más predispuesto a los pequeños robos y míseros sobornos que a un asesinato, también parecía lo suficientemente endurecido para, en un momento especial, llegar más lejos. Cupido había aprendido que el asesinato surge tanto de una capacidad del espíritu como de las circunstancias favorables para cometerlo. Molina

le parecía el tipo de hombre eficaz para la guerra: mataría bajo una coartada o una bandera y sería lo que llaman un buen soldado. Pero había algo en la muerte de la chica que no encajaba con la imagen que se estaba formando de él: en el caso de que fuera el autor, lo imaginaba violando a su víctima antes de matar. Tenía un físico atractivo para muchas mujeres que aprecian la virilidad sobre cualquier otro reclamo, pero no para una muchacha de ciudad con la idea —sin duda precipitada— que se iba haciendo de Gloria: la de una mujer joven, hermosa e independiente que ama más la ternura que la dureza, más la lentitud que las efusiones.

La mujer vestida de negro le había dicho dónde encontrar a su marido: en una pequeña finca de olivos y hortalizas situada a tres kilómetros de Breda, a medio camino entre la ciudad y la Reserva. Mientras conducía hacia allá era consciente de la dificultad que le suponía aquella entrevista. Necesitaba información, pero no podía atosigar al viejo con un interrogatorio sistemático propio de la Guardia Civil: ¿Qué hizo aquel día, a aquella hora?, ¿qué tipo de relaciones mantenía con ella?, ¿cuándo fue la última vez que la vio?, ¿quién podría tener motivos para matarla? Conocía a Clotario desde que era un niño, lo había visto muchas veces, hacía ya veinte años, pasar por el antiguo camino del ejido montado en el manso y viejo mulo lleno de mataduras que lo había acompañado en aquel peregrinaje donde perdió el orgullo. Clotario había sido legionario en su juventud, pero no había prosperado en la milicia y había vuelto a Breda para poner una taberna y cultivar unas tierras poco fértiles en un tiempo en que la mitad de los campesinos comenzaban a abandonarlas. Por entonces era un tipo sabido en leyes, violento y orgulloso, que presumía de sus viajes y de hablar dos docenas de palabras en un francés degradado. Todos lo llamaban don Notario con un matiz de burla que él nunca captaba. Su hermano menor, el padre de Gloria, también había sido militar, y con más éxito. Se había alistado como voluntario en Aviación porque ya entonces tuvo la suficiente perspicacia para adivinar qué cuerpos de las fuerzas armadas progresarían con el siglo y el avance de la tecnología y cuáles estaban destinados al ostracismo o la desaparición. Aunque había llegado a comandante, se decía en Breda que siempre terminaba amedrentando a quienes volaban con él, que no se explicaban cómo lograba mantener en el aire el aparato y aterrizar sin destrozarse o destrozar el avión. Un mozo de remplazo destinado en la misma unidad del comandante le había contado hacía años a Cupido que en cierta ocasión en que pilotaba un biplaza de combate para mostrar a un alto militar de un país árabe las bondades y la alta tecnología de su fabricación, al apretar equivocadamente un botón había lanzado al vacío a su aterrorizado copiloto en un salto de emergencia, asiento incluido, del que el otro sólo pudo salvarse por la apertura automática del paracaídas. Pero fueran o no ciertas esas anécdotas, había conseguido el grado de jefe en el escalafón. Se cumplía así, una vez más, esa

paradoja de muchas familias en las que un hermano se ve irremisiblemente abocado al triunfo en la misma medida en que el otro lo está al fracaso, a pesar de tener ambos similares aptitudes y haber gozado de la misma formación y de las mismas oportunidades.

Clotario había cambiado la arrogancia por la resignación cuando ocurrió aquel triste asunto de su hija pequeña, Rosario. Al recordarla, el detective sonrió con añoranza.

Todos los muchachos estuvieron enamorados de ella aquel año, el del último curso en la escuela. Ahora una prima suya a quien él no había conocido había sido asesinada y se preguntó si tendría su misma sonrisa, la misma belleza y el mismo atractivo para que los hombres dieran vueltas a su alrededor como los pájaros dan vueltas en torno a los campanarios. Al llegar el verano Rosario se había escapado con un torerillo que recaló en Breda con el trasiego de las fiestas. Desde entonces Clotario había perdido el don y el orgullo, había cerrado la taberna y se había refugiado en un silencio humillado y rencoroso. Quizá entonces hubiera querido irse de Breda, marchar a la gran ciudad donde nadie lo conocía y donde tenía un hermano militar que seguía ascendiendo en el escalafón. Pero no lo hizo y por entonces debió comenzar el rencor, ese sentimiento donde siempre termina desembocando la envidia. Un hermano triunfando en lo que el otro había fracasado. Un hermano volando en las alturas mientras el otro está condenado a sobrevivir con el fruto de una mísera cosecha de hortalizas, cereales y aceite, sujeto a una tierra que nunca permitirá un descanso, labrando un árido barbecho que seguirá produciendo por fanegas y arrobas cuando ya todo el mundo comenzaba a medir en hectáreas y toneladas, encadenado a unos modos anacrónicos que ya no iba a cambiar nunca, cazando furtivamente por las noches, con la vieja escopeta que se trajo de África, los jabalíes que desde la impunidad de la Reserva llegaban de cuando en cuando hasta la finca, acechando con el dedo en el guardamonte, no por el usufructo de la carne ni por el placer de la caza, sino porque le destrozaban la escasa cosecha que daba la tierra. Marcos Anglada le había sugerido a Cupido que ellos heredarían todos los bienes de Gloria, el piso de Madrid, el estudio, la pequeña casa de Breda, el automóvil, los cuadros. ¿Sabía Clotario el valor que representaba todo aquello?

Detuvo el coche junto a la entrada que la mujer le había indicado, y siguió caminando por el sendero. Antes de haber visto a nadie oyó los rítmicos golpes de las podaderas en los troncos de los olivos y por la frecuencia dedujo que eran dos personas las que estaban trabajando. Pudo llegar hasta ellos sin que lo vieran y observarlos unos segundos mientras descargaban los golpes fuertes y precisos en los troncos ásperos, grises, cubiertos de verrugas. El sol brillaba en el filo de los podones cuando se elevaban para golpear y el detective admiró una vez más la habilidad y eficacia del hombre de campo para crear utensilios tan perfectos, tan adecuados a

cada una de sus necesidades. A la ancha hoz con filo interior le habían soldado en el dorso otra pequeña pieza con forma de hacha, más fina de filo y más cortante, que podía convertir aquella herramienta encastada en un mango de madera, de unos cuarenta o cincuenta centímetros, en un arma terrible, necesariamente mortal, no importaba el lado por el que se usara. Pensó en el miedo que a menudo provoca todo lo rural, en la seca brutalidad que late escondida en el trabajo y en las herramientas.

Hacía algún tiempo que Cupido no lo veía, pero no había cambiado mucho. Mantenía la misma expresión hosca y dura, aunque estaba un poco más encorvado y más lleno de arrugas. El hijo, de dieciséis o diecisiete años, nacido cuando ya no lo esperaban, se parecía extrañamente al padre, igual de delgado y fibroso. Juntos, cada uno limpiando de vástagos un árbol distinto, daban una sincronizada sensación de poder, de fuerza y eficacia. Los dos lo vieron a la vez y a la vez detuvieron los golpes de los podones.

Cupido se acercó a ellos, que lo miraron sin un destello de curiosidad, desde el principio sabiendo la razón por la que había ido hasta allí, hasta aquel campo de olivos, a buscarlos.

—Quisiera hacerle unas preguntas —se dirigió al viejo. Era la segunda vez en dos horas que decía aquellas mismas palabras, y pensó en las veces que todavía tendría que repetir las antes de llegar a conocer toda la verdad, en las mentiras que aún tendría que escuchar.

Clotario asintió con la cabeza, con una resignación para la que se había preparado desde veinte años atrás, cuando regresó a Breda tras perseguir inútilmente a la hija fugada, sin otra cosa entre las manos que lo que él consideraba la mayor deshonra y que ya entonces los muchachos no veían sino como una ridícula tragedia más de aquella intransigencia rural y antigua que contaminaba todas las costumbres de la villa.

—Me contrataron para encontrar a quien mató a su sobrina —dijo Cupido, y esperó que no interpretaran sus palabras como un desafío, sino como una limpia manera de presentar sus credenciales. Clotario lo conocía y conocía su oficio.

—¿Quién? ¿El tipo ese que decía ser su novio? —intervino el hijo antes de que el padre hubiera hablado.

—Sí —respondió, sorprendido de la carga de desprecio y desafío que llevaban sus palabras, de la nerviosa rapidez, adolescente con que había replicado.

El muchacho se volvió hacia el árbol y continuó podando con golpes más violentos. El detective tuvo que elevar la voz para que lo oyeran.

—¿No les gusta? —preguntó.

Clotario levantó la cabeza hacia él, algunas esquirlas de madera prendidas en el pelo sucio y duro, pero fue de nuevo el hijo quien se anticipó a decir:

—No nos gusta, no. Un señorito.

El detective esperó en silencio que el muchacho siguiera hablando, pero la prudencia ya le había cerrado la boca. Entonces se acercó un poco más al viejo.

—Hábleme de Gloria —le pidió. Descubrió sorprendido que era la primera vez que pronunciaba su nombre y que con algo tan sencillo como nombrarla comenzaba a adentrarse en ella. Sintió que hasta entonces todas las demás palabras habían sido un prólogo (necesario, sí, pero improductivo) para llegar a ese momento.

—No hay mucho que contar. No teníamos mucho trato, aunque en los últimos meses, desde que ella comenzó con el arreglo de la casa, nos veíamos un poco más. Quizá hubiera sido una mejor sobrina si su padre y yo hubiéramos sido mejores hermanos.

—¿Estaban enemistados?

—Manteníamos unas relaciones distantes. Nos visitaba algunas veces cuando venía a Breda y nos llamaba por teléfono en Navidad. Él estaba en Madrid, en una buena posición. Nuestro alejamiento venía de años atrás y no era nada personal con su hija. Contra ella no había nada. Pero su padre pudo haberme ayudado cuando ya estaba en Madrid y yo seguía en África. Pudo haberme arrastrado con él. Pero no lo hizo —dijo con un apagado tono de rencor.

Cupido comprobó una vez más cuánto puede durar el encono en aquel tipo de gente de campo afecta al vino tinto y a los pantalones de pana, capaces de guardar durante décadas el recuerdo de un pequeño desprecio como guardan en los desvanes las viejas herramientas cuyo uso ya nadie conoce o las grandes llaves de hierro negro que ya no abren ninguna puerta. En la ciudad, pensó, todo es más rápido, no hay tanto espacio para guardar cosas ni tanta memoria para el rencor.

—¿Y Gloria?

—Gloria no quería saber nada de todo aquello. Con nosotros no habló nunca del tema. Nos visitaba de cuando en cuando e intentaba ser amable, pero no teníamos mucho de qué hablar.

—Gloria era diferente —intervino otra vez el hijo, mientras caminaba hacia un nuevo árbol. Su tono de admiración sorprendió al detective, su voz no parecía la suya. El muchacho comenzaba a inquietarlo. Pero nadie le había hablado de él. Ni siquiera sabía su nombre.

—¿Los visitó el día anterior?

—¿El día anterior?

—El día anterior a que la mataran.

—No —dijo el viejo—. No sabíamos que estaba por aquí ese fin de semana. La mañana del sábado la pasamos en este mismo sitio, haciendo tareas parecidas. Hasta el día siguiente no supimos que había muerto.

Al detective le hubiera gustado preguntarles si alguien los había visto trabajando a las diez y media de la mañana, pero no se decidió a hacerlo. Él no era el teniente.

—¿Comentó alguna vez si tenía miedo de algo?

—No —dijo Clotario—. Con nosotros no.

—Quien la mató tuvo que venir con ella —dijo el muchacho. Por primera vez su padre lo miró con un gesto que ordenaba silencio.

—¿Qué quieres decir?

—Gloria salía también con ese escultor que tiene la casa junto al río. Todo el mundo lo sabe.

—¡David! —gritó el padre.

—Busque entre todos ellos. Aquí no sabemos nada —dijo todavía.

Cupido sacó de su bolsillo el papel donde había bosquejado el diseño del pin y se lo mostró a ambos.

—¿Vieron alguna vez este dibujo?

Padre e hijo miraron con atención el papel.

—No —respondieron.

Lo guardó en su cartera, se despidió de ellos y comenzó a caminar hacia el coche. A su espalda volvieron a resonar enseguida los secos golpes del acero en los retorcidos troncos de los olivos.

—Me dijeron que se llama Ricardo Cupido. Me dijeron que está investigando la muerte de esa chica. Me dijeron que tiene usted mucho talento.

—En lo último le mintieron —replicó Cupido—. No son convenientes tantos elogios. Tantos elogios sólo se le hacen a los muertos —bromeó.

La anciana esbozó una sonrisa que apenas llegó a abrir su boca, pero que reveló las arrugas de su rostro. Por un segundo le pareció más vieja de lo que aparentaba cuando se inclinó ante ella para estrechar su mano, delimitada por un pequeño reloj ovalado de inconfundible oro. Tendría unos setenta años e incluso sentada en aquel sillón hondo y de altísimo respaldo daba la sensación de haber sido una mujer apuesta. El rostro blanco destacaba sobre el fondo oscuro del asiento con una elegancia para la que Cupido no encontró otra palabra más adecuada que señorío. Llevaba el pelo —fino y gris como el de una telaraña— recogido en un moño lo suficientemente elevado sobre la nuca como para no parecer severo. De los lóbulos de sus orejas colgaban dos pendientes que hacían juego con la gargantilla que rodeaba su cuello, un tipo de joyas de oro antiguo y labrado muy barroco que ya no se hacía y que el detective recordaba haberlas visto en las orejas y en el cuello de su madre cuando sacaban del fondo más profundo de los baúles las joyas familiares y los pesados trajes típicos que sólo se aireaban en festividades muy señaladas. Pero doña Victoria las llevaba como si fueran algo cotidiano y su valor no perteneciera al ámbito de sus preocupaciones ni de su cálculo. Vestía de negro, pero no llegaba a parecer triste.



—¿Le apetece tomar algo? ¿Un oporto, una copa de coñac?

—Coñac, gracias.

—Octavio, por favor.

El hombre, que —después de saludarlo: «Octavio Expósito, tanto gusto»— se había sentado un poco alejado, en un segundo plano, volvió a levantarse y se acercó a una credencia oscura que había en el fondo de la gran sala. Escanció coñac en una copa y oporto en dos copitas pequeñas adornadas con filigrana dorada y las puso en una bandeja cubierta con un paño de hilo bordado. Cupido observó las iniciales de doña Victoria en una esquina de la tela. Todo en aquella casa, cada útil, cada adorno, parecía tener valor en sí mismo, independientemente del marco donde estaban alojados: desde los geométricos sillares de granito de la fachada hasta aquella sala donde los vetustos muebles se conservaban impecables bajo el brillo satinado de frecuentes capas de cera, desde la gran lámpara de brazos de bronce y cristal donde no faltaba una sola de las vírgulas hasta las escaleras de mármol de las que el detective había oído contar que ocultaban en su envés nombres de muertos.

Esperaron a que él se llevara el coñac a los labios para beber lentamente el oporto. Ahora Expósito había quedado frente a la alta ventana y a su luz Cupido vio que tenía unas heridas en el labio inferior, la cáustica llaga propia de los herpes. Era lo primero de él que atraía su atención, y se extrañó, porque siempre miraba los ojos de aquel con quien hablaba; sólo a los animales de quien podía temer daño les miraba en primer lugar la boca. Era alto, delgado y un poco pálido. Llevaba unas gafas de montura metálica demasiado ostensibles que unidas al tono apagado de su tez le daban un aire irremediable y triste de seminarista dedicado al estudio y falto de trato social.

—Supongo que ya le habrán hablado de mí como una de las primeras personas sospechosas de haber matado a esa chica —dijo doña Victoria tras dejar su copita en la mesa.

El detective dudó un momento, pensando si debía mentir.

—No con esas palabras —respondió.

Doña Victoria esbozó de nuevo una media sonrisa, como si hubiera sido aquello lo que esperaba escuchar. Entre los finos labios brillaron un instante sus dientes, demasiado blancos para no ser postizos.

—También es usted muy cortés, y no me advertieron de su cortesía. Pero le ruego que en esta conversación su gentileza no sirva para disimular la verdad. Conozco bien esta ciudad —dijo señalando con la cabeza más allá de la ventana— y sé que la mitad de sus habitantes me está señalando con el dedo. Nunca me entendieron. Ya le habrán dicho que si me atreví a hacer todo lo que hice, no iba a detenerme ante una muerte, precisamente ahora, cuando al fin, al cabo de veinte años, está a punto de resolverse este largo conflicto.

—¿A punto de resolverse? —preguntó Cupido. Admiraba el orgullo y la feroz resistencia de aquella mujer que había luchado durante dos décadas contra dos ministerios de la nación para que no le arrebataran lo que creía suyo, para no abandonar la tierra donde había nacido y de la que se habían alimentado sus antepasados durante veinte generaciones. Quizá, pensó, las generaciones acumulan el orgullo del mismo modo que acumulan las riquezas, y transmiten ambos a sus descendientes.

—Sí, está llegando el fin —dijo volviendo a mirar más allá de la ventana.

La luz de la tarde rebotaba en las paredes encaladas de la calle y entraba en la sala tamizada por los visillos blancos, iluminándole el rostro que el detective veía de perfil. Debía de haber sido una mujer hermosísima en su juventud para que todavía conservara aquella tez y aquellos brillantes ojos castaños.

—Pero ellos no saben que vamos a perder —añadió—. Veinte años y vamos a perder. Si ahí fuera lo supieran, nadie le habría ido contando esas absurdas acusaciones. Están esperando a vernos vencidos para convertirnos en mártires. Siempre ha sido así. Esta ciudad no cambiará nunca.

—No diga eso —intervino Expósito—. No es cierto que ésa vaya a ser la sentencia.

Se levantó de su asiento y fue a colocarse junto al sillón de la mujer. Doña Victoria le cogió una mano y lo miró con dulzura, agradeciendo su fe.

—Nunca como hasta ahora habíamos tenido tantas posibilidades de una sentencia favorable. Por primera vez estamos ante un tribunal imparcial. ¿Entiende de leyes? —le preguntó Expósito a Cupido.

—No —respondió, aunque recordaba con precisión cada uno de los pasos y argumentos de su vieja condena.

—El Tribunal de Luxemburgo aceptó hace algo más de un año nuestra apelación considerando que todo el proceso inicial de expropiación fue contrario a derecho. A partir de ahí, todo el corpus posterior, basado en una ejecutoria ilegal, cuando no delictiva, ya no tiene ningún valor de decisión. Sólo hay un veredicto posible —dijo, los labios llagados moviéndose con rapidez para articular aquella jerga judicial.

Doña Victoria lo escuchaba esbozando una triste sonrisa, como quien sabe que tener la razón no siempre implica ser el vencedor. Luego giró los ojos hacia Cupido y le preguntó:

—¿Sabe que conocí a su padre?

—No, no lo sabía —contestó sorprendido.

—Hizo algún viaje para mí en aquel hermoso camión alemán que él arregló tuerca a tuerca. Era un gran hombre. Y discreto. Le pedí que no hablara de aquello y ahora sé que ni siquiera su hijo llegó a enterarse. Todavía le guardo agradecimiento.

El detective se quedó en silencio. Ahora comprendía por qué la propia doña

Victoria lo había citado en su casa antes de que él mismo intentara hablar con ella.

—Lo llamé para que sepa algo que creo que no se hubiera atrevido a preguntarnos. No necesitaré indagar por ahí si alguien nos vio aquella mañana o dónde estábamos cuando mataron a la chica. Le daré nuestra coartada. Es así como la llaman, ¿no?

—Sí.

—Es una fea palabra. ¡Y es tan fácil crearla con tan sólo una mentira! Estábamos en nuestra casa de Madrid. Octavio salió por la mañana para hacerse unos análisis de sangre en un laboratorio. Le será muy fácil comprobarlo. Estábamos a doscientos cincuenta kilómetros de la Reserva, de modo que no me gustaría que volviera por aquí a interrogarnos como ese teniente. Para cualquier otra cosa las puertas de esta casa estarán abiertas para usted.

Cupido asintió, pero sabía que no podía prometer nada.

—La muerte de esa muchacha parece que viene como anillo al dedo a nuestros intereses, pero no tenemos nada que ver con ella —repitió Expósito.

El detective pensó que podía ser cierto. Hacía ya tiempo que había aprendido que no siempre la mejor pregunta para encontrar al autor de un crimen era ésa: «¿A quién le interesaba más que muriera la víctima?». Era reducir a la lógica de las leyes de causa-efecto la irracionalidad que a menudo envuelve los asesinatos. Vio cómo Expósito introducía su mano en el bolsillo interior de la chaqueta y sacaba una billetera de piel de color negro.

—Salí de casa poco antes de las diez y fui en coche al laboratorio, en ayunas. Me hicieron esperar unos quince minutos antes de extraerme la sangre —explicó mostrándole un informe clínico con su nombre, su grupo sanguíneo, los análisis realizados y la hora, las 10.43.

—¿Estaba enfermo?

—La semana anterior había comenzado a sentir algún mareo. El médico de cabecera me ordenó hacerme unas pruebas.

—No tenía buen aspecto y tuvo que dejar el trabajo —intervino doña Victoria—. Yo misma tuve que empujarlo para que fuera a la clínica.

—¿Sabe ya los resultados?

—Sí. Los recogí esta mañana, antes de venir de Madrid. Nada importante. Estoy limpio de cualquier virus. Cuando salí de la clínica compré la prensa y entré en una cafetería a hacer un desayuno fuerte, para recuperarme. No recuerdo cuánto tardé, pero calculo que media hora. Luego fui caminando a realizar unas compras. Pagué con mi tarjeta —dijo mostrándole un ticket de compras en El Corte Inglés—. Quizá sin el rápido interrogatorio del teniente no hubiera conservado este resguardo. Regresé hacia el coche y volví a casa. Eso fue todo lo que hice aquella mañana.

Todo quedaba perfectamente encajado. La hora de la extracción de sangre y la

identificación personal probaban que había estado muy lejos del lugar donde mataron a la chica.

—¿La conocían?

—No.

—No.

Habían respondido los dos al mismo tiempo y, aunque la voz del abogado había sonado más débil que la de la anciana, Cupido tuvo la fugaz sensación de que había un acuerdo en aquellas respuestas. La perfecta sincronización de las dos sílabas, pronunciadas demasiado rápidamente en aquella casa donde todo era lento —los pasos y la luz que entraba a través de los visillos, los movimientos de la atractiva doncella que lo había anunciado y las respuestas—, despertaron por un segundo su instinto para percibir el engaño, la proximidad de la mentira.

—Creo que no tengo mucho más que preguntarles —concluyó levantándose del sillón.

—Tiene usted un hermoso nombre —dijo la anciana mirándolo a los ojos—. Ricardo Cupido. No lo había imaginado así. No tiene aspecto de matón ni de alcohólico, como siempre había pensado que eran todos los de su oficio.

Cupido sonrió. Ya habían pasado al olvido los tiempos en que un detective que no fumara y no bebiera como un cosaco era un descrédito para la profesión. Estuvo a punto de decirle que llevaba cinco días sin fumar, pero calló porque supuso que, como la mayoría de los que nunca han fumado, infravaloraría el esfuerzo que a él le estaba suponiendo.

—Tiene demasiado atractivo para trabajar en un oficio tan feo —agregó.

—Es el único que sé hacer bien —dijo.

Se dirigió hacia la puerta y salió llevándose en las retinas la imagen de la anciana sentada y la de un hombre joven, callado, alto y pálido, con un labio llagado por el herpes.

A las diez y media de la noche, el detective ya había cenado y no deseaba hablar con nadie más. Había sido un día de demasiadas palabras. Tenía la certeza de que algunas de ellas habrían sido usadas para mentir, pero aún no podía decir cuáles. Se tumbó en el sofá, descalzo, y se negó a seguir pensando. Ya había tomado notas de todo lo dicho y ocurrido en el día y lo había contrastado con los papeles del teniente sin hallar nada contradictorio, y aunque en un primer momento sintió la tentación de volver a leer lo escrito e imaginar los rasgos del rostro de la víctima, un rostro que terminaría conociendo como el de una amante, al final cogió el mando a distancia y fue recorriendo todos los canales de televisión sin encontrar nada que lo ayudara a distraerse. A pesar de ello, no le agradó el sonido del timbre, pulsado dos veces, como por alguien lleno de ansiedad o de prisas.

En el hueco de la puerta se recortó la figura de David, el primo adolescente de Gloria. Se había lavado y se había peinado el cabello húmedo, aplastándolo hacia un lado con una raya muy recta. También las ropas nuevas que lucía indicaban la importancia que le daba a aquella visita. Estaba parado ante él, tímido y huraño amansado, sin atreverse a pedir permiso para entrar —quizá cohibido por la brusquedad con que había hablado por la tarde—, aun sabiendo que lo que venía a contarle no podría decírselo en el rellano.

—Pasa.

Lo invitó a sentarse en el sillón y el muchacho lo hizo en el borde, sin recostarse, incapaz de perder todavía aquella actitud de alarma.

—¿Quieres una cerveza?

—Sí, una cerveza.

El detective fue a la cocina y se demoró destapando los dos botellines, dándole tiempo a que se relajara, a que observara la decoración y las paredes del apartamento hasta sentirse seguro y orientado en aquel espacio desconocido.

Le puso la bebida en la mano y se sentó frente a él, esperando sus palabras.

—Quería hablar con usted —dijo entonces, casi con cordialidad, como haciéndose perdonar la aspereza anterior.

—No me llames de usted —lo interrumpió Cupido, sospechando el brusco cambio de ánimo en un adolescente sometido a tensión—. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—¿Hay algo que tu padre o tú no me habéis contado? —lo ayudó.

—Sí.

—¿De qué se trata?

El muchacho bebió un largo trago de cerveza.

—Del dibujo que nos enseñó. El círculo con la isla y la bomba. Esta mañana, delante de mi padre, no podía decirle... decirte —corrigió enseguida— que yo lo había visto antes. No puede soportar que hable de pintura.

El detective sintió un cosquilleo en las yemas de los dedos, como si por primera vez en aquella búsqueda estuviera palpando algo sólido y tangible que no podía ser una falsificación.

—¿Dónde lo viste?

—En su diario.

—¿Gloria tenía un diario? —le preguntó. Nadie le había hablado de él. Ni Anglada, ni el teniente, si es que conocían su existencia, lo habían mencionado.

—Sí.

—¿Cuándo fue?

—Hace menos de un mes, la última... —dijo, y corrigió de nuevo—: la penúltima vez que ella vino a Breda. Yo había visto su coche junto a su casa y entré para ver si

necesitaba algo.

—¿Allí viste el diario?

—Sí. Llamé golpeando en la puerta, que estaba abierta, y aunque no me contestó, supuse que estaría ocupada y que no me había oído. A la izquierda de la entrada hay una pequeña habitación, y allí vi el cuaderno abierto sobre una mesa. Volví a llamar a Gloria por su nombre y tampoco respondió. Me acerqué a la ventana y al bajar la vista hacia el cuaderno leí la fecha de aquel día y la única frase que parecía que acababa de escribir, porque una pluma sin capuchón estaba todavía sobre el cuaderno, como si algo la hubiera interrumpido.

—¿Recuerdas qué ponía?

—Sí. No he podido olvidarlo, porque no lo entendí y durante días estuve pensando en eso. Decía: «Ayer él me dio miedo. Pero el miedo no es un sentimiento inocente».

El detective se quedó pensativo, incapaz de interpretar fuera de su contexto aquellas palabras aisladas. Pero las dos frases sugerían una vaga y anónima amenaza.

—¿Sólo eso? ¿No había ningún nombre? —preguntó. Durante un instante le vino a la cabeza la posibilidad de que el muchacho estuviera mintiendo, pero enseguida la rechazó: no lo imaginaba inventando unas palabras así, tan difíciles de comprender separadas del resto de la página.

—Bajo la fecha de aquel día era lo único que estaba escrito. Al hojear las páginas anteriores me di cuenta de que era un diario y no quise seguir leyendo. Pero no pude evitar ver, varias hojas antes, ese dibujo que nos enseñó esta mañana.

—¿Estás seguro de que era el mismo?

—Sí. Podría dibujarlo ahora.

Miró a su alrededor, descubrió en una estantería un bolígrafo y el cuaderno donde Cupido había estado escribiendo las notas sobre la investigación y se levantó para cogerlo.

De nuevo en la mesa reprodujo en una hoja en blanco el dibujo del pin sin que faltara ninguno de sus elementos, sin equivocarse en su distribución, sólo levemente alterada la proporción y el tamaño de los detalles. El detective, sorprendido, admiró su habilidad para ejecutar cada trazo, la precisión del bolígrafo para recorrer una trayectoria perfecta y detenerse sin dudar en el punto preciso. Se preguntó si aquel don para el dibujo que demostraba no tendría el mismo origen genético que los dones que a Gloria le habían permitido vivir profesionalmente de sus manos.

—El mismo —corroboró—. ¿Tú también pintas?

El muchacho agachó la cabeza con una mezcla de pudor y de halago. La casa ajena en que se encontraba o el gozoso tema de la pintura habían desterrado definitivamente el tono agresivo y huraño que había mostrado en el olivar.

—Algo. A veces dibujo paisajes y algún retrato.

—¿Acuarela?

—No, óleo. Tengo un equipo. Me lo regaló ella.

—¿Gloria?

—Sí. No lo sabe nadie. Mi padre no me hubiera permitido aceptar algo así que viniera de ella. Todavía tiene demasiado orgullo. Además, mis padres son demasiado viejos.

—¿Te enseñó Gloria a pintar?

—¿Enseñar? No. Me hubiera gustado que lo hiciera, pero nunca dijo nada de enseñarme —explicó, y Cupido notó cómo otra vez afloraban a la superficie algunos filamentos de rencor—. Siempre estaba demasiado ocupada cuando venía por aquí, paseando por la Reserva o en casa de ese escultor. Pero varias veces estuve junto a ella mientras pintaba algún paisaje en el pantano. O a los ciervos. La ayudaba a llevar el caballete y me quedaba allí, mirándola mezclar los colores en la paleta. Luego, al volver a casa, intentaba hacer lo mismo que le había visto hacer a ella. Gloria no me enseñó a pintar, aprendí yo solo.

El detective lo imaginó inmóvil a sus espaldas, doblemente deslumbrado por su capacidad para la pintura y por su belleza, con los ojos muy abiertos observando sus manos o su nuca, sus hombros, sus caderas, detenido en el límite donde comienza la incapacidad para resistirse al deseo.

—También la veías a menudo en la casa.

—A menudo no, algunas veces. Yo miraba los libros de pintores que tenía o le preguntaba cosas de Madrid. Odio el trabajo en el campo y me gustaría irme de aquí. Hasta mi padre ha viajado. Pero lo malo de los padres viajeros es que si regresan a casa con las manos vacías no quieren que sus hijos hagan el mismo camino —dijo con una lucidez sorprendente para un chico de diecisiete años.

—¿Nunca le pediste a Gloria que te ayudara? —le preguntó en tono apaciguador.

—No.

Cupido estaba seguro de no equivocarse al formarse un juicio sobre los sentimientos del muchacho: ciega admiración hacia una prima —unos años mayor, turbadoramente hermosa, rica, gozando de todos los atributos de la felicidad que él nunca tendría— mezclada con un inestable resentimiento por el antiguo desdén que había determinado que todo fuera así. Debía de tener pánico a convertirse en una versión actualizada de su padre, en una reedición del desprecio del familiar urbano y pudiente frente al pariente pobre y rural que vive encadenado al cotidiano esfuerzo animal.

David terminó la cerveza, dejó el casco vacío en la mesa y se quedó con la cabeza agachada, mirándose las manos que temblaban levemente. Cupido supuso que sus pensamientos seguían el mismo cauce: cuatro, cinco años más de esfuerzo con las brutales herramientas agrícolas y aquellos dedos dotados para otro oficio más

placentero quedarían inutilizados para siempre, incapaces ya de asir un pincel con la suavidad y precisión que exige un cuadro. Se preguntó si aquel adolescente que tenía frente a él no se habría detenido nunca a pensar que la muerte de Gloria iba a permitirle hacer todo lo que había ambicionado.

—¿No viste nada más escrito en el diario? —insistió.

—No recuerdo nada más. Fueron sólo unos segundos. Gloria apareció enseguida y me sorprendió mirándolo. Sonrió, cerró el cuaderno y lo apretó contra su pecho mientras me decía sin enfadarse: «Esto es secreto. Aquí está escrita mi vida».

Aunque la existencia del diario era un dato importante, Cupido no se sintió demasiado optimista. Nunca le había gustado que una investigación se basara en la búsqueda de un objeto, porque sabía qué fácilmente desaparecen las pistolas en el fondo de los pantanos y con qué rapidez arde el papel.

—¿Qué opinaba tu padre de todas estas visitas?

—Nunca pensó que fueran tan frecuentes. Aceptaba que fuera a ayudarla a transportar o a colocar algo, pero se hubiera negado a cualquier cosa relacionada con la pintura. Yo soy el único hijo que le queda aquí y no se resigna a aceptar que también me iré algún día.

—Gracias por todo lo que me has contado —dijo Cupido—. Si recuerdas algo más, relacionado con ella, no dudes en venir a decírmelo.

—De acuerdo.



## Capítulo 5

El edificio era uno de esos altos bloques de acero y cristal donde conviven, separados por un tabique, el alto ejecutivo con la prostituta de lujo. El pasillo de suelo de mármol parecía el de un hotel, con muchas puertas a ambos lados que daban acceso a viviendas donde cada centímetro cuadrado era exhaustivamente aprovechado. Un arquitectura copiada a las abejas que, sin embargo, no logra reducir al hombre a la condición de insecto.

Cupido pulsó el timbre y enseguida oyó los pasos que se acercaban confiados, esperando su llegada desde que le telefoneó desde una cabina. Anglada abrió la puerta sin atisbar antes por la mirilla y lo invitó a pasar con dos palabras y un gesto de la mano. Estaba en albornoz, arrastraba por el parqué dos elegantes chinelas de cuero y tenía el cabello mojado, como si acabara de salir de la ducha.

—Enseguida me visto y nos vamos. Póngase cómodo —dijo antes de desaparecer por una puerta.

Era un apartamento de mediano tamaño, con un salón que daba a Comandante Zorita. Por una puerta abierta se veía la cocina, sin ningún plato a la vista, sin una mancha ni una miga de pan sobre la encimera, con todos los electrodomésticos cerrados, todo limpio y con aspecto de ser poco usado, todo con esa asepsia fría y metálica que tienen los hogares donde no hay niños, propios de gentes que cocinan poco en casa y tienen por costumbre comer fuera.

En el salón y junto a una de las dos ventanas con marco de PVC y persianas incrustadas dentro del doble acristalamiento, había acotado un espacio para despacho o estudio donde trabajar fuera de la oficina. El ordenador ocupaba una pequeña mesa adjunta. Apenas se veían libros, pero las paredes estaban llenas de cuadros. Al fijarse en ellos, Cupido vio dos grabados, un retrato de Anglada que le pareció excelente y varias acuarelas en las que se leía la firma de Gloria con una letra redonda y limpia que, sin saber por qué, no le pareció propia de una pintora, como si alguien capaz de realizar aquellos cuadros no debiera luego firmarlos con tanta sencillez o inocencia. En el vano entre las dos ventanas aún había espacio para la orla de fin de carrera y, bajo ella, el título oficial de abogado, bien visible a los ojos de cualquier visitante.

Anglada salió enseguida y bajaron a la calle. Tras esperar diez minutos, lograron coger un taxi hasta la casa de Gloria, en Cea Bermúdez. El tráfico era infernal. Una huelga de conductores de metro, que no habían aceptado los servicios mínimos impuestos por el Ayuntamiento, había paralizado las vías subterráneas. El resultado era una ciudad corriendo enloquecida sobre el asfalto.

Mientras llegaban, Anglada le fue contando algo sobre la zona en que se encontraba la vivienda. El padre de Gloria, con esa necesidad de prevenir el futuro que tienen todos los militares —quizá como una derivación doméstica de lo que

aprenden en las academias, al fin y al cabo el arte de anticiparse al tiempo y al enemigo en una batalla, en un atentado, en cualquier emergencia—, había comprado uno de aquellos amplios pisos que en su época vendieron muy baratos en la zona y que se llenaron de militares destinados en los cercanos cuarteles de la Moncloa. Luego había sido Gloria quien con sus primeras ganancias —y sin duda con la ayuda paterna, pensó Cupido— había alquilado primero y luego comprado uno de los áticos que en el mismo edificio habían sido reconvertidos en estudios desde su original destino de trasteros y azoteas. Allí se dirigieron en primer lugar.

—Aquí subía a pintar. O cuando quería estar sola —dijo Anglada cediéndole el paso.

El estudio era un amplio espacio diáfano, de forma rectangular, con dos pilares de carga en el centro, iluminado en uno de los laterales mayores por tres ventanas circulares que le daban cierto aspecto bohemio. Por ellas se columbraba un paisaje de tejados rojizos con el fondo verde y difuminado de la Dehesa de la Villa. Frente a la entrada, en el otro lateral menor, se veían dos puertas cerradas que debían dar acceso al cuarto de aseo y a una pequeña habitación. Entre ambas había una estantería de baldas muy separadas donde se apilaban botes de pintura, pinceles, carpetas, cuadernos y algunos libros, todo mezclado con ese atractivo desorden que Cupido había visto en fotografías de los estudios de muchos pintores. En la última pared colgaban cuadros o se apoyaban contra ella, vueltos de espalda, con el celo del artista a mostrar los bocetos que no supo acabar y que tampoco se decidió a borrar, porque al fin y al cabo, pensó, todo cuadro no terminado es la historia de un pequeño fracaso, del mismo modo que para un escritor cada idea, cada argumento, cada relato sin concluir o cada novela dejada a medias es la prueba de una incapacidad o de un error de cálculo en las propias fuerzas o en el propio talento. Sabía que también para un detective cada enigma que no sabe descifrar se convierte en una derrota.

Al alcance de la vista, apoyados en las dos anchas columnas, en los vanos entre las ventanas y en dos caballetes orientados hacia la luz se veían los últimos cuadros que Gloria había pintado o estaba a punto de terminar. Eran una serie de óleos con paisajes de la Reserva, de la dura geografía del Yunque y el Volcán, de las navas escondidas entre sus faldas y el pantano, de grupos de ciervos que al atardecer se acercan a beber en la orilla o de gamos que se esconden elevando sus palas por encima de las jaras. En otras telas más pequeñas se recogían variaciones sobre las pinturas rupestres de las cuevas que Cupido, hacía veinte años, había contemplado tantas veces. Unas cuantas fotografías de los originales estaban clavadas con chinchetas por las paredes, aquí y allá, con un orden que él no entendía, pero que acaso tuviera una lógica implacable y secreta en la pupila de Gloria. Le pareció que aun siendo dos series distintas, las dos se complementaban —la tierra y su inquilino— con un delicado equilibrio entre lo narrativo y lo poético, como si a aquellas

mágicas pinturas del color del hierro oxidado que veinte años atrás los adolescentes reavivaban orinando sobre ellas las justificara sólo un paisaje así, donde se mezclaba la dureza prehistórica con los ecos del paraíso perdido; como si a aquella geografía sólo pudieran corresponderle aquellas imágenes filiformes en el límite de lo figurativo, a veces reducidas al impacto esencial del anagrama, a veces mostrando no sólo la idea de unos hombres preocupados por la comida y la supervivencia: Gloria les había dado un rostro y había metido en sus caras oscuras y rojizas sentimientos de miedo, deseo y alegría, un anhelo de conocer cómo fuimos para llegar a ser lo que ahora somos.

Cupido se acercó a la estantería. Algunas carpetas atadas con balduque rojo rebosaban de apuntes y bocetos. Lo demás eran blocs, catálogos de exposiciones y monografías sobre diferentes estilos y pintores.

Anglada se había quedado callado, mirando los cuadros, moviéndose por el estudio con familiaridad, pero con respeto, sin tocar nada, como el padre que no quiere cambiar ningún detalle en la habitación de una hija trágica y prematuramente muerta.

—¿Sabe que Gloria escribía un diario? —le preguntó el detective.

—¡El diario! —exclamó golpeándose levemente la cabeza—. Sí, lo sabía, aunque no llegué a verlo nunca. Varias veces comentó algo sobre él. ¿Es importante?

—Podría serlo. Tal vez nos aclarara algunas cosas. Gloria se lo llevó alguna vez a Breda, aunque ese último fin de semana no lo hizo. Al menos no estaba entre sus pertenencias.

—¿Quién se lo dijo?

—David, el primo de Gloria. La vio un día escribiendo en él. Creo que deberíamos buscarlo.

Vio cómo Anglada se ponía tenso, alertado por un acontecimiento que no había previsto. Era más que probable que Gloria hubiera escrito sobre él juicios o intimidades, agradecimientos o pequeñas ofensas, mezquinos roces de convivencia o impúdicos y gozosos atrevimientos, y debía de temer que el detective hurgara en todo aquello y se internara en aspectos privados que no concernían a la investigación. Sin embargo, lo oyó aceptar:

—En un caso así creo que Gloria hubiera estado de acuerdo.

—¿Dónde podría guardarlo?

—Recuerdo ahora que un día, bromeando, le dije que lo leería a escondidas. Ella me contestó que nunca lo encontraría, que lo guardaba tras las mejores puertas —explicó, pensativo.

Pasearon la mirada por todo el estudio, evaluando los posibles escondites.

—No creo que esté aquí. Debe de estar en el piso. En cuanto lo vea entenderá por

qué lo digo.

—Tenía razón —asintió Cupido cuando bajaron.

Era una vivienda de techos un poco más altos de lo habitual, adornados con una ancha moldura de escayola y unos plafones demasiado grandes. Desde el vestíbulo se accedía a un amplio salón distribuido por un tabique central en dos mitades simétricas, con una doble puerta corredera. No parecía el hogar de una mujer joven, pero la herencia de unos padres muertos hacía poco tiempo habían determinado aquella decoración tan recargada. Gloria no había querido desprenderse del excelente mobiliario ni de la colección de adornos y fotografías acumuladas por ellos, ni tampoco había renunciado a incorporar muebles propios y a colgar en los últimos huecos de las paredes algunos de sus cuadros. El resultado era una gran casa llena de todo tipo de objetos y de posibles escondites.

—Se tardaría un día entero en registrarlo a fondo. Mire por ejemplo ese mueble —dijo Anglada señalando un aparador de diseño original donde se conjugaba un cuerpo de pequeñas cajoneras horizontales, parecidas a las usadas en las imprentas, con otros dos de amplios vanos para la cristalería—. Lo dibujó Gloria y pudo haber disimulado un escondite en cualquier hueco.

—Entre los dos tardaríamos medio día —sugirió Cupido.

Si el diario estaba escondido, no creía que fuera en el oculto hueco de un mueble, sino en algún sitio a la vez accesible y difícil de imaginar.

Suponía que Anglada hubiera preferido buscarlo y leerlo él solo, pero ya era demasiado tarde para una negativa. Él pagaba la investigación y no podía poner obstáculos a su desarrollo.

—De acuerdo, busquemos ahora. Cuando pasen unos días tal vez no pueda entrar —dijo con un tono de desaliento que Cupido no le había oído ni siquiera el primer día, cuando fue a contratarlo—. Pero antes tengo que hacer una llamada.

Descolgó el teléfono y marcó con rutina. Ordenó que no lo esperaran en la oficina en unas horas, que tenía cosas que hacer. Colgó y se dirigió hacia el detective.

—Comenzaremos por el dormitorio.

Fue una búsqueda larga, minuciosa y sistemática. Cada hueco, cada rincón, cada espacio entre dos cajas o dos prendas colgadas en los armarios, cada balda llena de libros de pintura o de tratados de aviación o de biografías militares, cada cesto de revistas fue revisado a fondo por los dos hombres, Anglada deteniéndose a pensar o a recordar algo de vez en cuando, el detective con la turbadora sensación de estar cometiendo una infracción. La casa estaba como cuando ella vivía, y lo repentino de su desaparición lo había dejado todo como sorprendido en su uso cotidiano, abierto a un pronto regreso de su dueña, al alcance de la mano los objetos más usuales: las pinzas de depilar junto a un pequeño espejo de ampliación, a medias el crucigrama del último diario, sin recoger una lata vacía de Coca-Cola, el disco de Clásicos

Populares introducido en el compacto. Cada prenda íntima cuyo tacto Cupido procuraba evitar y dejaba que fuera Anglada quien la acariciara, cada olor que descubría en un pañuelo o en un bolso antiguo y pasado de moda que ya no usaría, cada peine o barra de carmín perdida bajo un cojín le daba información sobre ella, sobre sus gustos, antojos y pequeñas manías, sobre lo que le había producido placer o lo que había abandonado en un rincón con un presumible gesto de aburrimiento. Todos los detalles le iban dando la imagen de una mujer empapada de una sensualidad especial para la vista y el olfato, los dos sentidos que más apelan a la nostalgia. En un hueco de un armario o en un cajón de un mueble había encontrado una ramita seca de tomillo o esas bolitas de madera con forma y olores a frutas, o una caja de taracea de mil flores que unas veces exhalaban un aroma casi invisible y un segundo después una intensa mezcla de perfumes. En cuanto a la vista, todo su vestuario, maletas y objetos de uso personal, eran de esos colores sólidos y voluptuosos que parecen invitar a combinarlos.

A veces Cupido le preguntaba algo a Anglada sobre un objeto o un detalle que había llamado su atención. Otras veces era Anglada quien le mostraba algo, la figurilla que le quedaba como recuerdo de un viaje o un álbum de fotografías de ambos donde, sin embargo, el detective tuvo la impresión de que siempre estaban separados por un tercero que se interponía, por un cuadro de una exposición o por la propia mesa del apartamento de Anglada, uno a cada lado cogiéndose las manos mientras los contemplan con impertinencia los cien rostros diminutos de la orla de fin de su carrera de abogado.

El detective se sorprendió al encontrar en un bote de cerámica lleno de pequeños adornos un pin como el que Gloria tenía clavado en el dedo corazón el día de su muerte.

—¿Qué es esto? —le preguntó.

El abogado lo tomó entre los dedos sin prestarle demasiada atención.

—Fue el anagrama de una de esas campañas ecológicas de protesta que nunca consiguen nada. Lo diseñó Gloria, o al menos colaboró en su diseño. Luego nos obligó a comprar un pin a todos los que la rodeábamos. En casa debo de tener todavía varios rodando por ahí.

Lo registraron todo a fondo, pero no encontraron el diario donde Gloria había escrito: «Ayer él me dio miedo. Pero el miedo no es un sentimiento inocente», aquellas palabras que Cupido no sabía interpretar ni a quién aludían, pero que reflejaban un claro sentimiento de angustia. Miró a Anglada, sentado en aquel momento en el suelo, junto al equipo de música, pasando uno a uno los discos que habrían escuchado tantas veces juntos, evocando las canciones que quizá ya habrían comenzado a sonarle lejanas y antiguas. El abogado, de pronto, levantó la cabeza y miró alrededor, como si durante unos instantes se hubiera olvidado de dónde se

hallaba y qué estaba buscando, o cómo había llegado hasta allí. Se levantó del suelo y volvió a colocar los discos en su sitio. El salón era la última estancia que habían registrado y los dos estaban seguros de haber examinado todo hueco mayor de un centímetro. Anglada cerró los ojos y los frotó con sus dedos sintiendo el cansancio de aquellas tres horas de búsqueda. Habían pedido por teléfono unos sándwiches a Rodilla cuando sintieron hambre y vieron lo que aún les faltaba. Se levantaron con gesto de desánimo y salieron de la casa para volver al ático. Con una esperanza renovada movieron todos los cuadros y registraron los pocos escondites que permitían la ausencia de muebles y las paredes lisas del estudio, hasta llegar a la conclusión, decepcionados, de que el diario no estaba en ninguno de los dos sitios.

—Sólo nos queda buscar en su oficina —dijo Anglada—. No es muy probable que lo guardara allí, pero no tenemos otro lugar.

—¿En su oficina?

—Sí, en la Galería. Yo no podré quedarme más tiempo. Tomamos un café, le llevo hasta allí y le dejo con Camila. Ella le ayudará a buscar. También podrá contarle cosas de Gloria.

—¿Desde cuándo se conocían? —le preguntó Cupido cuando ya estaban ante dos tazas de café.

—Desde hacía tres años. Tres años —repitió.

—¿Tenía ella miedo de algo del pasado, de alguien a quien dañara, aun sin haberlo querido? —le preguntó. Sabía cuán a menudo, después de una desgracia, se descubre que había razones para haberla temido y haberla podido evitar.

—No —respondió categórico—. Gloria era muy transparente. Quizá no era muy fácil comprenderla, pero no podía haber ocultado un pasado tenebroso, si es a eso a lo que se refiere. Todavía era demasiado joven para tener cadáveres a sus espaldas.

Tenía la cabeza agachada sobre la barra, concentrado en dar vueltas con la cucharilla al café muy caliente. El detective se preguntó qué cosas habría escrito de él Gloria en su diario. Cualquiera mujer podría enamorarse de un tipo tan atractivo, tan seguro de sí mismo, con un buen trabajo y posiblemente un buen criterio para disfrutar de sus beneficios. Lo sorprendió el gesto brusco con que soltó la cucharilla y golpeó la barra con el puño.

—Debería haberla acompañado —dijo, abatido, como si exigiera para él una culpa de negligencia que, al mismo tiempo, lo eximía sutilmente de la culpa de asesinato.

—¿Dónde estuvo aquella mañana? —le preguntó Cupido procurando que sus palabras se alejaran de cualquier tono de sospecha.

—Me extrañaba que no me hubiera hecho hasta ahora esa pregunta. Me extrañaba que pudiera interrogar a otros sin haberlo hecho antes conmigo.

—¿Usted hace ese tipo de preguntas a quienes vienen a contratarlo a su bufete?

—No. Siempre confío de entrada en la veracidad de lo que me dice el cliente que me paga. Es mi obligación. Pero desde el primer día que hablé con usted supe que era un buen detective y que sería un mal abogado. Usted necesita conocer la verdad para poder trabajar. Los abogados sólo necesitamos trabajar, con la verdad o sin ella.

Cupido sonrió en silencio pensando que Anglada debía de ser un adversario temible en esa clase de juicios donde se producen confrontaciones dialécticas rápidas y duras. Lo había dejado sin nada que replicar.

—Aquella fue una mañana tranquila —explicó—. El teniente que tienen allí en Breda me hizo ya esa misma pregunta y eso me obligó a recordar cada una de mis acciones. Llegué a la oficina a las nueve...

—¿Tan pronto abre un sábado? —lo interrumpió.

—Casi todos los sábados. Madrugar es una de las primeras condiciones para llegar a ser un buen abogado. Si en un juicio no has entrado a la sala media hora antes que el juez, ya lo has perdido.

El detective asintió, convencido. Su incapacidad para madrugar era la segunda razón por la que él no sería nunca un buen letrado. Pensó que no estaba mal que aceptara tantas preguntas un hombre acostumbrado a ser él quien interrogaba.

—En la oficina estuve ultimando con mi secretaria los documentos que media hora después le entregué personalmente a un juez en representación de un cliente. Salí de los juzgados, me detuve a tomar un café y hojear la prensa y regresé a la oficina a dejar dispuesto el trabajo para el lunes. Además del juez, en el bufete le darán media docena de testimonios que lo confirman.

No era necesario. El detective no dudaba de la veracidad de aquellas palabras que coincidían con lo comprobado por el teniente.

Anglada se anticipó a pagar y salieron de nuevo a la calle. Tuvieron suerte y no necesitaron esperar mucho para encontrar un taxi. Media hora después llegaron a la Galería. Dos operarios se afanaban por bajar de las peanas las esculturas en hierro de una reciente exposición que, en un rápido vistazo, a Cupido le resultaron familiares.

Atravesaron la sala y llegaron hasta una puerta abierta que daba acceso a una oficina con varios armarios, algunos pósters de exposiciones en las paredes y dos mesas de despacho. Sobre una de ellas había una caja de cartón cerrada y varias carpetas y portafolios apilados. Tras la otra mesa, una mujer que leía unos folios timbrados levantó la cabeza al advertir su presencia y se levantó para saludar a Anglada con un beso cortés en la mejilla. Luego, el abogado los presentó:

—Ricardo Cupido. Camila.

La mujer le dio la mano con una mirada especulativa.

—Es detective privado —añadió fríamente, sin complicidad ni desafío.

Camila no pudo ocultar un leve gesto de sorpresa. El aspecto de Cupido no debía coincidir con lo que hubiera podido esperar de las palabras de Anglada.

Era unos años mayor que Gloria, alrededor de treinta y cinco, y frente a la heterodoxa espontaneidad del vestuario que habían registrado, Camila ofrecía un aspecto de señora bien aseada, a base de cremas y concienzuda depilación, con un meticuloso maquillaje, demasiado evidente para no ser una barrera, con unas calculadas gotas de perfume para alcanzar una moderada distancia, con esa general sensación de orden y continencia que, sin embargo, siempre hace dudar de la felicidad del marido.

—Te he llamado varias veces a casa y a la oficina, pero no conseguí hablar contigo. Guardé todas las cosas de Gloria. Supuse que querías llevártelas —le dijo a Anglada señalando la caja de cartón y las carpetas que había en la mesa.

El abogado se inclinó a abrirla, sin disimular su impaciencia.

—¿Sabes si está el diario? —preguntó.

—¿El diario de Gloria? No, no estaba aquí. He guardado todas sus cosas personales, pero el diario no estaba entre ellas. Creo que lo guardaba en su casa.

—¿Lo había visto alguna vez? —le preguntó Cupido.

—Sí, un par de veces.

—¿Aquí?

—No, en su casa.

—¿Gloria escribía mucho en él?

—Creo que más bien poco, pero apuntaba todo lo importante que le ocurría o que sentía. Me lo comentó alguna vez, aunque nunca llegó a enseñarme nada que hubiera escrito. Debía anotar esas cosas que las mujeres nunca confesamos a nadie —respondió mirando al detective, implicándose ella misma en esa inclinación al secreto, como si no quisiera quedar al margen.

Anglada consultó su reloj y recogió las carpetas y la caja de cartón.

—Tengo que irme —dijo—. Debo pasar sin falta por la oficina a preparar unos asuntos para mañana. Estaré allí el resto de la tarde. Llámeme si necesita algo.

Luego añadió dirigiéndose a la mujer:

—Quiere hablar contigo.

—Claro.

—Bien, entonces me marcho ya.

—Habrás venido en moto —observó Camila acompañándolo hasta la puerta del despacho.

—No.

—Tardarás una hora en llegar al bufete. Con la huelga, hoy es imposible circular.

—Vinimos en taxi y no tardamos mucho. Espero tener ahora la misma suerte.

El detective y la mujer se quedaron solos. Cupido sin saber muy bien cómo iniciar las preguntas; ella preguntándose qué diferencia habría entre los dos sólidos agentes que ya la habían interrogado y aquel atractivo investigador privado que no vestía con



traje de chaqueta y que pedía las cosas con amabilidad. Al menos, no se le notaba en cada uno de sus movimientos el bulto de la pistola bajo la axila.

En cuanto a Cupido, tuvo la repentina consciencia de llevar el rostro mal afeitado, el pelo revuelto y la ropa no demasiado limpia después de las horas empleadas buscando el diario en el piso y el estudio de Gloria. Sabía que aquellas sensaciones sólo aparecían ante mujeres que lo atraían, y se obligó a recordar el trabajo por el que le pagaban y la información que debía obtener de ella.

—Hábleme de Gloria —le pidió. Era la primera mujer joven que encontraba en aquel trabajo y le interesaba la parte de verdad que poseía.

—¡Gloria! —susurró—. Nadie llegó nunca a conocerla por completo.

Se quedó mirándolo unos segundos, sin decir nada, sin saber por dónde abordar una pregunta que a tantas cosas podía referirse. Luego, de repente, se dirigió hacia la puerta y le dijo:

—Venga.

Cupido siguió hasta la sala su andar decidido, sus pasos de dueña. Los obreros estaban terminando de embalar las últimas esculturas y las iban colocando en un rincón, junto a la puerta de la calle. La sala, desierta, con las largas paredes desnudas, con los focos apagados, con las peanas vacías, había perdido todo su sentido y podría considerarse un local apto para un bar, un almacén, unas oficinas.

—Gloria había montado esta exposición. Se había implicado personalmente en ella. Y de repente, al desaparecer, es como si las esculturas y su autor también se esfumaran, sin nadie en quien apoyarse. Gloria era imprescindible. Hay gente que desaparece y nadie nota que ha desaparecido —dijo deslizando la mirada por las peanas vacías e inútiles—, a Gloria todo el mundo la echará de menos. Deja un hueco en todos los que estábamos cerca.

Sus vagas palabras no era lo que Cupido esperaba. Pero sabía que también eran necesarias, porque cada vez que alguien habla se está arriesgando a un desliz. Descubrir quién había manejado aquel brutal cuchillo de pastores era un trabajo lento, era ir abriendo en cada conversación un atisbo de luz, era impedir que ninguna palabra referida a la víctima, incluso aquellas que le parecieran triviales, cayera en tierra estéril, como en la epístola del Evangelio, sino hacer que se hundieran bajo el humus de la memoria y esperar a que alguna germinara para hacer brotar a la superficie toda la verdad. Además, todo nuevo dato que adquiriría, toda información aislada, al relacionarse con lo ya sabido, contribuiría a entender mejor todo lo anterior, del mismo modo que al aprender un nuevo idioma se mejora en todos los demás.

—¿Quién es el autor de las esculturas?

—Emilio Sierra.

—¿El amigo de Gloria?

—Sí.

Comprendió por qué le habían resultado conocidas las retorcidas y estilizadas figuras de hierro, reconoció las deudas y los vínculos con los dibujos que había visto unas horas antes.

—Se parecen a algunos cuadros de Gloria.

Camila sonrió por primera vez, sorprendida y satisfecha de su observación. Sacó de una caja sin lacrar una pieza de unos cincuenta centímetros de altura que con tubos y láminas de hierro evocaba la figura de un cazador armado con un arco y la colocó en el suelo.

—Fíjese en ella. También a Emilio le llegó su influencia —explicó—. Gloria decía que ambos estaban trabajando dos aspectos distintos, dos interpretaciones independientes de las pinturas de unas cuevas. Pero viendo los resultados enseguida se adivina quién llevaba el peso de la creación y quién iba plagiando. Las figuras de Gloria están en movimiento; las de Emilio se quedan estáticas. Las figuras de Gloria tienen rostro, y éstas sólo llevan una máscara. Con Gloria siempre ocurría así: nos impregnaba a todos. He visto a mujeres que después de una comida o unas horas de trabajo junto a ella, al hablar imitaban su acento y al sonreír ensayaban su misma sonrisa, aunque, claro, en distintos labios.

—Pero si ella le montó la exposición —dijo Cupido señalando la escultura—, no debía de sentirse molesta con él.

—No, claro que no. En realidad la halagaba que hasta alguien tan pagado de sí mismo como Emilio se dejara arrastrar por sus iniciativas. Porque además de pintar, Gloria sabía pararse a pensar de cuando en cuando en la pintura. Supongo que les debe pasar lo mismo a todos los grandes creadores. Gloria había entrado en los últimos meses en una nueva etapa de su carrera, más reflexiva. Que Emilio le copiara sólo indicaba que ella iba por delante. Además, supongo que no le descubro nada nuevo si le digo que había otras motivaciones personales que los unían, ¿no?

—¿Eran amantes?

Uno de los obreros oyó la pregunta y giró la cabeza interesado. Pero enseguida volvió a su tarea ante la mirada de reproche que le dirigió Camila.

—Al menos jugaban a serlo.

—¿Anglada lo sabía?

—Esas cosas, aunque no se sepan, siempre se saben, ¿no le parece?

—Creo que sí —respondió Cupido. Tenía la sensación de que intentaba sugerir algo más que él no lograba comprender—. Sin embargo, la relación era sólida entre ellos dos. Incluso habían hablado de casarse en un futuro no muy lejano.

Camila sonrió con escepticismo.

—¿Casarse? No crea todo lo que Marcos le diga. Tal vez lo hubieran comentado, pero no creo que Gloria hubiera dado ese paso. Al menos, no de momento. Era de

esas personas apasionadas que no entienden una pareja como un contrato de conveniencia, ni siquiera como un pacto contra la soledad. A menudo decía que si tu pareja no logra conducirte al paraíso y te ves obligada a continuar conviviendo con ella, al final terminará conduciéndote al infierno. Decía también que en todas las parejas que conocía había un navegante y una rémora, uno que puede avanzar más deprisa y otro que lo retiene. Tanto Marcos como Emilio, aunque la quisieran, eran rémoras para ella.

Cupido se preguntó qué tipo de mujer era Gloria para ir fascinando a todos cuantos habían convivido de una u otra forma a su lado. Se preguntó si, de haberla conocido, él también se hubiera sentido subyugado por el atractivo que debía de emanar cuando vivía.

—¿Desde cuándo estaba montada la exposición? —le preguntó.

—Desde hace nueve días. Se inauguró el miércoles de la semana anterior.

—¿Sierra estuvo siempre aquí? —preguntó, aunque conocía la respuesta. Sabía por el teniente que aquel fin de semana estaba en Breda.

—Si quiere saber si estuvo el sábado, no, no estuvo. Los fines de semana cerramos. Yo estuve aquí toda la mañana, sola, poniendo al día la contabilidad. Gloria odiaba ese tipo de tareas y era yo quien me encargaba de ellas. Nadie apareció por aquí en toda la mañana —respondió, cayendo en una de esas pequeñas y torpes trampas que Cupido ensayaba, aunque le hacían sentirse incómodo, porque siempre creía que su interlocutor iba a advertirlas. Pero, para su sorpresa, a menudo resultaban eficaces. En aquel momento, de las palabras de Camila se deducía que tampoco a ella la había visto nadie en la oficina.

—¿Tenía Gloria algún enemigo entre los de su profesión?

—No hay ni un solo artista que no tenga una legión de enemigos entre sus colegas —dijo con seguridad y malevolencia, sonriendo—. Se odian unos a otros encarnizadamente. Tendría que oírlos despedazarse en cuanto se dan la espalda. Pero si por eso está pensando que la mató alguno de ellos, creo que se equivoca. No porque no lo hayan deseado, sino porque el arte vuelve cobarde a quien lo practica. Mucho pensamiento y poca actividad. La historia de la creación está tan llena de suicidas como decorosamente limpia de asesinos. Además, esa forma de matarla, tan... —titubeó para buscar la palabra adecuada— salvaje, sólo pudo elegirla alguien embrutecido en un ambiente feroz.

Cupido dudaba de aquella afirmación, pero no la contradujo. Sacó de su cartera el papel con la reproducción del pin.

—¿Conoce este dibujo?

Camila lo observó apenas dos segundos con una mirada experta, entrecerrando un poco los párpados con el gesto de quien necesita gafas y, quizá por coquetería, se niega a utilizarlas.

—Sí.

—¿Dónde lo ha visto antes?

—Venga —dijo volviendo a la oficina. Abrió la puerta de un armario y rebuscó en una cajita de madera antes de mostrar en la palma de su mano tres pins iguales.

—Se los compramos a Gloria. Ella colaboró para diseñarlo. Fue el logotipo de una campaña ecológica. En mi opinión, el dibujo es un poco blando, facilón, no tenía la fuerza suficiente para impactar a nadie. Aunque dudo que a los franceses les importaran las protestas. Hubo gente que, mientras duró todo aquello, lo llevaba prendido en la ropa.

El detective no hizo ningún gesto de decepción al escucharlo. Todos coincidían en la misma versión sobre el pin y todos parecían tener al menos uno. Quedaba inutilizado como prueba inculminatoria contra su dueño.

Uno de los operarios entró en la oficina para que Camila le firmara el recibo de conformidad con el trabajo realizado. Cupido aprovechó su presencia para despedirse.

La circulación se había vuelto imposible a aquella última hora de la tarde, cuando un millón de personas regresaba de vuelta a sus hogares por el mismo trayecto enloquecido por la huelga, pero ahora moviéndose más despacio, más agachada la cabeza. Tardó media hora en llegar caminando hasta la casa de Las Vistillas donde vivía el escultor. Subió hasta el cuarto piso de una vieja casa reformada y llamó al timbre. El repiqueteo eléctrico sonó lejano, pero no tardó mucho en abrirse la puerta.

—¿Emilio Sierra?

—Sí.

—Me llamo Ricardo Cupido...

—Sí —lo interrumpió para evitarle las palabras más difíciles de la presentación—. La última vez que llamé a Marcos me habló de ti —dijo tuteándolo—. Los detectives privados os buscáis nombres que nadie puede olvidar fácilmente. Pasa.

Entraron a la casa, un dúplex cuya planta baja estaba acondicionada como vivienda. La planta alta era un amplio espacio diáfano que servía como taller, aunque allí no podía hacer las fundiciones de algunas esculturas metálicas que se veían alrededor. Sobre una peana destacaba un tronco de madera a medio esculpir, con los primeros volúmenes de algo que parecía ser una figura ondulada con aire africano o prehistórico. Una vela ardía en un candelero, sobre una mesa llena de papeles.

—Estaba trabajando. Si no te importa, continúo mientras hablamos —dijo.

—De acuerdo.

Se sentó frente al tronco en un taburete alto y giratorio que parecía robado de un bar, cogió el martillo y un fino cincel, se inclinó un poco hacia atrás para recuperar la perspectiva perdida y comenzó a levantar esquirlas de la madera con golpes secos y

precisos.

—Supongo que Marcos no te habrá hablado bien de mí —dijo con un tono de suficiencia o desdén—. Ahora que ya no está Gloria no tiene ninguna razón para mantener la cortesía. Cuando me contó que te había contratado, no supe si me lo decía como información o como advertencia.

—Sólo me dijo que usted y Gloria eran muy amigos —replicó, sin aceptar el tuteo.

El escultor detuvo un momento los golpes. Sus manos se inmovilizaron en el aire, pensativas antes de volver a herir la madera, como si estuvieran haciendo un trabajo a medio camino entre la poda y la geometría. El detective admiró los anchos antebrazos, los puños donde se hinchaban las venas al apretar los utensilios dando una impresión de enorme fortaleza.

—¿Lo eran? —le preguntó.

—¿Cómo?

—¿Eran muy amigos?

En lugar de sentirse molesto, Sierra sonrió divertido, paciente y burlón, quizá halagado por ser objeto de ese tipo de sospechas.

—No sé por qué siempre que muere una mujer joven y hermosa todo el mundo imagina que detrás hay un tercero y un triángulo amoroso —ironizó.

«Porque muy a menudo el triángulo es la causa de su muerte», pensó el detective. Pero no se atrevió a decirlo todavía. No le gustaba el escultor. Le parecía un tipo engreído, esa clase de gente arrogante y mordaz que había visto algunas veces en los círculos artísticos, que tuerce la boca y afila el mentón cuando se discrepa con ellos, como si siempre estuvieran deseando ajustar cuentas con alguien.

—¿Eran amantes? —insistió, porque aquél era el tipo de preguntas que Sierra parecía estar esperando.

—Sí —respondió sin titubear—. ¿Eso te lo dijo Camila?

Cupido no respondió. Detective es el tercer oficio que jamás debe desvelar sus fuentes de información. Sierra dio una serie de golpes rápidos sobre el tronco y dejó las herramientas en la peana. Parecía haber perdido la inspiración.

—¿No se lleva bien con Camila?

—Sólo Gloria se llevaba bien con ella. Estaba celosa de cualquier detalle que Gloria tuviera hacia mí. No colaboró para nada en el montaje de la exposición. Después de su muerte no ha tardado ni cuatro días en retirarla.

—Me contó que no había tenido mucho éxito —aventuró.

—¿Éxito? ¿Éxito? —reaccionó irritado—. Ella se encargó de que no lo tuviera, invitando a los paniaguados a quienes mi estilo no podía gustarles y olvidando a los críticos que hubieran aplaudido.

Cupido lo observó mejor mientras se lavaba las manos en un pequeño lavabo

adosado a la pared. Tendría unos treinta y cinco años, pero vestía como si aún tuviera dieciocho. Llevaba el pelo muy corto, casi rapado, y las patillas largas. Ya había perdido esa primera juventud en que el ardor y la confianza en uno mismo justifican la vanidad, la autopromoción y la arrogancia. Si era cierto lo que Camila decía de él, que no tenía talento y que creaba a la sombra de Gloria, y si él también era consciente de sus limitaciones, todavía no mostraba ningún signo de asumirlo y reconocerlo, y quizá por ello la excesiva agresividad con que había reaccionado a su comentario. «El tipo de artista irascible que con la ira intenta esconder su mediocridad. Su territorio es la discusión y se encuentra cómodo en el enfrentamiento», diagnosticó. Pensó que tampoco le gustaría nada al teniente, quien, como todos los militares, odiaría lo excéntrico y lo forzado.

—¿También te contó que ahora que ha muerto Gloria ella se queda como única propietaria de la Galería? —preguntó de repente, sin dejar de lavarse, con un tono impregnado de acusación.

—No, no dijo nada de eso —respondió Cupido. Tampoco Anglada se lo había comentado cuando, el primer día, hablaron del destino de la herencia.

—¿Dónde estuvo el sábado por la mañana?

Sierra lo miró sonriendo, se secó las manos en la toalla y se acercó hasta la mesa desordenada. Cogió un cigarrillo de una pitillera y se lo ofreció al detective.

—¿Quieres?

—No, gracias —dijo. Llevaba seis días sin fumar y aquellos ofrecimientos lo seguían llenando de impaciencia.

Sierra encendió el cigarrillo en la llama de la vela y después la apagó de un soplo.

—Desde que llamaste al timbre estaba esperando que me hicieras esa pregunta. Estuve en Breda, en la casa que tengo allí. Tenía que fundir unas piezas que me habían encargado. Aquí no puedo hacerlo y voy allí siempre que lo necesito. Me dejan disponer de una fragua.

—¿Estuvo en esa fragua todo el día?

—Sólo por la tarde. La mañana la pasé en mi casa, preparando todo lo necesario.

—¿Cuándo llegó a Breda?

—La tarde del viernes.

Al detective no le pareció muy lógico que un artista que ha inaugurado su exposición y debe estar presente en ella para todo lo relativo a promoción y ventas la abandone el segundo día. A menos que se esté ya íntimamente seguro de que será un fracaso y no quiera ser testigo de su propia derrota.

—¿Lo vio alguien esa mañana?

—No, creo que no. No tengo apenas relación con sus habitantes. Con pocas excepciones, allí son poco acogedores cuando llega alguien con costumbres diferentes a las suyas.

El detective sonrió. Sierra tenía toda la razón en su diagnóstico.

—¿Sabes lo que hicieron cuando mi abuelo les llevó la luz eléctrica?

—No.

—La mitad de la gente escapó al monte el día del encendido inaugural porque pensaban que las bombillas iban a explotar escupiendo los cristales.

Cupido lo localizó entonces entre sus recuerdos. El escultor era el último heredero de un ilustre exiliado que pasó en Breda algunos años en la segunda década del siglo. Repuesto en su cargo por los vaivenes de la política, una de sus primeras gestiones fue llevar la luz eléctrica a la villa, en agradecimiento a un grupo de gentes que durante el exilio lo ayudaron en todas sus necesidades y nunca lo trataron como a alguien de quien había que huir. Luego había construido la casona junto al río.

—¿Sabía que también Gloria estaba allí ese fin de semana?

—No, no lo sabía. Debió de planear el viaje de forma repentina, como solía hacer tantas cosas. Dos días antes habíamos estado juntos en la exposición y no me había dicho nada. No volví a verla nunca.

—¿Conoce este dibujo? —le enseñó el ya arrugado papel.

—Sí. Tengo un pin con ese diseño.

—¿Podría verlo?

—Claro.

Volvió hacia la enorme mesa desordenada y buscó en un cajón, entre el batiburrillo de pequeños objetos que había ido acumulando dentro.

—¿Tiene mucha importancia? —preguntó.

—No —mintió Cupido.

—Aquí está —dijo mostrándole al fin el adorno con la silueta de una seta radiactiva sobre una isla verde.

## Capítulo 6

No había sido un buen día. Aunque llevaban poco más de un mes de clases, los alumnos habían estado especialmente inquietos, protestones, renuentes a cualquier tarea, haciendo el trabajo con desidia, pensando en los planes para el fin de semana. Cuando llegara mayo estarían saturados de la asignatura y habrían perdido definitivamente el interés. No es que ahora tuvieran mucho. Artísticas no era un área considerada con el temor que sentían hacia lenguaje o matemáticas, pero exigía un mínimo esfuerzo que la mayoría de sus alumnos no estaba dispuesta a conceder. Él había comenzado a odiar su profesión desde que comprendió que la clave para impartir clases a aquellos adolescentes no estaba en los conocimientos que tuviera el profesor, sino en su capacidad para motivarlos. Se podía ser un genio de la pintura y ser absolutamente incapaz de transmitir los mecanismos que activan esa genialidad. Habían bastado dos o tres cursos para que comprendiera que el muro de incomunicación que había entre él y sus alumnos no se debía a su inexperiencia como profesor ni a su ignorancia de los complicados procesos con que un niño o un adolescente llega a adquirir los conocimientos que una sociedad estima necesarios para continuarse, sino al radical desinterés de sus alumnos por la oreja de Van Gogh. La diferencia entre los animales y el género humano, pensaba, es que aquéllos deben descubrirlo todo en cada generación —y por eso están siempre en el mismo sitio de la escala evolutiva—, mientras que el hombre transmite lo ya aprendido y evoluciona a partir de ese punto donde lo han dejado sus antecesores en la carrera de relevos que entendemos como civilización. El microscopio, la penicilina, El Quijote, *Las Meninas*, el Derecho Romano, la palanca, la escritura o el fuego son trampolines que el hombre que nace ya no necesita subir para seguir subiendo. Pero con alumnos como aquéllos se daría un paso atrás, se decía. Hacía ya varios cursos que, decepcionado de cualquier intento de interesarlos, había optado por la indiferencia, esperando que así al menos se estableciera esa relación de cortesía que se concede a los desconocidos. Pero tampoco esa actitud había resuelto nada. Los adolescentes habían respondido con desprecio, como si necesitaran profesores a los que oponerse y les molestara más aquel desdén que la dureza de trato. Al final, había llegado a la convicción de que le era imposible comprenderlos.

Abrió la puerta del pequeño apartamento donde vivía. No tenía hambre, pero sabía que necesitaba comer algo para calmar las molestias del estómago. En toda la jornada sólo había tomado las tapas que le pusieron con los vinos que pidió a primeras horas de la tarde en los cuatro o cinco bares del barrio donde ya comenzaba a ser un cliente habitual. Había advertido que algunos camareros le servían su consumición antes de pedírsela, con una memoria profesional que a él lo llenaba de desconfianza, porque prefería ser un desconocido.



Miró a su alrededor: el pequeño salón, la puerta del dormitorio abierta por donde se veía la cama sin hacer, la encimera de la cocina americana llena de platos y vasos sucios y restos de comida, con los bordes mordidos por la costumbre de abrir de un golpe seco sobre su canto excesivos botellines de cerveza. La suciedad hablaba de su decadencia y abandono, también del poco aprecio que se tenía a sí mismo. Todo aquello necesitaba una limpieza. Era un apartamento pequeño y con pocos muebles, pero se sentía incapaz de afrontar el tremendo esfuerzo que le suponía una tarea así. En los primeros meses de su separación se había propuesto mantener unas pocas costumbres de urbanidad que le impidieran caer en la desidia en que había visto hundidas a muchas personas que viven solas, unos mínimos hábitos de salubridad e higiene que mantuvieran la vivienda, si no comfortable, al menos digna. Pero poco a poco también él había ido sucumbiendo, hasta llegar a ese estado cercano a la brutalidad en que cada día es más difícil una rehabilitación. Algunas noches se despertaba en la oscuridad recordando su antigua vida, el mediano bienestar de que gozaba, su matrimonio, ni más estimulante ni más aburrido que otros, con una mujer aceptable y dos niños a los que cada mes que pasaba alejado de ellos iba queriendo menos, como si también el amor fuera una costumbre que se arraiga en la repetición y se seca en la lejanía. Todo se había ido por la borda al conocer a Gloria. A partir de aquel momento, todas las demás mujeres comenzaron a resultarle aburridas e insignificantes, como si sólo hubieran servido para adquirir un aprendizaje necesario a la hora de encontrarla, un aprendizaje útil para iniciar una relación con ella, pero a todas luces insuficiente para retenerla a su lado. Tras su marcha, todas las demás le habían parecido torpes imitaciones. Cuando se había acostado con alguna prostituta no demasiado gorda ni demasiado sucia, o cuando había tenido alguna aventura ocasional, siempre había terminado sintiendo deseos de echarlas a patadas escaleras abajo. Después de Gloria toda mujer desnuda le parecía un fraude. Y en ese grado de obsesión era imposible el disimulo. Su matrimonio había saltado en pedazos en el corto plazo de dos meses. Y apenas un mes después de su separación, Gloria había comenzado a mentirle.

Se sentó en el sillón sucio y lleno de migas y abrió el periódico para leer de nuevo la breve reseña que en la página de sucesos daba noticia de su muerte. Hacía cuatro días que lo había visto casualmente en la conserjería del instituto, al entregar una llave. No había fotografías ni otros datos de la víctima que su edad y su nombre, pero sí sobre el arma empleada en el homicidio: un cuchillo de pastores que le había infligido alguna herida menor en el pecho antes de producirle la definitiva, en el cuello, el lugar más frágil de todos los puntos vitales del cuerpo, porque no tiene apenas protección ósea aunque por él pasan las vías imprescindibles para la vida. Volvió a recorrerlo el mismo estremecimiento que aquella mañana: al tiempo que sufría un lacerante pinchazo junto al corazón, se sentía vengado.

Impelido por la sed —tenía la boca seca y el estómago ardiendo— fue al frigorífico y sacó una botella de vino, casi llena. Con la mirada buscó una copa limpia entre los platos, y al no hallarla bebió directamente del gollete un trago largo, profundo, sonoro, como si arrojara agua a piedras calientes. Sintió que el vapor emanado subía por su garganta, le llegaba a la cabeza y le difuminaba aquella repentina sensación de estar conviviendo con un cadáver.

Hacía tanto tiempo que nadie llamaba a su casa que lo asustó el brusco repiqueteo eléctrico del timbre. En otro momento hubiera creído que era una gamberrada de algunos de sus alumnos que habrían descubierto lo que él guardaba celosamente en secreto: la dirección de su domicilio, temeroso de cualquier agresión externa. Pero ahora supo que era a causa de Gloria, y otra vez la odió, porque, aun muerta, venía a atormentarlo. Antes de abrir la puerta volvió a inclinar la botella sobre su boca y dejó que el vino fuera llenando su estómago. Luego se levantó y recorrió los dos cerrojos. Ante él tenía a un hombre alto, pero no amenazador. No parecía un policía.

—¿Manuel Armengol?

—Sí —contestó, y maldijo en silencio, porque su voz le había brotado como un quejido.

—Me llamo Ricardo Cupido. Estoy investigando la muerte de Gloria.

El profesor miró las manos del visitante que colgaban inmóviles junto a sus caderas, esperando que le mostraran una placa, un carnet, cualquier cosa que supusiera una amenaza.

—¿Policía? —preguntó al fin.

—No. Soy detective privado.

Cupido esperó que también le preguntara quién lo había contratado, pero el hombre se hizo a un lado para dejarlo pasar, como si se sintiera aliviado de que no fuera un agente. Le ofreció un sillón, del que quitó un periódico abierto. Cupido tuvo tiempo de leer fugazmente el titular de la noticia que se daba sobre la muerte de Gloria. Luego observó el desorden, la cama deshecha en el dormitorio, la botella de vino abierta sobre la mesa, la ausencia de una copa o un vaso. En los ojos y en la voz notaba que Armengol había bebido. Esperó a que extrajera dos vasos del mueble del salón y a que se sentara frente a él para preguntarle:

—¿Sabe cómo murió?

—Sí. Lo leí casualmente hace unos días en un periódico atrasado. Fue una triste sorpresa. Como un mal sueño —explicó. Tenía los dientes débiles y amarillos como granos de maíz y la voz ahumada por la profesión, el vino y el exceso de tabaco. Tenía la mirada extrañada y alerta de los ermitaños.

Se llevó el vaso a la boca y volvió a beber. Luego encendió un cigarrillo y aspiró con fruición. Era de esos fumadores que despiertan las ganas de fumar en quienes los contemplan.

—¿Quién le habló de mí?

—El teniente que lleva esta investigación. ¿No han venido a visitarlo todavía?

—Sí, en el instituto donde trabajo. Al menos, el agente fue discreto —dijo con desaliento—. Creí que con aquella declaración había terminado todo esto.

—No ha hecho más que comenzar —dijo Cupido.

Armengol se quedó mirándolo durante unos segundos, en silencio, a través del humo que ascendía del cigarrillo, pensando en cómo debía interpretar aquellas últimas palabras. Luego dijo con brusquedad:

—Para todos ustedes soy el perfecto sospechoso: un tipo solitario, obsesionado con ella y con motivos suficientes para odiarla.

«Ha bebido demasiado para hablar así», pensó Cupido, observando el nivel de la botella.

—¿Hacía tiempo que no la veía?

—Hacía tiempo, hacía ya mucho tiempo. Fue poco después de comenzar el año, hará unos siete u ocho meses. Todavía tenía algunas cosas suyas y la llamé para devolvérselas. Luego no volvimos a vernos. Ese retrato que me hizo es lo único suyo que conservo —dijo señalando un cuadro en el que parecía diez años más joven.

—¿Lo pinto Gloria?

—Sí. Ahí parece que tengo diez años menos —dijo. Luego añadió—: Ahora ya no queda nada de lo que ahí se ve.

A veces Cupido se había preguntado qué era lo que empujaba a algunos de sus clientes a confesarse con él —un extraño a quien apenas conocían— con el mismo impudor con que podrían hacerlo ante un sacerdote; qué los llevaba a reconocerse ante él como víctimas de un timo absurdo, o de un adulterio, cuando eran cosas que no reconocerían ni ante su mejor amigo. Había llegado a pensar que aquello sucedía porque el detective privado es indiferente a la moral del encargo, y a veces a su ilegalidad; el detective privado nunca se comporta como juez ni como sacerdote, no decreta la culpa ni impone penitencias. Sólo escucha, asiente y obedece como una prostituta a las demandas del cliente. Siempre que le paguen bien, claro.

—Cuando me dejó supe que definitivamente había comenzado a envejecer —insistió.

Cupido ya estaba seguro de que había bebido demasiado y que bastaría una pregunta suya para que iniciara un relato de desdicha que, después de un día tan largo, no podría escuchar sin impacientarse.

—¿Conoce este dibujo? —le preguntó mostrándole el diseño del pin.

Armengol lo miró sin prestar demasiada atención.

—No. No recuerdo haberlo visto nunca.

Era la respuesta que el detective esperaba: el pin había sido hecho unos meses después de que se rompiera su relación con Gloria. La única pista de que disponían

no parecía llevarlos hacia ningún sitio.

—Un mal dibujo, además —añadió—. No hubiera sido difícil mejorarlo.

—¿Usted también pinta?

—No, ya no. Lo intenté durante algún tiempo, hasta que comprendí que los que no sabemos pintar debemos abandonarlo y resignarnos a explicar la pintura de los otros. Así fue como conocí a Gloria.

El detective hizo un gesto interrogativo.

—Durante el curso solemos salir con los alumnos a visitar alguna exposición. La Galería no está demasiado lejos y el curso pasado decidimos ir, aunque yo pensaba que una vez más sería inútil, que a los alumnos no les interesaría nada de lo que vieran. Cuando entramos y fuimos contemplando los cuadros, hasta los más apáticos se quedaron unos instantes en silencio, sorprendidos. Creo que fue la última vez que logré conmoverlos. La autora era una chica joven, que estaba allí y observaba nuestras reacciones. Le gustó que yo hubiera llevado a mis alumnos. Comenzamos a charlar y al día siguiente la llamé por teléfono para pedirle que viniera al instituto a hablar sobre su obra. Quizá a ella la escucharan con más atención que a mí. Lo demás..., ya puede imaginarlo.

—¿Cuánto tiempo duró?

Armengol sonrió como un mendigo a quien le hubieran quitado el plato en mitad de la comida. Llenó de nuevo su vaso antes de responder:

—Apenas cinco meses. Demasiado tiempo para poder olvidarlo. Demasiado poco para no haberlo echado de menos.

—¿Dónde estuvo el sábado? —le preguntó de pronto.

—Durmiendo —respondió con docilidad después de unos segundos de silencio—. Había pasado una mala noche y no me encontraba bien. Me quedé en la cama hasta media tarde.

Cupido vio la impaciencia en las manos que volvían a coger el vaso y él mismo se contagió de las prisas por abandonar aquel apartamento cerrado como un invernadero. Los seis días transcurridos sin fumar comenzaban a rendir sus frutos. Sentía necesidad de aire fresco y limpio y deseos de salir a la calle y ver rostros felices y agradables.

## Capítulo 7

Ya había transcurrido una semana desde la muerte de Gloria y Cupido había regresado a Breda, confuso respecto a la investigación, sin nada resuelto, pero no inquieto, porque sabía que, como siempre, sería necesaria la paciencia. Era a los otros, a todos cuantos habían estado relacionados con Gloria, a quienes imaginaba intranquilos e inmóviles, a la espera de que ocurriera algo que los librara de su condición de sospechosos.

Se levantó tarde la mañana del lunes y, sin ninguna prisa, se acercó al cuartel a hablar con el teniente. Ahora que ya lo conocían apenas le hicieron esperar en la puerta.

—¿Cómo le fue por Madrid? —le preguntó Gallardo.

—Muchas palabras, pero ninguna certeza.

El teniente movió pesarosamente la cabeza.

—Odio esa ciudad. Odio esas grandes ciudades donde todo el mundo va deprisa y nadie conoce a nadie. No es extraño que todos los delincuentes prefieran esconderse en ellas y que nosotros no los encontremos nunca.

Cupido había leído el día anterior en la prensa regional las últimas informaciones sobre el crimen: un comunicado del gobernador de vago tono optimista. Pero ya sabía que cuando un portavoz de la ley aseguraba que una investigación estaba avanzando satisfactoriamente y que se seguían todas las pistas, la realidad era que no había ninguna fiable y que estaban perdidos y desconcertados. Algo similar a lo que ocurre en los partes de guerra: cuando un general afirma con optimismo y petulancia que se combate en todos los frentes, en realidad está ocultando que no se ha ganado ninguna batalla.

—¿Con quién habló?

—Con Anglada de nuevo. Con Camila. Con ese escultor que tiene una casa por aquí. Con el extraño profesor, Armengol, que fue amante de la chica. Sólo Anglada parece tener una coartada firme para aquella mañana.

—Ya lo comprobamos —repitió.

—Los demás no tienen a nadie que responda por ellos. Camila dice que estuvo en la Galería toda la mañana, sola. Sierra, el escultor, estaba aquí, en Breda, pero asegura que no se movió de su casa. Armengol parece que estuvo durmiendo, tal vez la borrachera del día anterior. Bebe demasiado.

El teniente lo iba confirmando todo leyendo en los papeles escritos a máquina que tenía ante él. Se detuvo un momento para encender un cigarrillo y ofrecer a Cupido. El detective se alegró al comprobar que rechazarlo le costaba mucho menos esfuerzo que unos días antes.

—A nosotros nos respondieron exactamente lo mismo —dijo el teniente

golpeando sobre la mesa con el filo de los folios, para igualarlos—. También Expósito estaba en Madrid aquella mañana: tenemos un preciso informe del laboratorio donde se hizo una extracción de sangre para unos análisis. Respecto a los que estaban en Breda, no hay nada claro. Los parientes de la víctima —explicó, usando aquel término tan frío y judicial que no decía nada del sexo ni la edad y que Cupido se negaba a usar, buscando otras palabras que la personalizaran y contribuyeran a que Gloria no entrara a formar parte de la masa uniforme de los muertos—, padre e hijo, confirman uno y otro la misma versión, pero la repiten con tanta exactitud que ambos podrían estar mintiendo. También podría mentir el guarda, Molina, cuando afirma que aquella mañana siguió otro itinerario. Va a ser un asunto difícil. Estamos como al principio.

—Todavía es demasiado pronto. Todavía están todos llenos de miedo —dijo Cupido.

—¿Miedo?

—El miedo es el peor enemigo. A todos les hace ser desconfiados y callar. El contacto con la sangre siempre nos vuelve cautelosos.

Al contrario que el teniente, Cupido no tenía ninguna prisa en la investigación. Él no tenía plazos ni se sentía presionado por los familiares para actuar deprisa, ni por los superiores, ni por una prensa que, respecto al trabajo de los funcionarios, a menudo confunde paciencia con ineficacia. La paciencia siempre había sido su ventaja y siempre había sabido aprovecharla.

—¿Y del pin? ¿Averiguó algo?

—Algunas cosas. Aquí y en Madrid.

El teniente se irguió un poco en su asiento. Desde que lo encontraron en el puño cerrado de la muchacha, con la punta de acero clavada en la yema del dedo corazón, le había parecido la única pista sólida que podrían seguir. Pero hasta entonces no los había llevado a ningún sitio.

—¿Qué cosas? —preguntó con alguna brusquedad.

—El primo de la chica había visto el dibujo del pin en un diario que escribía Gloria. No debía de estar mintiendo, porque lo reprodujo con exactitud ante mis ojos.

—A menos que conociera el dibujo porque conocía directamente el adorno, lo que sería mucho más interesante.

—Sí, si sólo fuera él.

—¿Alguien más?

—Todos, o casi todos. Ese pin era un objeto común entre el círculo de artistas y pintores cercanos a Gloria, porque ella colaboró a diseñarlo y luego hizo que todos lo compraran para apoyar una campaña de protesta. Todos lo conocían y tenían alguno, excepto Armengol. Pero ya no se veían por entonces.

—Antes dijo que la chica llevaba un diario.

—Sí. Y podría aclararnos muchas cosas. ¿No lo han buscado?

—No. Nadie nos había hablado de él. Pero documentos de ese tipo es lo primero que se persigue. Los de Madrid aseguran que hicieron un registro a fondo de la casa. Si lo hubieran visto no se les habría pasado por alto.

Los dos hombres se quedaron en silencio, sin nada más que contarse. No había sido mucho. Tal vez ni siquiera el homicida estuviera entre los nombres que manejaban como sospechosos. Sólo el pin empujaba a pensar que el crimen no había sido obra de un loco, sino de alguien cercano a Gloria.

—Los análisis de la autopsia se han dado por terminados. No hay nada más. Ni una huella que podamos adjudicar a nadie, ni una fibra en las uñas de la víctima. Nada —concluyó el teniente.

Pero sus palabras tal vez no querían expresar desaliento ni incapacidad para llevar a buen término aquel caso, sino confianza en el hombre con quien dialogaba. Posiblemente él mismo —un militar acostumbrado a la constancia y al cálculo, que debía de amar el uniforme que llevaba y que sólo podría esperar problemas de quienes no lo llevaban se hallaba sorprendido de estar hablando así con un detective privado que figuraba en sus archivos por una condena por contrabandista. Pero las circunstancias los habían empujado a aquella alianza que si no podía llegar a la camaradería, sí se acercaba mucho a la lealtad. Todavía ninguno de los dos parecía ser más rápido que el otro al pensar en el siguiente paso, ni más sagaz al analizar los pocos datos de que disponían. Y ese equilibrio contribuía sin duda a que ambos hubieran decidido jugar limpio.

—Acudiremos otra vez a los jueces —añadió Gallardo tras aquellos instantes de silencio—. No será difícil que nos permitan pinchar los teléfonos de todos ellos. Aunque me temo que tampoco así llegaremos lejos. Todo indica que estamos ante un loco solitario.

## Capítulo 8

—Me da un poco de miedo quedarme aquí sola —dijo la chica. Tendría veintidós o veintitrés años, la voz mimosa y un cuerpo cuya sensualidad era realzada por un suéter muy ajustado y por los ceñidos vaqueros, muy viejos, casi rotos, deshilachados en los bajos. El pelo negro rodeaba un rostro limpio y terso en el que habían asomado incipientes pecas al recibir el sol durante el día que llevaban acampados y caminando.

El muchacho, de su misma edad, fuerte y alto, vestido con pantalón corto y botas de montaña, la abrazó contra su pecho hasta sentir el estremecimiento que desde que salía con ella, apenas un mes, le provocaba aquel cuerpo tibio y exuberante. Deslizó las manos hasta las redondas nalgas ceñidas por los tejanos y las atrajo hacia sus caderas.

—Anda, no seas tonta. Yo tampoco quiero irme —dijo besándola fugazmente en la boca y acentuando la presión de sus dedos sobre la costura del pantalón—. Con el coche tardaré menos de media hora. No podemos dejar la tienda y todo esto aquí solo. Nos lo robarían.

—Pero si por aquí no hay nadie —protestó.

—Siempre hay alguien que no vemos vagando por el bosque —replicó con petulancia de experto.

—Podemos arreglarnos sin las pilas —insistió la chica, usando un tono mimoso y seductor, alzando el rostro y ofreciendo de nuevo la boca mientras le acariciaba la nuca—. Nos acostamos temprano y hay muchas cosas para las que no se necesita ninguna luz.

El muchacho sintió el cosquilleo casi irresistible que los dedos hacían nacer en su nuca. Sonrió halagado, pero se separó de ella dando un brusco paso atrás y subió al coche, un todoterreno apto para llegar a esconderse en cualquier pedregoso rincón de la Reserva.

—Tardaré menos de media hora —le prometió.

Se quedó inmóvil, sola frente a la tienda de un fuerte color azul que destacaba como un espejo sobre la seca tierra marrón, mirando alrededor como un hermoso animal asustado que de repente se ve perdido lejos de la manada. Vio cómo el coche se alejaba levantando una nube de polvo y siguió escuchando el ruido lejano del motor aun cuando ya no podía verlo. Luego, definitivamente sola, sacó un paquete de cigarrillos, encendió uno y se sentó a fumar en una pesada piedra que había frente a la tienda. Miró el reloj de su muñeca y con un gesto de resignación se dispuso a esperar la media hora prevista. Pensó en su abandono y en el muchacho, y se prometió que era la última vez que salía con él. No estaba dispuesta a volver a quedarse sola en medio de aquel bosque donde no habían visto a ninguna otra persona desde que, esa mañana, abandonaron la civilización. No estaba dispuesta a dejar de fumar porque a



él le molestara el humo. ¡Que no la besara entonces, porque también sus labios sabían a nicotina! No estaba dispuesta a comer latas y bocadillos y a beber sólo Coca-Colas calientes. Y no estaba dispuesta a volver a caminar doce o quince kilómetros por una vereda de cabras, con las piedras clavándose en sus plantas, como habían hecho aquel día, para ir a ver unas extrañas pinturas rupestres que apenas había llegado a comprender. Cuando había regresado, con los pies hinchados, deseando tumbarse a descansar y que él le diera un masaje desde la nuca a los talones, se encontraba con que tenía que quedarse sola vigilando la tienda en medio de aquel bosque que tenía algo de amenazador, especialmente aquel día, el primer día de noviembre, la fiesta de los muertos. ¡Cómo se arrepentía de haber accedido a aquella decepcionante excursión! Vio una gruesa hormiga negra olisqueando algo entre sus pies. Levantó la bota y la aplastó con rabia contra la tierra haciendo girar varias veces la puntera. Cuando levantó la cabeza descubrió que a su alrededor se había hecho un extraño silencio, como si toda la naturaleza la hubiera sorprendido cometiendo aquella pequeña ejecución violenta y gratuita y se la reprochara con una mudez condenatoria. Entonces llegó el miedo, pero se negó a reconocerlo porque era consciente de que en esa situación, una vez admitido, ya no iba a poder dominarlo hasta que se viera rodeada de gente o hasta que regresara el muchacho y la envolviera entre sus brazos. Miró a su alrededor para comprobar que aquel silencio no era similar al que origina la cercanía de un depredador. Pero todo, además de mudo, estaba inmóvil. No pudo contener el repentino escalofrío que le hizo entrecostar los dientes. Se levantó precipitadamente, sin ver nada, arrojó al suelo la colilla encendida y se introdujo en la tienda. Con un movimiento espasmódico cerró la cremallera. Se quedó dentro, de rodillas frente a la puerta, con los ojos muy abiertos y el corazón moviendo la sangre como una bomba, rendida a un pánico que era muy superior a su voluntad. Algo dentro del vientre le presionaba hacia abajo y sintió que su ano apenas era capaz de contener la presión. El sol bajo del atardecer aplastaba las sombras de las ramas de los árboles contra el techo azul de la tienda y moteaba la penumbra interior de confusas manchas antropomórficas. De pronto le vino a la cabeza que una semana antes había hojeado en la prensa una noticia sobre la muerte violenta de una chica mientras hacía senderismo, sola por un bosque. No recordaba en qué comarca ocurrió, pero supuso que el lugar no sería muy diferente a aquel donde ella estaba en ese momento. Si alguien quisiera agredirla, no habría nadie en varios kilómetros a la redonda que escuchara sus gritos y pudiera ayudarla. Recordó las palabras del chico unos minutos antes: «Siempre hay alguien que no vemos vagando por el bosque», pero ahora ya no le parecieron estúpidas y torpes, sino algo aterrador y premonitorio. De nuevo se preguntó cómo podía haber sido tan imbécil para aceptar sus planes y acompañarlo a aquella horrible excursión en una tienda de campaña cuando tenía que haberle exigido un hotel de cinco estrellas. Odiaba el suelo endurecido por la sequía

que ahora se le clavaba en las rodillas, el olor a plástico recalentado, el peso con que tenían que cargar, el incipiente tufo a podredumbre del otoño, las botas que le comprimían los pies como a una momia, las babosas que podían caerle en la cabeza al pasar bajo un árbol, los minúsculos animalillos contra los cuales llevaba luchando todo el día, siempre logrando colarse entre sus ropas, los carniceros insectos que le dejarían irritada la piel durante toda una semana. Si aquello era el placer del senderismo que tanto le habían alabado, a ella no le interesaba en absoluto disfrutarlo. Prefería placeres más sedentarios. Había aceptado el viaje tentada por lo que siempre han hecho los amantes: ocultarse en una mutua soledad donde nadie les impidiera saborear su amor. Pero el resultado no era lo que había imaginado. Cuando el muchacho regresara, le exigiría desmontar inmediatamente la tienda e irse a aquel hermoso hotel con apariencia de castillo que habían visto al pasar por la pequeña ciudad adonde él había bajado a comprar las pilas. Hasta lograrlo no permitiría que la tocara. Sintió una instintiva repulsa hacia su cuerpo sudado por la caminata, hacia su pelo sucio de polvo, hacia sus labios reseco por el viento y el sol.

De repente descubrió que el odio la había liberado de una parte del pánico, que la rabia había actuado como una poderosa triaca contra la venenosa mordedura del terror. Seguía sintiendo miedo, pero había logrado reducirlo a los límites de la racionalidad. El nerviosismo le exigió entonces un nuevo cigarrillo. Buscó en sus bolsillos, sin encontrarlo, hasta que recordó que había dejado el paquete y el encendedor en la piedra donde estaba sentada. Hizo un esfuerzo y abrió la cremallera de la tienda, diciéndose que allí dentro no era mayor la seguridad ni era menor la inquietud. Su compañero llegaría pronto y ambos podrían reírse de un temor tan exagerado. Avanzó un poco a gatas, arrodillada, y asomó la cabeza por la abertura con la precaución de las tortugas. Miró alrededor y no vio a nadie. Así permaneció unos segundos, sin poder eludir la punzante sensación de que alguien escondido tras los árboles la estaba observando. No era una chica acostumbrada a estar sola, siempre se había visto rodeada por amigas o por muchachos y hombres que se acercaban a ella como encelados por el reclamo animal de su físico. Así había aprendido a advertir cuándo la estaban mirando desde el lado opuesto de la estación de metro, o desde la barra de un bar, o desde la penumbra de una sala de baile. Ahora volvía a sentir ese mismo efecto de admiración, deseo y vigilancia que sabía que despertaba. Escuchó atentamente, esperando captar el ruido lejano del motor del coche, pero todavía no se oía nada. El piropo más impertinente, la proposición más directa y obscena hubieran sido preferibles al silencio que la rodeaba. «¿Por qué tarda tanto en comprar unas simples pilas?», se preguntó irritada. «Todo estará cerrado. Es el Día de los Muertos», se contestó luego. El sol pronto comenzaría a hundirse tras las montañas. Volvió a sentarse en la piedra, chasqueó el encendedor y protegió la llama con la palma de la mano izquierda en un gesto aprendido e innecesario, porque no

soplaba nada de viento. Avivó el cigarrillo con dos caladas llenas de ansiedad y cuando levantó los ojos vio la sombra oscura que se le venía encima, el rostro decidido, el chubasquero color verde musgo y, por delante de todo, el cuchillo de filo curvo que avanzaba hacia ella a la altura de sus dientes. Supo lo que iba a pasar y se llevó las manos al cuello para protegerse. El cuchillo, como si ya hubiera previsto esa defensa, buscó un hueco entre los dedos y avanzó en paralelo entre las falanges hasta llegar a la garganta. Allí se detuvo un momento y paladeó la sangre dulce y caliente antes de volver a salir al frío. Luego, como la boca de un animal feroz y hambriento, y sin la resistencia ya de las manos que se habían extendido hacia delante, volvió a entrar con facilidad en el cuello, apretó hacia dentro y se mantuvo allí hasta que dejó de notar el bombeo que enviaba el corazón.

Un número muy joven, de poco más de veinte años, había venido a buscarlo al apartamento con el ruego de llevarlo con él. «Han matado a otra muchacha allá arriba, en el monte. El teniente quiere que suba ahora mismo», le había dicho desde la puerta, sin querer pasar, intentando fingir la frialdad de quien está acostumbrado a comunicar desgracias. Cupido había vuelto al salón donde estaba cenando, se había cambiado de zapatos y había cogido las llaves. Se sorprendió a sí mismo tanteándose en los bolsillos, con el gesto de quien olvida algo importante y no sabe qué es. Tardó tres segundos en descubrir que buscaba el paquete de cigarrillos. No era la primera vez que el viejo hábito, arraigado durante dos décadas, lo asaltaba así, como a traición. Llevaba diez días sin fumar, y si bien parecía que el deseo había perdido virulencia, se sorprendía ahora con las artimañas y recovecos que buscaba para derribar su decisión, como un adversario que, vencido limpiamente en duelo de fuerza, no se resigna a la derrota y a partir de ese momento emplea otros medios más sutiles de lucha, basados en el amago falso y el engaño. Lo siguió hasta el coche y tomaron de nuevo el camino de El Paternóster. El número no conocía muchos detalles de la muerte, ni había visto el cadáver, porque el teniente lo había enviado a buscarlo en cuanto llegaron arriba.

La tienda de campaña había sido instalada muy cerca del agua, en un escondido rincón de los muchos que hacía el pantano entre las colinas. El cuerpo de la muchacha se hallaba junto a una piedra en la que debía de estar sentada cuando la atacaron, con la especial impudicia que tienen los cadáveres caídos cara al cielo. Las manos ensangrentadas habían quedado abiertas hacia arriba, como orando o pidiendo una explicación para las dos enormes heridas que mostraba en el cuello. La sangre había dejado de correr y se coagulaba sobre la tierra después de haber empapado toda la pechera del suéter.

Cupido ya esperaba la atrocidad de aquella visión, se había ido preparando durante el camino para todo lo que le tocaría contemplar. Él no había visto el cadáver

de Gloria, pero la información del teniente y las fotos que le había mostrado formaban un cuadro bastante completo de cómo había ocurrido. Aun así, no pudo evitar estremecerse de compasión y de un odio vago y turbio al ver el mango del cuchillo clavado en el cuello, el exoftalmo de los ojos aterrados, la boca muy abierta, como si hubiera intentado respirar, como un asmático que siente que se asfixia.

—¡Dios santo! —exclamó a su lado el guardia que lo había recogido. La boca se le hinchó como un globo y se alejó corriendo hacia la orilla. Oyeron las violentas contracciones de los vómitos y el ruido que hacían al caer sobre el agua. El teniente giró la cabeza hacia él con una mirada cargada de reproche.

Bajo las luces de los reflectores todo el grupo de hombres se afanaba examinando los mínimos detalles. Cupido nunca los había visto trabajar en esa primera parte del proceso, la más cuidadosa —«No hay crimen perfecto, sino investigación incompleta», recordó— y se detuvo admirado ante aquella disciplinada coordinación de hormigas para observar y olerlo todo, para transmitirse mensajes al cruzarse, para no estorbarse ni duplicar esfuerzos al desarrollar su tarea. Uno de ellos fotografiaba el cuerpo y cualquier posible indicio, otro asperjaba sobre la lona de la tienda un polvo de color azafranado para sacar huellas, otros tendían la cinta de plástico amarillo que protegía el espacio investigado, otros, moviéndose por un perímetro más amplio, buscaban, ayudados por potentes linternas, cualquier piedra removida, cualquier terrón de un color diferente cuya procedencia podría determinarse luego en el laboratorio.

El teniente terminó de hablar con un hombre vestido con una bata blanca y se acercó a él.

—Lo avisé para que viniera a verlo. Este asunto comienza a convertirse en una pesadilla.

—¿Igual que la otra vez?

—Sí, parece que sí. El mismo cuchillo, las mismas heridas y unas circunstancias parecidas. El mismo autor.

El detective miró la tienda cuyo plástico azul brillaba bajo los focos.

—¿Cómo se atrevió a venir por aquí, después de la otra muerte?

—No estaba sola —respondió Gallardo. Señaló a un muchacho que estaba sentado sobre una piedra, un poco aparte, los codos apoyados en las rodillas y la cabeza hundida entre las manos. Parecía ajeno a todo, alguien abandonado en medio de aquel trasiego, el único ser paralizado entre una docena de hombres frenéticamente activados por la reaparición de la sangre—. Dice que habían venido a pasar estos días lejos de todo el mundo. Antes del atardecer la dejó sola media hora para ir abajo a comprar unas pilas que necesitaban. Se habían quedado sin luz para pasar la noche. Cuando regresó la encontró así, terminando de desangrarse. El chico sabe algo de ayuda en montaña y primeros auxilios, pero ya no podía hacer nada por ella.

—¿Comprobaron si es cierto?

—Sí. No miente. Su declaración concuerda al minuto con la del empleado de una gasolinera que le vendió las pilas. Además, en el ticket de compra viene la hora marcada. Nunca debió dejarla sola.

—Esto puede cambiar todo lo que pensábamos —dijo Cupido.

—Sí. Esta nueva muerte lo revuelve todo. Quizá lo de la chica anterior no se debiera a un motivo personal. Inclina a pensar que tenemos a un loco muy cerca. A un loco o a alguien a quien no le interesan los visitantes.

—Sí, si no fuera por aquel pin —apostilló Cupido—. ¿Puedo hablar con el chico?

—Claro.

Se acercaron hasta donde estaba sentado. Al oírlos llegar levantó la cabeza y se puso en pie, mirándolos fijamente. Parecía más aturdido que triste.

—Cuéntamelo todo desde el principio —le pidió.

—Habíamos venido a pasar juntos unos días. Trajimos la tienda para estar solos, sin ver a nadie que no quisiéramos. Durante el día dejamos todo metido en el coche, aquí abajo, junto a la orilla donde íbamos a acampar, y subimos caminando hasta la cueva de las pinturas —explicó. Cada una de sus frases iba acompañada de un movimiento nervioso de las manos señalando la tienda, el coche, la dirección de las cuevas—. Al regresar por la tarde sacamos el equipaje y montamos la tienda. Sólo entonces me di cuenta de que no teníamos pilas para las linternas y que íbamos a estar sin luz toda la noche. Decidí bajar rápidamente a la ciudad para comprarlas. Ella tenía que quedarse para vigilar un poco todo esto, porque si lo dejábamos solo nos podrían robar fácilmente. Al fin y al cabo, con el todoterreno no tardaría mucho más de media hora en ir y volver. Conocía el camino. A ella le daba un poco de miedo y no quería quedarse, pero la convencí de que no podía pasar nada. Le tenía que haber hecho caso —dijo. La voz se le rompió al fin y comenzó a llorar. Cupido y el teniente lo miraron dudando si aplazar las preguntas.

—¿Por qué vinisteis a esta zona?

—Yo ya la conocía. Había estado antes dos o tres veces y me parecía el lugar perfecto para perderse.

—¿No sabíais que aquí cerca mataron a una chica, hace poco más de una semana?

—No, no lo sabíamos. Me lo contaron hace unos momentos. De haberlo sabido nunca hubiéramos elegido este lugar.

—¿De dónde sois?

—De Madrid.

—¿Alguien más sabía que ibais a venir estos días?

—No, no lo sabía nadie. Era un secreto. Los dos dijimos en nuestras casas que nos íbamos con un grupo de amigos. Apenas llevábamos un mes saliendo juntos y aún no era momento de contar nada hasta saber si funcionaba.

Todo parecía muy lógico. Desde luego, era necesario comprobar que ni la chica ni él tenían ninguna relación con alguna de las personas que rodeaban a Gloria, ningún vínculo. Si era así, todo se debería al azar. Gloria habría muerto por haber estado en el sitio preciso en el momento preciso, como aquella otra muchacha. No tendría, entonces, mucho sentido investigar alrededor de sus relaciones. Sería necesario apuntar hacia un asesino lunático o hacia quienes no querían turismo en toda la Reserva, no importaba quién fuera la víctima. A menos que alguien intentara precisamente eso, desviar la investigación hacia otros caminos. Cupido no podía dejar de pensar en el pequeño adorno.

—¿Visteis a alguien a lo largo del día, por aquí cerca o en las cuevas? ¿Os cruzasteis con alguien en el camino?

—No, a nadie, a nadie. Desde las cuevas sí vimos algún coche circulando muy lejos, pero ninguno cerca de nosotros.

Reclamaron al teniente y Cupido lo siguió. Por segunda vez en diez días los camilleros levantaron el cadáver de una muchacha con el cuello atravesado por un cuchillo. Al verlos realizar sus movimientos con tanta seguridad, el detective pensó que no es necesario mucho tiempo para que el hombre se acostumbre a convivir con los resultados de la violencia.

—O lo atrapamos pronto o habrá más víctimas —dijo el teniente a su lado.

—Sí.

—Otra vez estamos como al principio. Y apuesto doble contra sencillo a que en esta ocasión no encontraremos ninguna pista.

# Capítulo 1

Como cada mañana, se dispuso a abrir la puerta metálica del garaje en el Centro-Base, unos minutos antes de las ocho. Siempre era el primero en hacerlo. Los otros dos guardas de turno y los operarios encargados de la alimentación y el cuidado de los animales llegaban más tarde. No habían querido vivir en las casas que les cedía la dirección de la Reserva y tenían que venir cada mañana desde Breda, pero Molina no atribuía su habitual retraso al tiempo que necesitaban para el trayecto, sino a la pereza que genera la vida urbana. El campo, en cambio, empujaba a madrugar, como si a esa inmensa fauna de minúsculos animales ruidosos y diligentes les molestara la indolencia y provocaran todo tipo de sonidos para levantar de la cama a los remolones.

El director de la Reserva sólo aparecía por allí una o dos veces por semana, y nunca a primera hora del día, y no tanto porque las oficinas de gestión estuvieran en la ciudad cuanto porque era un hombre urbano y pálido, poco dado a los paseos campestres, con un pánico irracional a las picaduras de cualquier insecto. De modo que ahora que tampoco estaba ya el retén del Servicio contra incendios, con el helicóptero siempre a punto, el guarda se sentía un poco el dueño de todo aquello, como un pequeño monarca a quien le concedieran un reinado durante seis meses al año, el tiempo de la berrea y de la lluvia, el tiempo de la caída de las hojas y de la tranquilidad en el bosque. Siempre que llegaban aquellos días de octubre en que se quedaba solo sentía la misma especie de gozosa liberación, porque, ya que él no podía mandar sobre nadie, al menos no tenía que obedecer ni recibir órdenes.

Pero aquella mañana estaba cansado como no recordaba haberlo estado en los últimos tiempos. No había podido dormir en toda la noche y ni siquiera el haberle hecho el amor a su mujer —cuando ella estaba ya dormida, sin hacer caso de sus protestas por tanta prisa y tanta brusquedad— lo había empujado al sueño, cuando aquél era un acto del que salía siempre relajado y vacío de tensiones. Sólo al amanecer, con las primeras luces que introducían una tierna claridad por las persianas, logró perder la consciencia unos minutos, antes de levantarse a la insistente convocatoria de los animales.

Había sabido encajar las consecuencias de la muerte de Gloria y dirigirlas de modo que no turbaran sus intereses, sus hábitos, su tranquilidad. Pero ahora, la muerte de la segunda muchacha, ocurrida dos días antes, el Día de los Muertos, había traspasado todos los límites. Al introducir la llave en la cerradura de la pesada puerta del garaje miró hacia atrás, hacia el bosque que se extendía más allá de la explanada, compacto como una muralla y de pronto silencioso, como si todo lo vivo dentro de él lo vigilara y prestara atención a cada uno de sus movimientos. El cerrojo de la llavera se había encasquillado y al forzarlo, hasta que cedió, se hizo una pequeña herida en

los nudillos con una púa oxidada salida de su eje. Masculló una maldición, porque ese tipo de rozaduras en las articulaciones eran muy molestas, solían infectarse al contacto con el polvo y tardaban mucho en cicatrizar. Se dirigió hacia la guantera del coche donde guardaba un pequeño botiquín de urgencias con mercurocromo, agua oxigenada y alcohol, unas vendas, gasas, tiritas, aspirinas y aguja e hilo para dar puntos. Un equipo mínimo del que habían dotado a todas las unidades de la Reserva tras hacerles seguir un curso de primeros auxilios. Él había llegado a practicar con la sutura que empleaban con los ciervos heridos, pero nunca con personas. Se desinfectó la herida con un chorro de alcohol y se colocó una tirita sobre ella hasta que dejara de sangrar. Al guardar el botiquín le llegó el recuerdo inesperado de otra herida y otra sangre.

La había visto venir por el difícil sendero de las cuevas. Con los potentes prismáticos había observado cada uno de sus movimientos: el modo de apartarse los cabellos sueltos del rostro sudoroso por el esfuerzo de la marcha, el cuidado al pisar las piedras sueltas, el leve estremecimiento de los pechos dentro del suéter cuando saltaba algún obstáculo. Era difícil olvidar a aquella chica, era imposible resistir a la tentación de espiarla desde la impunidad que le permitía la distancia, desde la coartada que le concedía su profesión. Al fin y al cabo, en eso consistía su oficio. Le pagaban para mirar, para observar, para espiar el comportamiento de cuantos penetraban en su territorio, El Paternóster. Vagamente intuía que el ejercicio de un trabajo así, desarrollado durante años, no pasa por el alma de un hombre sin marcarlo con algo más que con los hábitos propios del oficio. Un trabajo tan peculiar también impone carácter, y él se había dejado llevar en más de una ocasión por un acecho que se extralimitaba en sus funciones de guarda y se acercaba mucho al *voyeurismo*, pues, sabedor de que la soledad desenmascara el alma, no buscaba tanto comprobar el cumplimiento de las normas por los visitantes cuanto sorprender al observado en sus gestos más íntimos, en su comportamiento cuando se creía solo. Espiarlos durante una hora desde lejos era saber de ellos mucho más de lo que conseguiría averiguar hablando durante un día entero. Tumbado en lo alto de una piedra o apoyado sobre el tronco de un árbol, con los prismáticos encajados bajo sus cejas, en sólo unos minutos de observación descubría sus intenciones, su miedo o su dominio del bosque, su experiencia con la flora y la fauna que lo rodeaban. Poco a poco, aquella ocupación lo había empujado a ser más atrevido y en ocasiones había llegado al límite del riesgo. Varias veces, ante cazadores ansiosos por cobrar una pieza, dispuestos a pagar mucho por conseguir un trofeo, se había adelantado a ellos para espantar a los ciervos o a los gamos ante sus mismas narices, sin que el cazador ni el guarda que lo acompañaba llegaran a saber qué era lo que en el último momento les había frustrado el fácil blanco. Así acrecentaba en ellos una codicia de trofeos de la que luego sabía extraer sus propios beneficios. Otras, había seguido a un grupo de



senderistas con un sigilo de lobo, convencido por su actitud previa de que iban a traspasar los límites de la Reserva prohibidos a los excursionistas, para sorprenderlos después en el momento en que no podían negar su intrusismo. Otras veces, en fin, había espiado a una pareja de amantes que buscaban febriles un hueco entre dos rocas o un refugio entre los arbustos y los había visto amarse con todo detalle y los había oído gemir a muy pocos metros de sus ojos y de sus manos.

Desde su punto de observación había seguido a Gloria en su itinerario durante unos minutos. La chica había tomado un atajo para evitar las largas curvas que hacían más suave la bajada y en el último y pequeño terraplén antes de retomar la pista de tierra, cuando él ya iba a regresar al todoterreno, la vio tropezar y trastabillar dos o tres pasos hasta caer de costado sobre la cuneta seca y endurecida, de una manera brusca que debió de hacerle mucho daño. Sin detenerse a pensar corrió hacia el coche, semioculto bajo los árboles de un recodo. No tardó más de tres minutos en llegar hasta ella. La muchacha llevaba un pantalón desmontable de loneta y, con un gesto de dolor, se estaba despojando de las perneras, unidas a medio muslo por cremalleras, con lo que la prenda quedaba cómodamente convertida en unos pantalones cortos. Detuvo el coche junto a ella de un frenazo, saltó al suelo y le preguntó: «¿Qué le ha ocurrido?», sin pensar que sus palabras podían delatar su oculta vigilancia. «Me caí y me clavé algo», había contestado señalando la parte exterior de su muslo, pero todavía sin evaluar la gravedad o la insignificancia de la herida. Antes de detenerse en la sangre, él buscó en el suelo lo que la había causado. Enseguida vio la pequeña estaca del tronco de la jara, la astilla rígida y sanguinaria, afilada como la punta de un cuchillo. Gloria había seguido su mirada. «Ha sido ese palo», confirmó con un gesto de dolor, como si su reconocimiento diera la verdadera dimensión de la herida mejor que cualquier otra explicación. Se arrodilló junto a ella para observar el corte y Gloria levantó el pañuelo enrojecido con que lo apretaba para evitar una mayor pérdida de sangre. Un pequeño chorro volvió a correr libre, rodilla abajo, hasta llegar al calcetín que ya apenas podía enjuagarla. No era muy ancho, apenas dos o tres centímetros, pero era muy profundo: la carne se abría desde muy adentro como dos labios. Y por la dificultad para contener la hemorragia, debía de haber tocado alguna vena importante. La muchacha comenzaba a palidecer, el rostro contraído por el daño, y él sintió la necesidad de cerrar la herida con sus dedos, apretándola suavemente, pero todavía no se atrevió a tocar la piel que el dolor había erizado en todos sus poros. La sangre excitaba algún punto muy profundo de su memoria que se manifestó en el deseo de besar la herida y limpiar con su boca los restos de astillas o de tierra, como hubiera limpiado la mordedura envenenada de una serpiente. Cuando volvió a mirar sus ojos ella lo observaba llena de confianza, como una niña llena de sumisión que esperara de un adulto las decisiones que eliminaran mágicamente el dolor. Se levantó diciendo: «Hay que desinfectarla», y se dirigió

hacia el coche en cuya guantera guardaba el botiquín de urgencias reglamentario. Lo depositó ante sus rodillas, lo abrió con un movimiento preciso y extrajo el bote de agua oxigenada y una caja metálica y cuadrada de donde tomó dos gasas. Las empapó con un chorro de líquido y antes de acercarlas a la herida, todavía con la mano detenida en el aire, levantó la cabeza para decirle: «No le va a doler, es agua oxigenada, no le va a doler», como si le pidiera permiso para tocarla, para abrir un poco el profundo corte con los dedos índice y pulgar de la mano izquierda y con la gasa ir limpiando el polvo de la sequía, alguna pequeña astilla incrustada en la carne y las motas negras de la corteza adheridas a los bordes. De nuevo miró hacia ella para ver su reacción, esperando una protesta por la limpieza y por el leve escozor que el burbujeo del desinfectante le estaría provocando, pero sólo vio un rostro lleno de obediencia. La muchacha acataba cada uno de sus movimientos sin ninguna queja, confiada a la seguridad de aquellas manos fuertes y morenas que manipulaban en su carne sabiendo exactamente lo que tenían que hacer en cada momento, entregada a la habilidad de los dedos que curaban como haciendo caricias. Por su parte, él había notado el suave temblor de la pierna bajo sus manos, los pequeños estremecimientos de los músculos largos y flexibles. «Es como un venado, tibia y hermosa como un venado», pensó admirando la piel apenas cubierta de un finísimo vello, levemente bronceada, sin una marca, sin un atisbo de varices. «Ya está limpia», dijo luego en voz alta cuando vio que no quedaba ninguna suciedad dentro ni en los bordes. Levantó una vez más la cabeza y se equivocó al pensar que el húmedo brillo que tenía en los ojos era provocado por la mejoría. Era de agradecimiento.

Pero la sangre, aunque en menor cantidad, seguía saliendo. Una vez descubierta la herida se apreciaba su profundidad. Supo entonces que faltaba por hacer lo más importante; también lo más doloroso. La estaca de la jara había desgarrado una vena o una arteria secundaria. Había que coser para detener definitivamente la hemorragia. Una gasa sujeta con tiritas no sería suficiente. Y el hospital de Breda quedaba un poco lejos, a unos veinte minutos por un camino de tierra endurecida que los zarandearía y les haría saltar continuamente en los asientos. Él no tenía experiencia para coser la herida. Nunca lo había practicado en una piel humana, aunque en una ocasión había visto cómo un compañero suyo había cosido a un senderista demasiado aficionado a jugar con los cuchillos. Él sólo lo había hecho media docena de veces con los ciervos. Sabía que técnicamente no existía apenas diferencia, que todo era cuestión de dureza de la piel y del tamaño de la aguja curvada y la sutura que guardaba en el botiquín, mucho más finas. La verdadera diferencia estaba en la capacidad del herido para soportar el dolor y en la frialdad del cirujano para infligirlo. Por primera vez desde que, espiándola con los prismáticos, la vio caer, dudó en el siguiente paso que tenía que dar. Hundió la mano en el botiquín hasta que sus dedos tocaron y reconocieron la funda donde guardaba todo lo necesario. Allí se detuvieron,

sin decidirse a sacar nada. La aguja traería el dolor, el dolor traería la queja y la queja traería su negativa. Entonces aquel primer amago era inútil. «No puedo hacerle daño; a ella no puedo hacerle daño», se dijo. Volvió a mirarla y de nuevo vio la obediencia a cualquier decisión que él tomara. «No puedo detener la sangre. Hay que ir al hospital. Creo que le tendrán que dar unos pocos puntos», dijo levantándose del suelo, de la posición orante ante ella en la que había estado todo el tiempo. Se desprendió del cinturón y le hizo un torniquete en la mitad del muslo, procurando apretar lo justo la carne tersa y suave que ella le había confiado. Luego no hizo ningún movimiento más para ayudarla, pero esperó a su lado. Gloria se había apoyado en su hombro y habían caminado así los pasos que los separaban del todoterreno.

Tardaron menos de veinte minutos en llegar al hospital. Durante el camino la estuvo observando constantemente, viendo cómo resistía la palidez y el desvanecimiento, pero sin manifestar ningún temor, sin protestar por el estado del camino. No permitió que él parara para aflojar durante unos segundos el torniquete, de modo que la sangre se renovara en toda la pierna. Ella misma lo hizo. Un chorro más fuerte había salido entonces de la herida, pero no llegó a manchar la tapicería del asiento porque Gloria había puesto su chubasquero bajo la pierna. «Es como un venado, tibia y hermosa como un venado», se repitió. Él mismo estaba extrañado de su comportamiento, parecido al de un adolescente, como si alguna rueda de su reloj interior, imantada por la cercanía de la muchacha, hubiera comenzado a marchar al revés y lo devolviera a un tiempo anterior de su vida cuando aún no era de piedra.

Al llegar a urgencias se había quedado fuera, esperándola. Gloria salió media hora más tarde. Efectivamente, le habían dado varios puntos de sutura tras aplicarle anestesia local. También le habían puesto la inyección del tétanos. La herida vendada había quedado oculta al haberse abrochado de nuevo las perneras del pantalón desmontable. Cojeaba un poco cuando salió al exterior y lo buscó con sus primeras miradas. «Gracias por todo», le había dicho tendiéndole la mano, todavía pálida por la abundancia de la sangre perdida, pero más hermosa aún que antes del accidente. El había notado el contacto afectuoso, retenido más tiempo de lo que dictaba la mera cortesía. «¿Dónde se aloja?», le preguntó, porque sabía por su acento que aquella muchacha no era de Breda. «En el Europa». «La llevo hasta allí». La muchacha subió al coche por la puerta que él le había abierto con la solicitud de un chófer antiguo y servicial. Ante la gran cancela de hierro forjado que rodeaba el hotel se sintió obligado a decírselo: «A pesar del accidente, es una buena senderista. Ninguna mujer se atrevería a llegar sola hasta allí arriba». «Gracias otra vez», había respondido halagada, como si aquellas palabras de un guarda de la Reserva le importaran mucho. Luego se despidieron.

Durante muchos días había conservado en la memoria todos los detalles de

aquella intensa hora. En ese tiempo, mientras esperaba una llamada para interesarse al menos por su nombre o para confirmar su mejoría, había comenzado a pensar que merecía algo menos simple que unas palabras de agradecimiento. Se preguntaba si todavía se acordaría de él y si comprendería cómo ante ella había abdicado de su firme costumbre de hacerse pagar todas sus deudas.

## Capítulo 10

No eran las diez de la mañana cuando Cupido dejó su coche a un lado de la pista y se dispuso a caminar hasta el lugar del segundo homicidio. Calculó que faltarían dos o tres kilómetros, pero el paseo le sentaría bien.

Con largas zancadas comenzó a recorrer el camino de tierra que, aunque no estaba en buen estado, permitía el paso de coches altos o todoterrenos. En algunos puntos las copas fatigadas de los pinos se unían sobre su cabeza y filtraban los tibios rayos de los primeros soles de noviembre; en otros, las ramas que daban al camino se veían blancas de polvo, mientras que la parte que daba al bosque seguía siendo verde, lo que indicaba la cantidad de vehículos que en los dos últimos días había circulado por allí. Algunas señales prohibiendo el fuego o la caza aparecían agujereadas por disparos de cazadores frustrados incapaces de alcanzar a un ciervo en movimiento.

Hacía una buena temperatura pese al avance del otoño; el cielo, limpio de nubes, no ofrecía ninguna promesa de fertilidad. A los dos lados del camino, el bosque solitario estaba lleno de sonidos de pájaros, ajenos a la violencia y al miedo de los hombres. Bastaría abandonar la vereda e internarse en él, pisando la tierra llena de hojas secas, de conchas de caracoles y de cadáveres de insectos, para entrar en otro mundo donde de repente la civilización quedaba muy atrás. Bastaba desviarse durante unos minutos hacia su interior para penetrar en un espacio virgen e inexplorado lleno de latidos animales que sin dejarse ver tenían el privilegio de denotar su presencia. ¿Cuántos cadáveres ocultos se habrían enterrado en el bosque?, se preguntó, ¿cuántos productos de robos, cuántas armas, cuántos fetos, cuántas pruebas de cualquier delito? El bosque todo lo engulle y lo oculta, al bosque le gustan los cadáveres tanto como los odia el mar, que siempre termina devolviéndolos. Y quizá porque cada cierto tiempo exige su gabela de sangre, como un dios carnicero y antiguo, el bosque sigue conservando su soledad y su misterio. Una muerte de tiempo en tiempo es el tributo que hay que pagarle para que los niños puedan seguir soñando con él como el lugar donde se ocultan los monstruos.

Pero el hombre sabe que los lugares que amedrentan son también los que esconden tesoros. ¿Cuándo descubrió que el fuego necesario para su vida habita dormido en el bosque, el estrépito de la madera al crepitar entre las llamas? El hombre se acerca y se aleja de él según lo empujen el terror o la seducción. Huye de allí cuando ve sombras, pero no puede vivir sin sus beneficios.

En aquellas dos muertes el bosque también había jugado su papel de escenario ideal donde llevarlas a cabo. Mientras caminaba volvió a recordar una vieja idea: cuando volvía al ambiente semirural de Breda tenía la impresión de que el móvil era el dinero, el que podría heredar la familia de Gloria o el de los intereses de doña Victoria. La estancia allí le hacía recordar las duras palabras del viejo Maquiavelo:

«Los hombres olvidan con mayor rapidez la muerte de su padre que la pérdida de su patrimonio». En cambio, cuando había estado en Madrid, había terminado pensando que el móvil de los crímenes era la pasión, contradiciendo así las más arraigadas teorías sobre las causas para matar que afirman que la sangre sexual es de origen rural, que la sangre económica se vierte en la gran urbe.

Llegó al lugar y se detuvo ante la cinta que rodeaba el espacio acotado. Varios guardias que todavía buscaban alguna pista con un detector de metales lo vieron, lo reconocieron y lo saludaron fugazmente. La tienda de campaña había sido desmontada y ya estaría en el laboratorio. Pronto no quedaría ningún rastro de que allí, en la orilla del pantano, se había cometido un crimen; pronto la sangre abundantemente derramada desaparecería bajo el sol o el rocío o lamida por los insectos y las alimañas. Pronto se olvidaría hasta el lugar exacto, y la maldición del crimen se extendería por todo el bosque, contaminando en su expansión a todo El Paternóster.

Se sentía confuso ante aquella nueva muerte y le parecía imposible que alguien de allí abajo, de la vieja villa que ya todos llamaban ciudad, de los quince o veinte mil adultos entre dieciocho y sesenta años, pudiera ser su autor. Un hombre o una mujer con quien tal vez se habría cruzado decenas de veces o con quien habría hablado cordialmente, un hombre o una mujer que se levantaba todas las mañanas, que acudía posiblemente a su trabajo —las dos chicas habían sido asesinadas en días festivos— y que se acostaba cada noche seguro de su impunidad, aunque acaso para hundirse en un sueño lleno de pesadillas. ¿Por dónde continuar ahora la investigación? No tenía ninguna idea. Los únicos pasos que se le ocurrían ya los había dado antes sin atisbar ninguna luz, ningún resultado. Además, la tarde anterior había hablado con el teniente. Ahora se habían dado más prisa en comprobar las coartadas de todos los que conocían a Gloria y los que no la tenían el sábado, diez días antes, ahora habían estado irrefutablemente acompañados, con lo que se cerraba la posibilidad de que alguno de ellos fuera el autor de las muertes. ¿Debía hablar con Anglada y decirle que abandonaba el caso, que no tenía sentido seguir cobrando aquella cantidad diaria cuando no había ningún avance que la justificara? Decidió esperar dos días más, hasta conocer los resultados de la autopsia. Si entonces no aparecía ningún dato que lo iluminara, cerraría la cuenta y se la enviaría. Al fin y al cabo, él era como un jornalero, bien remunerado, sí, pero un jornalero que no podía estar recibiendo un sueldo si permanecía sentado a la sombra de una higuera.

Regresó a su apartamento. En el buzón, entre una inmensa y estéril cantidad de folletos publicitarios, encontró un papel blanco doblado por la mitad. Lo abrió y leyó la letra manuscrita: «Tengo algo importante para ti. Ven a verme. Estoy en el Kasino». Cerró el buzón y, sin subir a la vivienda, se dirigió directamente hacia el lugar de la cita.

El Alkalino estaba jugando ya una de sus interminables partidas de dominó, pero en cuanto lo vio llegar cedió su sitio y se acercó hasta la barra.

—Dos coñacs —le pidió al camarero.

Esperaron a que el mozo se alejara para comenzar a hablar.

—Creo que es un detalle importante. Tú sabrás si puedes aprovecharlo.

—Dime.

—Había alguien más dentro de la Reserva cuando mataron a la primera chica: un cazador que oyó un disparo. Y no estaba muy lejos de donde ocurrió todo —susurró casi, en tono confabulador, consciente del valor de sus palabras.

—¿Qué tipo de disparo?

—Un rifle o una escopeta.

—¿Quién? —preguntó Cupido.

—No, eso no voy a decírtelo. Sólo puedo asegurarte que no miente. Es un compañero del Partido —dijo, como si partido sólo hubiera uno y también Cupido hubiera estado afiliado a él—. Es la condición para que yo pueda hablar contigo, que no salgan nombres. No quiere complicarse la vida. Y tiene una razón importante para que sea así: es un furtivo sin licencia y ese día iba de caza.

—¿Cómo sabes que él mismo no está complicado en la muerte?

—¿Crees que entonces hubiera contado que aquella mañana estaba merodeando por allí, a poco menos de un kilómetro de donde la mataron?

—No, no lo hubiera contado —aceptó—. Pero ¿por qué no lo ha dicho hasta ahora?

—Está asustado —contestó, seguro de sus respuestas—. Se ha asustado cuando ha sabido que mataron a esa segunda chica. Es su pequeña contribución para esclarecer el asunto. Todo el mundo cree que si no se descubre pronto habrá más muertes —repitió las palabras de Gallardo.

—¿Por qué me lo dice a mí y no al teniente?

El Alkalino movió la cabeza, molesto por sus desconfianzas. Tomó la copa y de un golpe de muñeca vació la mitad.

—Eres un incrédulo, Cupido. El tipo tiene ya una fuerte multa por caza furtiva, hace algún tiempo. Si ahora va a contarlo a la Guardia Civil, cree que no olvidarían el motivo por el que él estaba escondido allí cerca aquella mañana, aunque lo creyeran en todo lo demás. Por otra parte, al confiar en ti demuestra que él no tiene nada que ver en esas dos muertes, porque si fuera así no colaboraría. No le des más vueltas al asunto. Le ha costado mucho decidirse a hablar. Y yo pongo la mano en el fuego si lo que dice no es cierto.

—De acuerdo —admitió.

No había ninguna razón para que alguien se inventara que había sonado un disparo aquella mañana. Aceptado aquello, surgían dos posibilidades: o bien el

disparo lo efectuó quien mató a Gloria, o bien había alguien más no demasiado lejos. Desechó la primera hipótesis —que disparara el asesino— porque teniendo un arma de fuego hubiera sido absurdo arriesgarse utilizando un cuchillo. De modo que había que encontrar a esa cuarta persona, porque si se había ocultado así, era probable que supiera algo comprometedor.

—¿Has avanzado mucho? —le preguntó el Alkalino.

—No, no tengo ni una sola certeza. Pero no descarto que quien mató a la primera chica la conociera bien.

El Alkalino lo observó con ojos agudos, eficaces.

—Hace unos meses —dijo de pronto, en uno de aquellos giros que solía dar a su conversación— me encontré un pequeño libro que alguien había arrojado a la papelera del parque, sin duda aburrido por lo denso de la escritura y la ausencia de diálogos. Lo cogí por curiosidad y comencé a leerlo. No entendí todo lo que decía, y sin embargo no era capaz de dejarlo. Trataba de un tipo muy raro que vivía en lo más hondo del bosque y mataba de un solo disparo a todo aquel que se atrevía a cruzar unos límites invisibles que él había marcado. Todavía lo recuerdo como si lo hubiera leído ayer, es algo extraño. Y todavía recuerdo el nombre del guardián. Numa, se llamaba Numa. Durante un tiempo no se me iba de la cabeza y volví a leer el libro intentando comprender por qué lo hacía, quién le pagaba por matar, a quién servía. El recuerdo me vino a la cabeza la otra noche, cuando mataron a la segunda muchacha. En todo bosque hay un Numa, un guardián fanático que existe con una única misión: que el monte siga siendo monte.

Hizo un pequeño silencio, agotó el resto de la copa y continuó en tono trascendente:

—Estás buscando por un camino equivocado, Cupido. Ahora el guardián se ha despertado. Habrá más muertes.

—Entonces, ¿ya no crees que detrás de todo está doña Victoria?

—No, ya no. La vi el otro día cuando llegaba de Madrid y apenas podía bajar del coche. Recuerdo sus tobillos hinchados tanteando en la acera, embutidos en unos zapatos negros. La Doña ha envejecido mucho en estos últimos tiempos. No la imagino planeando matar a nadie.

Cupido sonrió. Ya estaba acostumbrado a aquellos cambios de opinión tan repentinos. Del Alkalino aprovechaba siempre su información, nunca sus presunciones.

—No sé cómo darte las gracias —le dijo.

—De momento invítame a otro coñac. Algún día te exigiré el resto del tributo.

Le palmeó la espalda y se marchó con la copa llena a continuar la partida con los jugadores que ya lo estaban reclamando.

El detective salió a la calle pensando en la pinza que lo atrapaba tras aquella



última información. Hasta ese momento había jugado limpio con el teniente y no le había ocultado ningún dato. Pero le había dado al Alkalino su palabra de no revelar este último descubrimiento.

—No puede pasar por aquí —dijo Molina al llegar hasta la ventanilla del automóvil de Cupido.

El guarda había detenido su coche en el centro de la pista y le impedía el paso. Pero aquello era lo que el detective pretendía, hablar con él sin la presencia de la mujer que todo lo escuchaba en silencio, con una expresión asustada, como pidiendo que se marchara y los dejara en paz. Por eso había entrado sin autorización en el sector restringido de la Reserva, más allá del Centro-Base. Además, había comprobado que Molina había tardado menos de diez minutos en localizar la presencia de un intruso dentro de su zona de vigilancia.

—Lo sé —respondió—. Pero venía a hablar con usted.

El guarda se apartó un paso para que pudiera abrir la puerta y salir. Cupido vio que en el dedo índice de la mano derecha llevaba una tirita, seguramente para proteger una herida.

—Creí que había terminado con las preguntas —dijo con un ligero tono de malestar.

—Yo también lo creí. Pero se me olvidó hacerle la última.

Molina inclinó a un lado la cabeza. El malestar dejó paso a la curiosidad.

—Aquella mañana del sábado, ¿no oyó el disparo?

—¿Qué disparo? —preguntó sorprendido.

—El disparo de un arma larga, de un rifle o de una escopeta, hecho muy cerca de donde mataron a la chica.

—No, no oí ningún disparo. Ya le dije que a aquella hora yo no estaba por allí, que iba conduciendo el coche —explicó señalando con la cabeza el 4 x 4 que obstruía el camino—. Si hubo un disparo, la lejanía y el ruido del motor no me hubieran permitido oírlo —añadió.

Cupido removió la tierra con la puntera del zapato antes de insistir:

—El estampido de un disparo se oye aquí desde muy lejos. Pensé que tal vez hubiera escuchado algo y no lo recordara.

—Tengo buena memoria —dijo con una media sonrisa llena de ironía.

—Cuénteme cuándo conoció a Gloria —le pidió el detective, como si sus palabras hubieran dado pie a aquella petición.

Molina lo miró con gesto aburrido, dudando si responder. Ya había contestado brevemente a aquella pregunta y no estaba obligado a repetirlo, aunque supiera que el detective contaba con la benevolencia del teniente. Pero al fin dijo:

—Hace poco más de un año, a comienzos del anterior otoño. En todo caso, antes

del quince de octubre, cuando termina la presencia del retén de helicópteros. Había venido con su novio de Madrid, ese que lo ha contratado a usted ahora. Contaron que habían salido de Breda por la mañana, con un tiempo agradable. Pero por la tarde el cielo se había nublado y la temperatura había descendido varios grados, en uno de esos repentinos cambios de tiempo que se producen por aquí en otoño. Sentirían frío y al novio no se le ocurrió otra idea que encender un pequeño fuego para calentarse, aunque las pistas están llenas de señales prohibiéndolo. Enseguida vimos el hilo de humo desde una de las torretas de vigilancia y dimos la alerta. No era lejos. Salimos con los coches mientras se preparaba el helicóptero. Aun así estuvimos a punto de llegar tarde. Octubre es un mes engañoso. Si no ha llovido todavía, todo está tan seco y tan caliente tras el verano que una sola chispa puede provocar un desastre. Está, además, el viento, que con frecuencia es fuerte. Cuando llegamos hasta ellos ya estaban intentando detener el fuego. Lo habían hecho en un claro, pero había prendido unos matorrales y eran incapaces de cortarlo. Lo sofocamos enseguida y el helicóptero no tuvo que actuar. El jefe del retén se enfadó mucho y se dispuso a hacer una denuncia, irritado por su imprudencia. Al parecer, había sido el novio quien se empeñó en hacer la fogata, a pesar de las advertencias de la muchacha. Atraídos por la maniobra del helicóptero, o por el humo, también se presentaron allí doña Victoria y su abogado, que todavía entonces entraban y salían de la Reserva como si fuera suya, porque no se había dictado sentencia definitiva y nadie se atrevía a detenerlos. Entre tanta gente distinta, la chica debió de sentirse acorralada y todavía recuerdo la forma de mirarnos como pidiendo disculpas. Poco a poco todos los que estábamos alrededor nos fuimos quedando en silencio. Era como si nos desarmara al mirarnos. Hasta los del helicóptero se habían quedado volando en lo alto hasta ver en qué paraba todo aquello. Incluso la Doña desvió su enfado hacia nosotros, hablando del peligro que corría la Reserva en manos tan inútiles.

—Pero entonces, ¿doña Victoria y el abogado también la conocían? —preguntó Cupido. Los dos lo habían negado.

—Por lo menos la conocieron aquella tarde. Cuando nosotros nos fuimos con el novio de la chica, que tuvo que pagar en la oficina una pequeña multa, doña Victoria y el abogado se quedaron allí. La Doña siempre pedía la documentación a cualquier persona que entrara dentro, como si ella fuera la verdadera autoridad. Pero también la vieja, con lo desconfiada que era con todos, debió de quedar atraída por la chica. Yo pasé media hora más tarde con el coche para comprobar que todo seguía en orden y todavía los vi hablando.

—Volvió a verla más veces —dijo Cupido.

—De vez en cuando la veíamos por aquí, ya se lo dije. En los últimos tiempos hacía excursiones con más frecuencia. Había pedido una autorización a la dirección de la Reserva para poder acceder a las zonas restringidas, para pintar animales y

paisajes. En una ocasión tuve que acompañarla a algún sitio concreto que buscaba.

Molina había ido cambiando a lo largo de la conversación, como si quisiera ganarse su confianza.

—Creo que está perdiendo el tiempo con todo este asunto —dijo de pronto, con el tono amable de quien da un consejo—. ¿Quiere mi opinión?

—Sí —dijo Cupido. Era la segunda vez en el día que le ofrecían una teoría.

—Esa chica no debió venir nunca sola a la Reserva. Ni ella ni la que murió después ni ninguna otra mujer. El monte no está hecho para mujeres solas. El monte no es de quienes lo contemplan, el monte es de quienes lo pisotean.

El detective sabía que Molina no era el único que pensaba así. Todavía estaba muy arraigada esa retorcida tendencia de mucha gente a hacer culpables a las víctimas, como si ellas hubieran provocado el delito, como si una chica violada fuera culpable por haber llevado minifalda o todo montañero aplastado por la nieve mereciera el alud que le cae encima.

—Pero usted sabía que conocía bien toda esta zona.

—Ya le he dicho que no es cuestión de conocer el terreno, sino de sexo. ¿Cree que a un hombre lo hubieran matado?

—Creo que no de esa forma —respondió. No sabía adonde conducirían aquellos comentarios, pero confiaba en llegar a algún sitio.

—¡Claro que no! Nadie se atrevería a atacar con un cuchillo a otro hombre. El suelo del bosque está lleno de palos y de piedras. Sólo se ataca así a una mujer —concluyó casi irritado, retrocediendo unos pasos hacia su coche. Pero se detuvo y aún dijo, como si lo hubiera pensado muchas veces—: Una mujer que camina sola por un bosque es una víctima potencial; y el hombre que la espía es un potencial asesino.

Cupido comprendió que ya no le sacaría mucha más información. El guarda era de ese tipo de gente que tiene más confianza en la acción que en las palabras y, a pesar de ello, no se había mostrado parco en la entrevista. Se preguntó si con todo aquello, con aquel modo de decir generalidades tajantes para no decir nada concreto, no ocultaba algo que sabía. Tuvo la sensación de que sus últimas palabras eran en un dialecto que él no acababa de comprender del todo. Podía explicar por separado el significado de cada una de sus frases, pero presentía un último sentido oculto que se le escapaba. No quería dejar pasar aquella oportunidad, de modo que se decidió a preguntarle:

—¿Dónde estuvo este miércoles?

Molina endureció el rostro, decepcionado por una pregunta que no esperaba después de sus confidencias.

—Esta vez no podría haber oído ningún disparo. Tenía la tarde libre y la pasé en Breda. Hay veinte testigos que me vieron allí —respondió con sequedad, casi con rencor—. ¿No se lo ha dicho el teniente?

Enseguida supo que se había equivocado. Molina no era manejable como él había querido manejarlo, amagando una amenaza velada como valor de cambio. Tras aquella última pregunta había cerrado su boca, le había dado definitivamente la espalda y había arrancado el todoterreno levantando una nube de polvo.

Mientras regresaba conduciendo se reprochaba a sí mismo su excesivo apresuramiento. Nunca había sido un interrogador compulsivo, pero en esta ocasión no había sabido contener su impaciencia. Le había ocurrido muy pocas veces, porque solía tener presente la consigna de Darwin y la aplicaba a su trabajo como un eficaz antídoto contra la ansiedad: «Razonar mientras se observa es fatal; pero qué útil resulta después». Al fin y al cabo, la palabra que nombraba dos profesiones tan diferentes era la misma: investigación. Había pretendido ir demasiado deprisa, y Molina se había replegado como un reptil por no darle el tiempo lento y necesario para confiarse.

Maldijo en voz alta al descubrir que era demasiado tarde para comer en algún sitio. Tenía mucho apetito, pero ya no le servirían en ningún restaurante. Al llegar a la ciudad compró un par de sándwiches y una botella de Ribera del Duero y regresó a casa. No le gustaba beber solo, pero al terminar los emparedados ya había apurado la cuarta copa. Los deseos de fumar volvieron de un modo tan imprevisto y violento que cuando quiso detenerse ya había registrado todos los bolsillos de las prendas del armario buscando un cigarrillo.

Necesitaba moverse, salir a la calle, y decidió ir a casa de doña Victoria, aun a riesgo de acortar su siesta o su tiempo de descanso.

La doncella no le hizo esperar mucho. Lo condujo al salón que ya conocía, con la misma luz tamizada por los visillos y el mismo olor antiguo a plata vieja, con esa sensación de triste penumbra que dan las casas grandes sin ninguna maceta. Ahora le pareció que la sala tenía una decoración más recargada que en la visita anterior. Se preguntó cuántos objetos procederían de las casas sepultadas bajo las aguas del pantano. Había oído decir que alguien había visto en otro sitio las hermosas rejas de las ventanas. Había oído que cuando el acceso al pueblo quedó cortado por tierra por la lenta subida de las aguas, en los días necesarios para llenar por primera vez el pantano, hizo algunas excursiones en barca para saquear ornamentos arquitectónicos, objetos decorativos y forjados tradicionales que sus dueños no habían podido cargar o cuyo futuro valor no habían imaginado. A eso tal vez se refería cuando habló de los viajes que su padre había hecho para ella en el viejo DAF, viajes que ahora se le aparecían con un viejo aroma a piratería.

Doña Victoria, sin levantarse, le ofreció la mano delgada, llena de manchas de la vejez y recorrida por nítidas venas azules. Al estrecharla, Cupido vio el mismo ovalado reloj de oro en la muñeca, la misma pulsera conocida, la alianza, los mismos anillos un poco jactanciosos encajados en las primeras falanges que acaso ya no

podría desprender de sus dedos levemente hinchados en las articulaciones. Su rostro había desmejorado, como si hubiera envejecido en aquella semana transcurrida desde la entrevista anterior.

Tras saludarla se dirigió hacia el abogado, que esperaba junto a la ventana. El detective no pudo evitar mirarle de nuevo el labio: el herpes ya había producido una costra marrón que, al hablar, le daba cierta rigidez a su boca. Expósito no esperó una indicación de doña Victoria para dirigirse a la credencia y servir el coñac y el oporto.

—Sabía que vendría de nuevo a visitarnos —dijo la anciana—. Cuando mataron a esa otra chica supe que de nuevo vendría a hablar con nosotros. No encuentran sospechosos más adecuados.

Cupido se alegró de que fuera ella quien comenzaba a hablar de un modo tan directo, como la primera vez. Pero ahora su voz le pareció triste, como resignada a continuar un combate que no hubiera querido, pero a cuya victoria —una vez aceptado— tampoco iba a renunciar.

Tras servir los licores Expósito se colocó en pie tras su sillón, la mirada dióptrica observando a Cupido entre los hinchados párpados de seminarista, las manos sobre el alto respaldo, como si llevara la silla de ruedas de una inválida o como si le guardara las espaldas, en una actitud más protectora que la que había mostrado el primer día.

—Pero usted es en buena parte culpable de esas sospechas —replicó el detective—. El teniente dice que en su segunda visita se negó a contestar nada sin una orden judicial, que no ha encontrado más que oposición de su parte.

—El teniente —repitió Expósito con un gesto de desdén—. El teniente carga todavía en su hoja de servicios las consecuencias de su exceso de celo. La solución de este caso le vendría como anillo al dedo para limpiar su reputación. Pero no podrá hacerlo si se empeña en asentar su rehabilitación sobre nosotros.

Doña Victoria levantó la mano izquierda hacia su ahijado, como para pedir sosiego.

—¿Qué esperaba? —explicó—. ¿Que colaboráramos cuando él ha sido uno de los más enconados opositores a nuestras demandas sobre las tierras que me pertenecen? ¿Sabe cuál fue su primera pregunta cuando entró ayer por esa puerta?

—No.

—Le preguntó a él —dijo señalando hacia Expósito— dónde había estado el miércoles al atardecer, a la hora en que mataron a esa otra chica. Lo hubiera detenido si sólo me tuviera a mí como coartada.

El detective ya sabía de labios del teniente la respuesta: había varios testigos que reconocían haberlo visto a aquella hora.

—Pero no creo que usted haya venido a preguntarnos eso —añadió—. Ya le dije en su anterior visita que no nos gustaría recibirlo para responderle a las mismas preguntas que al teniente.

—Sí, hay algo más.

—Dígalo —ordenó.

El detective vio que ambos se ponían en guardia, sin poder ocultar la tensión causada por los largos días bajo sospecha. Los nudillos de las manos de Expósito blanquearon un poco sobre el borde del sillón donde se sentaba la anciana.

—¿Se lo contó ese guarda? —se anticipó doña Victoria.

—Sí.

—Creímos que no lo recordaría. Hace más de un año de aquello.

—Parece que es muy difícil olvidar todo lo relativo a aquella chica. Todos recuerdan muy bien los momentos en que estuvieron junto a ella —dijo Cupido.

Doña Victoria tomó un sorbo de oporto y lo saboreó como un gato antes de tragarlo, humedeciendo las encías que un día tuvieron todos los dientes, los labios secos que fueron suaves y dulces para dar el último beso al cadáver de un niño.

—Sí, era muy especial. Yo también la recuerdo —dijo enfocando su mirada más allá de los visillos—. No es fácil olvidarla. Aquel día del pequeño incendio cualquier otra hubiera caído en la histeria o en el llanto para inspirar lástima y eludir la fuerte multa que una imprudencia así conlleva. Pero aquella muchacha supo convencernos a todos de su arrepentimiento, si puedo usar esa palabra. Sabía pedir perdón con los ojos sin perder por ello un ápice de su dignidad. Es más, transmitía la completa seguridad de que nunca más volvería a ocurrir.

Los tres quedaron en silencio unos segundos, como reproduciendo las imágenes que la anciana acababa de evocar.

—Además —añadió en voz más baja—, era muy hermosa. Una mujer por la que un hombre podría cometer cualquier locura.

Cupido elevó los ojos hacia Expósito, esperando la versión masculina. Pero el abogado mantuvo obstinadamente baja la cabeza, fijos los ojos de miope en el pelo de la anciana, canoso y fino como el de una telaraña, partido por una raya limpia y recta que lo dividía en dos mitades exactas, con aquella elegancia que eliminaba cualquier atisbo de severidad.

—¿Por qué mintieron? ¿Por qué ocultaron que la conocían? —insistió.

—Haberlo dicho nos hubiera acarreado incómodas preguntas del teniente. Y después de habérselo negado a él no podíamos decirle a usted lo contrario —respondió Expósito—. En todo caso, no suponía nada importante. ¿Qué importancia podía tener que hubiéramos hablado un día con ella?

—Ninguna, si sólo es eso.

—Sí, sólo eso.

—¿Volvieron a verla después de aquel día?

—No, nunca más. Lo siguiente que supimos de ella fue que la habían matado. La reconocimos cuando vimos su fotografía en los periódicos.

—Ya le dije que era difícil olvidarla —apuntó doña Victoria.

Aquella forma de hablar en plural, compenetrados en sus versiones como un matrimonio bien avenido, de nuevo sugería que habían acordado las respuestas que debían dar. El detective tuvo la impresión de que la entrevista no daba ya más de sí, que no conducía a ninguna parte, como si se hubieran anticipado a sus conjeturas y tuvieran respuestas adecuadas a todas sus preguntas. Se levantó del sillón y se acercó a ellos para despedirse. Doña Victoria volvió a ofrecerle la mano, con la palma un poco inclinada hacia abajo, con esa forma decimonónica del saludo femenino.

—Puede volver siempre que quiera preguntarnos algo —repitió Expósito con una ironía que al detective no le pasó desapercibida.

—Gracias —respondió, siguiendo el juego.

## Capítulo 11

Quizá ni el mismo detective fuera consciente de cuán certero había sido al hablar de Gloria: «Todos recuerdan muy bien los momentos en que estuvieron junto a ella». El mismo recordaba con precisión cada uno de sus gestos, cada una de sus palabras, cada una de sus miradas. La primera vez la había visto como víctima de una situación; la segunda, como la parte irritada y acusadora. La tarde del pequeño incendio, Gloria estaba en medio de un grupo de empleados de la Reserva que, cuando ellos dos llegaron, les reprochaban la temeridad de haber hecho fuego un día de viento y en una zona peligrosa. El había dado dos pasos atrás, negándose a participar de aquel coro acusador que en pocos minutos, según ella pedía disculpas por la imprudencia, había ido diluyéndose hasta desaparecer como una ola en un estanque tranquilo. Desde su posición había pensado en lo que habría ocurrido si hubiera sido él quien hubiera provocado el incendio. Hacía ya tiempo que sabía que algo íntimo suyo —su sola presencia física, su actitud, su amargura, ese indisimulable y contagioso desaliento de la gente que ha dejado de creer que un día llegarán a ser felices—, algo que no podía dominar, porque no sabía bien qué era, ponía inmediatamente en su contra a aquellos con quienes trataba. Esa creencia lo obligaba a actuar siempre a la defensiva, convencido de la predisposición del género humano a convertirse en su enemigo. «Tal vez hubieran llegado a golpearme, a mí no me hubieran perdonado ese fuego», pensó recordando el todoterreno propiedad de la Reserva que había incendiado una noche con ayuda de Gabino. Observándola mientras hacía cambiar la actitud de los guardas y de los hombres del retén contra incendios que no lograban apartar los ojos de ella, había sentido hacia Gloria un doble y contradictorio sentimiento de admiración y de odio. Admiración porque todo en ella —su belleza, su actitud, las ganas de vivir que irradiaba— parecía predisponerla hacia la felicidad; odio porque hacía resaltar todo lo que a él le faltaba.

Como cada vez que pasaba varios días de negociaciones o de intensos contactos con los demás, al regresar aquel jueves desde Madrid a la casona de Breda, se había sentido especialmente solo. La excesiva compañía y el trato con sus clientes terminaba provocándole un cansancio y una tensión que luego tardaba varios días en lograr despejar. Al marcharse el detective, se había encerrado en su habitación repitiendo sus palabras: «Todos recuerdan muy bien los momentos en que estuvieron junto a ella».

Una semana después de aquel primer encuentro no había logrado olvidarla. Hasta entonces su experiencia con mujeres se limitaba a fugaces visitas a prostitutas que recibían en discretos apartamentos, porque entrar en un prostíbulo donde tuviera que alternar o competir codo con codo con otros hombres tensos de deseo y excitados por el alcohol lo llenaba de terror. Salía de allí insatisfecho y triste y con la sensación de



haber malgastado su dinero, porque se dejaba hacer y nunca se atrevía a pedir todo lo que le apetecía, porque todo era rápido y profesional y turbio y no había sido capaz de imponer silencio a las sucias palabras de la mujer arrodillada, ni de exigir un poco de amabilidad, no lentitud ni cariño, sólo silencio y amabilidad. El encuentro con Gloria, sin embargo, había dado una nueva dimensión a lo que él podía esperar de una mujer. Por un lado, deseaba fervientemente volver a verla; por otro, no tenía ninguna prisa en reavivar el sufrimiento que ya sabía que le iba a ocasionar. Por las noches, antes de dormirse, se detenía a pensar en aquella contradicción. Se sentía lleno de posibilidades —tenía una memoria prodigiosa y una extraordinaria habilidad para organizar su tiempo, podía aplicar a cualquier área del conocimiento una inteligencia privilegiada y era capaz de mantener una constancia en el trabajo que hubiera rendido a un jugador profesional de ajedrez—, pero se daba cuenta de que no tenía una mujer a quien ofrecérselas. Aparte, claro, de su entrega a doña Victoria en su lucha por recuperar las tierras usurpadas. Algunas veces se veía a sí mismo como un ciclista con las mejores piernas, con los pulmones de una ballena y un corazón como el corazón de los caballos, pero perdido en un solitario cruce de carreteras de montaña porque no había a su alrededor nadie que lo guiara ni tenía un libro de ruta que le indicara el camino a seguir entre unas sierras llenas de bruma y de barrancos. Otras veces, cuando lograba dormirse, soñaba que estaba sumergido en un pozo negro y profundo, a varios metros bajo la superficie del agua, y que no había tocado todavía el fondo. Allí manoteaba desesperado por salir hacia arriba, aunque era plenamente consciente de que sólo lograría emerger si previamente se hundía hasta el barro, donde encontraría algo —una escala, una soga con un garfio— que después le permitiría alcanzar el brocal.

No había logrado estar de nuevo junto a Gloria hasta dos meses después, en las postrimerías del anterior otoño. Por entonces, en espera de las últimas sentencias judiciales, la batalla entre ellos y la Administración había llegado a su mayor encarnizamiento y a un grado tal de confusión que ningún guarda se atrevía a impedirles el paso cuando decidían recorrer las tierras en litigio, siempre acompañados por Gabino, el antiguo y fiel aparcerero que no había tenido otro patrón que doña Victoria, un hombre cercano ya a los sesenta años, invisible furtivo y excelente conocedor de la áspera orografía de El Paternóster desde antes de la construcción del pantano. Tenía todavía una fortaleza imposible y era capaz de engullir en una merienda un pan de libra y un kilo de cecina y digerirlo luego como una boa. El guardaba de Gabino un recuerdo imborrable, un día en que, siendo todavía niño, el aparcerero lo llevaba montado en su burro: ante la amenaza de un nido de avispas en el quicio de una cancela que un grupo de muchachos intentaba abrir, lo había visto aplastar con su mano el avispero sin que un solo aguijón venenoso fuera capaz de atravesar la dermis encallecida por treinta años de brutales trabajos.

Habían sabido que aquel fin de semana, el último de la temporada cinegética, el ex presidente francés Giscard d'Estaing —un hombre muy aficionado a la caza mayor— llegaría a la Reserva, atraído por la calidad de los trofeos conseguidos en los últimos años. Doña Victoria había decidido que no podían dejar pasar aquella oportunidad para elevar un poco más la tensión y ganar posiciones de cara a una improbable negociación final. Había ideado una sorpresa que destrozara todo el protocolo alrededor del político y tuviera cierta resonancia.

La víspera del día previsto, Gabino y él habían penetrado en la Reserva poco después de la medianoche, a la misma hora en que los lobos salen en busca de sangre. El viejo lo había llevado por un antiguo camino olvidado desde la inundación de las vegas, por el que entonces era posible transitar debido al mínimo nivel de las aguas. Tal como habían previsto, un ciervo de gran envergadura había caído en una de las trampas de lazo que el aparcerero había colocado la noche anterior en lugares apropiados, buen conocedor de las querencias y dormideros de los animales. El ciervo estaba tendido en la tierra y no hizo intención de levantarse cuando se acercaron. Pensaron que debía de estar agotado tras un día entero intentando soltarse, pero enseguida comprobaron que había dado tantas vueltas y se había enrollado con tanta fuerza en el alambre que terminó rompiéndose una pata, que había quedado doblada bajo su cuerpo en un ángulo extraño. A la luz de las linternas vieron los pelos de la dura piel arrancados por el cable y las llagas que ya habían acudido a morder las primeras hormigas. Él había sentido un ligero brote de culpabilidad: aquel daño era innecesario. Miró a Gabino, que actuaba con toda frialdad, parándose de cuando en cuando unos segundos para escuchar el silencio que los rodeaba, tranquilo después en medio de la oscuridad. Se preguntó si el viejo tenía su propia opinión de todo aquello o si sólo obedecía, limitándose a acatar las órdenes sin cuestionarlas. El hombre parecía estar siempre igual, un día detrás de otro, como una piedra, sin que le afectara ningún acontecimiento, ninguna pasión, tan indiferente a la noche como al día. En cambio, él, destinado desde niño a una lucha que se desarrollaría entre papeles, sentía el rápido bombeo del corazón dentro de su pecho. Nunca había estado tan cerca y tan dentro de la noche como en aquel campo donde se hallaban, rodeados por millones de animales, muchos de ellos venenosos y hambrientos. Sin embargo, no era miedo, y se dijo que aunque no estuviera Gabino a su lado podría caminar por allí la noche entera sin ninguna aprensión.

Antes de soltar al ciervo de la trampa le enlazaron las cuatro patas. Gabino le hizo luego un nudo en la base de la cuerna y tiró de la cabeza hacia un lado, atando la cuerda a la cola, de modo que no pudiera defenderse cabeceando contra ellos. El animal quedó hecho una bola de carne y de pelos de la que sobresalían las puntas de las astas. Acercaron junto a él la parte trasera del Land Rover y entre los dos lo introdujeron en el coche.

Tenían bien decidido el lugar en que iban a hacerlo, muy cerca del Centro-Base, donde no podrían dejar de verlo al día siguiente en cuanto los cazadores tomaran el camino de los apostaderos. Pero los lejanos ladridos de los perros, cuando se acercaban, les habían hecho detenerse y retroceder buscando una mayor seguridad. La inminente presencia del político francés en la Reserva había obligado a poner un servicio de seguridad desde el día anterior a su llegada. De modo que se habían alejado prudentemente un par de kilómetros del sitio inicialmente elegido.

El viejo no había querido demorarse mucho más y en cuanto se sintió seguro se detuvo en una nava de encinas. No quiso que encendiera la linterna cuando salieron del coche: sus pupilas ya se habían acostumbrado a la oscuridad y la luna creciente arrojaba la luz necesaria para desenvolverse.

Bajaron al ciervo al suelo y lo arrastraron unos pocos metros hasta dejarlo bajo una corpulenta encina, podada y abierta como un candelabro. Gabino comenzó a moverse con celeridad, sin dejarle intervenir a él, como si aquella última tarea exigiera una decisión y una crueldad que él no poseía. Lanzó una soga por encima de una sólida rama del árbol y enlazó un cabo al cuello del animal, mientras le pedía que sujetara el otro cabo. Ya sabía qué iban a hacer, pero ahora también sabía cómo iban a hacerlo. El ciervo, sin poder moverse, los miraba desde el suelo, con la cabeza violentamente torcida al estar atada a la cola, con ese absoluto espanto de ojos desorbitados que es atributo de los mamíferos. Vio cómo el viejo sacaba del bolsillo de su pantalón una de esas navajas de mango de madera y hoja curvada tan comunes a todos los campesinos de la zona y la abría con un pequeño chasquido. Oyó sus palabras: «Tire fuerte», pero hasta que no las repitió no comprendió que iban dirigidas a él. Tiró con fuerza de la soga y sólo pudo levantar la cabeza del animal, que asomó un poco su lengua al sentir la presión en su cuello. La soga no corría bien por la rama, la áspera corteza no hacía bien de polea. Volvió a intentarlo hasta que sintió el calor abrasivo que el esparto le producía en las palmas, pero tampoco entonces logró levantarlo del suelo. El viejo volvió la cabeza y él supuso que estaba mirándolo, aunque en la oscuridad era imposible saberlo en aquellos ojos tan pequeños a fuerza de fruncirse y protegerse contra el sol. «Yo lo levantaré. Usted tendrá que cortar», le dijo mientras ponía entre sus dedos la navaja con la hoja abierta. Gabino tiró de la cuerda y fue izando al ciervo poco a poco, a sacudidas breves y violentas. Lo hubiera ahogado si sólo estuviera colgado del cuello, pero había atado la soga de modo que enlazara también la cuerda que ataba los cuernos a la cola; así el peso quedaba distribuido de forma equilibrada. Había decidido que muriera no por asfixia, sino por ahorcamiento, para remarcar el lado humano y ritual de su muerte. Comprendió lo que tenía que hacer sin que el viejo le explicara nada más. Miró la navaja que sostenía en la mano, cuyo filo brillaba a la escasa luz de la luna como si fuera de plata. El ciervo, al verse en el aire, había dado algunas

sacudidas intentando escapar, pero con ello sólo consiguió aumentar la presión de la soga en su garganta y enseguida se mantuvo otra vez inmóvil. La cabeza había quedado mirando hacia ellos y él no podía apartar los ojos de los ojos espantados del animal. «Ahora —oyó la voz a sus espaldas—. Tiene que cortar la cola de un golpe seco». Comprendía perfectamente lo que iba a pasar: cuando cortara la cola, todo el peso del cuerpo caería sobre la cabeza y las vértebras del cuello se separarían rompiendo la médula. Una muerte rápida y sucia, llena de secreciones. Se preguntó si el animal lo adivinaba, si aquella mirada de horror era porque sabía todo lo que podía esperar de los humanos desde el momento en que cayó en el cepo de alambre. Se preguntó también cuántos ciervos más o cuántos perros había matado antes el viejo para tener tanta seguridad en lo que era necesario hacer en cada momento. Levantó la mano izquierda y agarró la cola por el lugar donde estaba atada a la soga que sostenía la mitad de su peso. Sus dedos sintieron algo húmedo y viscoso: el animal había defecado. «Es como los hombres. Porque sabe que va a morir», pensó. Hacía más de una hora que habían salido con toda cautela de la vieja casona, por el portal trasero. Él iba dispuesto, como otras veces, a ayudar en todo lo necesario, pero no había imaginado que en sólo esos setenta minutos llegaría a empuñar en una mano una terrible y afilada navaja campesina y en la otra la carne que iba a cortar para matar a un esplendoroso animal aterrado e indefenso. Su corta experiencia en los pequeños sabotajes anteriores se limitaba a atentar contra objetos —un coche oficial incendiado, un alicate que corta repetidamente una alambrada...—, nunca contra algo tan vivo y palpitante. Esa era una labor siempre encomendada al viejo. «Más cerca del culo», oyó de nuevo la voz a sus espaldas, ahora más firme y decidida. Obedeció y acercó el arma hasta el nacimiento de la cola. Sintió la carne tensa y caliente por el violento estiramiento de músculos y tendones y apoyó el filo en la piel, a un centímetro de su mano, por la parte del dedo pulgar. «Corte y apártese deprisa para que no lo golpee al caer», oyó todavía. Respiró hondo, cogiendo fuerzas y aguardando las últimas indicaciones. Pero el viejo, tras él, no dijo nada más, esperando la sangre. Por un momento pensó en volver a cambiar los papeles, en sujetar él la soga ahora que el ciervo estaba izado, pero dentro de su cabeza no encontró ninguna razón para negarse. Apoyó un poco el filo curvo y comprobó que cortaba las primeras cerdas con la suavidad de una navaja de barbero. Luego, de repente, apretó con todas sus fuerzas al tiempo que la deslizaba desde el mango hasta la punta. La cola quedó cortada y, mientras él se echaba hacia atrás, el ciervo sufrió una violenta sacudida y quedó colgado únicamente por la cabeza. Así, con los ojos desorbitados, tuvo aún varias convulsiones antes de quedar definitivamente inmóvil. Sintió que algo húmedo y caliente le caía sobre los labios apretados y, antes de pensarlo, ya lo había lamido con la lengua, reconociendo el untuoso sabor de la sangre animal. Escupió hacia un lado y se quedó contemplando el suave balanceo del

cuerpo. Gabino no hizo ningún comentario que aprobara su actuación. Se limitó a levantarlo un poco más y a atar la soga al tronco de la encina para que el cadáver quedara bien alto y visible como una amenaza.

Luego regresaron con el mismo sigilo. Se sentía tembloroso y turbado como un adolescente, pero en el fondo orgulloso de haber pasado una prueba —la de la crueldad hacia un animal vivo— que ya habían superado quince años antes los muchachos de su edad que nacieron en su misma aldea. En cierto modo, el uso que había hecho de la navaja le parecía un bautismo, la sangre en los labios una comunión.

Doña Victoria había dado permiso aquel fin de semana a la doncella y los había esperado impacientes dentro de la casa, desvelada, sentada en el sillón de alto respaldo, en acecho del ruido del Land Rover cuyo motor podía identificar entre cien motores diferentes. Aunque no era la primera vez que él asumía participar en una acción así, tan diferente de su trabajo en la oficina, en aquella ocasión la presencia del político francés la hacía especialmente arriesgada. Al salir se había quedado inquieta y un poco temerosa.

Cuando entró de nuevo en el salón sólo iluminado por la luz de la calle, con las botas llenas de polvo, con unas pequeñas manchas de sangre en las mangas de la camisa y en la cara, junto a los labios, le había hecho pararse frente a ella y lo había mirado como a un hijo que regresara después de mucho tiempo ausente. Hizo que se sentara a su lado, en la penumbra, y que le contara todos los detalles, el transcurrir de cada minuto. Finalmente se retiraron a sus habitaciones para esperar el efecto que todo aquello desencadenaría al día siguiente, unas pocas horas más tarde. Cualquier escándalo, cualquier desestabilización era preferible a la normalidad que la administración quería imponer dentro de El Paternóster, como si ya fuera suya y todavía no faltara por pronunciarse el Tribunal Superior de Justicia. Habían perdido varias batallas, pero no la guerra, y se aferraban a la esperanza en la victoria como un país al borde del derrumbamiento que aún confiara en el mortífero poder de un arma nueva cuya inminente intervención cambiaría el curso de la lucha.

Lo que no esperaban fue lo que ocurrió en la primera hora de la mañana siguiente, cuando se dirigieron al Centro-Base con la excusa de presentar unos documentos, pero con la verdadera intención de estar presentes en el descubrimiento del ciervo ahorcado, y que nadie pudiera silenciarlo. Al contrario de lo que habían previsto, no fue ningún guarda ni ningún cazador quien lo encontró balanceándose en la cuerda. Fue Gloria, que ya por entonces había conseguido un permiso para deambular libremente por las zonas restringidas de El Paternóster para hacer sus pinturas. Tras el descubrimiento había ido corriendo al Centro-Base para avisar del hallazgo. Doña Victoria y él ya estaban allí, esperando esa misma noticia, pero a un emisario diferente. Gloria había subido a un coche con los guardas y ellos la habían seguido

hasta el lugar que, a la luz del día, le pareció un lugar distinto del que había apreciado en la oscuridad de la noche. Todos se quedaron un momento inmóviles, contemplando desconcertados el cadáver. Un perro de los guardas que los había seguido a la carrera se acercó a lamer el semen que había arrojado el ciervo. Gloria entonces había pedido que lo bajaran, incapaz de seguir contemplando la escena, y doña Victoria lo había impedido hasta que el suceso tuviera toda la publicidad posible. «No tenga tanta prisa, señorita. El ciervo no va a vivir por descolgarlo», le había dicho. Gloria los había mirado con un profundo reproche que a él le había quemado las mejillas. Sabía que se había ruborizado como un adolescente descubierto en falta a quien le reprocharan una crueldad cometida a una paloma, pero ella no podía haberlo notado porque les había dado rápidamente la espalda con desprecio. Sintió la garganta llena de arena y tardó varios segundos en poder obedecer a doña Victoria cuando le pidió que fuera en el coche hasta la ciudad a buscar un fotógrafo.

A la dolorosa muerte del ciervo, a su vergüenza, se había añadido la estéril gratuidad de todo aquello: al político francés lo habían mantenido alejado y el eco de la crueldad no había atravesado las fronteras locales.

Aquella noche, al acostarse, incapaz de dormir a pesar de su agotamiento, por primera vez había dudado del acierto de la estrategia que estaban empleando.

## Capítulo 12

Abrió el grifo y en cuanto el agua comenzó a salir templada se metió bajo la ducha dejando que el chorro le cayera en la frente. Se demoró unos minutos antes de coger el gel y el champú para limpiar a fondo toda la suciedad que se le adhería al cuerpo durante el trabajo en el campo y de la que se desprendía cada noche como las serpientes de la piel en primavera. También aquella costumbre de la limpieza completa y diaria la había aprendido de Gloria, una de las tardes en que le había servido de ayudante cargando con el caballete hasta uno de los profundos recodos del pantano donde Molina, el guarda, le había dicho que los ciervos y gamos acudían a beber a la llegada del crepúsculo. Durante una hora la había visto distribuir el espacio en la tela, ajustar la proporción de agua, tierra y cielo, dejando huecos en blanco, sin definir, a la espera de la visión de los animales que debían ocuparlos. Los tendrían solamente unos minutos ante sus ojos, al otro lado del recodo, y la pupila de Gloria debía aprisionar su imagen para desordenarla y volver luego a recomponerla en la tela según las leyes con la que los habían dibujado en las paredes de las cuevas los primeros habitantes de la comarca. El la había estado observando en silencio, sin interrumpirla, vencido por su belleza recortada al fondo por el agua y por las pequeñas islas que hacía el pantano ahora que estaba tan vacío, dolorosamente enamorado de ella, de sus manos capaces de pintar lo que él nunca lograría, de los pelos rebeldes en la nuca que no había podido atrapar la cinta de la coleta, alta y un poco desordenada, de la suave línea de las caderas que el pantalón claro y suelto no lograba disimular, de su sonrisa las veces en que volvía el rostro para mirarlo con simpatía y agradecimiento por su ayuda, siempre en silencio, porque no querían que ningún ruido turbara el sigilo necesario para la llegada de los animales. Sin embargo, porque los habían venteado, porque no habían tenido la paciencia de los cazadores para no moverse en sus escondrijos o por cualquier otra causa ajena a ellos, los ciervos no habían aparecido aquella tarde.

Si hubiera podido, habría ido a buscarlos y a sacarlos de sus escondrijos para empujarlos hacia donde esperaba Gloria. Cualquier cosa con tal de que se fijara en él, en el primo adolescente a quien debía mirar con simpatía y un poco de compasión por su rudimentaria pobreza, por su falta de oportunidades para desarrollar su talento, por la hosquedad del padre. Esa compasión tibia y pasiva que nunca se decide a llegar a la generosidad. Cansada de esperar y con la decepción en el rostro, Gloria le había dicho: «Creo que hoy ya no vendrán. No hemos tenido mucha suerte». El no supo qué contestar ni ella esperó su respuesta para plegar el caballete, recoger los pinceles y acercarse hasta la orilla, unos quince metros más allá. La vio sentarse en una piedra junto al agua, descalzarse los mocasines de cuero crudo y quedar así durante unos minutos, inmóvil, dándole la espalda, abstraída por el silencio del atardecer y por la

luz que el último sol lanzaba hacia ellos saltando las crestas del Volcán y del Yunque. Nunca había visto a una mujer tan hermosa, nunca había imaginado que el amor tuviera poder para estremecerlo de aquel modo. Supo que toda su vida, pasara lo que pasara, conservaría la imagen de su prima sentada sobre la piedra, con las rodillas abrazadas, con el agua cerca de sus pies descalzos y el atardecer con las montañas al fondo. Hasta el cielo contribuía a completar aquel escenario que oscilaba entre la realidad y el espejismo: unos jirones de nubes con forma de caballos, tintados de violeta, cruzaron por delante del sol para darle a aquellos momentos un carácter onírico. Si algún día fuera capaz de pintar lo que ahora veía, en un único cuadro, de una sola vez, ya no necesitaría volver a pintar ninguna otra cosa.

Como si de repente recordara que él estaba allí, Gloria había vuelto la cabeza y le había dicho: «Voy a darme un baño. No soporto el sudor. ¿Te apetece o me esperas?». Tal vez si ella sólo hubiera hecho la primera mitad de la pregunta él se hubiera atrevido a acompañarla en el agua gris, espesa y profunda del pantano, tal vez se hubiera decidido a vencer la cobardía y la timidez, a romper su propensión al mutismo, a no mostrar pudor ni turbación ante el cuerpo desnudo y dolorosamente deseado de Gloria y a no tener miedo de lo que ella pudiera pensar de su cuerpo, ya saliendo de la pubertad, pero todavía sin entrar en la madurez, en ese punto de vértigo, el tramo final, mucho más pavoroso que la propia adolescencia, donde uno ya no se siente adolescente y sin embargo sabe que aún no tiene la fuerza ni la decisión de quien ha completado su evolución. «Espero por aquí», le respondió, y ya en ese momento estaba arrepentido, maldiciendo su timidez y su falta de arrojo para lanzarse de cabeza contra la tersa superficie líquida y nadar tras ella, bajo ella, bajo su cuerpo desnudo en el agua plomiza, inmóvil y silenciosa, casi amenazadora, los dos en medio de un pantano donde no había nadie más, sólo la mancha clara de su espalda y todas las razones para iniciar como un juego las caricias, el único medio posible de acercamiento a una prima vetada de amor por el parentesco de la sangre.

Giró el rostro cuando vio su decidido movimiento para sacarse la camiseta por la cabeza, pero aún tuvo una décima de segundo para columbrar su espalda morena, desnuda y recta. No sabía qué hacer y por eso, de espaldas a ella, dijo: «Voy a dar una vuelta, a ver si todavía veo algún ciervo», aunque sabía que ya era demasiado tarde, que los animales se habrían tumbado en sus escondites dispuestos al descanso y la rumia, y que sus palabras sólo eran una excusa para ocultar la turbación que su desnudez le producía. «De acuerdo», aceptó Gloria. Mientras se alejaba hacia la primera línea de pinos oyó el ruido del agua al romperse. Debía de haberse lanzado ya desde la roca. Entonces sí se atrevió a mirar hacia atrás y vio su cabeza que emergía para respirar y sus brazos más claros que el agua batiendo rítmica y tranquilamente la superficie. Todavía estaba a tiempo de volver, pensó, de quitarse le ropa aprovechando la lejanía y encontrarse con ella más allá de la orilla que se



interponía entre ambos como una frontera de miedo y de pudor. Todo sería más fácil allí dentro, los dos mojados y desnudos en el corazón del agua, sumergidos hasta tocar con los dedos de los pies los tejados llenos de limo de las casas hundidas, los dos acariciados por la misma materia líquida que los mecería como un colchón. Pero continuó alejándose. Los ojos se le humedecieron con dos lágrimas de rabia, contra sí mismo y —por una repentina reacción del antiguo y fiero orgullo heredado del padre— contra ella, por haberse desnudado frente a él como si aún fuera un niño. Dejó que las lágrimas le resbalasen por la cara y luego, decidido, comenzó a retroceder dando un pequeño rodeo, agachado, ocultándose entre las matas y los troncos hasta tumbarse tras la primera línea de arbustos, unos metros a la izquierda del lugar donde había estado. Las raíces sedientas de los pinos habían ascendido hasta la superficie y vivoreaban bajo la primera capa de tierra reseca, como las venas bajo la piel de los viejos.

Todavía quedaba esa última claridad que el crepúsculo otorga como una moratoria cuando ya debía haber caído la noche. Y nacía una luna casi llena que comenzaba a derramar su luz de leche. Apartó los rancios matojos que crecían ante sus ojos y miró hacia el agua. Gloria descansaba haciendo el muerto, inmóvil sobre la tersa superficie oscura, abierta de brazos, casi dándole la espalda. Por un momento tuvo la sensación de que estaba esperándolo, de que hacía todo aquello para que él llegara con sigilo junto a ella para asustarla o gastarle una broma, porque no podía ignorar su presencia. Pero ya sabía que no se atrevería a hacerlo. Se estaba bien allí, escondido, contemplándola desde la impunidad, sintiendo los duros olores de la tierra reseca, los pequeños ruidos del monte que se encogía con la llegada de la noche y los crecientes reflejos de la luna en la superficie. Todos los sentidos despiertos y el corazón crepitando entre sus costillas.

Era la hora en que las moscas beben y los peces suben a cazar. Una carpa dio un gran salto para atrapar algún insecto y cayó luego sobre el agua rompiendo con violencia su tersura y su silencio. Como si de repente hubiera tenido miedo, Gloria dio media vuelta y comenzó a nadar hacia la orilla. Él no se movió. Podía sentir sus acelerados latidos en todas las partes de su cuerpo que estaban en contacto con la tierra. Gloria salió del agua por el mismo lugar por donde había entrado, junto a la piedra donde había dejado su ropa, sin exhibir, pero sin esconder, su portentosa desnudez, sólo cubierta con una pequeña braga clara que al mojarse dejaba entrever la mancha oscura del pubis. Se agachó y comenzó a secarse con una pequeña toalla que llevaba, recorrida por un leve estremecimiento de frío. Había tenido tiempo para verla y no olvidar ya nunca más los muslos largos y un poco brillantes, los pechos que temblaban con cada paso que daba descalza, el triángulo oscuro y mágico del vientre, toda la piel mojada.

Bajo la ducha, el placer le recorrió todo el cuerpo en un nuevo orgasmo. Casi se asustó cuando oyó la voz cansada y cariñosa de su madre que desde fuera le decía: «Hijo, termina ya, que necesito el agua caliente», para devolverlo al mundo de pobreza, escasez y ahorro miserable en que vivían. Pero siguió bajo el chorro unos minutos más, dejándose limpiar mientras procuraba que no se perdieran de la memoria de sus ojos las últimas imágenes de aquella tarde: Gloria vistiéndose en la piedra, llamándolo luego y él dejándose llamar sin moverse de su escondite. No sabía bien por qué, pero sintió la necesidad y el placer de inquietarla, de asustarla, de dejar que se imaginara que no estaba allí, que había desaparecido: hacerse, en fin, imprescindible para ella, aunque sólo fuera durante unos minutos. La vio peinarse y luego encender un cigarrillo, cada vez más inquieta, cada vez llamándolo con más fuerza.

Cuando creyó que ya era suficiente, retrocedió a rastras procurando que no se moviera ningún arbusto que lo delatara y sólo se irguió cuando estaba fuera de su vista. Comprobó que no se le notaban las manchas de tierra en la ropa ni las lágrimas en la cara y avanzó hacia la orilla. «¿Dónde estabas? Te has ido muy lejos», le dijo al verlo aparecer. Lo defraudó que hubiera más reproche que alegría en su voz, pero contestó con amabilidad que había visto algunos ciervos allí dentro y que se le había pasado el tiempo contemplándolos. Recogieron los pinceles y el caballete y regresaron hacia donde habían dejado el coche. Para evitar una discusión inútil, él ocultó a su padre que había estado ayudándola.

Cerró el grifo, se puso el albornoz y fue a encerrarse en su habitación, un cuarto en el piso alto de la casa, frío y pobre de mobiliario, pero que le daba independencia y soledad al alejarlo de la planta donde estaban la cocina y el comedor. Cerró la puerta desde dentro. Se vistió con ropa limpia y, antes de sentarse a la pequeña mesa, redonda, cubierta con un tapete de plástico, se subió en una silla y cogió de encima del alto armario un álbum de pintura en el que había hecho algunos dibujos a carboncillo. De entre sus páginas extrajo una lámina suelta con el rostro de un muchacho: era el retrato que le había hecho y dedicado Gloria una de las últimas tardes en que estuvo con ella. La había ayudado a colocar algunas cosas en la vieja casa familiar mientras hablaban de pintura. Ella le preguntó si ya había agotado la caja de óleos que le había regalado y él había contestado que no, que si bien se sentía cómodo en el dibujo, tenía muchas dificultades para encontrar el tono exacto de los colores que quería. En agradecimiento a su ayuda, en un momento en el que él se había sentado a descansar junto a la ventana, su cara iluminada en escorzo, Gloria le pidió que no se moviera. Había cogido un lápiz y una hoja y con trazos rápidos y

firmes le había hecho aquel retrato que guardaba como un tesoro. Lo había ocultado a sus padres, pero a menudo lo sacaba para contemplarlo, con la puerta cerrada, como un adinerado coleccionista contempla en soledad una obra maestra que no puede mostrar a nadie porque ha sido robada de un museo. Se pasaba largos ratos frente a él, estudiando la longitud y frecuencia de los trazos, la intensidad del punteado, la hondura de las sombras. Le parecía que aquella sencilla lámina tenía esa capacidad de las obras de arte para reflejar al modelo con más veracidad que los espejos. Gloria había sabido captar sus labios finos y casi enfadados, a la defensiva, el pelo que le caía sobre la frente sudorosa desde una raya demasiado alta, la nariz de aletas tensas, como oliéndola mientras lo retrataba. Hasta las pequeñas huellas del acné habían encontrado su sitio exacto en el papel. Se fijó en los ojos, llenos al mismo tiempo de timidez, de asombro y de anhelo. Se preguntó si ella sabía hasta qué punto estaba enamorado. Sin duda adivinaba algo, porque en el retrato había puesto esas gotas de ansiedad que da la conjunción del deseo y su insatisfacción. ¿Cuándo aprendería él a dibujar así?, se preguntó. ¿Tendría tiempo todavía para recuperar los años perdidos? Quizá ahora, con todo aquel dinero de la herencia. De la herencia de Gloria. Dio la vuelta a la lámina y leyó la dedicatoria con la que ella se la había regalado: «No busques más por ahí afuera. Todos los colores están dentro de tus ojos». Levantó de pronto la cabeza para escuchar el eco dormido que la dedicatoria había despertado, como una lejanísima campana en una ermita abandonada. Volvió a leerla y entonces recordó las palabras de Gloria relativas al escondite del diario la tarde en que lo había sorprendido hojeándolo. Al comprobar que no estaba enfadada por su curiosidad, él se había atrevido a decirle que debía guardarlo mejor y no dejarlo abierto encima de una mesa. A su cabeza volvieron las palabras exactas de su respuesta: «Nadie podría encontrarlo. Aunque abran o cierren las puertas del escondite nunca lo verían. Seguiría oculto». El se había quedado pensando qué quería decir, pero no encontró respuestas y había terminado olvidándolo. Ahora regresaba con el recuerdo prendido en las palabras de la dedicatoria que no había vuelto a leer desde antes de su muerte.

Aunque era tarde, se puso los zapatos y salió en sigilo a la calle, sin decir nada a sus padres. Cinco minutos después llamó al timbre del apartamento de Cupido. El detective estaba comenzando a cenar sobre una bandeja y lo imitó a pasar. Le ofreció una cerveza.

—He recordado algo sobre el diario —dijo. Le temblaba un poco la voz por el nerviosismo o por la rapidez con que había recorrido el trayecto hasta su casa.

—¿Sí? —preguntó el detective. Durante todo el día, sábado, no había movido un dedo en la investigación. La mañana la había dedicado a hacer algunos recados pendientes y había pasado la tarde leyendo y viendo un partido de fútbol en el televisor, a la espera de los resultados del laboratorio que el lunes tendría el teniente. Se sentía incómodo por el día perdido y la inesperada visita de David era el antídoto

adecuado contra sus escrúpulos.

—Estaba en casa mirando un retrato que Gloria me había hecho y al leer la dedicatoria lo recordé de pronto. Se refería al lugar donde lo escondía. Dijo: «Nadie podría encontrarlo. Aunque abran o cierren las puertas del escondite nunca lo verían. Seguiría oculto».

Se quedó mirando a Cupido como si esperara de él la solución a un enigma que no había logrado resolver. Pero al detective las palabras lo dejaron igualmente confuso. Las palabras y la casi entusiasta colaboración del muchacho, que había vencido de nuevo su adusta timidez para venir a contarle algo que había recordado. Otra vez se preguntó si todo era tan espontáneo como parecía o si había algún interés especial en que él encontrara el diario.

—¿Estás seguro?

—Sí. Fue eso lo que dijo. «Nadie podría encontrarlo. Aunque abran o cierren las puertas del escondite nunca lo verían. Seguiría oculto».

—¿Qué quería decir?

—No lo sé, eso no lo sé.

De repente tuvo una idea que no entendía por qué no se le había ocurrido antes.

—¿Podríamos entrar en la casa?

—¿En la casa, aquí?

—Sí.

David lo miró un poco desconcertado, como si hubiera ido demasiado lejos y la visita al detective pudiera acarrearle unas consecuencias que no había previsto. Desde la muerte de Gloria no había vuelto a entrar allí. No había pensado que posiblemente sería suya, porque su ambición y su anhelo se dirigían hacia el piso y el estudio de Madrid que lo habían deslumbrado en su única visita, cuando el entierro del tío militar, el estudio con manchas de pintura en el suelo, con las ventanas redondas a cuya luz no sería difícil encontrar la inspiración, el espacio diáfano y las paredes donde se apilaban los lienzos, las colecciones de pinceles y los grandes botes de óleo y de acuarela que podría utilizar hasta agotarlos.

—Creo que sí. En casa tenemos una copia de las llaves.

—¿Podrías conseguirlas?

—¿Ahora mismo?

—Es un buen momento —dijo, aunque sabía que ya era tarde. Pero temía que se arrepintiera si le dejaba tiempo para pensar.

—De acuerdo —aceptó.

Salieron juntos del apartamento y subieron en el coche de Cupido. Lo esperó junto a la casa de Gloria unos diez minutos. Estaba en una de esas calles que no se encuentran lo suficientemente cerca del centro como para convertirse en zonas comerciales, pero tampoco lo suficientemente alejadas como para ser derribadas en

aras de nuevas urbanizaciones. Dedujo que, una vez habilitada, tendría un valor respetable.

David apareció por la esquina mirando hacia atrás, como si temiera que lo hubieran seguido.

—Las tengo —dijo.

Abrió las cerraduras sin necesidad de probar antes cada llave, lo que indicaba que había venido allí con alguna frecuencia. Sin dudar, fue encendiendo las luces y mostrándole las habitaciones de la planta baja. Como en muchas casas de décadas pasadas, se entraba directamente a un zaguán alargado que al fondo tenía una puerta que se abría sobre un amplio patio trasero, del que tomaban su luz los cuartos interiores. No era una vivienda grande, pero todas sus habitaciones eran luminosas. Cupido comprendió el interés de Gloria en rehabilitarla: era un lugar idóneo para alguien a quien le gustara pintar. A la izquierda se abrían dos habitaciones, cada una con una ventana, dando a la calle o al patio. La exterior estaba pintada de blanco y casi amueblada por entero. Se veía una *chaise longue*, una mesa rodeada de cuatro sillas y una estantería con pequeñas figuras de adorno y libros. También había algunos cuadros con la sencilla firma de Gloria colgados en las paredes, aunque su estilo parecía más indeciso y tosco que los que Cupido había visto en su estudio en Madrid. David y él buscaron detenidamente y abrieron cada uno de los libros, pero ninguno era un diario. La habitación interior había sido destinada como almacén donde guardar bocetos que no cuajaron, dos caballetes, pinceles y todo tipo de tubos y botes de pintura. Tampoco allí estaba el diario. Subieron a la segunda planta. Sólo una de las cuatro habitaciones, con un balcón sobre la puerta de la calle, estaba siendo acondicionada como dormitorio. Una antigua y amplia cama, con cabecero de barrotes metálicos y redondas manzanas de mármol, pero todavía sin colchón, ocupaba el centro y distribuía el resto del espacio para un armario de madera vista, de dos cuerpos, dos mesillas y una cómoda. Pronto se podría vivir en la casa, pero aún faltaba mobiliario, electrodomésticos y ese calor que dan el uso y los días habitándola. Miraron en el armario, casi vacío, con alguna ropa de verano y ropa para el campo y, en una de las cajoneras, algunas prendas interiores que David contempló casi turbado, sin atreverse a tocarlas, como si fueran algo sagrado. Bajaron las escaleras y salieron al patio.

—¿Quiere? —le preguntó el muchacho ofreciéndole un cigarrillo. Lo había sacado de la cajetilla y lo agarraba por el filtro, por donde nunca lo ofrecería un fumador experto.

—No, gracias —respondió. Desde que había dejado el tabaco le parecía que todo el mundo fumaba y le ofrecía fumar, hombres y mujeres, viejos y adolescentes como el que tenía frente a él, sin pensar que ese mecanismo automático de cortesía le hacía más difícil olvidarse del vacío que todavía sentía en el centro del estómago, de la

saliva que le llenaba la boca cada vez que oía la palabra tabaco. David estaba en ese momento inicial en que aún podría dejarlo sin esfuerzo, pensó el detective, pero no quiso decirle nada para no parecerse a un tutor, sin duda lo último que el muchacho esperaba de él. Se empieza a fumar por imitar a un modelo a quien se admira. La trampa del tabaco es que cuando ya ha desaparecido la pulsión que generó el hábito —y cuando el modelo antaño admirado nos parece ridículo—, la adicción, sin embargo, permanece.

En la puerta de la calle, cerrada con llave, sonaron de repente cuatro o cinco golpes rápidos, tercios, perentorios. David miró a Cupido; luego, alarmado, pisó el cigarrillo recién encendido y miró su reloj.

—¿Quién sabía que estábamos aquí? —preguntó el detective.

—Nadie. Pero debe de ser mi padre, si ha visto que las llaves no estaban en su sitio. Es muy tarde.

Cupido fue hasta la puerta y abrió el cerrojo. Clotario se quedó un segundo desconcertado antes de comprobar, por encima de su hombro, que su hijo estaba allí detrás.

—¿Qué hace usted aquí? ¿Quién le dio permiso para entrar?

—Le pedí a su hijo que me permitiera echar un vistazo. Esperaba encontrar algo que me ayudara a aclarar la muerte de su sobrina —respondió, conciliador.

—¿Y lo encontró? —preguntó con ironía.

—No.

—No tenía que haber acudido al chico. Tenía que haberse dirigido a mí.

—¿Me hubiera dejado la llave?

—No —respondió Clotario mirándolo a los ojos.

—¡Padre...! —intervino David desde atrás.

Cupido no se volvió a mirarlo, observando únicamente la furiosa mirada del viejo que aún se negaba a ceder el testigo generacional de la autoridad y la toma de decisiones.

—¡Tú te callas! —dijo—. Vete ahora a casa, ya hablaremos de todo esto.

David tardó varios segundos en moverse, pero al fin salió a la semioscuridad de la calle, con la cabeza agachada, sin mirar al padre que le había hecho un pequeño hueco para pasar. Cupido adivinó el calibre de su vergüenza, porque a la humillación de recibir los reproches se añadía que habían sido hechos ante él.

—Ya le dije una vez que buscara en otro sitio, que nosotros no sabemos nada de su muerte. A usted le paga ese señorito de Madrid que estaba con ella buscando su dote y su dinero. Si no, no hubiera permitido lo que Gloria le hacía —dijo el viejo cuando se quedaron solos—. Sabe que se va a quedar sin nada y sólo intenta mezclarnos en su muerte para evitarlo.

—No, creo que no es verdad. No ganaría nada con eso —replicó Cupido, pero

enseguida se preguntó si el abogado no tendría alguna posibilidad de herencia arguyendo alguna normativa de parejas de hecho.

Clotario lo observó unos segundos antes de replicar:

—Quizá a usted también lo engañó. Todos ellos parecen ser especialistas. Del mismo modo que Gloria lo engañaba a él.

Metió una mano en el bolsillo del pantalón y escarbó en un paquete de Kruger, un tabaco tan agrio y tan fuerte que Cupido creía que ya había sido retirado de la venta. Luego sacó una caja de cerillas, tomó una y la frotó contra la lija. El detective se fijó en sus manos: eran anchas y fuertes como dos garras y el fósforo brillaba entre ellas como un hilo inofensivo cuya llama no podría dañarlas.

Su oficio era observar. Y la observación le había enseñado que a pesar de la ocultación y el disimulo, siempre hay una parte rebelde del cuerpo donde se manifiesta el alma. En Clotario, aquella parte eran las manos, que a fuerza de empuñar utensilios agrícolas apenas podían mantenerse totalmente abiertas, siempre los dedos tendiendo a cerrarse en un puño, los dedos romos y cortos que tendrían dificultades para marcar un número en uno de aquellos teléfonos antiguos de rueda giratoria.

Las manos del viejo le trajeron a la memoria unas imágenes que creía enterradas en el olvido desde hacía mucho tiempo: veinte años atrás, un grupo de muchachos detenidos ante una cancela de hierro, sin atreverse a abrirla porque las avispas habían puesto un nido entre las jambas, atraídas por el calor del hierro oscuro cuando le daba el sol. Un campesino que pasaba en aquel momento por allí, llevando de las riendas un burro en el que va montado un niño, se detiene a escuchar a los muchachos que no se atreven a mover la puerta y con una mano agarrotada y encallecida aplasta el avispero caliente entre sus dedos sin que los insectos puedan dañarlos. Cuando abre el puño les muestra una pequeña y pastosa bola de cera, sangre y veneno.

Cupido siguió los movimientos de la mano devolviendo el tabaco y las cerillas al bolsillo. Tuvo que esforzarse para no pensar en cómo manejarían un cuchillo y concentrarse en las palabras que el viejo le decía:

—... no nos lo quitarán, ¿lo oyó?, no nos lo quitarán.

El detective, antes de responder, le dio tiempo para que se apaciguara. Conocía bien a ese tipo de campesinos de sangre caliente y orgullosa que se endurecen en la discusión, pero que pueden ser aplacados con unas palabras amables de respuesta a las que no están acostumbrados.

—No es mi trabajo privar a nadie de lo que le corresponda en una herencia.

Su tono tuvo una inmediata eficacia. Clotario suavizó todos sus movimientos, pensativo, mientras daba una profunda bocanada al Kruger sin inmutar un gesto de su cara.

—Mire, Gloria no era una mala muchacha —reconoció—, pero su tipo de vida

era muy diferente al nuestro. En eso le estaba haciendo mucho daño a David. Desde que la veía, había comenzado a protestar cada vez que salíamos al campo. Una vez, en una discusión, llegó a decirme que se escaparía de casa para irse por ahí a vivir de la pintura, como si eso fuera fácil. A él solo nunca se le hubiera ocurrido esa idea. Era Gloria quien estaba detrás.

Cupido recordó el pasado del viejo, dos décadas atrás, cuando su hija pequeña se fugó con un torerillo que apareció en Breda en las fiestas del verano y Clotario salió tras ellos, armado con una escopeta y montado en un mulo, con la firme intención de recuperarla. Y el regreso al cabo de diez días, solo, desarmado, sin mulo y sin orgullo. Pero conservaba el espíritu protector de su clan, una cierta fiereza de padre de familia que haría todo lo posible para que una historia como aquélla no volviera a repetirse.

—David es mi único hijo varón y él debe continuar con el trabajo de la tierra. Todas mis otras hijas se marcharon. David ahora podrá hacer todo lo que yo no conseguí. Con el dinero podrá ampliar tres veces lo que ya tenemos. Váyase a dar un paseo por el campo: todo se vende, todo está sin cultivar. Él podrá comprar ahora una finca hermosa y grande y la maquinaria para hacer las labores más pesadas. Es el momento adecuado, cuando todos han huido y antes de que regresen. Dentro de poco tiempo volverán de nuevo, tendrán que volver de las ciudades. Porque todo lo necesario sale de la tierra, la comida, el agua, el vestido. Todo. Sólo se necesita una guerra para saber que es imprescindible.

Cupido pensó que su absurdo y entrecortado discurso podría tener sentido en un futuro lejano, no ahora. El campo seguiría allí, paciente e inmutable, como un viejo y glorioso general que confía en la llamada de la Corte en cuanto suenen los primeros tambores de guerra. Mientras tanto, descansa abandonado, en el olvido, sólo acompañado por las visitas cada vez más frecuentes de los nostálgicos o de los hijos de sus viejos soldados que vienen a caminar por él para calmar una antigua añoranza y para recordar lo que sus padres están olvidando. Pensó que la afición al senderismo crecía en la misma medida en que desaparecía la vida rural.

Clotario se había callado. Durante un minuto había rebrotado en él el gusto por hablar en el tono didáctico y grandilocuente que en otros tiempos le había valido el irónico apodo de *Don Notario*.

—Pero su hijo no piensa así.

—Pensaba así hasta hace un año, hasta que Gloria comenzó a venir con más frecuencia y dijo que le gustaría volver a habilitar la casa de sus padres. Al principio me gustaba que David fuera con ella a ayudarla a colocar sus cosas. Hasta que me di cuenta de que a veces también se iban a pintar en la Reserva. Lo estaba haciendo cambiar, metiéndole en la cabeza todas esas locas fantasías de ser artista y marcharse a la ciudad. Mis otras hijas se marcharon, y no crea que les va bien. David es de aquí.



Lo conozco, es mi hijo y sé bien lo que le conviene, porque yo también, cuando tenía su edad, cometí el error de querer escapar de todo esto. Cuando me fui no tenía el permiso de mi padre. Y tuve que regresar unos años después, arrepentido de haberme ido. A Breda siempre se regresa.

Cupido, atónito, escuchó en una boca tan distinta a la suya las mismas palabras que, como una maldición, él mismo se había dicho muchas veces antes.

—Además —continuó—, ¿cree que David triunfaría como pintor en la ciudad?, ¿que no lo mirarían como a un advenedizo? Incluso para él es demasiado tarde. Ya lleva la marca del campo. Uno puede huir de la tierra, pero la marca de la tierra no abandona a nadie.

Apuró el cigarro de dos caladas profundas y se acercó a la puerta para arrojarlo a la calle. La diminuta colilla, sin embargo, cayó en el umbral y el viejo la aplastó con un movimiento giratorio de la bota llena de polvo. Cuando la levantó no se veía más que una pequeña mancha negra rodeada de briznas trituradas.

—No voy a dejar que mi hijo cometa el mismo error que yo cometí. En este momento lo tiene todo a su favor para conseguir lo que necesita. Ni voy a permitir que nos quiten lo que nos corresponde —dijo de nuevo en tono firme—. Mi sobrina podría haber elegido a otros para heredarla, pero murió sin hacer testamento. Mi sobrina podía ser una puta, pero también las putas tienen herederos.

Y como para remarcar sus palabras, se hizo a un lado y le señaló al detective la puerta de la calle, como si ya fuese el dueño de la casa.

Estaba abriendo la puerta de su apartamento cuando oyó el repiqueteo del teléfono.

—¿Ricardo Cupido?

—Sí.

—Soy Marcos Anglada.

—Reconocí su voz —dijo. Al fondo se oía el rumor de un televisor encendido.

—Tal vez no debería hablar esto por teléfono, pero durante unos días no podré moverme de Madrid. He pensado mucho sobre la muerte de esa otra chica, diez días después de la de Gloria y en las mismas circunstancias. Según parece, con un arma igual.

—Sí, y tal vez cometida por el mismo autor.

—Todo indica que se trata de un loco, de un maníaco, de asesinatos en cadena sin que haya ninguna causa personal para cometerlos. Le tocó a Gloria porque estaba allí, sola, en el lugar preciso en el momento preciso.

—Quizá sea así —reconoció Cupido. Adivinaba lo que Anglada iba a decirle. Él lo había pensado cuarenta y ocho horas antes, pero no quería facilitarle la decisión.

—Creo que no tiene sentido continuar con su investigación. Quiero que lo deje.

Personalmente estoy satisfecho con usted, con su forma de abordar el trabajo y con su tacto para desarrollarlo.

Al detective sus palabras le sonaron a algo frío y conocido, a argot de ejecutivos eficientes con el discurso adecuado para cada situación concreta. Pero eso no era ninguna razón para no ser cortés.

—Gracias —dijo.

—Sólo cabe esperar que la policía haga bien su labor y que tengan suerte. Cuando encuentren al culpable, intervendré como acusación particular. Mientras tanto, prepáreme la cuenta de sus honorarios. Puede enviármela a mi dirección con un número de banco donde ingresarla. Ese mismo día tendrá el dinero.

—Muy bien —dijo secamente. Aunque él había llegado a la misma conclusión e incluso había previsto la posibilidad de proponerle a Anglada dejar la investigación, sentía un cierto malestar.

Anglada debió de captar su tono porque enseguida añadió:

—Comprendo que después de todo lo que ha hecho, abandonar ahora no sea una decisión muy agradable. Pero creo que es la mejor solución.

—Lo comprendo.

—Ha sido un placer trabajar con usted. Un buen detective —repitió, despidiéndose—. Lástima que haya sido en estas circunstancias.

A Cupido le hubiera gustado hablarle de algunos detalles que quedaban sueltos: el pin que Gloria tenía en la mano, clavado en el dedo corazón, casi con seguridad arrancado de la ropa de su agresor, y que vinculaba su muerte a alguien cercano a su entorno. Y del disparo que había sonado aquella misma mañana. Pero era evidente que cuando Anglada lo había llamado ya tenía tomada una decisión y no era el tipo de hombre a quien unos argumentos tan vagos harían cambiar de opinión. De modo que no le dijo nada. Dejaría la redacción de la minuta para el día siguiente.

Por la mañana, sin embargo, se levantó temprano, contra su costumbre. Desayunó fuerte, porque la noche anterior la visita de David y la llamada de Anglada le habían impedido la cena. Se puso la *culotte* y la sudadera y sacó la bicicleta de la habitación de los contadores de la luz donde la guardaba, en el garaje. Era una hermosa máquina, con un cuadro muy ligero y todos los componentes de aluminio. La había tenido abandonada en el último mes y se notaba el polvo en el sillín negro y en la barra. Subió a ella y comenzó a pedalear con suavidad, estirando los músculos, buscando el equilibrio entre los dientes de los piñones y la fuerza de sus piernas. Llevaba un mes sin practicar y le costaba coger el ritmo. Pero poco a poco fue dejando atrás la ciudad, los últimos chalets, los barracones industriales del extrarradio. Metió el plato grande aprovechando la llanura y comprobó que lo movía con cierta facilidad. Respiraba bien, mejor de lo que había supuesto, y era capaz de

mantener prolongado aquel primer esfuerzo. «Es por no fumar», se dijo. Animado, enfiló por la carretera que bordeaba la Reserva durante cuatro o cinco kilómetros, dejándola a su izquierda.

Había subido los primeros repechos, muy suaves, cuando oyó el eco de dos disparos, no demasiado lejanos. Pensó en los cazadores, porque era domingo.

Siempre le había gustado el ciclismo y nunca dejó de practicarlo, aunque de forma esporádica y en recorridos cortos, de cuarenta o cincuenta kilómetros. Ahora que había dejado de fumar estaba dispuesto a disfrutar más con aquellos paseos. Era un deporte lleno de atractivos que enseguida convertía en adeptos a quienes lo practicaban. Por una parte, no era aburrido como el *footing*, exigía menos intensidad y tenía un recorrido espacial más largo que permitía mayor movilidad, gozar de más variedad de paisajes. Y no había que estar siempre moviendo las piernas. En toda ruta siempre hay una bajada, un descanso. Por otra parte, no requería el largo y tedioso aprendizaje de una técnica hasta llegar al momento de disfrutarlo, como le había ocurrido con el tenis. Montar en bicicleta le parecía algo tan sencillo como caminar. Además, no se necesitaba a alguien más para practicarlo: era un placer que se podía gozar solo o en compañía. Por último, pensó cambiando a un piñón más pequeño, al no ser un deporte de enfrentamiento directo con un adversario, no era necesaria la aplicación de todo el brío y la potencia que el tú a tú del fútbol, del baloncesto o del tenis exigían. Cada cual podía dosificarse, ponerse su ritmo y su meta y llegar a ella cuando quisiera: cada cual podía darse la vuelta y regresar en cuanto advirtiera que el esfuerzo era superior a sus fuerzas.

Le molestaban el trasero y las muñecas y sentía cargadas las piernas dos horas y media después, cuando regresó a casa. Pero estaba lleno de bienestar. Se tumbó unos minutos a recuperarse tomando algo de líquido. Había hecho casi sesenta kilómetros y sentía ese cansancio que implica al cuerpo en la misma medida en que distiende el alma. Advirtió que en las tres últimas horas no había pensado ni una sola vez en su trabajo, y que eso le había hecho mucho bien. Hablaría con el teniente para comunicarle que Anglada había dejado de pagarle y que abandonaba la investigación. Se prometió que las próximas noticias que tuviera del caso serían las que leyera en la prensa. Abrió la ducha para limpiarse el polvo y el sudor adheridos a su cuerpo y, sin ninguna prisa, se demoró quince minutos bajo el agua muy caliente, sin atender a los consejos que en todos los medios de comunicación recomendaban su ahorro. Cerró el grifo del agua, se vistió y se dispuso a preparar una comida succulenta. Entonces oyó otra vez el insistente repiqueteo del teléfono. Después de las malas noticias que le habían traído las últimas llamadas, su timbre le pareció un sonido agorero.

## Capítulo 13

Descolgó la orla del lugar privilegiado que durante años le había reservado en la pared, en el vano frontal entre las dos ventanas del salón. Fue uno de los primeros objetos que había colocado cuando entró a vivir en el pequeño y brillante apartamento. Con las paredes vacías, la primera escarpia y los primeros golpes de martillo fueron destinados a colgar la orla en un lugar donde los clientes que llegaran no podrían dejar de verla. Entonces le gustaba contemplarla, repasar el centenar de rostros de alumnos milimétricamente alineados bajo el escudo de la Complutense, llenos de expectativas y de fe en el futuro, y los de los prestigiosos profesores, conocidos por sus libros publicados y por sus frecuentes apariciones en prensa y televisión, que le daban a la orla más prestigio que el frío reconocimiento oficial. La orla lo llenaba de orgullo y de seguridad en el título y le hacía sentirse respaldado por la poderosa y anónima colectividad del Colegio de Abogados. Ahora, sin embargo, cuando ya no tenía necesidad de utilizar el apartamento para su trabajo, porque disponía de despacho propio en el bufete, la orla había perdido aquel significado. Además, estorbaba. Miró sin ninguna nostalgia los rostros de los compañeros y luego detuvo los ojos en su propio rostro, más joven, lleno de satisfacción y vanidad, casi sonriendo ante el fotógrafo de Beringola, como si ya entonces imaginara un brillante futuro de letrado, pero totalmente ajeno a la confusión que habría de vivir alrededor de la muerte de la única mujer a la que de verdad había amado.

El retrato que Gloria le había hecho ocuparía ahora aquel lugar en la pared. Se dirigió hacia el dormitorio y la deslizó tras el armario, en el hueco que dejaba el rodapié. Luego volvió al salón. Desenvolvió el papel de estraza que cubría el retrato —lo había llevado a enmarcar con una moldura y un *passe-partout* más apropiados— y lo levantó hasta la altura de su rostro, como si fuera un espejo, estirando los brazos para lograr una visión global y equilibrada. Lo consideraba el mejor regalo de todos cuantos le había hecho Gloria, algo especial porque venía directamente de *ella*, creado por sus manos, libremente decidido por su corazón. Lo colgó en la escarpia donde había estado la orla, lo equilibró de modo que quedara rigurosamente vertical y se retiró unos pasos, tras la mesa, para observarlo desde allí. Aquél era su verdadero rostro, una expresión de su alma más fiel que la de la pequeña fotografía que había quedado de cara a la pared. La misma insinuación de una sonrisa de satisfacción, la misma firmeza de la boca ante los ojos que lo observaban, pero en el cuadro ya aparecían sombras y un repliegue interior de los ojos, como si ocultaran algo que no debía conocerse. Aquélla era la diferencia, pensó, la fotografía muestra lo que hay; el cuadro, además, pregunta por lo que se oculta. Se sentó frente a él, en el lado exterior de la mesa, donde había sentado a sus primeros clientes. Recordaba perfectamente los días que había posado para ella, en su estudio, en el estudio donde ahora, según la

carta que acababa de recibir, nadie debía entrar hasta que se decidiera quién era el heredero de todos los bienes de Gloria. Había sido una semana de felicidad y se sintió agradecido de que ella le hubiera dejado penetrar en su mundo, el de la pintura, cuya privacidad guardaba con celo, y no por la puerta de servicio, sino haciéndole un verdadero retrato, privilegio que muy poca gente había recibido de ella. Cada tarde se acercaba hasta el ático, se vestía con la sencilla camisa blanca que ella le había elegido y se sentaba cerca de una de las ventanas circulares, inmóvil, mientras Gloria, siempre de pie, comenzaba a dibujar su rostro en el lienzo. Lo observaba con rápidas ojeadas mientras su brazo iba de la paleta a la tela, o bien se quedaba durante largos segundos estudiando un mínimo detalle, el lóbulo de la oreja o las comisuras de la boca, para volver luego a retocar algo de lo que no había quedado satisfecha. Durante la primera media hora trabajaba sin moverse, sólo algunas veces acercándose a levantarle la cabeza que había ido hundiendo por el cansancio o a corregir la posición de un mechón de cabellos. En esa primera parte de las sesiones hablaban poco. Ella sonreía a menudo al mirarlo, pero no permitía que él sonriera. Al cabo de ese tiempo, ambos perdían la concentración, él cansado de la inmovilidad, Gloria en el fondo satisfecha de sorprenderlo observando las formas de su cuerpo —el pecho que se erguía al levantar el brazo hacia la tela, la marcada cadera al apoyarse pensativa en una pierna—, sin obedecer la orden de mirar únicamente la esquina superior del caballete. De modo que cualquiera de los dos era el primero en romper su estatismo y acercarse al otro para besarse o acariciarse. Él se despojaba de la camisa blanca que no debía mancharse y no le daba tiempo a ella para lavarse las manos untadas de pintura. Le quitaba el pincel de las manos y le desabrochaba la bata, bajo la cual, la última tarde, no llevaba nada puesto. Hacían el amor todos los días, como si aquella mutua observación minuciosa, en la que el pintor llega a conocer tan bien a su modelo como el modelo a su pintor, fuera un excitante prólogo erótico durante el cual tenían tiempo para pensar qué iban a hacer con cada parte del cuerpo que observaban, qué posturas o qué caricias ensayarían que los llenaran de bienestar y de placer. Se acostaban decididos e impacientes en la estrecha cama del estudio y no se demoraban mucho en amarse. Al terminar, Gloria era siempre la primera en levantarse a cubrir con una tela blanca el cuadro, porque le había prohibido rigurosamente mirar nada hasta que estuviera terminado. Él sentía una cierta inquietud por lo que ella estaba haciendo en el lienzo, temiendo que descubriera algo que él mismo no había descubierto en los espejos. Pero siempre obedecía y sólo cuando Gloria regresaba del aseo se levantaba de la cama para ir a lavarse el sexo manchado de semen y, a veces, de restos de pintura.

Por fin, al cumplirse poco más de una semana, Gloria le dijo que el cuadro estaba terminado. Había esperado a hacer el amor para mostrárselo, como si hubiera temido que no le gustara. Pero a él lo había estremecido. El retrato era él, no su reflejo, él. Al

mostrarlo era como si Gloria le estuviera diciendo: «Esto es lo que sé de ti», porque la tela estaba llena de preguntas, de sombras, de relieves, de matices y colores mezclados, como de capas superpuestas que podrían irse despojando en el futuro para ver qué se escondía debajo, del mismo modo con que los peritos de restauración descubrían con rayos X los bocetos iniciales de un cuadro antiguo antes de que el pintor se hubiera decidido por la versión definitiva.

Aquella había sido la última semana feliz entre ellos dos. Luego hubo momentos, horas, veladas y días felices, pero nunca una plenitud tan prolongada. Por entonces se había mezclado en sus vidas aquel grotesco profesor y aunque él no lo supo con certeza hasta tiempo después, la frialdad de Gloria y sus propios celos habían comenzado a escarbar una zanja entre ambos. El se había lanzado dentro de cabeza y había cavado como un topo hacia el territorio de Gloria, espiándola, buscando un error en sus respuestas sobre la ocupación de su tiempo, a sabiendas de que a fuerza de horadar tanto la tierra que ella pisaba, un día podría hundirse el suelo bajo sus pies y dejarlo aplastado en medio de un túnel. Pero no podía evitar caer en esa contradictoria desconfianza de los amantes, mayor cuanto más enamorados están. Era como si estuviera enredado en una gigantesca zarza: cuanto más intentaba desprenderse de ella, más se le clavaban los espinos y le desgarraban la carne. Hasta que una tarde llegó la evidencia y ya no fue necesario cavar más madrigueras. Se quedó allí, atrapado en la oscuridad del subsuelo, sintiendo el contacto repelente de las húmedas lombrices de la humillación y de los celos.

Desde aquel momento ya nada fue igual. Él no se decidía a decirle que conocía su engaño, porque entonces, para ser coherente con lo que siempre había afirmado, habría tenido que dejarla. Y no quería perderla, porque creía que todavía tenía fuerzas para salir del túnel de las dudas y que ella lo limpiara dulcemente del lodo acumulado.

Tiempo después, cuando había terminado aquella absurda historia, Gloria se lo contó todo un día. Parecía arrepentida. Pero no por el quebranto de la fidelidad, intuyó él, sino por lo que ella consideraba un error personal. Lo que debiera haber supuesto entonces una mejora en su relación se convirtió sin embargo en un nuevo motivo de conflictos, como si al hablarlo las palabras empleadas hubieran dado un marchamo de realidad a lo que tal vez hubiera conseguido reducir a la categoría de una pesadilla. En cada discusión él terminaba reprochándose, aunque no tuviera ninguna relación con el motivo que originó la disputa. Cuando terminaban de hacer el amor y la veía respirando satisfecha, a menudo se preguntaba qué le había faltado con él para tener que buscarlo fuera de su cuerpo, qué le daban los otros que él no podía darle.

Si durante algunos días, demasiado ocupado en el bufete, lograba olvidarlo, su tranquilidad no duraba mucho tiempo. Cuando se quedaba solo —porque Gloria tenía

algún compromiso de trabajo— en su apartamento, tan brillante y tan frío, dando vueltas en la cama, el recuerdo volvía a fustigarlo. Tenía la seguridad de que siempre se confiesa menos de lo que realmente ha ocurrido, e imaginaba otras mentiras, otras traiciones con hombres que él conocía y con quienes, incluso, había sido amable y generoso. Entonces tenía que contenerse para no ir a buscarlos y enfrentarse a ellos en un careo violento que lo condujera a la verdad. Pasaba unos días sin verla, pretextando ocupaciones insoslayables, inventando clientes que no tenía, pero a la semana volvía junto a ella para no separarse en todo el tiempo de su lado, amargado por no haber sido capaz de mantener lo que la voluntad le había dictado. En esos días la acompañaba a todas partes, a la Galería y a las compras, a cenar y a ir al cine, hasta que veía que Gloria comenzaba a agobiarse con su reiterada presencia, aunque no se atreviera a decírselo. Si entonces le surgía a ella una exposición privada o un compromiso al que él no podía acompañarla, llegaba a creer —del mismo modo que él lo había hecho— que Gloria lo había inventado para liberarse un poco de su contacto. Pensaba que estaba convirtiéndose en ese tipo de hombres a quienes siempre se engaña porque la mujer no se atreve a decirle que lo encuentra pesado y agobiante. Así, al no encontrar una solución adecuada, su tortura se había hecho más frecuente: lo que antes eran agujas de un dolor transitorio, y sólo tenía que esperar unos días para que pasara, entonces parecían haber cristalizado en su interior.

¿Cómo podía haber vivido así?, se preguntaba ahora, ¿qué demoledora neurosis es la que hace que a la vez se ame y se odie a alguien, poniendo la misma intensidad en dos sentimientos no sólo contrarios, sino incompatibles?, ¿qué víscera o qué glándula puede segregar al mismo tiempo el rencor y la pasión? Pero ése era el tipo de preguntas sin respuesta que se había hecho durante mucho tiempo sin generar más que nuevas preguntas. Incluso ahora que Gloria había muerto era incapaz de contestarlas.

## Capítulo 14

Se llevó los potentes prismáticos a los ojos y fue recorriendo de derecha a izquierda los más de ciento ochenta grados de visión que le permitía el observatorio. Con el tiempo había llegado a elegir ciertos puntos estratégicos donde se paraba a mirar y desde los cuales podía abarcar toda la sección de El Paternóster que él controlaba. Ahora estaba subido en una piedra, en la cima de uno de los muchos cerros que delimitaban la Reserva.

Cada día que estaba de guardia solía hacer el mismo itinerario con el coche oficial y el fusil reglamentario. Le gustaba aquel aspecto de su trabajo, recorrer todo su perímetro por el cortafuegos que la rodeaba, por dentro de la alta valla metálica que no podían saltar los ciervos. Aquel trayecto circular —en lugar de atravesarla en distintas direcciones radiales— le permitía apreciar la verdadera dimensión de la Reserva, le confería cierta sensación de dominio sobre ella, como un señor feudal que vigilara a caballo las lindes de su condado llevando un halcón —su fusil reglamentario— en el hombro. Dentro de aquel territorio estaba su casa, allí se sentía seguro y era él quien mandaba, lo que satisfacía su inclinación a la arrogancia. Fuera de la valla metálica, en el mundo exterior, perdía su supremacía y las atribuciones de su mando. De fuera había venido aquella hermosa muchacha que tanto había logrado turbarlo antes de morir y cuya muerte —a pesar de las insistentes preguntas del teniente de la Guardia Civil y de aquel detective alto que parecía saber tanto y que ya había comenzado a presionarlo— había logrado mantener lejos de él, sin que le causara excesivas preocupaciones. El problema era el asesinato de la segunda chica, que complicaba las cosas en extremo y que le estaba acarreado más preguntas y más sospechas. Su silencio tendría a partir de ahora un precio más alto.

El final del giro con los prismáticos lo había llevado fuera de su área de vigilancia, a la carretera que bordeaba la Reserva, cerca del cruce con el camino que conducía a una de las puertas finlandesas de entrada. Ningún automóvil venía hacia dentro y sólo divisó la pequeña y lejana figura de un ciclista que en aquellos momentos pasaba pedaleando por la carretera.

Volvió al coche, confiado, arrancó y continuó su recorrido. Un kilómetro más allá se detuvo de nuevo, pero sin bajarse, frente a la puerta del camino de tierra que antes había observado. Estaba abierta, como solía, para facilitar el paso de las parejas de guardias civiles, de los camiones de las brigadas de limpieza y reforestación. Los ciervos no podían salir por ella al resbalar en los tubos metálicos del foso de la entrada. Todo estaba en orden. Alzó el pie del embrague y siguió adelante levantando a su paso una estela de polvo en el camino reseco que se separaba de la valla y se desviaba hacia el interior, porque durante tres kilómetros la linde discurría junto al abrupto cauce de un arroyo que no permitía el paso de vehículos. Era la parte más



áspera y abandonada de la Reserva.

Al salir de una curva encontró el coche parado en mitad del camino, pero con el motor encendido. No lo había visto entrar y supuso que debería llevar allí algún tiempo. Su dueño debía de tener algún problema, porque el capó estaba levantado y sólo se veía la mitad inferior del cuerpo de alguien vestido con un pantalón verdoso que se inclinaba hacia dentro. Fue a acercarse hasta él, pero algo —el instinto o la costumbre de observar desde lejos a los posibles furtivos y a los excursionistas demasiado audaces— le hizo detenerse diez metros antes de llegar hasta el coche. Sin bajarse del suyo le gritó por la ventanilla:

—¿Tiene problemas?

No debió de oírlo, tapado por la pantalla del capó y por el ruido del motor.

Bajó del automóvil y se acercó unos pasos, todavía dudando entre la amabilidad y la desconfianza, hasta quedar a unos cinco o seis metros de él.

—¿Tiene algún problema? —repitió en voz alta. En un principio pensó que debía de haberlo asustado, porque la figura se irguió bruscamente y giró hacia él. Entonces vio el pasamontañas que le cubría el rostro y la escopeta de dos cañones que surgía del capó. Dio un pequeño salto hacia su derecha al tiempo que oía el estampido y sentía cómo una tromba de plomo le partía el brazo izquierdo. La onda le hizo caer aturdido en la cuneta, pero, estimulado por el pánico, con el brazo roto, comenzó a correr para internarse entre los árboles. Su fusil había quedado en el coche, demasiado lejos. Llegó hasta el primer tronco y comprendió que había hecho lo más difícil, porque quien ocultaba su rostro bajo el pasamontañas tendría que rodear el automóvil para volver a dispararle, lo que le concedía unos instantes de ventaja. Los segundos se habían agotado cuando oyó cómo el árbol que quedaba a sus espaldas se estremecía por el impacto de las postas y cómo algunas silbaban muy cerca de su cabeza. Siguió corriendo, corriendo, corriendo entre los pinos, alejándose de la pista. El aire le abrasaba los pulmones al entrar en ellos de forma tan brusca, pero mientras corría tuvo la frialdad suficiente para obligarse a pensar. Si su enemigo no había vuelto a dispararle era porque tenía una yuxtapuesta, no una repetidora, como había reconocido un momento antes de ver salir el fuego. Se habría detenido a cargarla otra vez. Evocó la imagen de la mitad inferior de su cuerpo inclinada sobre el motor y estaba seguro de no haber visto ninguna cartuchera en su cintura. Podía incluso tener la suerte de que guardara la munición en el coche, con lo que dispondría de un margen mayor de tiempo para seguir huyendo o esconderse.

Estaba en una cacería donde él era ahora el ciervo. Había practicado aquella actividad centenares de veces, conocía a los animales y sabía cómo obraba su instinto. Ahora debía recordar cada uno de sus movimientos, adonde se dirigían cuando estaban heridos, qué zonas buscaban para esconderse, cuál era la mejor forma de camuflarse. Aquellos conocimientos eran sus únicas ventajas frente a un hombre

armado y estaba dispuesto a aprovecharlas. Sin dejar de correr miró hacia atrás. Los árboles y la ondulación del terreno impedían ya divisar los coches y el camino. Tampoco vio a su enemigo ni observó ningún movimiento de arbustos que indicara su situación. Cabía la posibilidad de que se comportara como los malos cazadores que al fallar una primera vez desisten de su intento. Pero enseguida desechó la idea, porque entonces hubiera escuchado el ruido del motor al alejarse. Se detuvo tras un árbol, sin aliento, la espalda apoyada en el tronco ancho y protector, y escuchó. Supuso que habrían transcurrido tres minutos desde que se hicieron los disparos. Todavía no debía de estar muy lejos, pero no se oía. Habría regresado a cerrar el capó y a apagar el motor antes de continuar su caza. Porque si alguien pasara por allí y lo viera abierto, podría detenerse a curiosear y podría ver las huellas de sangre en la cuneta. Así que su enemigo venía tras él. Pensó en su fusil y se maldijo por estúpido y confiado después de todo lo que había ocurrido en las dos últimas semanas. Con él ahora entre las manos todo sería muy sencillo, incluso demasiado sencillo a pesar de tener un solo brazo para manejarlo. Estaba tan tenso que se sobresaltó al oír unos disparos muy lejanos. «Es domingo», masculló en voz baja. Era día de caza y nadie se extrañaría al oír detonaciones, nadie iba a venir a ayudarlo, porque jueves, sábados y domingos media docena de guardas guiaban a grupos reducidos de cazadores —o a un hombre solo, todo era cuestión de tarifas— por las diferentes zonas de la Reserva. Su enemigo había elegido bien el día y el lugar, aquello no podía ser una casualidad. Los estampidos de los disparos se cruzarían en el aire avivando la competencia de los guardas, ocupados en facilitar una buena pieza para su cazador en espera de las sustanciosas propinas establecidas en tácitos acuerdos. Lleno de pánico comprendió que en la zona donde estaba —un terreno áspero y pobre de pastos que no frecuentaban los animales— no había nadie más que él y aquella figura con el rostro oculto por un pasamontañas y armado con una escopeta. Desarmado y herido, se sentía indefenso como un conejo lejos de su madriguera. «Está bien. Me toca ser el ciervo, pero te voy a hacer correr», se dijo apretándose el brazo herido para contener la creciente hemorragia. Asomó el rostro un centímetro y miró hacia atrás. A más de cien metros vio moverse las ramas altas de unos arbustos. Mientras lograra mantener esa distancia la escopeta no representaba ninguna amenaza. Quiso respirar hondo para recuperar el aliento, pero se lo impidió el dolor del brazo. Él había pasado por allí y su enemigo venía siguiendo las huellas de su sangre. Tenía que mirar alternativamente hacia delante y hacia el suelo, con lo que iba más despacio, tal vez sin inquietarse todavía demasiado, esperando que la sangre vertida por su presa rindiera su fruto. Pero él no necesitaba seguir ninguna huella y podría ir más deprisa, al menos hasta que la debilidad que sin duda pronto le causaría la hemorragia le fuera restando fuerzas. «La sangre, hay que cortar la sangre para que el hijo de puta pierda el rastro», pensó. Había entrado en una zona de árboles limpiada por los

desbrozadores y aquél era un mal sitio para detenerse. Un poco más allá volvía a extenderse el monte bajo como un alfombra protectora en la que brillaban las bolas grises de piedras de granito, gordas y grandes como tinajas de vino. Aceleró la carrera, el aliento recuperado, y sólo cuando se introducía entre las primeras jaras notó el vuelo de las hojas arrancadas y el ruido de la posta a su alrededor, similar al del granizo, inmediatamente seguido por el estampido de la detonación. El otro recuperaba terreno en cuanto lo tenía a la vista y no necesitaba observar sus huellas. Pero si ahora seguía corriendo, agachado entre las retamas y las jaras, volvería a tomar ventaja. Los arbustos no eran demasiado tupidos y le permitían avanzar sin delatarse. «Aún no estoy muerto», se dijo para darse fuerzas. En ese momento sintió el primer vahído en la cabeza y estuvo a punto de caer al suelo. Tendría que parar pronto para cortar la hemorragia, no habría ninguna posibilidad de escapar si seguía perdiendo un pequeño chorro de sangre cada vez que en la carrera se apoyaba sobre el pie izquierdo. Estimulado por el miedo, se apretó la herida con la palma de la mano y siguió avanzando todo lo rápido que le permitían sus piernas. El terreno comenzaba a inclinarse ante él y tenía que hacer menos esfuerzo. De repente llegó al cauce seco de un arroyo: no corría ni un hilo de agua y buscó con la mirada un charco donde beber. La sed le quemaba la garganta. Con rapidez se despojó de la chaqueta de su uniforme, porque comenzaba a sentir un extraño calor. Al estirar el brazo izquierdo para despojarse de la manga, el dolor se le hizo más agudo. El miedo le había impedido concentrarse en él, pero ahora sintió sus latigazos desde el codo a la cabeza. Para no flaquear se dijo que podría resistirlo, que ya había soportado dolores más fuertes que el provocado por el recorrido de unas postas dentro de su carne. Levantó la cabeza hacia atrás, mirando y escuchando. No se oía absolutamente nada. Sin embargo, su perseguidor no debía de estar lejos y no tardaría en llegar hasta el cauce del arroyo. Reanudó la huida sabiendo que el otro no iba a ceder en su acoso. Más que una lucha entre dos intereses enfrentados, era una lucha entre la tenacidad de su perseguidor y su propia resistencia. Sabía bien que no se trataba de un furtivo a quien hubiera sorprendido y reaccionara eliminándolo para evitarse complicaciones. Había estado esperándolo en el camino. El capó del coche abierto para ocultarse, el pasamontañas cubriendo el rostro y la escopeta hablaban de una estrategia meticulosamente preparada. Imaginaba de quién se trataba, pero no acababa de entender la necesidad de taparse la cara. Volvió a oír nuevos disparos de rifle y esta vez le parecieron más cercanos. Su salvación estaba en llegar hasta ellos, hasta algún guía o algún cazador que lo ayudara o que le prestara el rifle durante dos minutos. Pero ahora no podía esperar más tiempo para detener la sangre. A gatas se introdujo en una mancha de arbustos que le pareció más espesa. Al quedarse quieto, despojado de la chaqueta, sentía frío en la espalda, en contraste con el calor que las heridas generaban en el brazo. Se despojó del cinturón de cuero y lo colocó por encima de

sus bíceps. Como un relámpago estalló en su cabeza la imagen de aquel mismo cinturón haciendo un torniquete en el muslo suave y dolorido de Gloria. Un sentimiento denso y agrídulce lo invadió por entero. Luego sacudió la cabeza y el instinto de la vida ejerció de nuevo la supremacía. Apretó fuerte la correa en dos vueltas para que la hebilla encajara en uno de los puntos. La sangre dejó enseguida de manar. Entonces pudo observar mejor las heridas. Tenía cinco pequeños agujeros: dos en el antebrazo, uno en la parte delantera del codo y otros dos un poco más arriba. Si salía de todo aquello, podrían curarse sin dejar secuelas. El más doloroso era el del codo: el plomo se había incrustado en la articulación y había dislocado el hueso, pero no estaba roto, como creyó en un principio. No era demasiado grave porque su perseguidor había utilizado las postas más pequeñas, lo que indicaba su impericia con las armas y cierta inseguridad en su puntería. Alguien más experto hubiera elegido bala. Pero aquella torpeza no se correspondía con la inconstancia a la hora de acosarlo. Sabía que su perseguidor no iba a dejar a medias el trabajo, a menos que él fuera más hábil. Escondido en la penumbra de los arbustos, recuperando fuerzas, otra vez atacado por la sed, recordó sus propios hábitos de cazador. Cuando estaba seguro de haber alcanzado a una presa, nunca abandonaba lo empezado. Seguía tras ella sin importarle el cansancio ni el hambre ni la sed, a la vez consciente de que no podía perder la ventaja conseguida y dominado por un sentimiento que no sabía bien de dónde procedía: de la superstición, de la piedad hacia el animal que sufría o de su incapacidad para permitir que una pieza siguiera viva por el monte llevando alojado dentro de su carne un trozo de plomo. Volvió a escuchar, oteando entre los tallos. Nada, ningún movimiento, ningún ruido de pasos. Se puso la chaqueta procurando no agitar las ramas para no delatar su presencia. Al introducir el brazo en la manga volvió el dolor, pero ya más apagado, como si el torniquete le impidiera el paso del mismo modo que se lo impedía a la sangre. Ahora ya podía huir sin ir marcando con un hilo rojo el trayecto de su huida. Respiró hondo varias veces. Se encontraba mejor, aunque seguía teniendo mucha sed. A gatas comenzó a deslizarse entre las jaras buscando el final de la espesa mancha para reanudar la carrera hacia la zona donde había oído los disparos de los cazadores. Al llegar al final sacó la cabeza y vio ante él un amplio terreno desbrozado y plantado de pinos jóvenes de cuyas ramas, sin embargo, ya colgaban los nidos venenosos de las procesionarias. Ya se erguía como un velocista a punto de salir, esperando el disparo del juez, cuando oyó dos pasos a su derecha, en el borde de la mancha. Miró aterrorizado hacia allá y a la altura de sus ojos vio los dos cañones paralelos de la escopeta y, más arriba, el pasamontañas ocultando el rostro, sólo dos aberturas para los ojos que no parpadearon cuando el dedo apretó los dos gatillos empujándolo velozmente a la nada.

## Capítulo 15

Cuando le llegaron los detalles de la muerte de Molina —la primera noticia se la había dado el teniente por teléfono—, que como un vendaval de comentarios recorrió Breda aquella misma tarde, Cupido lamentó no seguir en el caso. Tuvo que resistir la tentación de retomar las riendas y volver a hablar con todas las personas que se relacionaron en algún momento con Gloria.

Aunque seguía decretado el secreto sumarial, a las pocas horas todo el mundo en la villa conocía los detalles de la muerte y sabía que no se debía a un accidente. Todos adivinaban que aquel asesinato estaba vinculado con la muerte de las dos muchachas. Aquel domingo, a Molina no le había tocado acompañar a ningún cazador, iba solo y su coche había quedado abierto en medio de la pista. Las manchas de sangre en el camino indicaban que había sido herido allí mismo y luego perseguido hasta ser rematado con dos tiros que le volaron la mitad de la cabeza. La sangre en el camino, descubierta por unos cazadores, había hecho que lo buscaran y lo encontraran pronto.

El detective recordó con una tristeza más agria de lo que hubiera imaginado las palabras del guarda: «Esa chica no debió venir nunca sola a la Reserva. Ni ella ni la que vino después ni ninguna otra mujer. El monte no está hecho para ellas. El monte no es de quienes lo contemplan, el monte es de quienes lo pisotean... ¿Cree que a un hombre lo hubieran matado?». A él lo habían matado. Molina no era una mujer contemplando el monte y lo habían matado.

Todo había ocurrido cerca de la valla que separaba la Reserva de la carretera, muy cerca de donde él había pasado aquella misma mañana pedaleando en bicicleta. Dedujo que los disparos que había oído —y atribuido a los cazadores— eran los mismos que habían acabado con la vida del guarda. Hasta la coincidencia en la hora le parecía una señal para decirle que aquel caso le concernía personalmente, que era suyo y que sólo él podría resolverlo. Además, ahora estaba seguro de que Molina había muerto por algo que había visto y oído, por algo que sabía, acaso relacionado con el disparo que había sonado la mañana en que mataron a Gloria. Un dato trascendental que el teniente Gallardo ignoraba y que no podía contarle, sujeto a la promesa hecha al Alkalino. A Cupido todos los indicios lo conducían a aquella hipótesis. Tampoco él creía que un furtivo fuera el autor del último homicidio: un furtivo no se hubiera dejado sorprender en medio de la pista de tierra por un coche con un motor ruidoso ni se habría encarnizado luego en una persecución tan larga y sistemática. Alguien había ido a matar intencionadamente al guarda, lo había esperado en el sitio preciso, lo que dotaba al caso de una nueva dimensión.

Curiosamente, Breda se había turbado más con el último crimen que con los dos anteriores, a pesar de la inocencia, la juventud y el sexo de las primeras víctimas.

Pero al fin y al cabo ellas eran desconocidas, y Molina había nacido entre ellos. Además, en su asesinato parecían reconocer su misma forma de matar, más proclive al disparo que al uso de una navaja cortando un cuello femenino. Nadie se atrevía a confesarlo, pero muchos tenían miedo. Desde la muerte de la segunda chica nadie salía solo a los campos limítrofes con El Paternóster, nadie paseaba por el bosque, nadie hablaba demasiado alto.

Aparecieron también quienes amenazaban con salir en patrullas armadas a recorrer la Reserva —poniendo como excusa la seguridad de sus hijas y sus novias y la necesidad de una venganza ejemplar y sumaria— hasta sorprender al culpable y colgarlo sin más trámites de la rama de una encina, como a un perro. Y tal vez lo hubieran hecho si se hubiera presentado la ocasión, porque el desdén anterior hacia las muertes de dos muchachas jóvenes, hermosas e inocentes, pero forasteras, había dado paso a un sentimiento de ofensa por la muerte de uno de los suyos. Era la otra cara del viejo carácter de la villa, el gusto por la hoz en detrimento de la espiga, que renacía en cuanto una débil coartada lo justificaba. Pero si se escuchaba bien, por las noches se oían los cautelosos chirridos de candados y cerrojos. Tras la muerte del guarda todos estaban convencidos de que el autor era uno de ellos.

—Déjalo en la mesita. Y sírveme un oporto.

—Sí, señora.

La doncella, bonita, bien peinado el pelo negro y con el uniforme blanco sin una mancha, pero con ese tipo de limpieza exterior que en algunas personas se sospecha que no alcanza también al interior, dejó la infusión de manzanilla en la mesa baja, se acercó a la credencia y regresó con una copita y la botella de oporto. Escanció el líquido untuoso hasta llenarla, volvió a guardarlo todo en su sitio y salió de la sala sin hacer ningún ruido. La anciana no le dio las gracias ni murmuró una aceptación. Estaba muy cansada.

Cuando aquella mañana, tras una noche de insomnio y jaqueca, se había mirado al espejo, se encontró con un rostro vacío de sangre que parecía haber envejecido dos años en aquellas dos semanas. Había adelgazado tanto que le ordenó a la doncella que metiera dos centímetros las costuras laterales de sus invariables vestidos negros. Desde hacía algún tiempo venía notando que disminuía el tallo de sus huesos al compás que se inflamaban sus articulaciones, y aunque hasta ahora había cerrado los ojos a las molestias, ya no podía seguir ignorando las mordeduras de la artrosis.

Vio los jirones de humo saliendo cada vez más débiles de la infusión. Se dijo que debía tomarla antes de que se enfriara más, pero inclinarse hacia delante y coger con las dos manos la taza y el platito —como le habían enseñado desde niña— le exigía un esfuerzo enorme. Cerró los ojos, suspiró y al fin se decidió a moverse. La manzanilla le pareció insípida, y pasada y la dejó a un lado para alzar hasta su boca la

copita de oporto. La bebió de un trago lento y lleno de fruición, sin hacer ruido, como beben los sacerdotes en misa. El licor le dio enseguida un confortante calor interno. Entonces se levantó despacio del sillón, mirándose con desconfianza los tobillos hinchados por la artrosis, los pies embutidos en los zapatos negros, y fue hasta su buró, un hermoso mueble de madera de castaño. Abrió un álbum de fotos en blanco y negro, hojeó algunas páginas —un niño que no llegó a cumplir un año tomado en diversas posturas, un hombre de aspecto débil, con bigote y traje oscuro, que siempre mira al objetivo, una mujer muy hermosa llevando en brazos al mismo bebé que asoma la cabecita por encima del arrullo mientras el hombre pasa sobre sus hombros el brazo derecho, en ademán protector— y de entre ellas extrajo un sobre timbrado con sello extranjero en cuyo membrete se veía la bandera azul de estrellas de la Unión Europea. Volvió con paso cansino hasta el sillón, frente a la ventana, se sentó y puso la carta en su regazo. Hacía tres días que había llegado, el viernes, y la había leído tantas veces que podía recitarla de memoria. Al menos la memoria todavía no le fallaba. Tenía verdadero pánico a esas enfermedades que respetan el cuerpo y van acabando con la lucidez de la mente. No la asustaba el dolor físico, pero temía lo que ocurriría con su cuerpo cuando ella ya no estuviera dentro, cuando su alma se hubiera ido y sólo quedaran unos pedazos de carne y de vísceras todavía vivas que, si desaparecía Octavio, nadie sabría *de verdad* a quién pertenecían. «No, la memoria no la he perdido. Todo está en la memoria», se dijo en voz baja. Pero ya no era el desafío el sentimiento que empujaba las palabras, sino la duda y la resignación. Aún no se la había enseñado a Octavio porque sabía que a él le causaría más daño que el que le había causado a ella. Al fin y al cabo, ella lo había destinado a aquella lucha, lo había entrenado para soportar las derrotas parciales en espera de la victoria definitiva, lo había obsesionado con aquel único combate. Ahora se daba cuenta de cuánto mal le había hecho, de a cuánto lo había obligado a renunciar, de hasta qué profundidades lo había forzado a bajar, hasta donde le faltaba el aire. Demasiado tarde había descubierto que si una vida se destina exclusivamente a una única obsesión y esa obsesión fracasa, es como si fracasara la vida entera. «Pobre Octavio, cuánto te he exigido», susurró. Bajó los ojos hacia la carta y leyó: «Tribunal de Justicia de las Comunidades Europeas», sin mover los labios finos y apretados, sin hacer un gesto con el rostro. Desde el principio supo que iba a ser una lucha difícil y larga, pero nunca dudó de la victoria final. Había seguido con atención otras sentencias del Tribunal Supremo, como la de la finca de La Encomienda, favorable a la Duquesa de Alba, o la ridícula sucesión de dictámenes sobre Rumasa, generadas durante más de tres lustros y todavía sin cerrar, y en los que siempre había encontrado motivos para la esperanza. Por el contrario, había hecho oídos sordos a aquellas noticias que de vez en cuando aparecían en las páginas de sucesos sobre ancianas que ganaban un juicio a un ministerio cuando llevaban ya varios años enterradas. En todo aquel tiempo se

había blindado contra el desaliento, aun sabiendo que en un contencioso así la lucha siempre es desigual, que la Administración es la última en cansarse porque son muchos los funcionarios que pueden relevarse durante el conflicto y es sólo uno el particular que resiste frente a todos ellos. Octavio se lo había repetido muchas veces, que iban a ganar, que al final iban a ganar. Y, sin embargo, ahora, después de la última derrota, ya no quedaba nadie ante quien recurrir. Creyó que sus ojos iban a humedecerse, pero no soltaron ninguna lágrima. Hacía tiempo que se había olvidado de llorar. Desde la muerte de su hijo pequeño, cuando aún no había cumplido un año, se había quedado vacía, seca. Fue un dolor tan intenso que a partir de entonces llorar por cualquier otra causa le hubiera parecido un impudor, un despilfarro, la manera más cobarde de engañar y posponer un daño que no desaparecería con las lágrimas. Ni siquiera volvió a llorar cuando al poco tiempo murió su marido, incapaz de superar el infortunio. Sintió una mano que se apoyaba con dulzura en su hombro y otra que le acariciaba la cabeza, el pelo fino y claro como el de una telaraña que lavaba y peinaba reiteradamente cada mañana, recogido con esmero en un moño de impecable limpieza. No necesitó mirar para reconocerlo ni necesitó oír sus palabras para saber que ya había leído el membrete de la carta que reposaba en su regazo y que había adivinado su contenido. De ahí la lentitud de su caricia, la dulzura con que la mano se posaba en su hombro, en los huesos que en las últimas semanas parecían haberse afilado.

—Nos vencieron —dijo en voz baja, procurando disimular la tristeza insoportable, con la mirada perdida más allá de los visillos, en la claridad con que el mediodía inundaba la plaza.

Octavio se inclinó a coger la carta y ella vio entonces muy cerca de sus ojos el rostro pálido y un poco sudoroso, los ojos hundidos por los años de constante estudio tras los gruesos cristales de las gafas, los hinchados párpados de seminarista, las aletas de la nariz palpitando por la ansiedad, los últimos restos de los estragos del herpes cicatrizando en el labio inferior. Oyó luego el leve ruido del papel desplegándose para mostrar la noticia que en un puñado de líneas no sólo arrasaba con todas sus esperanzas sino que también, de repente, le revelaba con dolorosa claridad la deuda a la que estaba obligada, tanto más cuanto que Octavio nunca se la exigiría. Porque ella había podido elegir, pero a él le había marcado aquel camino como el único posible.

—Nos vencieron —repitió—. Al final nos vencieron.

Lo vio dejar la carta en la mesita, avanzar hacia la ventana y quedarse mirando hacia fuera, dándole la espalda. Eso era lo que había hecho de él, un hombre prematuramente envejecido, cargado de espaldas por las excesivas horas encorvado sobre papeles; un hombre triste y solitario, con una incapacidad casi irreparable para conquistar a una mujer. Debía estar viviendo con una muchacha y vivía con una



vieja; debía acostarse cada noche junto a un regazo femenino y se acostaba solo. Las doncellas que contrataba para la casona de Breda no eran sino un remedio vicario que nunca podría sustituir lo que de verdad necesitaba. El primer día en que la golpeó como un rayo la evidencia de su error fue cuando lo vio turbarse y quedar mudo como un adolescente en presencia de Gloria. Aquel día comprendió a qué tipo de mutilación lo estaba sometiendo. Y el hecho de que hasta entonces no hubiera sido consciente de ello no la eximía de la culpa.

—Ya no queda nada que hacer —dijo tan de repente que doña Victoria casi tuvo un estremecimiento.

Ella no respondió enseguida. Se demoró en la elección de las únicas palabras que demostraran esperanza.

—Algo queda por hacer —negó—. Conservar lo que aún tenemos.

Lo vio volverse y mirarla fijamente a través de los gruesos cristales de las gafas, sorprendido de que aceptara con tanta entereza la derrota. Como solía hacer desde que tenía el herpes, había montado el labio inferior sobre el superior —para evitar el contacto o las molestias—, lo que acentuaba su gesto de amargura o de enfado. Al observarla pensó que si ella accedía a firmar las cédulas de rendición, era porque imaginaba que la derrota podía ser aún mucho más dolorosa. «Tiene miedo por mí», se dijo.

—Nos iremos de esta ciudad. Nos iremos y no volveremos nunca —susurró doña Victoria. Había regresado el tono de odio y las palabras volvían a brotar con energía, como si la lucha fuera lo único que la mantenía viva.

—Aquí nos atan demasiadas cosas —protestó él con suavidad, haciendo un gesto circular con las manos que señalaban la casa que ocupaban (los forjados arrancados antes de que los cubrieran las aguas, los adornos tan cargados de recuerdos, las sutiles adherencias que se establecen entre una bella casa y sus inquilinos), pero que también querían abarcar las tumbas cavadas en la pequeña loma de El Paternóster.

—Volveremos un día al año, para visitarlos —dijo la anciana adivinando su pensamiento—. Pero nos iremos para siempre de aquí. De esta ciudad de enemigos.

## Capítulo 16

Dos días después de la llamada de Anglada, Cupido aún no había ido a hablar con el teniente para decirle que ya no trabajaba en aquel caso, que su cliente creía que el autor de las muertes era un loco o un sádico sin ninguna vinculación personal con Gloria y que por tanto no tenía sentido seguir invirtiendo tiempo y dinero en la investigación. Sabía que cuando entrara de nuevo en el cuartel y le anunciara a Gallardo su despido, quedaría definitivamente al margen y no habría una posible marcha atrás. Por eso había demorado su visita. Tras su indecisión se escondía un latente deseo de seguir hurgando en el conocimiento de Gloria y esperar el momento de la metamorfosis en que de ser una mujer llena de incógnitas pasara a convertirse ante sus ojos en una muchacha diáfana y comprensible. «Es siempre lo mismo — pensaba—, asomarse a la intimidad de los otros, hurgar en las heridas para terminar descubriendo el virus que las infecta o la pus que generan. Recorrer los pasos que van de la víctima a su verdugo. En definitiva, la sed de conocimiento. Como si todos nacióramos con un innato instinto de detective, casi tan poderoso como otras pulsiones básicas, que debe estar vinculado al ansia y a la tendencia hacia eso que llamamos la verdad. El contacto con el enigma siempre ha provocado en el hombre el deseo de descifrarlo».

De modo que el detective posponía la toma de una decisión, porque, además, todo lo que veía, escuchaba o leía lo conducía a su búsqueda. El día anterior había visto, al pasar por el escaparate de una ferretería, una navaja igual a las empleadas en las muertes de las dos muchachas. En una vitrina brillaba un centenar de aceros de todas formas y tamaños: cuchillos al alcance de todos. Siguió caminando, pero enseguida volvió sobre sus pasos y se detuvo ante el cristal contemplando obsesivamente el arma en la que nunca se habría fijado, hasta que vio al dependiente que desde dentro había advertido su interés y lo observaba como a un sospechoso. Luego, por la noche, mientras releía *Romeo y Julieta* —confiado en que un texto clásico tan hermoso lo alejara de cualquier referencia directa a la actualidad— descubrió atónito que Shakespeare, cuatro siglos antes, ya hacía referencia a los herpes bucales: «... sobre los labios de las damas, que acto seguido sueñan con besos, labios que Mab, enfurecida, infecta a menudo atormentándolos con ampollas por haber viciado el aliento con golosinas aromáticas». Hasta las palabras de un libro antiguo le recordaban que había dejado un trabajo sin resolver. Temía no lograr desprenderse de él hasta lacrarlo con el descubrimiento de la verdad. Llenar con una palabra la X de una incógnita, se decía, es la única manera de desentenderse para siempre de ella, el único medio de convertir la inquietud en recuerdo.

De modo que cuando, el martes por la mañana, un número de la Guardia Civil llamó a la puerta de su apartamento porque el teniente quería verlo enseguida, Cupido

supo que la tregua había terminado y que volvía a la investigación.

Atravesaron la puerta del cuartel sin ningún trámite, hasta llegar a las oficinas. Todos los guardias que vio tenían la misma actitud de preocupación y malhumor. Supuso que se debía a los tres asesinatos, que de pronto los privaban de la cómoda vida provinciana a la que estaban acostumbrados, alejados de las grandes urbes conflictivas, estremecidas por la inseguridad cotidiana y el miedo a los atentados terroristas, dejándose crecer una incipiente barriga al mismo tiempo que se adormecían sus reflejos. De repente les había tocado también a ellos la inquietud y el trabajo extra, los horarios de veinticuatro horas enjaulados en el cuartel ante cualquier indicio de amenaza, ante la presencia detectada de un hombre o una mujer solos por las cercanías de El Paternóster. El teniente los mantenía en estado de guardia, cuando en los últimos quince años el único servicio público verdaderamente activo en Breda había sido el cuerpo de bomberos durante los meses de verano, en permanente alerta para evitar cualquier incendio en la Reserva.

El teniente estaba sentado tras la mesa. Hacía una semana que no se veían, desde la muerte de la segunda chica, y le pareció que aquellos tres crímenes lo habían tensado, lo habían puesto más en forma, porque estaba más delgado y moreno. O acaso fuera la impresión que daba vestido de paisano. Por primera vez Cupido lo veía sin uniforme.

—No parece que se esté ganando el sueldo —dijo a modo de saludo.

—Nadie trabaja si no hay un salario —replicó.

—¿Lo despidió Anglada? —preguntó sorprendido.

—Muy amablemente, dejó de contratarme.

—¿Cuándo?

—Hace dos días, el domingo. Dijo que tras la muerte de la segunda chica se hacía evidente que todo era obra de un loco o de un sádico. Cerré la minuta y se la envié. Todos sus argumentos son de una lógica incuestionable —concluyó, disimulando el fondo de incomodidad y decepción. Era la Primera vez que dejaba un caso sin resolver y al vacío de los días que se abrían por delante se añadía el vacío que había quedado detrás.

El teniente movió de un lado a otro la cabeza.

—¿Y a qué se dedica ahora?

—A aburrirme un poco. ¿Para qué me llamó?

—Iba a invitarlo a hacer una visita.

—¿A quién? —preguntó. Demasiado tarde advirtió el excesivo tono de ansiedad con que había hablado.

—A la viuda de Molina. Aunque ya no esté contratado, creo que lo dejaremos venir con nosotros —dijo en tono de broma, demasiado forzado para ser convincente y arrancar una sonrisa y hacer creer que no estaba pensando en lo que no podía

olvidar desde hacía tres semanas, en las muertes ocurridas en el bosque.

—¿Ella tiene algo que ver con todo esto? —preguntó extrañado.

—Creemos que no. El domingo, cuando mataron a su marido, estaba en el Centro-Base, sirviendo comida a un grupo de cazadores.

Salieron de la oficina y montaron en el Patrol. Gallardo no quiso que nadie más los acompañara, para evitar cualquier posible matiz intimidatorio —él mismo iba vestido de paisano— en aquella visita a una mujer que ahora vivía sola en el bosque con sus dos hijos.

—Estamos peor que al principio —dijo una vez que dejaron atrás la Fuente de Chico Cabrera y enfilaron hacia las colinas de la Reserva—. Siempre se espera que en cada muerte el autor vaya dejando un indicio, una pequeña huella que aislada no significa nada, pero que al lado de otras al final permita recomponer el cuadro. Pero aquí cada muerte nos confunde un poco más.

Una mancha oscura y velocísima atravesó como un obús la pista de tierra, unos diez metros por delante del coche, levantando una estela de polvo y desapareciendo entre las encinas con la misma celeridad con que había aparecido.

—Los únicos felices ahora son los animales, los ciervos y los jabalíes como ése —continuó—. Mire alrededor. Qué soledad.

En efecto, no habían visto a un solo excursionista en el trayecto, no habían oído ningún ruido humano, no había ningún indicio de su presencia. El bosque había reavivado su eterna e incoercible amenaza. La noticia de las tres muertes había traspasado los límites de la comarca, había aparecido en la prensa y un equipo de televisión había venido a grabar imágenes que debían aparecer cualquier noche en un programa sobre actos violentos. El miedo al asesino que actuaba dentro de ella —y del cual no estaban a salvo ni los mismos guardas de la Reserva— había actuado como un poderoso repelente. A través del parabrisas se veía solitario y compacto, como recién creado, el paisaje de encinas, robles y pinos, de jaras y retamas sobre el que volaban acechando las rapaces. Parecía increíble que en apenas tres semanas se hubieran cometido allí dentro tres crímenes.

—¿Se sabe algo más de la muerte de Molina? —preguntó Cupido.

—Estamos trabajando sobre tres hipótesis. La primera es que pudo sorprender a quien nosotros buscamos y que él o ella lo mató antes de que pudiera defenderse. Significaría que nuestro desconocido usa un cuchillo por placer, porque el también va armado con escopeta, un modelo corriente que cualquiera puede tener en su casa. La segunda es que se encontró de bruces con un furtivo que no estaba dispuesto a asumir una condena ni a pagar una fuerte multa. Pero tenemos algo que la hace improbable: era domingo, día de caza, y nadie con un mínimo de prudencia se arriesgaría sin permiso en una fecha en que la mitad de la Reserva está recorrida por cazadores con licencia y por los guardas que los guían. Pero no la olvidamos y seguimos trabajando

sobre ella.

—¿Y la tercera?

—La tercera es suponer una cuestión personal o profesional. El odio o la venganza. Molina no era de esa gente que se hace querer, pero a su alrededor no encontramos nada que nos parezca consistente.

Era claro que se inclinaba hacia la primera hipótesis, la única a la que no le había puesto inconvenientes.

—Yo también creo que todo está relacionado, que el autor es nuestro viejo homicida, con un arma nueva para una nueva víctima. Molina era un tipo alto y fuerte y a él no hubiera sido fácil degollarlo como a las otras dos chicas. La pregunta es si chocaron casualmente o si fue a buscar expresamente al guarda.

El teniente dejó de mirar el camino de tierra para mirar a Cupido.

—Piensa demasiado en este caso para no trabajar ya en él.

—Sí. No logro olvidar a la primera chica. Cierro los ojos y puedo imaginar como su asesino a todos cuantos la conocieron, desde doña Victoria al propio Anglada, desde ese amigo escultor a sus parientes. Cuando me dejo llevar por esas sospechas, la muerte de la otra muchacha me parece un señuelo para desviar la atención. Hasta la muerte de Molina podría ser explicada —dijo midiendo bien el límite hasta donde podía llegar con sus palabras.

El ronco berrido de un gamo resonó a lo lejos, por encima del ruido del motor. Enseguida fue contestado por otro más potente.

—¿Comprobó qué hacían todos ellos en las horas en que mataron al guarda?

—Sí, pero no hemos aclarado nada. Si alguno no tenía coartada para la primera muerte, la tenía incontestable para alguna de las otras dos. Y al revés. Cruzamos los datos mil veces y todos ellos tienen testigos en al menos una de las ocasiones. Podría enseñarle los papeles en la oficina.

—No, si es así no merece la pena —dijo Cupido con desánimo.

Vieron al fondo del camino el Centro-Base, los hangares para los vehículos de los bomberos, ya cerrados, el edículo de la pequeña oficina, la alta torre de vigilancia, las viviendas cedidas a los guardas. En una de ellas vivía aún la viuda de Molina. Durante unos días, quizá semanas, nadie le diría nada del desalojo, pero sabía que tendría que marcharse en cuanto prescribiera el corto plazo que la administración pública concede a la caridad.

Aparcaron frente a la casa y, como la primera vez, enseguida salió la mujer, atraída por el ruido del motor. Vestía de luto, pero tampoco el color negro era capaz de eliminar la sensación de desaliño que provocaba. Sería una mujer hermosa si no hubiera permitido que la atrapara la desidia. El teniente se anticipó a Cupido y le dio la mano ofreciendo el pésame oficial, que ella aceptó mirándolos con inquietud. El niño de cuatro o cinco años se asomó a la puerta y desde allí contempló sin expresión

a los dos visitantes, su atención dirigida al vehículo oficial.

—¿Le arregló el sargento todos los papeles? —preguntó el teniente.

—Sí, todos. Fue muy amable.

—¿Podemos pasar?

—Claro —dijo indicándoles la casa.

Por la puerta se accedía directamente al cuarto de estar, una habitación con el suelo de losetas de barro cocido y paredes de un blanco que amarilleaba en el techo y negreaba en los laterales de la chimenea. Todo daba un aspecto general de falta de higiene. Junto a un mueble de madera aglomerada se veían algunos cuadros baratos de escenas de caza con los cristales sucios de polvo y de excrementos de moscas. El niño, indiferente a la conversación de los mayores, había vuelto a mirar el televisor encendido con un programa de dibujos animados. El más pequeño debía de estar dormido tras alguna de las dos puertas que se veían cerradas. El detective imaginó tras ellas dormitorios mal ventilados, con las camas sin hacer y con exceso de mantas. Al fondo se veía la cocina y un pasillo que debía dar a algún patio posterior. Una mesa, varias sillas de enea y dos sillones de skai completaban el mobiliario, todo impregnado del mismo aspecto de dejadez y abandono, con migas de pan sin sacudir, con manchas de líquidos, con esa miríada de pequeños insectos que alimentan los restos de comida y la cercanía del campo.

—¿Quieren tomar algo? ¿Una cerveza? —ofreció.

Cupido y el teniente aceptaron. La mujer entró en la cocina y regresó un minuto después con dos botellines, dos vasos y un plato de duralex lleno de rodajas de un embutido oscuro y seco.

—¿Venado? —preguntó el teniente saboreándolo.

—Sí, venado.

La mujer, sentada en una silla de respaldo recto, con las rodillas apretadas, los miró masticar la carne dura y sabrosa y beber un trago largo de cerveza, sin participar ella del aperitivo, acaso acostumbrada a quedar al margen en las conversaciones sobre trabajo, trofeos cinegéticos o anécdotas que hubiera mantenido Molina con sus invitados.

—¿Necesita alguna otra cosa? —preguntó Gallardo.

—No. Creo que todo está arreglado. El sargento se encargó de todos los papeles. Sólo estoy esperando que me comuniquen cuándo tengo que dejar la casa.

No parecía muy afectada por la muerte de su marido. Tal vez no lo estuviera. El detective calculó que entre la pensión de viudedad y las retribuciones de orfandad por los dos hijos a su cargo llegaría a percibir un ochenta y cinco por ciento del sueldo que en vida cobraba Molina, lo que no estaba nada mal. Tal vez incluso estuviera contenta de verse de repente con dinero en las manos para administrar y libre de un hombre que no habría sido ni demasiado amable como esposo ni demasiado solidario

como padre. Al fin y al cabo, pensó, quizá sería difícil encontrar un matrimonio en el que alguno de los dos cónyuges no hubiera llegado a desear en algún momento la muerte del otro, aunque nadie se atrevería a confesarlo, porque el parricida, al igual que el violador, al revelar lo más oscuro del fondo del espejo, es repudiado socialmente como un monstruo. Si se matara con la imaginación o con los sueños, el mundo estaría lleno de gente viuda.

—¿Tienen problemas económicos? —preguntó, aunque sabía que era una indiscreción y que la mujer podría negarse a responder.

—De momento no. Él tenía otra cuenta. Había ahorrado algo —dijo.

En los oídos del detective chirrió el uso del singular y las palabras de la mujer se le quedaron adheridas a los tímpanos.

—¿No sabía que su marido tenía ese dinero?

—Nunca me lo había dicho. Debió de guardarlo pensando en los niños —dijo con esa necesidad de los afortunados de explicar un repentino golpe de suerte, como para demostrar que no había trampa en la ganancia—. Además, nos han pagado un seguro por tener domiciliada la nómina en un banco. Con todo eso voy a comprar una pequeña casa en Breda. Ahora el niño —dijo señalando al hijo mayor, absorto por todo lo que en el televisor se moviera muy rápido— podrá ir al colegio.

—¿Ha pensado en lo que le dije? —intervino el teniente—. ¿Algún recuerdo que nos ayude, algún hecho del pasado?

—He intentado recordar, pero no hay nada. Nadie se beneficia con su muerte.

«Excepto su asesino», pensó Cupido. Tenía la sensación de que la mujer no quería saber nada más de la investigación; estaba hablando con ellos como si se confesara, para acabar de una vez con todo aquello, olvidarlo y seguir viviendo sin remordimiento ni alegría. Tal vez en la ciudad, al contacto diario con otras mujeres, comenzara a cuidarse y a sentir la necesidad de parecer atractiva y de atraer a un hombre a su cama.

El teniente apuró la cerveza y se llevó otro trozo de embutido a la boca. Cupido no esperó más para preguntar:

—¿Qué armas tenía su marido?

La mujer giró hacia él la cabeza, los ojos inquietos que no parecían haber soltado muchas lágrimas, demasiado cansados para parecer ni siquiera tristes, el pelo de un color pajizo que ni siquiera parecía color.

—Tenía el rifle que le habían dado como guarda de la Reserva. Yo misma lo entregué ayer.

—¿Nada más?

—También tenía una vieja escopeta. Hacía mucho tiempo que no la usaba.

—¿Podemos verla? —preguntó el teniente. No sabía qué pretendía Cupido con aquellas preguntas, pero intuía algo importante.

—No recuerdo dónde la guardaba. Debe de estar escondida por ahí detrás. Por los niños —explicó, mirando al pequeño que seguía absorto en los dibujos, tan abstraído en la vertiginosa rapidez de las imágenes que las voces de los mayores no parecían molestarlo.

—La ayudaremos a buscarla —dijo el teniente poniéndose en pie.

La mujer los guió hacia la parte posterior de la casa. Atravesaron la cocina y salieron a un patio con el suelo de cemento y algunos arriates junto a los muros, pero sin nada plantado en ellos. Adosada a la pared del fondo había una pequeña caseta cerrada con una puerta de hierro. La mujer cogió la llave de un clavo alto y la abrió sin esfuerzo. De dentro salió un denso olor a embutidos, a cuero y a pepitas secas de frutos. Se apartó a un lado y los dos hombres avanzaron un paso. Se detuvieron para dar tiempo a las pupilas a acostumbrarse a la oscuridad. La mujer se coló entre ellos, abrió un pequeño ventanuco lateral y la habitación quedó iluminada por una columna de sol, descubriendo su uso a medio camino entre almacén de trastos viejos y alacena. Vieron dos cañas colgadas horizontalmente del techo de las que a su vez colgaban embutidos de venado como el que les había ofrecido antes. Cupido se acercó hasta una tercera caña: dos pieles de gamo se secaban en ella. Acarició el exterior de pelos duros y suaves a la vez, y la parte interior, que comenzaba a acartonarse por efecto de la sal y tal vez del orín. Miró hacia atrás. Gallardo estaba buscando la escopeta, pero la mujer sólo lo miraba a él, a sus manos que acariciaban la piel de los animales muertos.

—Nos los dejan los cazadores —dijo, sintiéndose otra vez obligada a dar una explicación—. Cuando logran cazar una pieza, muchos no quieren el cuerpo. Le encargaban a él que les cortara la cabeza, la envolvían en un saco y se la llevaban para adornar sus casas. A nosotros nos regalan la carne si se sienten agradecidos —añadió señalando las pieles—. Para ellos sólo tiene valor la cabeza.

El recuerdo acudió a la memoria del detective. Las mismas o muy parecidas palabras había dicho el Alkalino cuando hablaba del furtivo de quien no conocía el nombre: «Lo que verdaderamente vale es la cabeza».

El teniente abrió un arcón de madera y tras revolver entre viejas ropas de cazador sacó el arma envuelta en una manta. Era una repetidora de dos cañones. La abrió con parsimonia y pericia y hasta Cupido pudo notar desde lejos la suavidad con que giraban las bisagras engrasadas. El teniente se llevó el ánima a la nariz y la olfateó repetidamente, con mimo de enólogo. Miró a Cupido y asintió. En ese momento el detective supo lo que tenían que buscar en cuanto salieran de allí.

Gallardo volvió a agacharse sobre el arcón y extrajo una cinta elástica con capacidad para cinco cartuchos que se acoplaba en la culata de la propia escopeta. Cupido había visto antes aquella forma de llevar la munición, usada por algunos guardias civiles en los controles de carretera. La cinta permitía cargar con mayor



rapidez, sin necesidad de llevarse la mano al cinturón o al pecho, pero supuso que no era ésa la ventaja que atraía a Molina, sino la facilidad para esconder rápidamente escopeta y munición en caso de peligro de verse sorprendido. Eran muchos indicios apuntando en una misma dirección.

—¿Hacía mucho tiempo que su marido no la usaba? —preguntó Gallardo.

—Sí, ya se lo dije, mucho tiempo. Siempre llevaba el rifle oficial cuando salía —respondió.

Posiblemente no estaba mintiendo y por eso no se había preocupado de ocultar la posesión de la escopeta. Quizá sólo había creído a su marido.

El teniente guardó el arma donde la había encontrado y se acercó hasta las pieles. Tampoco él se resistió a acariciarlas, como si el pelo conservara todavía la calidez de cuando cubría un cuerpo vivo. Estaba esperando que Cupido diera el siguiente paso. No adivinaba qué había encontrado y apenas podía resistir la impaciencia por preguntarle.

Volvieron a la sala y se despidieron de la mujer.

—Siento no haber podido ayudarles —dijo, pero en su tono no había ninguna preocupación. Los dos hombres sospecharon de nuevo que no sentía pesar por la muerte del marido, que incluso podía estar satisfecha con las inesperadas ventajas de su nueva situación.

Apenas habían arrancado en el Patrol cuando el teniente dijo, enfadado:

—No voy a permitir que me hagas la cama sin avisar mientras estoy saltando. ¿Qué pretendías demostrar buscando la escopeta?

Era la primera vez que lo oía hablar como siempre había imaginado que hablaría un teniente de la Guardia Civil metido de lleno en una investigación, de modo que el tono de apremio no lo intimidó. Lo único que le preocupaba era encontrar las palabras adecuadas para ser convincente. Todos sus actos desde que la mujer puso frente a ellos la cerveza y el plato con el embutido habían sido dirigidos a la comprobación de una hipótesis que había surgido en su cabeza. Mientras estaba en la casa creyó que todo encajaba y contribuía a confirmarla, pero ahora no estaba tan seguro ante el teniente haciendo de abogado del diablo. Temía haberse dejado llevar por una intuición, cuando una de las primeras cosas que había aprendido en aquella profesión era que las intuiciones no valían nada, que aquél era un trabajo científico donde cada una de las afirmaciones debía ser demostrada y donde los pasos se daban por rigurosas deducciones lógicas, no por adivinanzas. Procuró hablar con la mayor seguridad cuando replicó:

—Al ver la comida se me ocurrió algo que no había pensado antes.

El teniente movió enérgicamente la cabeza, de un lado a otro.

—Molina no se hubiera arriesgado por unos kilos de carne. ¡Un guarda de la Reserva cazando! Si lo sorprenden, el castigo es doblemente duro. Y perdería el

trabajo. Todo lo que dijo la mujer es cierto. Yo mismo he visto cómo algunos cazadores se llevan el trofeo y dejan a los guías el resto del cuerpo.

—Lo sé. Pero eso no cambia nada.

El teniente miró hacia él sin levantar el pie del acelerador.

—¿Hay algo más que yo no sé?

—Sí —respondió. Sabía que había llegado el momento de hablar, que ya no podía seguir ocultándolo sin paralizar la investigación—. Pero para contárselo necesito tener la seguridad de que no implicará para nada a quien me lo contó a mí.

—No fue ése el trato —dijo con aspereza.

—Ni soy yo quien quiere cambiarlo. Así me lo han impuesto. De cualquier modo, los nombres en esto no tienen importancia.

Dejó pasar unos segundos en silencio para que Cupido fuera consciente de lo que le exigía y del esfuerzo que le supondría cumplirlo, pero al fin aceptó:

—De acuerdo. Sin nombres ni preguntas innecesarias.

—La mañana en que mataron a Gloria había alguien más que ella y su agresor en aquel sector de la Reserva. Había al menos dos personas más. Una de ellas era un furtivo. Estaba esperando su oportunidad, sin moverse de su escondrijo desde la madrugada, no demasiado cerca de donde mataron a la chica, pero tampoco demasiado lejos. Ni siquiera yo sé su nombre, pero sé que no miente cuando afirma que oyó un disparo de escopeta o de rifle, alrededor de las diez de la mañana, porque al confesar eso se está jugando mucho en su contra.

—¿Un disparo? ¿De quién?

—De una cuarta persona, porque no creo que quien usó el cuchillo fuera también armado con una escopeta y se atreviera a disparar sobre algo, con el riesgo de atraer a un guarda o de asustar a la chica unos minutos antes de matarla. Había alguien más por allí cerca —repitió.

—¿Molina? —preguntó el teniente. Enseguida había comprendido qué nombres eran importantes y cuáles eran superfluos.

—Podría ser. Nunca contestó con claridad dónde estaba a aquella hora. Solamente dijo que seguía otro itinerario, más hacia el interior de la Reserva, pero no hay nadie que pueda atestiguarlo. Todos habíamos pensado en algún momento en él, y ahora, al ver la carne de venado, la idea ha vuelto con más fuerza. Por eso necesitaba confirmar lo de la escopeta.

—Estaba engrasada, en buen uso, y hace menos de veinte días que han disparado con ella. Aunque la mujer diga que su marido no la usaba.

—Ella no tenía por qué saberlo. No creo que Molina fuera el tipo de marido que le va contando todos sus secretos a su querida esposa. Pero es muy lógico que la usara para cazar si fue él quien disparó aquella mañana, porque en el caso de tener que escapar de prisa abandonando su presa, la munición del cazador no se

correspondería con la del rifle de un guarda. No podía arriesgarse a disparar con un arma reglamentaria.

—Podría haber disparado por algún otro motivo.

—¿Tiro al blanco? —ironizó.

—Bien —aceptó Gallardo—, hasta ahí todo concuerda. Pero no lo imagino exponiéndose a perder casa y empleo y su licencia de armas por unas arrobas de carne de venado que debía sobrarle en cuanto le regalaran dos piezas.

—Porque Molina no cazaba a escondidas por la comida —explicó el detective—. Ni siquiera el furtivo que aquella mañana escuchó el disparo cazaba para comer. Este tipo de caza romántica ya ha pasado a la historia. Hasta el furtivo escondido cazaba por la cabeza, por el trofeo, no por la carne. Me lo habían dicho, pero no le di importancia hasta que la mujer lo repitió hace unos minutos: «Para ellos sólo tiene valor la cabeza». Molina no se arriesgaría por el precio del alimento, sino por el precio de las apariencias. La entrevista con la mujer ha sido muy instructiva. Recuerde sus palabras: «El tenía ahorrado algo de dinero», «Él», no nosotros, no el matrimonio. Sólo falta comprobar lo que estoy diciendo, porque todo lo demás encajaría. La carne, las pieles, la escopeta disparada... todo quedaría camuflado bajo la excusa de los regalos de cazadores agradecidos. Una tapadera perfecta para que él pudiera comerciar con los trofeos. ¿Sabe cuánto se llega a pagar por ellos?

—No.

—Entre doscientas y quinientas mil pesetas, según el número de puntas de las astas o según la altura de las palas de los gamos. Y aun así hay más compradores que vendedores. Hay muchos nuevos ricos con el equipo recién comprado y reluciente y un hueco reservado sobre la chimenea del chalet que no se resignan a regresar de su primera cacería con las manos vacías. Y aquí, en la propia Reserva, estaría Molina para facilitarles una solución.

Los dos quedaron en silencio, pensando en lo que habían dicho. Cupido había visto cómo los datos aislados iban encajando en su cabeza a medida que transcurría la visita a la mujer. Al hablar ahora los había ordenado definitivamente.

El teniente pareció despertar de un sueño cuando dijo:

—Todo encaja, pero no deja de ser una teoría.

—La única que tenemos que explique un disparo que Molina debió oír y no oyó y la existencia de una vieja escopeta disparada.

—No tenemos a nadie que le haya comprado un trofeo ni tenemos esos trofeos.

—Porque Molina no podía conservarlos en el congelador —replicó, cada vez más seguro de sus argumentos—. Tampoco es necesario que el comprador regrese la misma noche a Madrid con una enorme y sanguinolenta cabeza de ciervo manchándole la tapicería del Mercedes. Se puede hacer un encargo para recogerlo unos días más tarde. En Breda hay sitios donde hacen esos trabajos.

Estaban llegando a la ciudad y el teniente, en lugar de entrar por el trayecto más corto hacia el cuartel, continuó por la carretera para llegar a la zona comercial. Había comprendido. Faltaba la pregunta fundamental que hacer y responder, la relación de todo aquello con las muertes anteriores, pero no tenía sentido pronunciarla hasta que no hubieran dado un paso más.

Aparcó el coche en zona azul y, después de colocar un ticket para un par de horas, entraron en una cafetería. Pidieron una consumición y mientras tanto consultaron las páginas amarillas de la guía telefónica. Encontraron cuatro establecimientos diferentes y trazaron una mínima estrategia para comenzar la búsqueda. Cupido preguntaría en las tiendas más céntricas y el teniente lo haría en las otras dos.

Media hora después se reunieron de nuevo. Nadie había dejado un encargo a nombre de alguien llamado Molina, pero los dos hombres casi se interrumpieron para contarse la misma conclusión a la que habían llegado por dos itinerarios diferentes: en realidad en Breda sólo había dos talleres donde se practicara la taxidermia. Dos de las cuatro tiendas pertenecían a un mismo grupo familiar y trabajaban en un único taller. El teniente había comprobado que no había allí nada de lo que estaban buscando. Las otras dos tiendas, sin embargo, no tenían obrador propio y se servían de un técnico disecador ajeno. Cupido no había logrado más datos, pero al teniente le habían dado la dirección.

El local, pequeño y discreto, estaba en una ronda periférica, en una zona poco comercial. Nada en su estrecho y no demasiado limpio escaparate indicaba que fuera un taller de taxidermia, porque sólo se veían molduras y marcos para cuadros, algunos de ellos ya montados. Pero al entrar se notaba un fuerte olor a alcohol, a amoníaco y a barniz. Colgados en las paredes había cuadros y grabados al lado de animales disecados: aves, comadreja, zorros y varios ciervos y gamos. En las estanterías desordenadas había también todo tipo de figuras y adornos de porcelana, madera y alabastro, nuevos y de segunda mano, todo colocado de forma abigarrada. Era una de esas tiendas oscuras y discretas que hacen pensar que al frente de ellas está siempre un perista y que allí puede comprarse y venderse todo, no importa lo que sea ni su procedencia.

Tras el mostrador, un hombre alto, con una amplia calvicie y ojos azules y saltones discutía algo con un joven de pelo largo y sucio y de ropas casi harapientas que les daba la espalda. El dueño los vio por encima de su hombro, los evaluó con una rápida mirada y pareció subir la oferta, con prisas por acabar el trato:

—Venga, te doy tres mil. Es mi última palabra.

El cliente se dio cuenta de que había avanzado terreno, pero aún protestó con ese acento de gente sin fuerzas que alarga cada sílaba y que parece surgir a partes iguales del desprecio y la fatiga:

—Eso sólo lo valen la tela y las pinturas. Tienen que ser cinco talegos. Tú lo puedes vender por veinte. Estuve una semana de curre para hacerlo. Es una pasada de cuadro.

Y como para apreciarlo mejor, levantó del mostrador un lienzo de unos 40 x 60 centímetros en el que se veía algo parecido a una figura humana clavada en algo parecido a una cruz flotando entre nubes de algo parecido a bocas llenas de dientes. El tipo lo miró arrobado, convencido de su talento, participando de la frecuente costumbre de identificar la alucinación con el genio.

Notó que había alguien más tras él y giró la cabeza, todavía con el cuadro alzado entre sus manos. Vio las miradas de los dos hombres, secas, impacientes, indiferentes ante la contemplación de su obra maestra. De pronto le entraron muchas prisas y sin más protestas aceptó:

—Tres mil.

El dueño sacó de su bolsillo una cartera de la que extrajo tres billetes. El pintor se los quitó de las manos y desapareció por la puerta.

—¿Sí? —los interrogó al quedarse solos, mirándolos entre la curiosidad y el recelo.

—Venimos a recoger un encargo —dijo el teniente—. Está a nombre de Francisco Molina.

—¿Tiene el resguardo?

—No —dijo Cupido.

—Molina, Francisco Molina —repitió el teniente con tono de urgencia, poniendo las manos vacías sobre el mostrador.

—¿Molina? No recuerdo nada a ese nombre —dijo. Sacó de un cajón un cuaderno de rayas horizontales y leyó los encargos pendientes, agachándose en exceso sobre él, como si fuera miope—. ¿Qué tipo de encargo?

—Dos cabezas de gamo para disecar.

—No, entonces no es aquí. Se han equivocado —replicó cerrando el cuaderno—. Yo no trabajo directamente para el público. Sólo hago los encargos que me traen otras tiendas. Tendrán que preguntar en ellas.

—Ya lo hicimos y nos enviaron aquí —dijo Cupido. Sabía que era la última posibilidad, sabía que si Molina comerciaba con los trofeos, era a aquel lugar a donde acudiría para disecarlos. Un sitio discreto, donde no se exigirían facturas ni el dueño preguntaría por el origen o el destino de las mercancías.

El teniente cogió el cuadro de la crucifixión que todavía estaba en el mostrador.

—¿Por cuánto lo vende?

—¿Le gusta?

—Sí. Es una obra maestra.

—Puedo dejárselo en seis mil. Es una oportunidad única.

—Sí —asintió sin dejar de contemplar la pintura con gesto admirativo—. ¿Cómo sabe que no es robado? —preguntó de pronto.

El hombre forzó una sonrisa para responder:

—No, no lo es. No puede serlo.

Gallardo se llevó la mano a la cartera como si fuera a pagar, pero lo único que puso ante los ojos asustados del vendedor fue su carnet de teniente de la Guardia Civil.

—Lo único que yo he visto que ha hecho es comprar un cuadro que no sabe de dónde ha salido. Seguro que todo este antro está lleno de mierdas así. ¿Quiere que busquemos nosotros o entra ahora mismo ahí detrás —señaló la trastienda, sin levantar en ningún momento la voz— y nos enseña las cabezas que trajo Molina para disecar?

Por un momento Cupido pensó que el teniente estaba arriesgando mucho con aquella amenaza, porque cabía alguna posibilidad de que todas sus hipótesis fueran erróneas y las pieles de los gamos sólo fueran regalos de cazadores agradecidos, como había dicho la mujer. Gallardo había dejado salir su espíritu impulsivo, como había hecho dos años antes, pero ahora ya no podía arriesgarse a una nueva mancha en su expediente. Suspiró aliviado cuando el dueño cerró la puerta de la calle y los condujo a la trastienda. Sobre una larga mesa de carpintero vieron el armazón de un galgo hecho con alambre y yeso, listo para ser cubierto con la piel disecada que colgaba de un gancho. Sobre la mesa había también estopa, cal y una caja de zapatos llena de ojos artificiales de diferentes colores y tamaños. El hombre describió una sucia cortina que ocultaba una ancha estantería metálica en la que apareció la cabeza de un gamo con la piel reluciente, la enorme cuerna encerada y brillantes ojos de cristal que parecían observarlos con una mirada de burla por haber tardado tanto en encontrarlo.

—¿Sólo uno?

—Sí, sólo uno.

—¿Cuándo lo trajo? —preguntó el teniente.

El hombre miró la etiqueta que tenía prendida en una pala y dijo la fecha: correspondía al sábado en que mataron a Gloria.

—¿Recuerda a qué hora?

—Fue por la tarde. Ya tenía cerrada la tienda, pero me llamó a casa.

—¿Lo conocía?

—Sí. Algunas veces me había traído otros encargos.

—¿Cuánto tiempo calcula que llevaría muerto? —preguntó señalando la cabeza del gamo.

—Unas pocas horas. Fue fácil vaciarlo.

Cupido y el teniente se miraron. Ahora ya sabían quién fue el autor del disparo

que aquella mañana resonó en el silencio de la Reserva.

Salieron de la trastienda seguidos por el dueño, cabizbajo y temeroso de las consecuencias de todo aquel asunto. Pero los dos hombres llegaron hasta la puerta sin decirle nada. Se anticipó a abrirles y sólo entonces preguntó:

—¿Qué hago con aquello?

—Espere dos semanas. Si no tiene noticias más, véndalo y lo que saque lo ingresa en un colegio de huérfanos. Lo comprobaré —dijo secamente Gallardo.

Mientras tomaban una cerveza, el teniente le dijo:

—Debió contármelo todo desde el principio.

—No podía contarle algo que no sabía —explicó Cupido.

Se sentía liberado de trabajo y de inquietud, aunque el paso que habían dado todavía no los llevaba a ningún sitio. «Por ahora», se dijo, porque quizá al día siguiente aquel detalle fuera revelador de algo importante. Sabía que hay un momento, una vez que se han adquirido todos los datos disponibles en un sumario y que se ha entrevistado a todos los implicados, en que toda investigación tiende a inmovilizarse en la rutina, y sólo aquellos avances, aunque pequeños y aislados, podían agitarla y remover el fondo. Ya estaban convencidos de que la muerte de Molina no había sido fruto de una casualidad ni de una venganza personal, que la sangrienta persecución había ido deliberadamente encaminada a su exterminio y su silencio, porque conocía algo que preocupaba a su asesino. La pregunta que ahora se hacían era por qué todo aquello no había ocurrido antes. Quince días separaban las dos muertes. Todo sugería un chantaje y hasta el dinero ahorrado inesperadamente por el guarda apuntaba en aquella dirección. Molina había estado cazando muy cerca del lugar del crimen y debía de haber visto u oído a alguien, pero no llegaban a adivinar quién era. Tampoco sabían la forma de adivinarlo.

—Si no lo averiguamos pronto habrá más muertes —dijo el teniente—. Este tipo de locos tiene tendencia a la repetición.

—Quizá la muerte de Molina haga que se detenga durante un tiempo. Debía de estar muy asustado para ir a matarlo así, corriendo tantos riesgos.

—O quizá haya salido fortalecido —replicó. No se sentían optimistas, a pesar de su avance—. Lo único cierto es que en un cajón de mi oficina ya guardo dos cuchillos, que se han producido tres muertes y que sobre ellas nosotros sabemos muy poco más de lo que saben los forenses.

## Capítulo 17

Golpeó tres veces el cincel e introdujo la arista biselada y brillante entre la carne del tronco y la corteza. Siempre era un momento especial el primer movimiento para hacer una escultura, como debían ser para un músico los primeros acordes de una sinfonía o para un escritor las primeras palabras de una novela. La rapidez y profundidad de los golpes marcaban ya el ritmo de la inspiración, la elección de las herramientas marcaba los futuros trazos y la de la materia prima marcaba la textura final que tendría la obra. Unos días antes había visto la encina caída en un terreno de regadíos. Debía de haber muerto hacía algún tiempo por exceso de agua en sus raíces y estaba en un momento perfecto para trabajar con ella: lo suficientemente seca para no sufrir modificaciones ni grietas ni curvaturas posteriores, pero aún no erosionada por la humedad, el sol o los escatófilos. Había buscado al dueño y la había comprado por un precio excesivo para un simple tronco, pero ínfimo si lo que se pagaba eran sus posibilidades: la base ancha, la parte central que se estrechaba, con una leve torsión, sugiriendo la cintura, y la parte superior, en el arranque de las ramas, que sin mucha necesidad de poda señalaba el lugar de la cabeza inclinada y de los hombros. Se había alegrado por el hallazgo, pero también por el retorno de la intuición, sin cuya ayuda tal vez hubiera pasado al lado del tronco sin descubrir nada en él. Aquel regreso había coincidido con la desaparición de Gloria, como si al morir se hubiera visto liberado de su influencia. Recordó que durante el trabajo con ella, utilizando el hierro, nunca se preguntaba si lo que estaba haciendo le gustaba a él, sino si le gustaría a ella. Y aquella forma condicionada de crear lo había conducido al fracaso. Por primera vez se dijo que no le importaría reconocerlo ante los demás. En general, había hecho una obra mediocre con el hierro. Pero con Gloria había aprendido a ver sus limitaciones. Él era incapaz de crear sobre la nada y el vacío, necesitaba unos volúmenes previos sobre los que moverse. No sabía inventar, sólo sacar a la luz y hacer variaciones sobre lo que ya existía esbozado en una obra anterior, en un tronco, en una piedra. Se dijo que aquella era la verdadera diferencia entre un artista lleno de talento para levantar un mundo y un estilo propios y un artesano más o menos hábil. Él pertenecía a la segunda categoría, la de los que van formando con sus cadáveres el humus sobre el que de cuando en cuando surge el resplandor de los verdaderos genios. Gloria sí hubiera podido ser así. Con su entusiasmo había intentado arrastrarlo hacia una nueva altura donde el vértigo le anulaba toda lucidez. Ella lo convenció para utilizar el hierro cuando él hubiera querido la piedra; ella lo empujó a trabajar el vacío en los volúmenes cuando él sólo sabía sacar partido a la talla. Así que lo que hubiera debido ser un fructífero paso hacia el talento sólo le había supuesto una tortura. Ahora que estaba muerta se sentía solo y libre y había tardado poco más de dos semanas en encontrarse de nuevo a gusto con el cincel entre los



dedos. La primera tira de la corteza se desprendió bajo la presión de la afilada arista del acero con un ruido que pareció un quejido casi humano. Sintió un leve estremecimiento de placer al descubrir la madera limpia, la carne del árbol que hubiera sangrado savia si hubiera estado vivo. Acarició la superficie interior, un poco porosa, todavía con fibras oscuras y aferradas como los tendones a los huesos, y a través de las yemas de los dedos le llegó una agradable sensación de poder que nunca había sentido trabajando el metal. Aquel tronco había madurado en la tierra durante tres o cuatro siglos, lleno de vida y fortaleza, para que ahora él lo modificara a su gusto, lo puliera y lo mutilara hasta convertirlo en algo diferente a su naturaleza. Tan distinto del hierro, se repitió. Y tan distinto de lo que quería Gloria. Durante un año la había cortejado sin conseguir de ella más que una comprensiva amabilidad y un cariño afectuoso que, lejos de calmarlo, siempre lo dejaba más insatisfecho. Hubiera preferido, ya entonces, una negativa rotunda y para siempre, en lugar de aquellas vagas frases —«No puede ser», «Está Marcos», «Creo que lo estropearíamos todo»... — que parecían dejar una puerta abierta a la esperanza en el futuro y que a él lo llenaban de incertidumbre, porque no se basaban en un rechazo frontal a su persona, sino en las circunstancias que los rodeaban. Sólo una vez, durante unos minutos, creía haber tenido la posibilidad de saltar aquella amistosa barrera que ella interponía entre ambos. Había sido en la fragua, tres semanas antes de su muerte, una tarde en que lo acompañó para forjar las últimas piezas de la exposición. Había llegado al taller a la hora acordada y ya estaba allí Luzdivina, la dueña, esperándolos. El fogón estaba encendido y chisporroteaba con tonos rojos, azules y verdosos, como una camada de luciérnagas. Era una mujer alta, todavía fuerte a pesar de su avanzada edad, con un punto de obesidad que el ejercicio con el hierro y el sudor permanente ante el fuego mantenían a raya. Le habían puesto aquel nombre porque había nacido la noche en que llegó la luz eléctrica por primera vez a Breda. Su padre, el herrero por el que pasaban las patas de la mitad de las caballerías de la villa, había asistido fascinado a la eclosión de luz en aquellos pequeños globos de cristal con forma de peras, mientras la mitad de sus paisanos, comandados por un fanático militar lleno de miedo que había conocido los efectos de las bombas de gas diez años antes, en las trincheras de la línea Maginot, había huido al monte en el momento anunciado, convencidos de que aquellas bombillas explotarían lanzando sus cristales contra todos los incautos que se quedaran a presenciarlo. Había sido el abuelo de Sierra quien hizo las gestiones necesarias en Madrid para levantar la fábrica de luz y desde entonces habían quedado anudados entre las dos familias —la del político exiliado y la de un simple herrero deslumbrado por el resplandor del progreso— unos lazos de estima y admiración que al nieto escultor le habían sido fáciles de reanudar cuando necesitó usar la fragua para sus esculturas. Luzdivina lo trataba como a un hijo —que nunca tuvo— y al verlo llegar aquella tarde acompañado de una muchacha tan hermosa, los ojos le habían

brillado con un chispazo de alegría. Sin preocuparse del sudor que comenzaba a mancharle la cara, la había besado mientras la cogía por los hombros para observarla mejor. Luzdivina se acercaba a los setenta años, pero no los aparentaba, como si el calor y el trabajo la hubieran mantenido más joven, siempre con un punto de color en las mejillas. Aunque debía recibir ya una pensión de jubilación, seguía haciendo pequeños trabajos en el taller —soldar el brazo roto de una lámpara antigua, reparar pequeñas herramientas agrícolas, afilar los podones—, no tanto por dinero cuanto por fidelidad a un oficio condenado a desaparecer, con ese contradictorio tesón de algunos partidarios de antiguas innovaciones que siguen defendiendo su eficacia cuando ya la herramienta o la técnica que en su momento introdujeron se ha quedado totalmente obsoleta. «Hoy has traído ayuda», le había dicho, mirando a Gloria con una sonrisa. «Sí, y creo que hoy saldrá mejor el trabajo», respondió él mientras pensaba que de todos los oficios artesanos, es el del herrero el más proclive a hacerse en compañía, quizá porque el calor del fogón en el invierno atrae a todos los frioleros, o porque la ayuda necesaria para levantar una pesada pieza de hierro convoca al lugar a quienes no tienen nada que hacer con la seguridad de que siempre serán bien recibidos. «El carbón está a punto y ahí tienes todas las herramientas», había dicho Luzdivina despidiéndose. Luego, ellos dos, ya solos, se habían puesto los guantes, habían cogido los hierros —las barras redondas usadas para rejerías y las láminas de diferentes anchuras— y fijándose en los bocetos habían comenzado a trabajar. A Gloria los guantes le quedaban demasiado grandes, pero él insistió en que se cubriera las manos para evitar los dolorosos cortes que siempre provocan las limaduras y para que el polvo de coque no se introdujera tan tenazmente entre sus uñas que luego necesitara una semana entera para eliminarlo. Había hundido el hierro en el carbón caliente que chisporroteaba a un millar de grados y ella, admirada, le había visto sacar las primeras piezas, antes negras y grises y luego de un vivo color rojo cereza, para ponerlas sobre los cuernos del yunque y a golpes de martillo moldearlas según las formas de los bocetos, provocando siempre un pequeño rebote entre golpe y golpe de modo que evitara las vibraciones y tuviera la mitad de un segundo de tiempo para pensar sobre qué parte de la pieza y con qué intensidad debía ejecutar el siguiente movimiento. Ella lo había ayudado a medir la curvatura deseada para una figura, a avivar el carbón abriendo la espita del aire, a sujetar con las tenazas una lámina mientras él golpeaba. Al mirarla había visto cómo las vibraciones llegaban hasta su cara provocando un mínimo y delicioso estremecimiento en sus mejillas y en sus labios. El rostro se le había enrojecido con el calor y el esfuerzo y estaba tan hermosa con el peto vaquero y una camiseta gris que apenas pudo contener el deseo de abrazarla. Más tarde se había arrepentido de no haberlo hecho, porque si tuvo una oportunidad con ella en todo el tiempo fue durante aquella tarde de trabajo común con las esculturas, aquella tarde de humo, de hierro y de carbón elevando la

temperatura de todos los sentidos; fue en aquellos instantes pasajeros en que ella lo observaba admirando la certidumbre con que moldeaba sobre el yunque el hierro rojo como una cereza y maleable como plastilina. Las cuatro piezas que forjó, que soldó, que mandriló, fueron también las únicas de la exposición que él consideraba, ahora, unas semanas después, como válidas, como si su presencia y sus sugerencias lo hubieran llenado por una única vez de inspiración. Pero no le propuso nada porque temía debilitarse en las palabras, por cobardía y por miedo a oír la misma y amable negativa que ya había oído de sus labios varias veces antes. Se concentró en el trabajo y dejó que el deseo se fuera disolviendo en cada uno de los golpes que daba con el martillo sobre el yunque, sintiendo cómo las vibraciones trepaban por sus brazos, recorrían su cuello y su rostro y rebotaban contra el techo de su cráneo para ir a morir en alguna parte de su cerebro donde habitaba la desesperanza. En aquel momento final supo definitivamente que ya nunca lograría tenerla entre sus brazos y, mientras golpeaba el último trozo de metal para estirarlo en una lámina fina que debía convertirse en un ciervo, se había dicho que tenía que hacer algo para comenzar a olvidarla, para que su imagen no estuviera nunca más emboscada detrás de cada uno de sus pensamientos, de cada una de sus palabras, de cada uno de sus sueños. Del hierro saltaban nerviosas chispas rojas y creyó que ella había dado un paso atrás para evitarlas, pero cuando levantó la vista vio que lo estaba mirando a los ojos y que era de él de quien se había separado, como si de repente se hubiera asustado de la furia injustificada con que había comenzado a golpear. El detuvo su brazo, por el que corrían desde la axila hasta la muñeca gotas de sudor, y con la tenaza había hundido el hierro candente en el bidón para detener el proceso de forja. Aquella brusca detención del fuego le pareció similar a la que ocurría dentro de su alma al tomar repentina consciencia de que Gloria nunca sería suya. Del mismo modo que el hierro había sido cortado por el agua cuando estaba más dulce y proclive a dejarse moldear por la voluntad del forjador, así su esperanza había muerto aquella tarde al comprender el engaño en que había estado viviendo. Pasó un manojo de hilos de acero por la pieza limpiando la escoria mientras intentaba explicarse dónde estaba el origen de la oscura satisfacción que había sentido al verla asustada.

Al terminar se habían sentado en un banco de hierro casi oxidado y se habían quedado un momento en silencio, cansados y tensos, contemplando los hierros que ya no eran hierros sino cuatro formas estilizadas que parecían haber sido extraídas de las paredes de la cueva. Había querido decir algo sobre ellas, sobre el resultado del trabajo, pero no se le había ocurrido nada, se había quedado vacío de pensamientos. Sólo exclamó: «¡No me bebería menos de un litro de cerveza!», mientras se quitaba los guantes y se levantaba para lavarse las manos y salir a un bar cercano del que regresó con varias latas heladas que arrojaron a sus bocas para limpiar el humo y el polvo de coque y el sabor a hierro que había penetrado en sus gargantas. Poco

después comenzó a oscurecer. A su alrededor, la fragua se estaba llenando de sombras de objetos duros y agresivos, capaces de hacer daño.

Habían vuelto a mirar las figuras. Faltaba soldar algunas piezas sueltas, pero aquello era un trabajo para el que ya no necesitaba ninguna ayuda ni consejo. Las láminas y los tubos de hierro ya le habían dado su lección. Sólo en el terreno de la ejecución él podía establecer sobre Gloria una transitoria supremacía. Se había sentido fuerte y lleno de eficacia y precisión con el martillo en la mano, aceptando sus sugerencias para acentuar una curva o alargar un estiramiento. Pero la invención de formas inéditas, la creación, era el territorio de ella, donde él tenía vedado el paso. Le había costado reconocerlo y, sentado en el banco de hierro y bebiendo cerveza fría, se había preguntado si el simultáneo silencio de Gloria no se debía a esa misma revelación. Quizá ella había estado arrepintiéndose de haber propuesto un trabajo en común a alguien incapaz de acompañarla. Había notado cómo le llegaba a la boca un ramalazo de humillación. Estaba sorprendido de haber pasado por tantos repentinos descubrimientos en tan poco tiempo. Unas pocas horas dentro de una tarde para recorrer el largo itinerario que va desde el deseo y la ilusión hasta la aceptación y la renuncia. Le pareció que habían transcurrido semanas.

## Capítulo 18

La casa era un edificio de planta rectangular, con la fachada orientada hacia el puente y la carretera. De aspecto sobrio, ajustada a las normas arquitectónicas de la comarca —gruesas paredes de piedra, moderación de ventanas para no perder el calor en invierno ni la frescura interior en verano, balcón encima de la puerta, cubierta de teja árabe a dos aguas—, daba esa impresión de solidez, pero también de humedad, que tenían muchas casas en Breda, producida tanto por el acierto al elegir el lugar de asiento como por la hondura de los cimientos. Al mismo tiempo, por estar aislada en medio del campo, tenía a la vez algo de ermita —con una pequeña campana en alto, junto a la puerta, con que anunciarse los visitantes, un pararrayos y una veleta vieja e inútil con un gallo oxidado— y de casa de labor bajo cuyos aleros anidan las golondrinas.

El abuelo de Emilio Sierra la había mandado construir seis décadas antes, en los primeros años de la República, muy cerca del río, esperando que otras familias de la villa lo imitaran y levantaran por allí la segunda residencia, para gozar de la cercanía del agua y de la bajada de algunos grados de temperatura durante los meses de verano. Pero nadie lo había seguido. Las gentes de Breda preferían vivir arracimadas en la villa, en espíritu gregario, aunque una buena parte de ellos llevara varias décadas sin cruzar una palabra con su vecino. Y respecto a los privilegios del agua, los montesinos mantenían un olímpico desdén hacia la higiene personal y diaria, casi tan grande como el pánico a ver menoscabado su pudor al mostrar en baños públicos a las orillas de un río los muslos y ombligos que no habían vuelto a recibir un rayo de sol desde muy poco después de su nacimiento. Así, la casa había quedado aislada en aquella parte media del Lebrón. Y luego, casi treinta años más tarde, cuando la construcción del pantano en la cuenca alta trajo el regadío, las nuevas casas rurales que se levantaron ya no fueron tan arriba del cauce, sino en las propias parcelas de labor, donde una extensa red de acequias les traían el agua hasta los mismos umbrales de las puertas.

Cupido entró en el recinto delimitado por la reja de lanzas sin pintar y, al no tener cuerda la pequeña campana, rodeó la casa por la izquierda, guiándose por los golpes que resonaban en la parte posterior. Al doblar la esquina vio al fondo el cobertizo donde Sierra estaba trabajando. Había subido un grueso tronco de encina sobre una gran mesa y con un martillo y un cincel estaba despojándolo de la dura corteza. Como en el taller de Madrid, una vela encendida ardía en una palmatoria.

Lo saludó elevando la voz y el escultor se volvió sorprendido. No lo había oído con el ruido de los golpes.

—Acérquese —respondió quitándose de los ojos unas gafas protectoras—. Ha tardado mucho en venir a visitarme.

Cupido observó que no lo tuteaba como en la primera entrevista, en Madrid. Parecía más tranquilo, casi cordial.

—He dejado el trabajo y no tenía excusa para ir acosando a nadie más —bromeó.

—¿No le pagaba bien Anglada? —ironizó.

—Pagó lo acordado. Pero con la muerte de la segunda muchacha dejó de creer en los motivos personales.

—Y usted sigue creyendo en ellos —dijo mirándolo con atención—. Y ha decidido no abandonar.

—Me gusta terminar lo que empiezo. ¿Usted dejaría a medias una escultura? —señaló el pesado tronco que había sobre la mesa.

Sierra sonrió echando hacia atrás la cabeza.

—¿A medias una escultura? Muchas, he dejado muchas a medias. Las sigo dejando si a mitad de trabajo se me acaba la inspiración. E incluso con las que doy por terminadas a menudo tengo la sensación de que debería haberlas trabajado un poco más.

—Eso es lo que diferencia su oficio del mío. Yo no puedo depender de las musas. Sólo de la lógica.

—¿Ya no trabajan los detectives siguiendo sus intuiciones?

Hablaba con ironía, pero su tono era amable.

—No, y no creo que nunca lo hayan hecho.

El escultor dejó el martillo y el cincel sobre un panel de madera colgado en la pared donde estaban silueteadas, como en algunos talleres mecánicos, todas las herramientas. Luego apagó de un soplo la vela. En otro rincón del cobertizo Cupido vio un grupo de maniqués articulados, de hombre y de mujer, que lo miraban con una sonrisa estúpida y anacrónica.

—Creí que estaba trabajando con el hierro —comentó.

El escultor miró hacia el alto tronco de la encina, de madera dura y poderosa, succulenta.

—Siempre vuelvo a la madera. Sobre todo cuando consigo un material así, que ya esté seco y no raje. Un glorioso superviviente de los inmensos bosques de encinas que arrasó el regadío. Tan duro, tan noble, casi eterno —dijo golpeándolo con cariño, como se golpea la espalda de un amigo o el lomo de los caballos—. ¿Sabe cuántos años tiene?

—No.

—Trescientos, tal vez cuatrocientos. Sería imperdonable que con él no supiera hacer una buena obra.

El detective recordó las figuras de hierros retorcidos y estirados, el fracaso de su exposición, las malas críticas.

—A veces pienso que ustedes no saben valorar todo lo bueno que tienen en su

tierra. Que tiene que venir gente de fuera para descubrirselo.

—Tal vez.

—¿Sabe lo que dijo Hesiodo de la encina, hace más de dos mil setecientos años?

—No.

—Dijo que era el árbol que plantaron los dioses para la felicidad de los hombres justos. Y tenía razón. Todo en ella es bueno, su sombra y sus raíces, su madera y su fruto. No hay una sola estación del año en que no conceda algún beneficio, para el hombre o para los animales. Y además, no arde fácilmente cuando está viva.

Arrancó con los dedos un pequeño filamento de corteza que había quedado adherido a la madera. El detective se preguntó a qué obedecía aquel cambio. Aparcada su arrogancia, el escultor era amable, reflexivo, como si la madera le contagiara su humildad y calidez.

—No es fácil encontrar un tronco así. Hay que esperar mucho tiempo. Si fuera escultor, ¿qué haría con esto? —le preguntó de pronto.

Cupido observó la anchura del tronco, el leve estrechamiento en el centro, la suave curvatura hacia un lado. No supo de qué parte de su cabeza o su memoria surgió la respuesta:

—Una maternidad.

Sierra desvió hacia él el rostro con un gesto admirativo.

—Sí, una maternidad —corroboró—. Una quizá nada original maternidad. Esa es una de las cosas que aprendí de Gloria: saber cuáles son mis virtudes y cuáles mis limitaciones. Incluso ahora que no está me llegó de ella la última lección.

Lo siguió hasta la casa y entraron en una sala enorme cuya decoración era una mezcla de muebles antiguos, oscuros y macizos, de gruesas patas torneadas, con delgadas estanterías de vidrio y metal. Cupido no vio ni una sola de las estilizadas esculturas de hierro que habían sido el fruto del trabajo con Gloria. En cambio, había alguna peana vacía y otras que sostenían obras figurativas y bustos. En ninguna pared vio tampoco ningún dibujo de ella, como si intentara no sólo eliminar todos sus recuerdos, sino el hecho mismo de que hubiera existido.

Sierra fue a la cocina y volvió con una botella de vino y dos copas que llenó sin preguntarle si le apetecía.

—Llegué a pensar que Gloria no hubiera propuesto mi colaboración si hubiera imaginado los inciertos resultados de su compañero de equipo. Yo no esculpía nada propio que valiera la pena, una visión paralela de las pinturas rupestres en tres dimensiones, como habíamos acordado, sino que la seguía a ella. La imitaba directamente o bien mezclaba en un solo hierro dos ideas suyas. Debió de darse cuenta enseguida de que aquello no funcionaba, pero no me dijo nada. Yo, sin embargo, hubiera preferido que habláramos. Lo sugerí alguna vez y Gloria esquivó siempre el tema. Pero cuanto más procuraba ocultar aquel desajuste, mayor se hacía

la distancia entre su obra y la mía. Como si a ella le creciera la inspiración en la misma medida en que a mí se me anulaba.

Bebió de la copa un buen sorbo que saboreó en la boca antes de tragarlo de un golpe, como si intentara limpiar o refrescar la lengua para lo que iba a decir.

—Lo que no había imaginado es que incluso después de muerta iba a seguir aprendiendo de ella. Ahora que ya no está, todo aquel proyecto de futuras exposiciones conjuntas se derrumbó como una estatua de arena. Nunca me decidí a confesarle que yo sólo estaba dotado para realizar una obra figurativa que perdía fuerza en cuanto me acercaba a cualquier abstracción estética.

El detective miró alrededor y comprendió perfectamente lo que le decía: aquellas esculturas, casi todas en madera, algunas en un brillante material negro, tenían tal vez menos ambición, menos deseo de sorprender que las piezas en hierro, pero en ellas convivían con naturalidad la eficacia y un cierto estilo propio. En cambio, en sus cuadros sobre la Reserva, Gloria iba más allá. Había una moral propia en sus pinturas: el canto a la dureza y la fertilidad del suelo, el respeto a la tierra nutricia y a sus suculentos frutos animales, la seguridad de que un ciervo que habita una montaña la preña de misterio. Había en ellas la nostalgia del paraíso. «El es un gregario. A pesar de toda su vanidad anterior, es sólo un gregario», se dijo. En muy pocos días, desde el fracaso de su exposición en Madrid, parecía haber cambiado mucho su carácter. Había eliminado bruscamente la vanagloria, como si su condición de artista justificara todas sus anteriores contradicciones. Cupido no desechó la idea de que podía tratarse de una meticulosa y muy reflexionada maniobra de distracción: es difícil pensar como asesino en alguien que reconoce agradecimiento hacia la víctima. Más cables sueltos en aquella confusa maraña, pensó. Pero confiaba en lograr establecer pronto la conexión adecuada que iluminara toda la oscuridad.

Sierra debió de interpretar sus miradas por la habitación como una búsqueda, porque dijo:

—He guardado las pinturas que tenía de Gloria. Al menos durante un tiempo, hasta que haya dejado de sentir su presencia. A cambio, le mostraré algo que le interesará.

Apuró su copa, se levantó y subió por unas escaleras de madera, de un solo tramo, que llevaban a la parte de la sala habilitada como dúplex. Bajó medio minuto después con una cinta de vídeo en las manos.

—No recordaba si la tenía yo o ella, pero hace dos días, cuando estaba guardando sus cuadros, la encontré en un rincón. Le gustará.

Preparó el televisor y volvió al sofá con el mando a distancia. En la pantalla comenzó a deslizarse, muy lentamente, sin tirones, la hermosa panorámica de un paisaje que Cupido conocía muy bien: las angosturas y recodos del Lebrón cuando es sujetado por la presa del pantano. El plano había sido tomado desde la alta repisa de



las cuevas y el detective admiró el buen pulso de quien había grabado la toma. Sus cuatro años en la Facultad de Imagen le permitían apreciar la suavidad del movimiento. Agradeció que el autor no fuera como esos turistas que, creyendo que la cámara tiene la misma rapidez y poder de captación que el ojo humano, se traen condensado en quince minutos todo el archipiélago de las Canarias.

—¿Quién la grabó?

—Yo —respondió Sierra sin apartar la mirada del televisor.

La panorámica se detuvo al llegar a una muchacha que con una sonrisa y un gesto de la mano, como un guía, invita a los espectadores a seguirla por la estrecha repisa que unos metros más allá da acceso a la entrada de la cueva. El detective sintió un estremecimiento. Era Gloria. Era Gloria y podía verla como si estuviera viva, con sus movimientos, con su espléndida sonrisa que hacía destacar los labios frescos y rojos, Gloria mucho más hermosa que en las fotos estáticas que había visto de ella y que no podían aprehender más que un aspecto de su hermosura, nada más que un gesto. Allí estaba, ante ellos dos, engrandeciendo la pantalla del televisor cuando movía los brazos, iluminándola desde dentro cada vez que sonreía con una espontaneidad llena a la vez de sensualidad y de inocencia.

Los siguientes planos, ya en el interior de la cueva, con la insuficiente luz natural reforzada por un pequeño foco de batería colocado en eje sobre la cámara, mostraban en detalle las pinturas: los ciervos, aislados o en grupos, las estilizadas figuras humanas, siempre de perfil, cazándolos, las flechas por la piedra como gotas de lluvia. Las imágenes le trajeron a Cupido la memoria de las tardes en que un grupo de muchachos subía hasta allí. Se sentaban en la repisa, los pies colgando sobre el vacío, y bebían un vino duro y áspero como madera que les hacía tambalearse en el camino de regreso. Luego entraban en la cueva y algunas veces orinaban sobre las pinturas para verlas mejor. El color de hierro oxidado se volvía de un rojo más intenso con los contornos de las figuras perfectamente definidos. Años después se había preguntado si aquellas esporádicas micciones a que sometían a las pinturas no las habrían deteriorado, pero nadie parecía haber notado su efecto, como si la orina adolescente hubiera contribuido sorprendentemente a su mejor conservación. Por entonces, subir la primera vez a las cuevas era cumplir con un rito tribal e iniciático sin cuya consumación ningún muchacho era admitido en la madurez. Y cuando —al acabar la tarde y hundirse el sol en el cráter del Volcán— regresaban a Breda, volvían silenciosos, con la sensación de que habían visto y experimentado algo que no acababan de comprender bien. Que eran distintos a lo que eran antes de subir allí arriba y observar las pinturas, más sabios, menos niños.

—Grabamos este vídeo para poder estudiar los detalles de los dibujos y trabajar las variaciones —la voz de Sierra lo devolvió a las imágenes del televisor—. Gloria lo tuvo un tiempo, unos pocos días, y luego me lo pasó, como si ya hubiera aprendido

todo cuanto necesitaba saber.

Unos minutos después la cámara abandonaba el interior del refugio y salía de nuevo a la repisa. Sierra había vuelto a enfocar a Gloria a pesar de sus protestas. Luego ella se había sentado fuera a contemplar el paisaje y había dejado que el objetivo recorriera curioso su cuerpo, que se demorara en su perfil, que buscara a contraluz la orla de su cabello, ensimismada en el panorama, casi alegre, sin ninguna preocupación, sin ningún preaviso de que fuera a morir muy cerca de aquel lugar.

—Era muy hermosa —susurró el escultor.

—Sí —fue lo único que supo decir el detective.

—La llamé por teléfono aquel sábado, al hotel —dijo de pronto—. Para acompañarla en el paseo. Tenía que hablar con ella. Iba a pedirle que retirara la exposición.

—¿Cuántas veces la llamó? —preguntó Cupido.

—Dos, pero tal vez no insistí lo suficiente.

«Otro pequeño detalle que sé y que tampoco sirve para nada», pensó el detective.

La grabación había terminado y nada se veía ya en la pantalla del televisor, pero Sierra no lo apagó.

—¿Le contó algo importante? ¿Le dijo si iba a ir con alguien?

—No. Iba a ir sola, como ya había hecho otras veces, y tampoco quiso que yo la acompañara. Le dije que teníamos que hablar sobre la exposición —explicó. Hizo un gesto de desánimo y añadió—: Ya sabe cómo acabó todo aquello. Hace una semana me vine a Breda y lo abandoné todo.

—¿No ha vuelto a Madrid desde entonces?

—No.

—Y este domingo, ¿estuvo en Breda?

—¿Qué quiere decir? —respondió lentamente, como intentando detectar dónde estaba la trampa.

—El teniente terminará preguntándole qué hizo el domingo por la mañana, cuando mataron al guarda de la Reserva.

Sierra ocultó su malestar tras una mueca, como si ya no se sintiera a gusto en su calidad de sospechoso. Después de haber hablado con aparente franqueza con el detective y haberle mostrado el vídeo, no parecía esperar aquel tipo de preguntas que seguían indicando desconfianza.

—Ya me lo preguntó. Estuve vagando por el campo. Esa mañana encontré el tronco —dijo señalando con un gesto hacia fuera, hacia el cobertizo.

—¿Lo vio alguien?

—Creo que no. Aunque en el campo nunca se puede estar seguro de que alguien no te está observando.

—Entonces no tiene coartada para ese día —dijo Cupido procurando que sus

palabras no denotaran acoso.

—No, no la necesito. No tener coartada no es una prueba de culpabilidad. Son ustedes quienes están obligados a demostrar sus acusaciones —replicó con un rebrote de dureza. Pero ya parecía menos airado que triste.

—No, yo no. Yo no acuso a nadie. Esa es labor de la policía o de los jueces —dijo Cupido en tono apacible.

—¿Cuál es su labor? —preguntó con ironía.

—Una diferente cada vez. Según quien me pague.

—¿Y en esta ocasión? Antes dijo que Anglada lo había despedido.

—No exactamente despedido. Es que según él no hay nada sobre lo que trabajar. En cualquier caso, no me he despedido yo. No me gusta dejar un trabajo sin terminar. También se lo dije antes.

La cinta llegó a su fin con un chasquido y comenzó a rebobinarse dentro del magnetoscopio. Como si hubiera sido una señal para marcharse, Cupido se levantó y se dirigió hacia la puerta. Desde allí le preguntó:

—¿Eran amantes?

—No. Le mentí cuando hablamos en Madrid. Creí que un aspirante rechazado siempre es un sospechoso. Gloria nunca aceptó mis proposiciones.

Sin saber bien por qué, el detective se alegró de escuchar aquellas últimas palabras. También pensó en lo diferente que era Gloria según quien la contara, en la imagen torcida que cada uno va fabricando de los otros según la dibuje la cobardía, el amor o la calumnia. Se despidió de Sierra con una sensación que había comenzado a tener en días anteriores, de sueño y de torpeza, como si acabara de despertar tras un mes dormido y no acabara de captar la última intención de todo lo que veía y le decían.

Mientras conducía despacio, de regreso, pensó de pronto que todos cuantos rodeaban a Gloria eran personajes solitarios. O se habían convertido en solitarios tras su muerte. Sierra, Marcos Anglada, David, Camila, Octavio, Armengol..., ninguno de ellos tenía una pareja estable o conocida. De una u otra forma, casi todos parecían haber dependido emocionalmente de Gloria y una vez desaparecida quedaban relacionados con el único vínculo común de su soledad. Cuando Gloria vivía había sido el referente y el eje que los sostenía, como la vara central de un paraguas sostiene a las varillas. Muerta ella, sólo quedaba un harapo de tela negra enganchado a unas lancetas que podían llegar a hacer daño.

Subió a su apartamento y cuando se sentó, aburrido, a comer los restos del día anterior, se sorprendió irritado consigo mismo. Vacío una botella de Ribera del Duero que tenía mediada en el frigorífico y con el café final volvieron a acosarlo los deseos de fumar que ya creía vencidos. Se preguntó el motivo de su injustificado y repentino malhumor y se quedó inmóvil al descubrir que era Gloria la causante. También a él le

había dejado al descubierto su condición de solitario. Sus aventuras esporádicas y poco duraderas eran de escaso calado, como si ya estuviera muerto para una verdadera pasión: aventuras que eran un poco más que sexo y un poco menos que amor. Podrían no haber ocurrido y nada fundamental habría cambiado dentro de él. Se habían cruzado en el momento adecuado, se habían dado y recibido unos momentos de placer y luego se habían hundido en la memoria como sombras. De muchas mujeres no recordaba el nombre; de algunas no recordaba ni siquiera el rostro, sólo sensaciones. Pero todas, de una y otra forma, le habían dado una tregua en su soledad y aquel sosiego que siempre le quedaba tras los actos de amor. Ahora hacía algún tiempo que mantenía una forzada castidad. Gloria le había hecho recordar todas las oportunidades que se le estaban pasando: la de no comer siempre solo, la de tener un hijo que ya sabía que no tendría, la de haber buscado otro trabajo que no le provocara tantas preguntas, tantas inquietudes. Se daba cuenta de que los recuerdos de las últimas cosas realmente buenas que le habían ocurrido tenían ya quince años. Demasiado tiempo para no terminar cayendo en el malestar y en la nostalgia.

Sin apenas dar tiempo al estómago para asimilar el vino y la comida, se vistió con la ropa deportiva y bajó al garaje. Abrió el candado de la cadena y montó en la bicicleta. No había vuelto a pedalear desde el día en que mataron a Molina. Al pasar de nuevo por el tramo de carretera desde el que había oído los disparos, miró hacia allá con desconfianza, como si aquel enorme espacio silencioso donde crecían varios millones de encinas y de pinos y donde vivían millones de animales fuera todavía un territorio sin explorar, lleno de seducción y de amenazas. Cambió de marcha eligiendo un piñón más pequeño, dispuesto a sudar. Un poco más adelante se desvió hacia la carretera vecinal que bordeaba la vertiente norte del Yunque y que en invierno quedaba cortada por la nieve y los derrumbamientos. Catorce kilómetros de subida sin apenas un rellano. Comenzó a pedalear sin prisas, procurando mantener un ritmo uniforme, como había visto tantas veces hacer a Induráin, pero a los quince minutos ya había comenzado a imitar la goma de los colombianos.

Poco después, cansado, estaba en el piñón más grande y el cuentakilómetros oscilaba entre los nueve y los once, la velocidad mínima imprescindible para mantener en vertical la bicicleta. A ese ritmo tardaría una hora más en subir hasta la cumbre. Ya sabía que no llegaría, pero se aferró al manillar, endureció los riñones y durante unos minutos volvió a encontrarse con fuerzas para continuar. Se marcaba hitos —un árbol, una curva, unas rocas—, agachaba la cabeza y pedaleaba hasta que calculaba que ya había llegado hasta ellos. Pero se equivocaba y al levantar la vista siempre faltaba un trecho. Calculó que estaría en mitad de la subida. La carretera aparecía ya más deteriorada y cada bache constituía un esfuerzo añadido a su pedaleo. El asfalto estaba áspero, endurecido, y de la tierra reseca subía un polvo que le irritaba la garganta. Comenzó a sentir que las piernas le temblaban como si fueran

de gelatina y que alguien le había robado los pulmones. Las palmas de las manos le dolían al apretar el manillar y en la frente las gotas de sudor saltaban por encima de la barrera de las cejas. Cuando vio el mojón que indicaba el kilómetro diez de la subida decidió que ya estaba bien, que al menos hasta allí había llegado. Dio lentamente la vuelta, se subió la cremallera del maillot para protegerse del aire y dejó que la bicicleta fuera tomando velocidad en el descenso. Enseguida tuvo que frenar: estaba cansado hasta para bajar deprisa, para coger con fuerza el manillar, para concentrarse en el trazado de las curvas o en la intensidad de la frenada. Fue estirando alternativamente una y otra pierna y las rodillas se lo agradecieron. Sentía con nitidez cómo la sangre volvía a correr suavemente por arterias y venas. Un esputo le vino de pronto a la boca desde el fondo de los pulmones removidos por el esfuerzo y lo expulsó con asco hacia un lado. «Todavía los restos del tabaco», pensó. Tardó quince minutos en recorrer los diez kilómetros de bajada y con un ritmo relajado llaneó los otros quince que quedaban hasta Breda. Cuando llegó a la puerta del garaje se encontraba bien, recuperado, y, como había oído que les sucede a los ciclistas, se arrepintió de no haber apurado un poco más en la subida. Condujo la bicicleta hasta la habitación de los contadores donde la guardaba, un espacio de dos por dos metros con una puerta corredera empotrada en la pared para que no se abriera hacia fuera, hacia el apretado espacio de paso de los automóviles, ni hacia dentro, donde chocaría con los contadores. Apoyó la bicicleta en la pared y del bolsillo posterior del maillot cogió la pequeña llave del candado. Por el sudor o tal vez por la torpeza de los dedos, hasta un minuto antes agarrotados sobre el manillar, la llave se le cayó de las manos. Sin agacharse, pero siguiéndola con la mirada, oyó los tres golpes metálicos y casi alegres, como los de una campanilla, que dio al rebotar en el suelo de cemento para finalmente ir a introducirse en la estrecha abertura de la puerta empotrada. Masculló una maldición y se agachó a recogerla. La llave no se veía. Debía de haberse colado medio palmo hacia el interior, entre los dos tabiques de ladrillos. Tiró de la puerta con la esperanza de que la arrastrara hacia él, pero en vano. Se arrodilló en el suelo y miró por la anchura de apenas dos centímetros que dejaba la hoja de la puerta a cada lado. La débil luz del garaje no llegaba dentro y no se veía nada. Se irguió y por un momento pensó en dejar la bicicleta sin candado, ducharse y olvidar el pequeño y fastidioso problema. Al día siguiente compraría un nuevo candado. Sería una verdadera mala suerte que alguien entrara a robar precisamente esa noche. Echó un último vistazo alrededor y entonces vio encima de uno de los contadores más altos una linterna de petaca que debía de usarse cuando había algún problema. La cogió y, aunque estaba llena de polvo, comprobó que la pila todavía tenía reservas para encender la pequeña bombilla. Dirigió el chorro de luz amarillenta hacia la ranura y vio la llave, unos quince o veinte centímetros dentro, fuera del alcance de sus dedos. Tampoco llegaría hasta ella con las pequeñas herramientas que llevaba bajo el sillín

para arreglar los pinchazos. Y no veía alrededor ninguna otra cosa que pudiera servirle. Pero ahora que la había localizado tenía que sacarla de allí. Miró hacia el raíl colocado en la parte superior del marco. La puerta se deslizaba sobre él mediante dos pinzas, hasta chocar con un tope sujeto con un simple tornillo de estrella. Algo se iluminó de repente dentro de su cabeza, pero el fogonazo había sido tan rápido y tan débil, que no advirtió qué objetos o qué ideas habían quedado iluminadas. Se acercó al coche y con el pequeño destornillador reversible aflojó el tope. La puerta se deslizó hacia el otro lado un poco más, lo suficiente para poder introducir la mano y coger la llave con toda facilidad. Sin el volumen de la hoja entre los dos tabiques quedaba un hueco de unos ocho centímetros. Un escondite donde a nadie se le ocurriría buscar, porque una puerta sirve para abrir o para cerrar, para ocultar o para desvelar el interior de un espacio, no para que en ella misma se esconda algo. Entonces evocó con precisión las palabras que Gloria le había dicho a David: «Nadie podría encontrarlo. Aunque abran o cierren las puertas del escondite nunca lo verían. Seguiría oculto». Recordó la doble puerta corredera del piso y en ese momento tuvo la repentina certeza de que allí dentro, en un lugar similar, más limpio y tan fácil de acceder, a doscientos cincuenta kilómetros de aquel garaje donde había caído casualmente la pequeña llave del candado de su bicicleta, allí, dentro de aquella casa cerrada, estaba el diario.

## Capítulo 19

Al día siguiente Cupido estaba en Madrid. A pesar de haber dormido mal, lleno de impaciencia, había madrugado, lo que no era habitual en él, y había salido de Breda a las nueve. Dos horas y media después dejó el coche en un aparcamiento cercano a la casa de Anglada. Desde allí lo llamó por teléfono, pero colgó sin esperar a que el contestador automático desgranara todo su mensaje. Si no lograba hablar personalmente con él no iba a ser fácil que le dejara registrar de nuevo la casa de Gloria. Ya lo habían hecho juntos y no habían encontrado nada. Además, Anglada era abogado y ahora que el detective ya no trabajaba para él podría esgrimir diez razones legales para no comprometerse más en todo aquel asunto.

Para hacer tiempo tomó un café, leyó la prensa y dio una vuelta por los alrededores. También dentro de la ciudad se notaba la sequía. Los jardines y el césped estaban amarillos. Las acacias, con las hojas prematuramente perdidas, habían afilado sus espinas y los arbustos se encogían en los parterres para evitar la evaporación.

A la una y media se dirigió de nuevo hacia el bloque de apartamentos. Como nadie contestaba al timbre de la puerta, decidió esperar en el hall de la entrada, sentado en uno de los hondos sillones dispuestos a un lado. A las cuatro Anglada no había llegado aún, pero la espera no se le había hecho demasiado tediosa contemplando el heterogéneo trasiego de gente: el hombre apresurado con un maletín Samsonite en la mano como carta de presentación, traje cruzado y zapatos Yanko; una prostituta a quien espera un taxi en la puerta; sus clientes, tipos solitarios que entraban con gesto furtivo y desconfiado; alguna chica que volvía de hacer *footing*, mujeres de la limpieza empleadas por horas; ancianos pulcros y atildados, ya sin un gesto de asombro ante todo lo que los rodeaba.

A esa hora ya sabía que Anglada no iría a su casa a comer, que lo habría hecho fuera, en cualquier restaurante donde el servicio no se demorara demasiado. Ante aquella certeza sintió que se le acrecentaba el hambre. Tenía más apetito y comía más desde que no fumaba. Ya había empezado a engordar algún kilo, pero no le importaba porque siempre había sido delgado y no se notaría mucho. En un bar de la otra acera desde el que podía seguir viendo la puerta del edificio pidió un bocadillo de jamón y una caña de cerveza. Luego tomó un café y se demoró para no regresar todavía al hall. A las cinco menos cuarto ya estaba de nuevo en el sillón, esperando.

Lo vio venir caminando, con una cartera en la mano. Cupido se levantó apresuradamente y subió las escaleras hasta el segundo piso, antes de que Anglada pudiera verlo. Cuando el abogado salió del ascensor, buscando las llaves, se encontró de pronto con el detective que lo esperaba con la espalda apoyada en la pared y con el gesto de cansancio de quien lleva mucho tiempo en el mismo sitio y en la misma posición.

—¿Usted aquí? —preguntó sin disimular su sorpresa.

—Tengo que pedirle algo todavía.

Anglada lo miró con desconfianza, como un banquero miraría a un pedigüño que lo abordara en una esquina.

—¿Sí? —preguntó sin hacer un gesto para abrir la puerta.

—¿Podemos hablar dentro?

Vio que su petición no le agradaba, pero no se atrevió a negarse.

—¿Hay algo nuevo?

—No. Por eso he venido a verlo. No lo hay, pero sigo pensando que el diario contiene datos que podrían aclarar algunas cosas.

Anglada suspiró, levantó las manos y las dejó caer sobre el respaldo de una silla.

—¿Todavía sigue con eso?

—Sí.

—¿Quién lo ha contratado ahora? —preguntó. Los ojos no pudieron evitar un recelo afilado por el pesimismo de los días transcurridos desde su muerte, por lo infructuoso de todas sus gestiones.

—Nadie —respondió el detective. Era difícil explicárselo. Hizo un esfuerzo para parecer convincente—: Pero no logro olvidarme de este asunto ni aceptar que no tiene una solución.

—Por un momento llegué a pensar que venía a pedirme más dinero —sonrió—. Sólo por un momento. Enseguida he recordado su manera de trabajar y no me resulta tan extraño que quiera continuar por su cuenta. Usted no es abogado. Usted siempre sería un mal abogado, aunque sea un buen detective.

Cupido aceptó el juicio sin interrumpirlo. Necesitaba toda su benevolencia para lo que iba a pedirle.

—Debería olvidarse de este trabajo de una vez por todas —continuó Anglada—. Yo tengo más motivos que usted para recordarla cada día y cada día hago esfuerzos por olvidarla. Aquello lo hizo un maníaco o un loco. Las muertes posteriores confirman que detrás no había nada personal.

—Me gustaría volver a buscar el diario —insistió Cupido.

Anglada negó con la cabeza.

—Sería una pérdida de tiempo. Ya lo hicimos a fondo, no dejamos ni un hueco sin mirar. El diario no está en su casa ni en el estudio.

—Déjeme intentarlo una vez más. Una sola vez más. No se pierde nada con eso. Se lo debe a ella —dijo. Se sentía casi ridículo y melodramático con sus últimas palabras, pero sabía que para el abogado serían las más difíciles de rebatir.

—¿Hay algo nuevo que lo empuje a creer que el diario está escondido en la casa?

—No —mintió. Ya no tenía ningún compromiso con él.

—No puedo dejarle las llaves —dijo negando de nuevo con la cabeza, y añadió



—: Ya no las tengo. Hace unos días me llegó una carta de un bufete de Breda. Una carta redactada muy amablemente, de colega a colega. Esos extraños familiares que Gloria tenía allí ya han iniciado los trámites para la ejecución de la herencia. Parece que tienen prisa. Hasta que todo eso se aclare nadie puede entrar allí. La casa y el estudio quedan clausurados. No me pidieron las llaves expresamente, pero se las envié a vuelta de correo.

Abrió las manos como para mostrar que estaban vacías y limpias, que nada había quedado en ellas, pero Cupido no supo si creerlo. Nada más fácil que haber hecho una copia. No lo imaginaba renunciando con tanta placidez a perder todo lo que poseía Gloria, algunas joyas, pinturas, cartas personales y objetos compartidos, todo ese íntimo ajuar que va llenando la convivencia. Miró las paredes del apartamento: todavía había huecos para colgar algunos cuadros. Sintió que había algún cambio en la decoración, pero no supo qué era. Seguía la misma distribución de los muebles en el salón, la misma pulcritud de la cocina, el mismo aprovechamiento exhaustivo del espacio.

Se levantó y Anglada lo acompañó hasta la puerta.

—Me avisa si hay algo nuevo.

—Claro.

El apartamento de Armengol estaba a medio camino en su trayecto hacia la Galería. No confiaba en conseguir nada, pero perdería muy poco tiempo intentándolo.

Llamó dos veces al timbre y esperó más de un minuto. Como nada se oía en el interior pulsó mecánicamente el botón una vez más antes de dar la vuelta y regresar hacia las escaleras, sin excesiva decepción, porque no había esperado mucho de aquella entrevista. Entonces oyó los pasos apagados, pero sin disimulo, que se acercaban hasta la puerta. Levantó la cabeza hacia la mirilla por donde sabía que Armengol lo estaba observando y esperó a que abriera. Iba vestido con un albornoz azul de rizo demasiado caluroso para aquellos primeros días de noviembre, tan templados y tan secos. Tenía el pelo revuelto como si hubiera estado tendido en la cama o en el sofá, tal vez dormido, aunque dentro se oía el lejano rumor del televisor.

—Pase —dijo apartándose a un lado.

El detective avanzó hasta el pequeño salón que dejaba ver a la izquierda la cocina americana de metro y medio de ancho. Cuarenta o cincuenta metros cuadrados de alquiler, todo lo que permitía el sueldo después de apartar a principios de mes lo estipulado para la manutención de sus dos hijos.

El apartamento seguía estando sucio y desordenado: alguna prenda en el respaldo de una silla, dos botellines vacíos de cerveza y los ceniceros llenos de colillas apuradas hasta el filtro encima de la mesa, el suelo sin barrer y en los muebles la capa de polvo que acumula la desidia.

—Siéntese —le pidió señalando un sillón, mostrando al hablar los dientes débiles y amarillos como granos de maíz—. Tengo cerveza, ¿le apetece?

—Sí, gracias.

Mientras se agachaba ante la puerta del frigorífico, Cupido lo observó por detrás: el albornoz con aspecto de llevar mucho tiempo sin lavarse, ceñido por el cordón a la cintura; las zapatillas y los calcetines negros que le llegaban hasta las pantorrillas y dejaban ver un trozo de las piernas blanquecinas y delgadas, escasas de vello. O Gloria no lo había mirado bien antes de irse a la cama con él o se había deteriorado mucho en aquel año de separación y abandono, hasta convertirse en un hombre distinto, envejecido y triste. Los calcetines negros en los pies, dentro de la casa, le daban un aspecto a la vez sucio y lastimero. «No tardará en ponerse enfermo. El alcohol, el tabaco y el abandono lo están quemando y se irá derritiendo como una vela», pensó viendo el interior del frigorífico, casi vacío, sólo con media bolsa de pan de molde, algo oscuro que debía ser fiambre y una docena de latas de cerveza. Todo lo contrario de la sensación de fuerza, triunfo, limpieza y cuidado personal que expandía Anglada. Dos hombres tan distintos compartiendo durante un tiempo la vida y la cama de una misma mujer. No era fácil llegar a comprenderla, como había dicho Camila, aunque aquella contradicción quizá pudiera explicarse por un vivo deseo de aprehenderlo todo de la vida, de degustar todos los contrarios, de paladear sabores tan distintos que al juntarse se potencian en sus diferencias, como alguien que se llena la boca de ostras y jugo de limón.

—¿Todavía hay cosas que olvidó preguntarme? —dijo, la voz ronca y ahumada por el exceso de tabaco, las dos latas de cerveza en la mano, sin abrir.

—He venido a pedirle algo.

—No tengo mucho para dar —replicó con una mezcla de desconfianza y desaliento.

—¿Conserva las llaves del piso de Gloria?

—¿De su casa?

—Sí.

—¿Para qué quiere saberlo?

—Necesito entrar allí.

—¿Por qué no se las pide a Anglada?

—Ya no trabajo para él.

Lo miró con extrañeza, pero no se decidió a preguntar la causa. Abrió las latas con dos chasquidos y le entregó una, sin ofrecerle un vaso, en un gesto que no revelaba camaradería, sólo indiferencia y cansancio.

—Hubo otro crimen igual al de Gloria y cree que todo es obra de un loco. Ya no tenía sentido seguir gastando su dinero en un detective.

—Y usted sigue creyendo que fue alguien que la conocía.

—Sí —respondió sin dudar.

—¿Y sigue buscando aunque no le pague nadie?

—Sí.

Torció los labios hacia un lado y cabeceó como si por primera vez estuviera de acuerdo con Anglada y deseara que todo aquel asunto quedara olvidado.

—¿Qué espera encontrar en la casa?

—Su diario.

El detective vio cómo se ponía en guardia y aunque había aprendido a desconfiar de los gestos en los rostros de sus interlocutores, el chispazo de miedo y recelo que apareció en él fue demasiado imprevisto y nítido para dudar.

—¿Lo conocía? —le preguntó.

—Lo había olvidado, pero al oírse lo mencionar ahora recuerdo que Gloria habló de él en alguna ocasión. Creo que anotaba todo lo importante que le ocurría. ¿Por eso quiere...? —Se detuvo como si de pronto descubriera que también su intimidad podía quedar vulnerada, y acaso de manera no muy elegante. ¿Qué habría escrito Gloria de él, no en los primeros tiempos, cuando todavía le gustaba, cuando lo animaba a volver a pintar y le oía hablar de lo que había soñado para su vida, sino en las últimas semanas, cuando la impaciencia y el aburrimiento y la ausencia de deseo aparecieron súbitamente en ella?

—Sí.

Armengol negó con la cabeza varias veces.

—No, nunca llegué a tener llaves de su casa. Pero si ahora las tuviera no se las dejaría —concluyó, obstinado y firme.

Se miraron durante unos segundos, sin decir nada, el detective sorprendido por la imprevista oposición de aquel hombre que por primera vez reaccionaba a la amenaza de ruina de los últimos reductos de su mundo privado o de su orgullo con una energía que no hubiera supuesto.

—No tiene derecho a violar así su intimidad —dijo con acritud, tenso de la cabeza a los pies cubiertos con los calcetines negros cuyo elástico se le clavaba en las pantorrillas delgadas y blanquecinas, casi sin vello.

—No pretendo violar la intimidad de Gloria, sino la de su agresor.

—No la resucitaría con eso —repuso. Se puso en pie y añadió—: Ahora váyase. No puedo ni quiero ayudarle en algo así.

El detective lo obedeció en silencio. Oyó cerrarse la puerta a sus espaldas, lleno de dudas.

Hacía diez minutos que la Galería había cerrado las puertas al público, a las nueve, pero desde fuera Cupido vio que las llaves colgaban dentro de la llavera y que las luces estaban todavía encendidas, iluminando una tópica exposición de paisajes en

pastel. Observó fugazmente el interior y pensó que era una mercancía más comercial, que a Gloria no le hubiera gustado. Ahora que no estaba ella, la única dueña parecía apostar por las ventas seguras antes que por el riesgo artístico. Vio a Camila cruzar por la puerta del despacho del fondo y durante unos segundos dudó en llamar. Tampoco esperaba tener éxito con ella. Además, estaba cansado, había sido un día largo, iniciado en el viaje matinal, y lleno de palabras. Pero aquél era un buen momento para hablar con ella, sin la presencia de clientes. Pulsó el timbre, colocado muy alto en el marco. Camila asomó la cabeza y miró hacia fuera. Lo reconoció enseguida y vino hacia la puerta con paso decidido sobre sus tacones altos.

—No esperaba volver a verlo —dijo. Estaba menos maquillada que la vez anterior, sólo unos leves toques de rímel y carmín, y a Cupido le dio la impresión de que ahora no usaba el maquillaje como una barrera selectiva contra el intruso en su intimidad, sino como una eficaz arma de seducción. Porque el maquillaje en una mujer, pensaba, es siempre una prolongación moral de lo que desea o teme, de sus inseguridades o de sus intenciones.

—Me queda algo que pedirle.

—¿Aún sigue investigando? —preguntó extrañada—. Marcos me dijo que habían renunciado.

—El sí. Pero a mí no me gusta dejar ningún trabajo sin terminar. Mi reputación —ironizó.

Todavía estaban en la puerta. La mujer miró hacia el despacho y dijo:

—Espere. Cierro y salimos a hablar en otro sitio. Más tranquilos.

Apagó todas las luces y durante dos o tres segundos Cupido no vio nada del interior, hasta que sus pupilas se acostumbraron a la penumbra. Sin moverse de la puerta oyó los pasos de la mujer que se acercaban hacia él y enseguida distinguió su figura en la oscuridad y una suave oleada de perfume, como si lo hubiera renovado antes de volver.

—¿Ha cenado?

—No.

—Déjeme invitarlo. Hoy ha sido un magnífico día de negocios y no tengo a nadie con quien celebrarlo —confesó.

—De acuerdo.

Cerró la puerta exterior con la llave de seguridad y se volvió hacia él, sonriendo.

—Si todo ha ido bien, éste es el mejor momento del día, cuando todos se han marchado, cuando se cierra la puerta del trabajo y se deja atrás el olor a óleo y a barniz.

Cupido la miró un poco sorprendido, porque sus palabras no disimulaban ya una clara concepción mercantil del oficio, más que diferente, opuesta a la que tenía Gloria.

—Hay que coger un taxi —añadió con un tono de anfitriona amable y protectora que Cupido ya había oído en otras mujeres cuando las visitaba en una ciudad que él no conocía. Quince minutos más tarde estaban sentados a una de las mesas del Viridiana, frente a frente. Cuando el camarero puso ante ellos los platos que habían pedido, ya iniciaban la tercera copa de vino y todavía el detective no le había dicho la razón por la que había ido a buscarla. Tampoco ella se lo había preguntado. Habían comenzado hablando de Gloria y de lo poco que se sabía sobre su muerte, pero luego habían seguido con la Galería, con los gustos artísticos de cada una de ellas, para terminar contando Camila la forma en que la sala de exposiciones había quedado en sus manos, como si ella misma tuviera interés en darle su versión. En las escrituras habían acordado el carácter pro indiviso de la propiedad y habían introducido una cláusula de derecho de compra preferente entre ellas si en el futuro una de las dos decidía vender. Así se mantendría siempre el espíritu de continuidad con que la habían creado. Por eso mismo también habían determinado que si una de ellas desaparecía de forma imprevista, su mitad pasaría automáticamente a manos de la otra. Ninguna tenía descendientes directos a quien dejársela. Gloria, unos parientes en Breda. Camila, unos hermanos a quienes veía poco.

—Fue Gloria quien decidió poner esa cláusula, a mí nunca se me hubiera ocurrido. Aunque enseguida estuve de acuerdo —matizó—. Era algo que simplemente expresaba la confianza que teníamos una en la otra, porque nadie piensa nunca que va a desaparecer de repente. Los que mueren son siempre los otros. En todo caso, yo primero, que tenía ocho años más que ella.

—¿Siempre era así de impulsiva?

—Casi siempre, excepto con la pintura. No pensaba demasiado al hacer las cosas, aunque luego se pasara horas analizándolas. Siempre le gustó corretear entre arenas movedizas. Pero tenía un ángel que la cuidaba.

—Excepto la última vez —dijo Cupido.

—Sí, excepto la última vez —repitió.

—¿Con los hombres también era así?

Camila se llevó un pedazo de carne a la boca y lo saboreó antes de volver a hablar.

—Volvía locos a los hombres. Todos se enamoraban de ella.

—¿Por qué? ¿Qué tenía?

—En primer lugar, era muy guapa. No sé cómo, pero había sabido guardar algo de la adolescencia en el rostro, un equilibrio entre las sombras y la claridad. Dos tipos de atractivo que disputaban entre sí, como esperando que quien estaba frente a ella se decidiera a elegir uno, pero sabiendo que quedaba en reserva otra oferta de su belleza para un momento diferente. Supongo que eso es algo muy turbador para un hombre.

—Entiendo —dijo Cupido. Sabía lo que ella quería decirle. La primera vez que

vio una fotografía de Gloria ya lo había deslumbrado la infantil plenitud de los labios al lado de los pómulos que imantaban la luz. Había observado que en la infancia la expresividad de un rostro reside en la carne; que en la madurez reposa en los huesos, y que al llegar a la vejez lo más expresivo es la piel donde se han ido labrando las arrugas. Gloria estaba en la segunda etapa sin haber perdido lo mejor de la primera.

—En segundo lugar, sabía comportarse con ellos como una mujer enamorada, pero sin estar enamorada. Y llegados a una edad que ya no permite fácilmente la elección, no hay nada que seduzca más a un hombre que ver a una mujer enamorada de él, ¿no cree?

—Sí —reconoció Cupido—. Pero esa actitud, ¿no le creaba problemas?

—¿Con quién?

—No sólo con Anglada. Con todos ellos. A ninguno le gustaría descubrir un día que una mujer a la que creían deslumbrada llevaba una doble vida a sus espaldas.

—No siempre era así, pero claro que le ocasionaba problemas. En ese aspecto todos los hombres sois iguales —dijo bebiendo un poco de vino. Luego añadió—: Eso mismo fue lo que provocó mi separación.

El detective la miró un poco sorprendido, no por el repentino tuteo, sino porque no era la primera vez que, mientras hablaban de Gloria, ella conducía el tema hacia sí misma, haciendo acto de presencia, como si temiera quedarse fuera.

—No lo sabía —dijo. No sabía decir exactamente por qué, pero no la había imaginado casada. Observó su mano izquierda, donde tal vez había un exceso de anillos. Pero ninguno era una alianza.

—Uno de tu profesión contribuyó a aquel fracaso —explicó, examinando la reacción de Cupido a sus palabras.

—¿Cómo? —preguntó interesado. Vio que la botella estaba vacía y con un gesto pidió otra al camarero.

—Mi ex marido contrató a un detective privado para que consiguiera pruebas que le facilitaran la separación. Yo estaba saliendo con un pintor que expuso en la Galería. Fue poco tiempo, el suficiente para comprobar que todo era un falso fogonazo, que aquello no funcionaba. Mi ex también tenía una amante, así que no le di mucha importancia a la aventura hasta que unas semanas más tarde, cuando todo había terminado, me presentó una demanda de separación y unas grotescas fotos que la justificaban. Yo creía que todo lo que nos estaba sucediendo a los dos era fruto de una pequeña crisis que terminaría pasando, como le ocurre a tanta gente. Al fin y al cabo, también él se divertía fuera de casa. Pero no pude hacer nada. Llegó la ruptura y la vida cambió para mí. No fue una buena época. Una separación así, cuando es el otro quien la exige, siempre deprime, sobre todo si compruebas que él ni siquiera estaba dolido por todo aquel asunto, sino que lo aprovechó deliberadamente para conseguir sin trabas el divorcio. Se casó de nuevo y por las noticias que siempre

alguien te hace llegar (porque todo el mundo se esfuerza en ocultar a una mujer una aventura de su marido mientras están juntos tanto como se apresuran a contársela cuando ya se han separado) sé que al poco tiempo volvió a divorciarse. A partir de entonces me hice más prudente.

Se quedó callada unos segundos, y Cupido esperó que siguiera hablando. Sabía que a menudo su silencio hacía hablar más que sus preguntas. No era la primera mujer separada que le contaba su separación, pero sí era la primera que lo hacía casi con indiferencia, sin mostrar apenas odio hacia el marido agresivo o infiel y sin pedir compasión hacia su infortunio. «Es más fuerte de lo que parece —pensó—, hay firmeza tras la suavidad de su maquillaje y su perfume, del mismo modo que son las conchas de apariencia más frágil las que se convierten en fósiles más duros».

—Todo había terminado mal y ninguno de los dos éramos totalmente culpables ni totalmente inocentes. Al único a quien llegué a odiar, de un modo fugaz, pero intenso, fue al detective que contrató. Un tipo vomitivo. Todavía tuve que verlo dos veces en el despacho del abogado. Me pareció un oficio repulsivo, al menos en esa especialización —matizó, agachando los ojos—, la de huelebraguetas. Por eso me sorprendiste tanto cuando nos presentaron. Hasta tu aspecto físico es distinto. No te imagino sacando fotografías para aportar pruebas a una separación.

«Te equivocas», pensó Cupido, pero no dijo nada. Lo había hecho en dos ocasiones y siempre procuró no conocer personalmente a ninguna de sus «víctimas». Se había limitado a conseguir las pruebas de una manera discreta, sin aceptar participar en ningún encuentro personal. Pero nunca había podido eliminar la incómoda sensación de estar contribuyendo a una condena sin haberle concedido al condenado la oportunidad de defenderse.

La referencia al trabajo le recordó para qué había ido a buscarla. La conversación y el abundante vino que estaban bebiendo casi se lo habían hecho olvidar.

—¿Tienes llaves del piso de Gloria? —le preguntó.

—Sí. Todavía hay un juego en mi casa. Olvidé devolvérselas a Marcos cuando recogió sus cosas personales. ¿Las necesitas?

—Sí. El diario.

—¿Aún no lo habéis encontrado?

—No, y creo que lo que hay allí escrito aclararía muchas cosas. Anglada no puede tocar nada de la casa hasta que se determine todo lo de la herencia —se anticipó a su siguiente pregunta.

—Ya es tarde. ¿Puedes esperar hasta mañana? —le preguntó mirándolo a los ojos.

—Claro —aceptó. Hacía algunos minutos que sabía cómo iba a terminar aquella noche y no le disgustaba. Se había vuelto exigente con los años. Había llegado a esa edad en la que ya no se abraza a cualquier mujer ni se bebe cualquier vino ni se lee cualquier libro. Pero Camila lo atraía lo suficiente como para despertar su deseo y

cruzar los territorios que lo separaban de ella.

Ya se había anticipado a pagar la cuenta cuando Cupido regresó del aseo. Salieron del restaurante y cogieron un taxi que los llevó a su piso. Al contrario que las otras casas que había visto en las dos últimas semanas —las de Anglada, Sierra, Armengol, diseñadas para vivir una persona sola—, aquella casa estaba dispuesta para albergar una familia: el sofá de tres plazas, los tres dormitorios, la amplitud del espacio.

Camila sacó dos vasos altos y puso en ellos unos trozos de hielo y un chorro de whisky.

—Siéntate —le pidió.

Cuando unos minutos después volvió del cuarto de baño, el detective estaba con la cabeza inclinada en el cómodo respaldo y tenía los ojos cerrados. No la oyó regresar, pero sintió, al mismo tiempo que su perfume, sus manos que desde atrás se habían apoyado en sus hombros.

—Estás cansado —le dijo.

Cupido puso su mano derecha sobre la de ella y la atrajo hacia él, rodeando el sofá, hasta que se sentó a su lado. Hacía algunos minutos, desde que subieron al piso, que ella también sabía cómo iba a terminar aquella noche.

—Un poco —respondió.

Inclinó su cabeza y se besaron lentamente, dejando que las manos avanzaran las caricias anunciadas, que los labios se detuvieran a veces para pronunciar las mismas frases de siempre.

—Vamos al dormitorio —dijo ella.

La cama era muy grande. En una de las dos mesillas se veían unas gafas abiertas encima de un libro: *Juegos de la edad tardía*, de Luis Landero. En la otra, una cajita de medicinas que Cupido no identificó. Pensó que no debía de dormir muy bien, que debía de tener un sueño intranquilo y que se levantaría al menos una vez por las noches.

Sin dejar de besarse la ayudó a quitarse la blusa. Parecía impaciente cuando él levantó la cabeza sobre su hombro para desabrochar la complicada hebilla del sujetador negro, porque ella misma se desprendió de él con un preciso movimiento de sus dedos. Se detuvieron en aquella semidesnudez, la mano de cada uno en la carne ya del otro, y volvieron a besarse, sentados en la cama. Ella parecía tener más prisa y sus dedos pidieron ayuda para soltar el cinturón. «Hace mucho tiempo que no se acuesta con un hombre —pensó Cupido—, probablemente más tiempo del que hace que yo no me acuesto con una mujer». Camila le mordía los labios como un hambriento mordería el pan. Se tumbaron sobre la cama para acabar de desnudarse con más comodidad, sin hablar apenas, sonriéndose mientras abandonaban sus últimas prendas. Cupido deslizó la mano por la cara interna de sus muslos, blandos y suaves, la detuvo en su sexo, con el vello muy corto, y sintió en su palma la humedad



que expandía. Camila se agachó hacia su vientre y acarició el pene erguido, ayudando al prepucio a pasar el último pliegue de la piel. Lo puso en su boca y comprimió sus labios mientras una mano del hombre se demoraba en sus nalgas. Esperó la voz de él diciéndole: «Ya basta», para levantar la cabeza. Ya había reconocido el sabor de esa primera gota que garantiza definitivamente la erección y anuncia el comienzo de la ebullición del semen. Él bajó la mano hasta el triángulo de vello oscuro y corto y movió el corazón sobre el pequeño pedazo de carne caliente y húmedo como una amígdala. La mujer se quedó inmóvil mientras la acariciaba, con la inmovilidad y entrega que sólo se concede a los médicos de quienes se espera la salvación y el bienestar.

## Capítulo 20

Si no se levantaba pronto no llegaría a abrir la Galería a tiempo, pero aquella mañana no le importaba. Se rebulló bajo la sábana, desperezándose como un gato, saboreando la tibieza que todavía conservaba el lecho. En la almohada, muy cerca de sus ojos, vio un pelo corto y moreno y sonrió recordando a su dueño. Le habían bastado aquellas pocas horas junto a él para aprender su imagen de memoria y para saber que tardaría mucho tiempo en olvidarla. Si cerraba los ojos podía reconstruirla: un hombre de unos treinta y cinco años, muy alto, con los rasgos de la cara limpios, definidos y precisos en sus contornos, aunque daba la sensación de que no sabía sacarle el máximo partido a un rostro tan atractivo. Cuando sonreía no lo hacía con toda su amplitud, como si algo muy antiguo y recóndito lo impidiera, y cuando parecía preocupado no lo parecía mucho. Un hombre tranquilo, pero no impasible; escéptico, pero no desesperado; vestido con un estilo demasiado sport para su gusto, pero dando la seguridad de que podría llevar un frac con más elegancia que un príncipe. Había conocido muy pocos hombres así y sabía los sentimientos que el detective despertaba: en los otros hombres, el deseo de imitarlo; en las mujeres, la sensación de encontrarse ante un desafío a su capacidad de seducción. En toda la noche no se había cansado de besarlo y ahora se pasó la lengua por los labios para recordar sus labios, impregnados de sabor a vino, pero limpios de tabaco. Había sido un buen amante, un excelente amante que había sabido conjugar la delicada precisión de los dedos del miniaturista con la primitiva fortaleza del cantero. Cuando la acariciaba le había hecho sentir que sus caderas y sus nalgas eran todavía sólidas, tersas, duras como si fueran de aluminio. Aunque desde los primeros besos supo que estaba entre los brazos de un hombre cargado de experiencia y eficacia, le encantó descubrir que había logrado reservar un hueco para la ternura, sólo un hueco pequeño y apenas perceptible, las gotas justas que necesitaba en la cama una mujer como ella para decirse que no todo había sido exclusivamente sexo. Y además era guapo, muy guapo. Le gustaría mucho volver a verlo, ¡pero vivía tan lejos y parecía tan independiente! Volvió a estirarse llena de molicie, satisfecha, y al tensar las piernas sintió la placentera molestia. Sonrió al pensar que durante todo el día tendría una pequeña irritación que le haría recordar aquella noche excepcional. Luego se irguió y se sentó contra el respaldo, doblando la almohada tras su espalda. Desde allí pasó los ojos por el dormitorio: la colcha se arrastraba por el suelo y la tulipa de la lámpara de la mesilla se había torcido, inclinándose sobre la caja de somníferos que no había necesitado; sus zapatos estaban junto a la cama, en el lugar acostumbrado, pero uno de ellos dirigía hacia el techo el afilado tacón mostrando el brillo acerado de una punta; su blusa y el sujetador habían caído al otro lado, la falda aparecía arrugada en la silla donde él la había lanzado desde la cama. Por algún sitio debían de estar sus

bragas. De él no quedaba ninguna huella, ningún objeto olvidado, sólo el bienestar del placer y aquel cabello corto y moreno en la almohada que volvió a mirar con satisfacción, como si todavía fuera una adolescente que entornara los ojos ante un mechón del amado. Odiaba el desorden, en su casa y en la Galería —lo que había provocado algún roce con Gloria—, pero el caos que mostraba el dormitorio la llenaba de gozo. En el fondo, y a pesar de su apariencia elegante e intocable, aquello era lo que la complacía en el sexo, la avidez y el incendio. Si cuidaba tanto su aspecto exterior —los vestidos modelo exclusivo, el meticuloso maquillaje, el tinte castaño del cabello, el perfume a menudo renovado...— era para diferenciarse de muchas mujeres separadas que conocía que no podían evitar transmitir una sensación de dejadez, abandono y desamparo. Odiaba que alguien pudiera pensar así de ella, aunque sabía que no sólo era una mujer separada, sino también una mujer varias veces abandonada. Sus relaciones con los hombres siempre habían sido difíciles, antes y después de su matrimonio. «Son tan egoístas que prefieren romper una relación antes que modificar una sola de sus costumbres», se dijo. Sin embargo, qué distinta era la suerte de Gloria cuando estaba viva. No mentía la noche anterior cuando le dijo al detective que todos los hombres se enamoraban de ella. Hasta él mismo había insistido en preguntarle qué tenía de especial, con un énfasis que cualquiera hubiera podido creer que también a él lo había seducido desde el más allá, porque en lugar de interrogarla sobre lo que ella esperaba de un investigador —dónde estaba tal día, a qué hora, con quién...—, sus preguntas iban encaminadas a conocer aspectos personales de Gloria, como si le interesara más ella que su agresor. Volvió a tumbarse en la cama mientras una sonrisa de triunfo y de venganza le afloraba a los labios: la noche anterior no había estado presente Gloria para arrebatarse una vez más las miradas de un hombre atractivo que entraba en la Galería.

Había esperado tanto tiempo ese momento que en ocasiones había llegado a creer que nunca sucedería. Durante los dos últimos años Gloria había sido el centro de atracción y ella quedaba relegada a un segundo plano. Era insoportable ver que todos los ramos de rosas que llegaban a la Galería iban a su mesa, que todas las llamadas de teléfono no comerciales preguntaban por su nombre. Siempre había tenido que emplear un esfuerzo extra para hacerse presente, porque lo que a Gloria le salía de dentro de forma natural, con facilidad, ella había tenido que aprenderlo con un incremento de dolor y de fatiga. Sin embargo, ahora que estaba muerta todo le resultaba insospechadamente fácil. Incluso había comenzado a incorporar a su comportamiento algunos de sus rasgos —una suave coquetería, la sonrisa desenvuelta, el colorido de la ropa— que, aunque los tenía bien aprendidos, nunca se había atrevido a mostrarlos cuando ella vivía, por miedo a ser sólo una parodia o a que Gloria pudiera advertirlo. Hasta su trato con los pintores y clientes se había hecho más fluido y natural. Había oído decir muchas veces que una mujer nunca debe

aparecer ansiosa ante un hombre al que acaba de conocer, porque nada los asusta más que la avidez, pero no estaba segura de haber sido siempre capaz de ocultarla. O es que ellos la detectaban en los pequeños signos de su zozobra, y luego en la cama intentaban mantener aquella ventaja, cayendo en la pasividad o dejándose llevar por el apresuramiento, pero nunca abriendo paso a una plenitud como la que había desarrollado la noche anterior el detective.

Había pasado una mala época tras su separación, tanto que había llegado a sospechar que se estaba equivocando, que no eran los hombres quienes podían satisfacerla. ¡Si lo hubiera conocido antes, sólo unos meses antes, y hubiera ocurrido lo que había ocurrido hacía unas horas, habría evitado el bochorno de aquella noche con Gloria! Desde entonces le quedó un poso de vergüenza que sólo desapareció con su muerte. Como casi siempre que inauguraban una nueva exposición, habían salido a cenar con los autores. En aquella ocasión eran dos pintores muy jóvenes, con una obra reducida, pero interesante, tan distintos en sus formas que podían exponer en la misma sala sin caer en las comparaciones, aunque con una subterránea afinidad de temas y ambientes. Además, fueron ellos mismos quienes lo habían sugerido. A Gloria le encantaban sus estilos y fue de aquella exposición de donde le surgió la idea de hacer con Emilio Sierra dos trabajos paralelos —en pintura y escultura— sobre una misma temática: las pinturas rupestres de unas cuevas de las que siempre hablaba con entusiasmo. Ella, sin embargo, puso algunos reparos iniciales en aceptar una exposición que no le parecía tan brillante y que tendría pocas facilidades de venta. Pero en aquel momento no habían encontrado nada mejor y dio su aprobación. Si las ventas no iban bien, siempre tendrían al menos un cuadro más —la entrega de una obra a la Galería era casi condición indispensable para exponer— de dos pintores jóvenes y acaso futuribles, contribuyendo así a la ampliación de la incipiente pinacoteca que tenían en propiedad, en la que ya figuraba un Baijola y un Gordillo. Habían bastado unos minutos en la mesa para que ellas descubrieran que los dos pintores eran homosexuales y otros pocos más para que revelaran con énfasis que eran amantes, como si llevaran a gala algo que ella nunca había podido dejar de considerar como una conflictiva segregación del resto de la gente.

Siempre lograban ponerla nerviosa ese tipo de parejas. Los observaba intentando averiguar sus roles. Se preguntaba si quien había nacido como hombre podía ejercer de mujer sin que aquella elección estuviera permanentemente atormentándolo. Pero los dos pintores no sólo parecían satisfechos; también felices. Vivían juntos y aseguraron que formaban una pareja estable, borrando la idea de inmadurez y transitoriedad que ella siempre había creído consustancial a su condición. Bebían mucho y pronto llegaron a un punto de descaro y alegría propicio para narrar las anécdotas más escabrosas con un humor y unas palabras que en boca de otros hubieran resultado obscenas y tristes. Gloria se reía con ellos, bromeaba como si los

conociera de toda la vida, como amigos reencontrados a quienes hace algún tiempo que no se ve. Estaban ya tomando un whisky en un pub de la Castellana cuando, casi bebidos, siempre sonriendo, les contaron su verdadero secreto: en realidad no había dos pintores, cada uno con una obra independiente, sino que los dos trabajaban en el mismo cuadro durante todo el proceso. La única diferencia venía marcada desde el inicio, según quien impusiera el tema y el tratamiento. Al principio creyó que era una broma, una provocación a sus conocimientos y experiencia en el oficio, pero luego se sintió estafada y hubiera querido levantarse y dejarlos allí, con la palabra en la boca y tan orgullosos de su ridícula travesura, pero Gloria parecía encantada en una situación tan excéntrica. Con el siguiente whisky creyó percibir que uno de los dos pintores, aprovechando el doble sentido de alguna frase, había llegado a sugerir —pensó que fruto de la tendencia de los homosexuales a pensar que todos los demás también lo son, que, en lugar de ser ellos las excepciones, todo el mundo es de Sodoma— que ellas dos también formaban una pareja. Durante unos momentos volvió a sentirse irritada, sólo durante unos momentos. Con Gloria nunca terminaría de tener revelaciones. Pero luego había aceptado el juego que le proponían y había entrado al trapo de las sugerencias, del doble sentido, de la provocación que constituía aquella escena: dos hombres y dos mujeres formando dos parejas no unidas, sino separadas, por la diferencia de sexo. Aquél era el territorio de la transgresión donde a menudo Gloria se sentía cómoda y donde ella también había decidido habitar aquella noche con un inédito alarde de coraje. Incluso no se negó a aspirar la raya de cocaína que uno de los dos pintores había dividido en cuatro partes iguales sobre la brillante superficie de su visa. Habían recorrido una discoteca y un local de strip-tease masculino —donde dejaron entrar a los dos hombres a pesar de ser un local reservado a mujeres— antes de terminar en un antro frecuentado por gays de ambos sexos, uno de esos sitios que alcanzan su punto más alto de animación poco antes del amanecer, cuando la noche ya se ha encargado de hacer la selección y la limpieza de los cansados, los tibios y los que, como ella, siempre tenían una razón para madrugar. Para su sorpresa, no se sintió incómoda dentro ni tuvo la sensación de ser un ente postizo que chirriaba por cierto envaramiento entre tanto grito y tanta carcajada. Había reído como todos, y quizá un poco más alto, se había apoyado con desenvoltura en los hombros de los dos pintores y en algún momento había rodeado con su brazo la cintura de Gloria durante más tiempo del necesario para mostrar su alegría y su confianza. Porque aquél era el juego que habían elegido y ella estaba dispuesta a jugarlo. Se sentía con fuerzas a pesar de ser tan tarde, los pies no le dolían aunque había bailado mucho y apenas habían podido sentarse, mantenía lúcida la cabeza, por encima del vino y de los whiskys, como si la raya que había esnifado eliminara únicamente los efectos negativos del alcohol. Hacía mucho tiempo que no disfrutaba de una noche así. Le extrañó que estuviera amaneciendo cuando salieron

del local, porque hubiera jurado que no era tan tarde. Los dos pintores iban definitivamente borrachos, cogidos del brazo, ajenos ya a ellas dos. Como su casa quedaba muy cerca y parecía que todos los taxis de la noche huían vacíos para dejar el relevo al nuevo turno, ella la había invitado: «Vente a dormir a casa. Mañana es domingo y no hay que madrugar». Gloria había aceptado enseguida, llena de pereza para esperar un taxi y tal vez para ser despertada demasiado temprano por una impaciente llamada de Marcos. En la casa, la luz del sol que comenzaba a entrar por las altas ventanas les deslumbró los ojos y cerraron las persianas. Ella se sintió un poco borracha en la penumbra, como si la oscuridad tuviera un efecto narcótico que la claridad anulaba. Cansadas y todavía riendo al recordar algunos momentos divertidos, se habían dejado caer en la amplia cama a dormir juntas, apenas desvestidas, sin ganas para buscar sábanas y hacer la pequeña cama de invitados, en la otra habitación. Al tumbarse en posición horizontal, todo comenzó a darle vueltas. Tuvo que abrir los ojos para detener el carrusel de luces e imágenes que giraban en sus pupilas. Estaba aturdida, no lograba captar con claridad todos los sonidos, los colores, los objetos que la rodeaban. Sólo una imagen se imponía en su cabeza con una nitidez absoluta: Gloria tendida en la cama, a su lado, dormida, indefensa, respirando ya con la naturalidad que acompaña al sueño, con el rostro vuelto hacia ella y el pelo derramado sobre la almohada, vestida sólo con su ropa interior, pero cubierta con la sábana la mitad inferior de su cuerpo. Cerró los ojos para desterrar la turbadora tentación que flotaba en su cabeza y en su vientre, activada a lo largo de la noche por el alcohol y la cocaína, por la presencia de los dos pintores, por el espectáculo de strip-tease, por el ambiente gay del último local que visitaron: deseaba acariciarla y ser acariciada por ella. Pero al bajar los párpados volvió a sentir la mareante sensación de vértigo, como si fuera viajando en un tren a una velocidad vertiginosa y todo desfilara fugazmente ante sus ojos —las calles semidesiertas en la madrugada, las confusas parejas abrazadas, los parques, los campos, los bosques solitarios por donde a Gloria le gustaba pasear...— para dirigirse veloz hacia el único destino que se vislumbraba nítido: el hermoso cuerpo de Gloria reposando en su cama junto a ella, tan cerca. Con suavidad dejó que su mano se posara en su cadera. Allí la demoró un minuto y luego —aturdida por el whisky y el insomnio y la húmeda taquicardia que le latía entre los muslos, pero con la suficiente lucidez para comprobar que no había rechazo— la deslizó bajo la sábana para buscar su sexo. Había sido entonces cuando Gloria había abierto los ojos, no tan llenos de cansancio y de estupor como de indiferencia. No le había dicho una sola palabra ni le había empujado la mano ni había retirado su cadera. Solamente la había mirado durante dos segundos, más extrañada que molesta, antes de cerrar de nuevo los ojos, levantar la sábana hasta sus axilas para taparse y girar media vuelta en la cama para darle la espalda con un definitivo gesto de apatía, ni siquiera desdén, ni siquiera rechazo

suficiente para levantarse de la cama y marcharse, sólo con el deseo de seguir durmiendo en paz. Ella, sin embargo, había quedado definitivamente desvelada, escuchando los ruidos de los coches que en la mañana del domingo ya salían hacia el campo y los apagados murmullos de los fieles de gruesos tobillos y nuca hundidas que acudían a las primeras misas, todos ellos libres de la ácida vergüenza que comenzaba a invadirla. Consiguió quedarse adormecida algunos ratos, también ella dándole la espalda a Gloria, que descansaba con un sueño jactancioso y apacible, sin moverse. Eran las diez cuando se levantó y vomitó arrodillada ante el váter, procurando no hacer ruido en su propia casa. Tenía una intensa sensación de hielo en la lengua y de ardor en las mejillas. Se duchó y salió a la calle, sin saber adonde ir, dejándole a Gloria una nota sujeta con un imán en la manilla de la puerta: «Te dejo un juego de llaves en la mesa. Cierras. Había quedado para comer con mis hermanos». Era mentira, pero no se había sentido con fuerzas para mirarla cuando se despertara, para hablar con ella como si la madrugada anterior no hubiera ocurrido nada. Era lo que más temía, hablar, que Gloria sacara el tema y la obligara a afrontarlo sin aceptar el pacto de silencio y olvido que la noche de alcohol y excesos propiciaba. Porque no estaba dispuesta a justificarse ni a aceptar en voz alta que todo aquello había sucedido. Como un sueño, exactamente igual que un sueño.

El lunes, a primera hora, coincidieron en la puerta de la Galería. Gloria la había saludado con su sonrisa habitual, como si no recordara nada —y quiso creer que tal vez no lo recordara, o que al menos dudara de si aquellas imágenes pertenecían a la realidad o al sueño—, y le había dicho:

«Creo que nos pasamos la otra noche. Creo que me va a durar la resaca una semana». Luego habían seguido la rutina habitual del trabajo. Gloria no había mencionado el incidente nunca más. Pero a ella le había quedado aquel poso de vergüenza que emergía a la superficie en cuanto unas palabras inoportunas agitaban el fondo...

Ahora aquellos recuerdos le parecieron triviales y enterrados. Lo que había necesitado siempre era una noche como la que acababa de pasar. Porque además del placer que la recorrió tres veces desde la nuca a las uñas de los pies, el detective había conseguido que esa mañana se sintiera de nuevo a gusto con su cuerpo, en el que ya había comenzado a advertir los primeros signos de la flaccidez. Sacó del cajón de la mesilla un pequeño espejo y se observó la cara y el cuello buscando alguna marca de labios o de dientes, pero no había ningún estrago. Al contrario, se vio tan guapa que casi no se reconocía. «Son los besos de los hombres los que mantienen hermosas a las mujeres», le dijo al cristal, asombrada de que el tiempo hubiera retrocedido para hacerla varios años más joven. Esa mañana pintaría sus labios con un carmín más rojo, se colgaría unos pendientes de diez centímetros de largo y se pondría su falda más corta. Cuando saliera a la calle caminaría un poco más erguida y

de forma más ondulante, sería más decidido el taconeo de sus zapatos, porque nada le daba más seguridad en sus atractivos que una perfecta noche de placer. Y ya en la Galería, cuando abriera la puerta con las llaves, cuando levantara las persianas, cuando apretara el interruptor de la luz..., en todos esos gestos que ayer eran vacíos, mecánicas repeticiones, ella tendría plena consciencia de qué parte de su cuerpo despertado los estaba ejecutando.



## Capítulo 21

Abrió la puerta de la casa con las llaves que Camila le había dado media hora antes. Ella se había quedado en la cama y él, después de ducharse, había vuelto al dormitorio y la había besado en los labios mientras le decía: «Nos veremos», procurando que sus palabras no sonaran a despedida.

Todo estaba oscuro en el piso de Gloria y sólo al fondo una persiana entreabierta dejaba penetrar unos finos renglones de sol. Esperó a que sus pupilas se dilataran mientras cerraba la puerta a sus espaldas. Luego buscó en la pared el interruptor, lo pulsó y una bombilla inundó de luz el vestíbulo. Recordaba con exactitud la distribución de la casa. La habían examinado a fondo mientras buscaba con Anglada el diario y no dudó en dirigir sus pasos hacia la derecha. Encendió la araña que colgaba del techo del salón y frente a él vio la doble puerta corredera, abierta, las jambas empotradas dentro del tabique doble, exactamente como las había recordado dos días antes, en su garaje de Breda. A la cabeza le volvieron de nuevo las palabras que David aseguraba haber leído en el diario: «Nadie podría encontrarlo. Aunque abran o cierren las puertas del escondite nunca lo verían. Seguiría oculto». Se acercó y agarró la manecilla de la puerta derecha. La deslizó con suavidad sobre el carril empotrado en lo alto del marco hasta que la pinza de deslizamiento chocó con el tope ajustado en el centro. Un pequeño tornillo de palometa lo fijaba al carril, pero nadie lo advertiría si no se miraba allí expresamente. Y nadie hubiera pensado que escondía algo. Un escondite tan sencillo como impensable. Para acceder a él ni siquiera se precisaba una herramienta. Tardó un segundo en aflojar la palometa. La deslizó hacia la izquierda y volvió a tirar de la jamba, que ahora se deslizó empujando el tope hasta que el detective la detuvo. No produjo ningún chirrido, ningún roce áspero, lo que le pareció un buen augurio. El hueco para empotrar la puerta entre los dos tabiques era una ranura de unos ocho o nueve centímetros a la que no llegaba la luz de la araña. Cupido miró alrededor y eligió una lámpara flexo con una tulipa de cristal tallado. La conectó a un enchufe cercano y dirigió el foco hacia el hueco. Allí no había nada, sólo el suelo cubierto de polvo y borra, de algún insecto muerto.

Volvió a repetir la operación con la jamba izquierda y al enfocar dentro la luz vio una fina tabla, de la misma anchura del hueco, cubriendo el suelo a modo de plataforma. Sobre ella había un libro, metido en una funda, y tuvo la seguridad de que se trataba del diario. Tiró de la tabla hacia él. Tras el libro había también una estrecha y alta caja de madera lacada con el escudo del ejército del aire grabado a fuego en su frontal. Antes de abrir el cuaderno curioseó su contenido: un racimo de medallas militares y un puñado de joyas, entre ellas un collar de perlas y un juego de anillo y pendientes con brillantes engastados. Dedujo que aquel escondite no lo había ideado Gloria, sino el padre, porque no la imaginaba guardando allí joyas de valor, sino en la

caja fuerte de un banco. Y tal vez por eso no lo habían descubierto antes, porque siempre habían intentado ponerse en su cabeza en lugar de pensar como el difunto militar. Gloria no había hecho otra cosa que aprovechar un escondrijo que en vida de sus padres les habría dado seguridad.

Había tardado menos de un minuto en acceder a él. A ella debía suponerle menos de la mitad de ese tiempo. Conociendo lo que había que hacer, era una operación increíblemente sencilla. Supuso que no lo escondería allí cuando estaba sola en casa, sino cuando transcurriera un tiempo sin escribir o cuando saliera de viaje y no quisiera dejarlo al alcance de nadie. Y al fin y al cabo, no suponía una dificultad mucho mayor que abrir o cerrar un cajón cuya llave también tuviera que esconder.

Miró alrededor y eligió para sentarse una de las sillas de respaldo recto de la mesa del comedor. La luz de la lámpara de araña caía verticalmente sobre él. El libro, de tamaño cuartilla, se empotraba en una funda que únicamente dejaba al descubierto el lomo donde el tejuelo indicaba: DIARIO. Las tapas eran de seda, de fondo negro sobre el que habían impreso motivos florales de colores fuertes, como un mantón de Manila. Pasó las hojas con rapidez, sin detenerse aún a leer nada, dándose tiempo para calmar el leve temblor de sus manos. Estaba escrito en sus tres cuartas partes, con aquella letra nítida, clara y ordenada que ya lo había sorprendido en la firma de sus cuadros, la letra de una adolescente, como si también en su caligrafía conservara aquella dosis de inocencia e infancia que Camila había señalado en su rostro. Vio fugazmente algunos dibujos intercalados entre el texto, aquí y allá, improvisaciones o bocetos que acaso hubiera querido guardar para no olvidarlos, o reflejos de un estado de ánimo sin necesidad de utilizar las palabras. Volvió a la primera página. Estaba fechada en el verano del año anterior, quince meses antes de su muerte:

*26 de julio, martes*

*Ayer enterramos a mi padre. Fue una ceremonia rápida y limpia, como creo que a él le hubiera gustado. Lo suficientemente rápida y limpia como para evitar esa sensación de estar apartando un despojo que en ocasiones causan los entierros, sobre todo cuando son el final de una larga agonía o de una de esas enfermedades incurables que terminan llenando la casa de medicinas que todos saben inútiles y de sábanas que huelen a mortajas. Papá había vestido uniforme la mitad de su vida, pero nunca le había gustado la grandilocuencia de los desfiles y las paradas militares. De modo que rechacé todas las sugerencias de sus compañeros y no hubo ni música de metales ni medallas ni banderas cubriendo el ataúd. Éramos un grupo reducido de gente, cuarenta o cuarenta y cinco personas. Entre ellos estaban todos los que fueron importantes para él, sus amigos, militares o no, y los parientes: Clotario —su hermano, mi tío— y David, mi extraño primo adolescente que no dejaba de observarme con una fijeza inoportuna y molesta.*

*Cuando introdujeron el ataúd en el altísimo nicho y el sacerdote terminó de recitar sus palabras, todos me miraron como si esperaran algo de mí. Fue un momento terrible, porque yo no sabía si debía hacer o decir alguna cosa. A pesar de que estas últimas semanas de su rápida agonía me habían dado tiempo para agotar la pena y acostumbrarme a la idea, sólo en ese último instante de espera y de silencio, antes de que el primer ladrillo colocado derramara la primera paletada de sombra sobre el interior del nicho, advertí que ya estaba irremediablemente sola.*

*En el camino de regreso comencé a evocar cosas que había olvidado de papá. Como si la muerte invirtiera el orden cronológico de la memoria, sus últimos meses, aun estando tan cercanos, me parecían algo muy remoto, y en cambio vinieron con nitidez a mi cabeza mis primeros recuerdos de infancia a su lado: un paseo a caballo, yo montada con él, que me sujetaba por la cintura; los primeros veranos en Breda, tan lejanos; el extraño olor de su uniforme, su rígida textura, cuando me abrazaba y me besaba al irse por las mañanas... Recuerdos con los que voy a convivir celosamente y que, ahora que han regresado por un camino secreto, no quiero perder nunca más.*

*Luego, en casa, al contemplar el sillón donde siempre se sentaba, dejé de pensar en mí. La visión de sus cosas personales borró de un plumazo la autocompasión a la que todos me habían ido empujando con el pésame y las trilladas palabras de consuelo. Debería estar prohibido todo este protocolo de la muerte que obliga a los deudos a manifestar una piedad que casi nadie siente. Era papá quien había muerto, devorado ferozmente por el cáncer a pesar de la resistencia que le había opuesto. Me consuelo diciéndome que ha dejado de sufrir, que le gustará el nicho donde ya descansa, soleado, el más alto de las filas altas, junto al de mamá. Habían esperado más de un año para conseguir aquel lugar. El, a quien siempre le gustó tanto el aire, no podía soportar la idea de ser enterrado en una fosa. Si hay algo después, ahora los dos estarán juntos donde sea.*

*Marcos, Camila, Clotario y David me habían acompañado de regreso a casa y todos deambulaban por ella sin saber bien qué hacer o dónde quedarse, sin atreverse a ocupar un sitio en el sofá o una silla por miedo a aparecer intrusos usurpando el lugar donde él se sentaba. A pesar de su amabilidad y sus gestos de ayuda, me parecieron sombras que en aquel momento me estorbaban. Hubiera preferido estar sola. Oí a Marcos y Camila en la cocina, preparando café y hablando en voz muy baja, como conspiradores. Cuando fui al cuarto de baño, desde la puerta del pasillo vi que Clotario había entrado en el estudio de papá y miraba deslumbrado el panel enmarcado donde tenía sus condecoraciones, como un explorador que codiciara lo que él también pudo haber conseguido y lo impidió su cobardía o su torpeza. No quiero ser demasiado dura en el juicio, pero durante los segundos en que lo observé fue ésa la impresión que recibí. Luego, cuando regresé al salón, David miraba atentamente mis cuadros y aunque también sus ojos parecían llenos de codicia, era de otro calibre, menos apegada a lo material. Algo similar a la codicia del coleccionista que he visto en algunos compradores, en la Galería, menos seducidos por el valor monetario de un cuadro que por su valor artístico. Marcos y Camila seguían en la cocina, murmurando en voz muy baja. Me pregunté de qué hablarían, qué hacían allí todos ellos, qué querían. Me hubiera gustado quedarme sola con el dolor por la muerte de papá para no sentir que venían a tomar posesión de un territorio cuyo rey acaba de morir y del que yo era una prenda más de su herencia.*

Cupido pasó despacio algunas hojas, una a una, buscando las mayúsculas de los nombres propios que le resultaran conocidos. En aquella primera lectura le interesaba lo relativo a su investigación. Poco después se detuvo ante otra fecha:

*5 de agosto, viernes*

*Puesto que aquí no hablo con nadie, no tengo por qué mentir. Y puesto que no estoy ante ningún tribunal, no necesito ninguna defensa. En estas páginas puedo equivocarme sin que nadie me corrija. Y puedo ser dura, cursi, cruel, injusta, exagerada, romántica o tonta sin que luego tenga que arrepentirme. Ojalá hubiera descubierto antes el placer que me proporciona este diario, estos momentos en que caen fulminadas por inútiles todas las simulaciones.*

*27 de octubre, jueves*

*Esta mañana me llamó por teléfono el profesor de dibujo que ayer visitó la Galería con sus alumnos para ver la exposición de mis cuadros. Supongo que me había dicho su nombre, pero no lo*

recordaba y me sentí un poco incómoda al no saber con quién estaba hablando. Quería que fuera al instituto al día siguiente, mañana, a darles una charla a sus alumnos sobre pintura contemporánea. Al principio me negué, porque todo era muy precipitado y porque creía que no sabría cómo hablarles a unos chicos adolescentes a quienes todo lo que huele a museo les debe parecer que huele a muerto. Pero luego me convenció. Me dijo al fin su nombre, Manuel Armengol, y acordamos la hora y los puntos básicos que debería tocar. Lo que me decidió a ir fue la confianza que tenía en mí, sin conocerme, esa fe ciega a la que es casi imposible defraudar. Además, en lugar de decirme que no tendría problemas con mi auditorio, planteó la charla como un reto, como un desafío entre los alumnos y yo. Nada más lejos de una conferencia magistral. No tardé más de tres minutos en aceptar. Era la primera vez que un profesor había traído personalmente a sus alumnos a ver una exposición mía y había logrado despertar mi interés por él. Al colgar el teléfono, lo recordé en la visita del día anterior. Me había gustado la timidez con que se movía y que sólo había perdido cuando hablaba de pintura, su ambiguo aire de deterioro y de fracaso. Por qué será que tantas mujeres nos sentimos atraídas simultáneamente por dos polos contradictorios: el del esplendor y el de la decadencia. Marcos, con su seguridad, con su excelente forma física, con su limpieza, pertenece al primero. Este Manuel Armengol parece un digno representante del segundo. Veremos qué ocurre mañana.

28 de octubre, viernes

La charla en el instituto fue mejor de lo que yo había imaginado. Los chicos me hicieron muchas preguntas que respondí —creo— con claridad e incluso con sentido del humor. Hasta Armengol —todo el mundo lo llama así y creo que yo también voy a hacerlo— estaba sorprendido de lo bien que habían reaccionado a mis palabras. Salí del instituto con un sentimiento de euforia que ya no me abandonó en toda la noche, durante la cena a la que me invitó y durante el tiempo que empleamos luego para tomar una copa antes de que él se atreviera a proponérmelo y yo aceptara ir a un hotel. Está casado, pero eso no fue ningún motivo para impedirlo.

Creo que desde la primera vez que nos acostamos con un hombre, las mujeres sabemos mucho de cómo es. Armengol parece oscilar en un vaivén entre la lucidez y el desequilibrio, cuya síntesis podría ser muy creativa para un artista. Sin embargo, él, que durante algún tiempo pintaba, no ha sabido nunca detenerse a plasmar lo intuido en sus momentos visionarios. Es un poco raro, pero me atrae. En la cama se comportó de la misma forma: pasaba de la ternura más dulce a algún arrebatado de dureza, una mezcla original que elevó a una altura considerable los picos del placer.

31 de octubre, lunes

De vez en cuando me gusta apostar por caballos desconocidos.

Cupido levantó los ojos del cuaderno. Ahora comprendía mejor por qué Gloria había elegido aquel escondite para el diario. Todo aquello era demasiado íntimo para que nadie lo leyera.

27 de noviembre, domingo

De regreso en Madrid, cansada.

Esta mañana me levanté muy temprano. Tenía intención de pintar un paisaje de la Reserva, una pequeña colina cubierta de encinas, con una perfecta forma cónica, como el sombrero de una bruja, que se eleva en medio de unas navas y que llaman «El Montón de Trigo». Quería llegar allí temprano, no mucho después del amanecer, cuando la tierra todavía se está desentumeciendo del sueño de la noche, cuando los animales salen de sus madrigueras a respirar y los árboles levantan la cabeza y aún

no han cerrado sus hojas para evitar la evaporación en esta larguísima sequía. En esa primera hora de la mañana todo se mueve, desde la hormiga diminuta a los ciervos siempre tan antipáticos y asustadizos. Todo se mueve para esconderse o para buscar el alimento. Y es en ese momento en que la tierra se hace transparente y viva cuando yo quería sorprenderla y meterla en el cuadro. Iba caminando muy cerca ya de la colina cuando al apartar unas retamas lo vi a dos metros de mi cara, espantosamente nítido. Lo habían colgado por el cuello como todavía se cuelga a los hombres en algunos países y en algunas guerras. Tenía la cabeza violentamente torcida, con un cuerno enredado en la gruesa soga, como si hubiera hecho una última tentativa de salvarse embistiendo hacia lo que le apretaba la garganta. Los ojos se le habían quedado dilatados de espanto y la lengua —larguísima, gruesa y blanquecina— le salía de la boca abierta donde ya habían comenzado a procrear las primeras moscas de la mañana. El rostro conservaba una expresión de dolor que indicaba que antes de morir había sufrido una larga tortura. Le habían cortado la cola —que habían dejado tirada allí cerca— y un filamento de sangre coagulada le colgaba como una estalactita negra después de haber hecho una amplia mancha oscura sobre la tierra. De su sexo, cuya punta asomaba roja y afilada como una pequeña zanahoria, colgaba un moco de semen. Todo era tan violentamente gratuito que estuve a punto de vomitar. Quien hubiera ideado aquella forma de dar muerte a un ciervo —sin la excusa de la carne para comer, sin ni siquiera el grotesco uso de su cabeza como elemento decorativo—, tan cruel, tan innecesaria, debía sufrir alguna especie de locura de la que tal vez no fuera consciente. Di la vuelta y comencé a caminar deprisa hacia el Centro-Base, no muy lejos de allí. Ellos sabrían quién podía haberlo hecho y de qué modo exigir responsabilidades.

Mientras caminaba, el ciervo colgado de la gruesa rama de la encina seguía apareciendo con nitidez ante mis ojos. A pesar de la plasticidad que aquella imagen podría tener en un cuadro, sabía que necesitaría tiempo para abordarlo, para que la estéril saña con que lo habían matado —ahorcado por la cabeza, mutilado por la cola— no influyera en mi mano cuando cogiera los pinceles.

Unos minutos después oí los furiosos ladridos que me dirigían los perros del Centro-Base, pero no me detuve por ellos. Seguí caminando hacia el grupo de hombres —dos guardas de la Reserva y tres guardias civiles— que me miraron con extrañeza mientras me acercaba. No había llegado cuando vi salir de la oficina a doña Victoria, la vieja señora que conocí el día del incendio, y a ese extraño abogado, a quien conocía Marcos de sus años en la universidad, que la acompaña con la solicitud de un hijo y la protección de un guardaespaldas. Luego supe que habían ido a resolver algo sobre una cuestión legal, una más de ese largo litigio que, según nos contaron la tarde del incendio, mantienen con la Reserva por la posesión de unas tierras.

Les conté el hallazgo del ciervo colgado. Los guardias, en su desconcierto ante la noticia, lo único que supieron hacer fue pedirme la documentación. Por fortuna la llevaba encima, lo que no siempre ocurre, y, con esa falta de iniciativa que da la excesiva disciplina, sólo entonces accedieron a llamar por la emisora del coche a algún superior pidiendo instrucciones. Ocurría que en esos momentos un político extranjero estaba cazando en El Paternóster, y ésa era la causa de tanta vigilancia allí. Subimos a un coche y me hicieron guiarlos hasta el lugar exacto. Doña Victoria y el abogado llegaron detrás. Todos miramos al ciervo que oscilaba levemente en la cuerda, movido por la brisa, pero nadie se decidía a descolgarlo, como si no quisieran mancharse, como si hubieran descubierto el cadáver de un hombre y nadie quisiera tocarlo por miedo a dejar alguna huella que los implicara o entorpeciera la investigación. Un perro de los guardas que había seguido a los coches a la carrera llegó jadeando junto a nosotros, olisqueó al ciervo y, tras una mirada de permiso que nadie impidió, comenzó a lamer las gotas de semen. «Habría que bajarlo, no tiene sentido que siga ahí», dije. Uno de los guardias civiles que llevaba un galón en las hombreras y parecía mandar sobre los otros dudó un momento, pero enseguida dio el primer paso. Lo detuvo la voz de doña Victoria, una voz seca, autoritaria, dura, muy diferente de la forma en que un tiempo antes habló conmigo: «No, todavía no. No tenga tanta prisa, señorita. El ciervo no va a vivir por descolgarlo. Es menester que todo el mundo vea lo que ocurre dentro de la Reserva». La miré con un intencionado gesto de reproche. Ni ella ni el abogado parecían conmovidos por la violenta muerte del animal. Al contrario, parecían satisfechos de tener algo que arrojar a la cara del adversario en esa absurda lucha que mantienen. El guardia civil la miró un momento, pero ya había decidido descolgarlo y avanzó hacia el árbol. La voz del abogado lo detuvo de nuevo con un mensaje de amenaza que entonces sí acató: «Va usted a destruir la prueba de un delito». El guardia volvió sus pasos hacia el coche para consultar otra vez con alguien, pero

*aquella nueva espera ya se me hacía insoportable. Les di la espalda a todos y me alejé caminando, sin atender la invitación de uno de los guardas para llevarme en el coche. No podía soportar más la visión de las moscas llegando en enjambres a lamer la lengua, ni la de aquel perro hambriento. Me parecía que de un momento a otro el cadáver comenzaría a oler y contaminaría de podredumbre a todos cuantos estuvieran alrededor.*

*7 de enero, sábado*

*Yo estoy segura de que mucha gente odia las Navidades, igual que muchos odian los Carnavales, o muchos pamplonicos los Sanfermines o muchos aldeanos esas terribles fiestas locales que sirven de excusa para todo tipo de excesos. Y creo también que otros no se atreven a confesarlo por miedo a ser tildados de amargados o aburridos. Si la fiesta es un momento de libertad, la primera exigencia es no obligar a celebrarla a quien no quiere. Digo esto ahora que han terminado, porque no he sido feliz en ellas. Era la primera vez que no estaban mis padres. Siempre las había pasado con ellos —con papá cuando mamá había muerto—, y su doble ausencia me desconcertaba de tal modo que no me apetecía buscar ningún sustituto. Entonces apareció Marcos con el programa completo: unos días con su familia, y la Nochevieja para nosotros dos. Al sugerirle que me apetecía irme sola de viaje a una de esas grandes ciudades extranjeras donde no se conoce a nadie, entró en un estado tal de celos y malhumor que al final acepté su oferta. Ojalá no lo hubiera hecho, porque no han sido unos días precisamente felices. No he podido estar bien con él y, aunque no lo dice, sé que piensa que hay otra persona detrás de mi apatía. Para colmo, un día que estaba en casa descolgó el teléfono y era Armengol. Tuve que mentir con una excusa de trabajo y creo que no estuve muy convincente.*

*No son peligrosos lo que la gente llama ataques de celos, esos arrebatos o iras repentinas que suelen terminar en el llanto y en la reconciliación. Ojalá en Marcos los celos se manifestaran así, porque creo que podría controlarlos siempre. Como ha sucedido en otras discusiones anteriores, habríamos terminado haciendo el amor y todo el enfado se habría disuelto en el orgasmo como un terrón de azúcar se disuelve en la leche. Lo dañino de los celos de Marcos es que nunca los ha manifestado expresamente. Los ha ido guardando y me daría miedo si un día los dejara explotar, porque podría hacerme daño. Yo creo que los celos que se manifiestan convierten la relación en una hoguera; pero los que se ocultan convierten la relación en un desierto.*

*8 de abril, sábado*

*He traído el diario conmigo y por primera vez escribo en él estando en Breda, en el hotel Europa. Me encuentro bien aquí, me gusta el equilibrio de la decoración, sin esa rancia insistencia de los paradores nacionales y hoteles de este tipo en colocar armaduras medievales en todos los rincones y tapices en todas las paredes.*

*También he traído de Madrid una mesilla que sobraba en casa y una vajilla que allí ya no tiene utilidad. Aunque está incompleta, es bonita y su diseño con pequeños dibujos de frutas concuerda perfectamente con la casa. He estado de nuevo allí. Después de la reforma del tejado y de los sanitarios no falta mucho para que, pueda vivir en ella. Hay que renovar todavía toda la instalación eléctrica para poder poner unos cuantos electrodomésticos imprescindibles. Cada vez van siendo más frecuentes mis estancias aquí, como si la tierra de mis padres, ahora que ellos ya no están, me, atrajera con la misma fuerza con que ellos huyeron de ella.*

*Incluso en estas condiciones extremas de aridez es atractiva la Reserva. Su paisaje, la presencia del agua del pantano, aunque tan menguada, las rapaces en el cielo y tantos animales alrededor logran crear una atracción que no logra ser apagada ni por esta terrible sequía que ya se prolonga por cuarto año consecutivo. Es abril, pero el campo está sediento y endurecido y no parece primavera. Sólo en los márgenes del pantano, en los recodos donde el nivel ha descendido ocho o diez metros, se extiende una estrecha orla de frescor, como una cenefa verde alrededor del azul del agua, separándolo del amarillo amarronado de la tierra. Por el cielo circulaban algunos nubarrones abribeños y uno de ellos dejó caer de repente su carga de agua. Fue un momento especial, mágico como un bautismo después de tanto tiempo sin ver la lluvia. El bosque entero enmudeció para escuchar el ruido que*

hacían las gotas al caer. Las plantas, enrolladas sobre sí mismas y sucias de la capa de polvo acumulado durante cuatro años, abrieron sus hojas como hombres sedientos en un desierto que ante una lluvia repentina dirigieran sus bocas al cielo para beber el agua antes de que la arena la engullera. Fue hermoso y terrible a la vez, porque aquella magia no llegó a durar ni cinco minutos, que yo pasé protegida bajo una inmensa encina. Toda la flora se abrió al cielo como una amante enamorada y ansiosa, y pareció brillar de clorofila y exhibir durante unos momentos sus mejores colores para seducirlo con sus galas. Luego la nube se alejó como un amante impotente o desdeñoso y la tierra volvió a cerrarse seca e insatisfecha, decepcionada y sedienta.

Esta violencia con que aquí aparecen y desaparecen los colores, con que se separan sin apenas gama de transición, tiene unas posibilidades pictóricas que me gustaría desarrollar más a fondo en cuanto termine la serie de las pinturas rupestres. Hoy volví a subir allí arriba y estuve sentada una hora frente a ellas, sola, observándolas. En el camino de regreso sufrí un pequeño accidente que por fortuna no tuvo mayores consecuencias. Para evitar las largas curvas que hace el camino, tomé un atajo que descendía entre arbustos y piedras sueltas, muy incómodo e inclinado, pero que me ahorraría tiempo y muchos pasos. Al bajar un pequeño terraplén para retomar la pista tropecé con algo y di varios pasos trastabillando hasta caer, ya sin control, sobre la cuneta endurecida y áspera. Habían cortado las jaras de los bordes de la pista, como una medida para prevenir incendios. Cuando eso ocurre, quedan sobresaliendo del suelo cinco o diez centímetros de los tallos leñosos de los arbustos, que al secarse se endurecen como un fósil y a menudo, si ha sido cortado en bisel, se convierte en una pequeña estaca peligrosa que ha herido a más de un ciervo. En alguna ocasión, incluso, ese tocón diminuto ha llegado a rajar ruedas de automóviles. Esto lo supe más tarde, cuando me lo explicó Molina, el guarda. Tuve la suerte de verlo aparecer por allí, con el coche oficial y vestido de uniforme, poco después de levantarme del suelo, con una dolorosa herida en el muslo, profunda como una pequeña cuchillada, causada por la astilla reseca sobre la que había caído.

Es la segunda ocasión en que aparece enseguida junto a mí en cuanto he tenido alguna dificultad dentro de la Reserva, como el día en que estando con Marcos se nos escapó el fuego de las manos. Esta tarde agradecí su presencia, porque estaba asustada, con esa especial sensación de miedo que nos produce cualquier pequeño accidente si estamos solos en medio del campo y alejados de toda posible ayuda. Ahora, mientras escribo esto, he pensado durante un segundo que acaso no fueran casualidades estas oportunas apariciones del ángel de la guarda, pero enseguida he desechado la idea por extravagante. Al fin y al cabo, ése es su trabajo, controlar las imprudencias y ayudar a cuantos entran en su zona de vigilancia.

En la guantera llevaba un pequeño botiquín de urgencias. Me ayudó a detener la sangre, a desinfectar la herida y a protegerla con gasa y esparadrapo. Como la hemorragia continuaba, me hizo subir al coche y me trajo al hospital de Breda, donde me han dado cinco puntos de sutura.

Escribo todo esto en el hotel, con la pierna extendida sobre una silla, en la postura en que menos me molesta la herida. Espero poder conducir mañana, de regreso a Madrid. El fin de semana ha quedado reducido a la mitad.

Pienso en el guarda. A pesar de una cierta brusquedad en sus modos, a pesar de la ambigüedad con que me miraba, a pesar de la aspereza de sus manos al desinfectar la herida, logra transmitir una agradable sensación de seguridad: la de que teniéndolo cerca nunca vas a desangrarte.

16 de abril, domingo

¡Buenos días, escondido, secreto y perezoso Diario!

21 de mayo, domingo

Escribo por la noche, tumbada en la cama. Es domingo. Todavía me duele la cabeza y tengo una resaca que, como siempre, me pone de un pésimo humor. Esta tarde llamó Marcos para que saliéramos, pero le he dicho que no me encontraba bien. Como no me sentía con ganas de darle explicaciones, he puesto unas excusas triviales que no le han convencido. Ha colgado el teléfono enfadado y ahora debe de estar pensando las cosas más peregrinas. ¡Pero cómo contarle la

*borrachera de anoche con los dos pintores gays, la raya de coca, la visita a la sala de strip-tease, las risas hasta el amanecer! ¡A él, que no bebe alcohol, no fuma y está tan orgulloso de ser como es! En días como hoy me pregunto cómo a veces estamos tan bien juntos siendo tan diferentes.*

*Pienso en el método de trabajo de los dos pintores, al alimón en un mismo cuadro. Intento recordar algo parecido y no lo conozco. Yo sería incapaz de trabajar así, pero esta mañana me vino a la cabeza la idea de proponerle a Emilio que desarrolle en escultura los mismos temas de las pinturas rupestres. Los artistas primitivos ya sugerían la idea cuando aprovechaban las aristas, los huecos, las esquinas de la piedra para potenciar los volúmenes de sus figuras. Mañana lo llamaré para hablar, cuando tenga la cabeza más lúcida. Ahora no logro desterrar el recuerdo del extraño comportamiento de Camila. Nos habíamos acostado en la misma cama, por la pereza de venir hasta aquí. Estaba comenzando a dormirme cuando sentí su mano apoyarse en mi cadera, detenerse allí un momento y poco después bajar hacia mi sexo. Sorprendida, abrí los ojos y la miré durante un segundo. No me escandalicé porque lo hiciera, ya soy demasiado vieja para escandalizarme por nada relativo al sexo. Tal vez yo misma, de una manera involuntaria, la hubiera incitado bromeando con los pintores y entrando al trapo de su juego. Pero me sorprendió mucho en Camila, porque nunca lo hubiera imaginado. A mí no se me pasa por la cabeza la idea de acostarme con una mujer: gozo con un hombre todo lo que mi cuerpo necesita. Quizá debería haber hablado entonces con ella, pero en aquel momento estaba tan cansada que cerré los ojos y me di la vuelta como si no hubiera advertido nada. Ojalá ella lo crea así. Sería lo más fácil.*

*Camila a veces me desconcierta. También ella. A veces siento que todos vienen a mí en busca de amor. Y yo no puedo complacerlos a todos.*

El detective levantó de nuevo la vista del diario y reflexionó durante unos instantes. Después de la noche que había pasado con Camila, hacía tan sólo unas horas, lo que acababa de leer le causaba tanta sorpresa como le había causado a Gloria. Estaba seguro de que no fingía en la cama. Sin embargo, el diario iba revelando cómo muchos de ellos mentían. También doña Victoria y Expósito cuando dijeron que no habían vuelto a ver a Gloria después del día del incendio: poco tiempo después habían discrepado con ella ante el cadáver de un ciervo ahorcado.

Le gustaría detenerse con todo el tiempo del mundo a leer todo el cuaderno, las anotaciones íntimas y cotidianas que revelaban definitivamente el alma de la mujer que lo había escrito, pero se sentía lleno de ansiedad y de prisas. Era la misma sensación de aquella noche en que iba conduciendo por la frontera el viejo DAF atiborrado de cartones de tabaco de contrabando bajo la pantalla de una primera fila de colmenas, esa inquietud y tensión especial que provoca el estar haciendo algo al margen de la ley. No tenía permiso para entrar en una casa ajena, y si en aquel momento aparecía alguien —Anglada, alertado por su insistencia, o un funcionario de una notaría— no tendría excusas válidas para justificarse.

Siguió hojeando más páginas. Aún no había conseguido calmar el ligero temblor de sus dedos. Gloria no escribía con una continuidad diaria. A veces pasaban una o dos semanas sin ninguna anotación. De repente se detuvo al ver el dibujo del pin que todavía llevaba doblado en la cartera. Lo había observado tantas veces que no necesitó cotejarlos para saber que eran idénticos.



14 de junio, miércoles

Por la mañana, en la Galería, recibí la visita de unos chicos de veinte o veintidós años. Alguien les había hablado de mí a raíz de la charla que di en el instituto de Armengol. Pertenecen a un grupo ecologista y están organizando una campaña contra las explosiones nucleares francesas en el Pacífico. Venían con varios apuntes sobre el tema y no sabían por cuál de ellos decidirse. Querían mi opinión, como si yo fuera una experta, cuando la realidad es que todo ese boom del anagrama y del diseño que duró diez o doce años me parece una intrascendente colección de bonitos cromos de colores. Protesté e intenté negarme, pero era tal su entusiasmo en la protesta y la confianza que tenían en mi opinión de «experta» que no tardé mucho en acceder. Cerré la puerta de la calle y nos sentamos en el despacho a ver lo que traían y lo que pretendían comunicar. Al final fundimos dos ideas en una y el dibujo definitivo quedó más o menos así:



Antes de que termináramos llegó Camila. Vio la puerta cerrada, a pesar de la hora. Se enfadó un poco, pero tuvo la delicadeza de no decírmelo delante de los chicos. Esperó a que se fueran para reprocharme mi poca atención hacia los clientes. Sé que tiene toda la razón, porque las últimas exposiciones no han ido muy bien y la Galería no está creciendo todo lo que esperábamos. Pero me molestó que lo repitiera varias veces cuando yo ya había reconocido mi error. La noto muy tensa.

1 de julio, sábado

Hoy por la tarde con David en el pantano, esperando a los ciervos que —desaprensivos— no acudieron a la cita para sus retratos. Luego un baño antes del regreso. A veces me da pena: tan enamorado y sin posibilidades; tan dotado para pintar —por las pocas cosas suyas que he visto— y sin nadie que le ayude a desarrollar sus dotes. Siempre está cuando lo necesito y no me acuerdo de él el resto del tiempo.

16 de septiembre, sábado

¿Qué le está pasando a Marcos?

Esta tarde compré un gran ramo de rosas que ahora tengo frente a mí, en el estudio. Lo coloqué en un jarrón, abrí las ventanas y dejé que este último sol de verano se colara por ellas con tres grandes toneles de luz. Satisfecha, me puse a pintar una visión idílica de un bosque donde importaban menos los árboles que las flores, menos lo duradero que lo diminuto y efímero. Poco después llegó Marcos. No miró el cuadro. Sus ojos sólo se fijaron en las rosas y me preguntó antes de nada: «¿Quién te las ha regalado?». Lo miré sorprendida del tono de sarcasmo que había en su voz y, para evitar malentendidos, dejé el pincel, lo abracé y lo besé. No debí hacerlo, porque no me apetecía y sólo intentaba quitarle base a su recelo. Los besos, que son un espléndido alimento del amor, pueden convertirse en veneno cuando el que los recibe intuye en ellos otra intención que no sea el cariño. Marcos los aceptó y no dijo nada más, pero cada cierto tiempo miraba las rosas como si deseara arrojarlas por la ventana. La tarde entera se estropeó. No volví a dar una pincelada correcta ni a encontrar el color adecuado. Luego se fue y yo me quedé repitiéndome la pregunta que me hice al principio. ¿Qué le está pasando a Marcos?

19 de septiembre, martes

*Repaso las anotaciones hechas en las últimas semanas. Me sorprende ver que no hay nada alegre en ellas, como si no hubiera ocurrido nada que me hubiera hecho lo suficientemente feliz para escribirlo. A veces pienso que sólo recorro a este cuaderno para desahogar mis preocupaciones. Y sin embargo me gustaría que estuviera lleno de todo lo contrario, del gozoso orgullo que me produce terminar un buen cuadro, del bienestar que siento tras haber hecho el amor sin prisas, de anécdotas que cuando las relea dentro de cincuenta o sesenta años, cuando esta tinta azul se haya vuelta oscura y este papel blanco sea amarillento, me hagan sonreír. Pero si miento, ¿para qué sirve un diario?*

30 de septiembre, sábado

*Ayer él me dio miedo. Pero el miedo no es un sentimiento inocente. El miedo que sentí es el precio que tengo que pagar por todo lo que ha pasado antes. Todo comenzó con una discusión por un motivo tonto: cuál era el itinerario para llegar a la casa de unos amigos donde estábamos invitados a cenar, una casa donde yo he ido una docena de veces y cuya situación él no conocía. Marcos conducía sin hacer caso de ninguna de mis sugerencias. Nos perdimos y llegamos tarde. La cena transcurrió más o menos bien, pero en el regreso la situación volvió a repetirse y la discusión subió de tono. Aunque, era cierto que él también tenía razón en el itinerario que tomó, ninguno de los dos cedimos. Ni yo quise reconocerlo de inmediato ni él quiso valorar lo que le había dicho. Nos fuimos encrespando y llegamos a elevar las voces como nunca antes lo habíamos hecho, como esos matrimonios llenos de miserias y de desprecio mutuo que sin embargo nunca se deciden a separarse. Me habían herido hasta el fondo las palabras que dijo cuando todavía hubiéramos podido contener la discusión: «A ver si ahora vamos a jugar al matrimonio feliz, después de todo lo que ha llovido». Sé que se estaba refiriendo a Armengol —porque no sabe nada de otras pequeñas cosas— y me arrepentí de habérselo contado en aquel momento de debilidad en la cama. Tenía que haberle hecho caso a Camila, tan sagaz, tan calculadora siempre, cuando me dijo que con las infidelidades, negarlas, negarlas y negarlas, y cuando te han demostrado que mientes, seguir negándolas. Lo más razonable sería la separación, cuando todavía puede ser amistosa. Pero lo contradictorio es que ahora es cuando más lo quiero, cuando más imprescindible lo siento en mi vida.*

*Continuando con la discusión: hubo un momento, al bajar del coche, en que me apretó el brazo con fuerza, agarrándome por encima del codo. Fue en ese instante cuando sentí miedo. Pero supe con claridad que no podía mostrárselo, porque sólo lo hubiera incitado a aumentar la dolorosa presión de sus dedos. Cuanto más débiles somos las mujeres en el temor, más fuertes hacemos a los hombres en la amenaza. Creo que tanto como la debilidad física, es el miedo lo que nos hace vulnerables. Yo no quiero perder a Marcos, pero tampoco deseo una relación donde uno ordena y otro acata.*

3 de octubre, martes

*Por fin esta mañana, al despertarme, he podido recordar con precisión el sueño que he tenido varias veces y que siempre terminaba escapándome antes de que pudiera fijarlo en la vigilia. Al sonar el despertador me quedé tumbada en la cama, sin moverme, sin abrir los ojos, atrapando cada una de las imágenes de lo que no sé si llamar pesadilla, porque sin poseer las dosis de pánico necesarias para despertarme espantada en medio de la noche, sí tenía las suficientes para empaparme con los sudores del escalofrío.*

*Iba conduciendo un tren por un país partido en dos zonas por una guerra civil y tenía que llevar gente al otro lado de las líneas. El horror, sin embargo, no lo producía el miedo a las bombas del exterior, sino a los pasajeros: todos eran leprosos que comenzaban a quedarse paralizados y a perder pedazos de carne. Los habían expulsado de los hospitales para hacer hueco a los numerosos soldados heridos en el frente. Después de conseguir pasar al otro lado de las líneas —llevaba pintada la Cruz Roja en todos los vagones—, los generales se negaban a acoger mi cargamento de enfermos en ningún sanatorio, alegando que estaban llenos hasta rebosar, aunque yo sabía que era por el temor al contagio por lo que nos prohibían bajar. Me obligaron a dar la vuelta después de alimentarlos con*

unos sacos de mendrugos de pan arrojados al interior por las ventanillas. Cruzaba los campos de batalla de regreso hacia el territorio del que había partido y otra vez a este lado volvía a sufrir el mismo rechazo y las mismas prohibiciones y me obligaban a partir de nuevo hacia la otra zona. Nadie me impedía bajar y abandonar aquel convoy de infectados, pero no sé por qué no podía hacerlo. Ya habían aparecido en el cielo las bandadas de rapaces siguiendo la estela del tren, como los delfines siguen en el mar a los grandes barcos. Esperaban con impaciencia los trozos de carne que de cuando en cuando salían volando por las ventanillas y se arrojaban hambrientas sobre ellos. O se detenían durante una hora a devorar un cadáver que los mismos pasajeros arrojaban sobre el balasto con un ruido obscuro y sordo cuando uno de ellos moría en el trayecto, para volver poco después a alcanzar el tren siguiendo la estela de la vía. Una y otra vez me obligaban a ir y volver, a ir y volver, a ir y volver, sin permitir que me detuviera en ningún sitio.

Sé que el sueño tiene algún vínculo con el estado de excitación y malhumor en que me encuentro, porque tiende a reaparecer en épocas así, de tensión y ansiedad, pero ni siquiera intento explicarlo. No quiero que este diario se convierta en diván de psicoanalista. Lo cierto es que esta última semana me siento como si quisiera pelearme con todo el mundo. Con Camila, a quien cada día le preocupa menos la calidad y la coherencia de lo que exponemos, sólo preocupada por ganar dinero. No es sólo eso lo que habíamos acordado cuando abrimos la Galería. Con Marcos, que no dice nada, pero sé lo que piensa. Con Emilio, que me ha mostrado los primeros indicios de una agresividad que siempre había reservado para los otros, como si yo fuera la culpable de su cada vez mayor incapacidad para crear una escultura que merezca la pena contemplar. Se está revelando como uno de esos machistas que se niegan a ceder el paso a las mujeres que corren más que ellos.

Es como si a veces sintiera que estoy rodeada de inútiles y que todos me lastran y me estorban, pero de los que, a la vez, no puedo prescindir sin ir dejando cadáveres en el camino. Vaya, ya he vuelto al sueño, aunque antes me había negado a interpretarlo. Me gustaría pintar ese tren en un gran cuadro, en uno de esos trípticos barrocos, gigantescos, que ocupan toda la pared del salón de un palacio.

Quizá yo también les estoy haciendo daño a todos ellos, pero no puedo evitarlo sin dejar de ser como soy. Me gustaría descansar junto a alguien que supiera estar junto a mí dos horas en silencio. Dos horas sin sentir que tenemos la obligación de hablarnos.

4 de octubre, miércoles

Si algún día, cuando yo haya muerto, alguien leyera este diario, no me gustaría que fuera un hijo mío. Los hijos son los peores jueces, porque exigen de los padres la perfección y tardan demasiado en perdonar sus errores. En cambio, no me importaría que lo leyeran los hijos de mis hijos, que lo leyeran con esa risueña caridad con que se miran las fotos antiguas de los antepasados. O un extraño que lo hiciera con curiosidad y comprensión y que al llegar a la última página buscara intrigado un retrato mío para ver cómo era mi rostro.

16 de octubre, lunes

Sábado y domingo pasados en un Madrid triste y tedioso. Decidido. El próximo fin de semana me voy de nuevo a Breda. Sola. Lo necesito más que nunca. Se lo he dicho así a Marcos.

17 de octubre, martes

Hoy, casualmente, me encontré con Armengol. Hacía seis o siete meses que no lo veía y en la calle, a la luz del día, me pareció que había envejecido seis o siete años. Iba mal afeitado, con la ropa arrugada, envuelto en esa desidia que ya entonces me molestaba de él y que ahora que vive solo parece haber acentuado. No me apetecía nada, pero accedí a tomar un café juntos. En cuanto lo miré con atención durante cinco segundos a los ojos creyó que todo lo pasado podría volver a empezar. Cambió el tono de su voz, comenzó a deslizarse hacia las confidencias y la nostalgia y yo comencé a

sentirme muy incómoda. Aquella historia queda terriblemente lejana. Lo extraño es que él todavía seguía confiado en la esperanza. Me negué a vernos de nuevo otro día, «para hablar». Le dije que con el trabajo no tenía tiempo y que el próximo fin de semana salía de viaje.

Ni yo me siento culpable ni él me produce ninguna compasión, sólo ese malestar que siempre queda entre el que solicita y el que niega.

18 de octubre, miércoles

Hoy hemos inaugurado la exposición con las esculturas de Emilio. Menos gente de la esperada y esas alabanzas tibias y repetidas que siempre ocultan la decepción. Me temo que no va a ser ningún éxito.

19 de octubre, jueves

Voy a romper con Marcos. Otra vez hemos vuelto a discutir y otra vez he vuelto a sentir miedo. ¿Por qué no me deja él si no puede soportar el pasado? ¿Por qué sigue junto a mí, mostrándose un día encantador para pasar de repente al desprecio al día siguiente? Hoy llegó al estudio cuando no lo esperaba, sin que me hubiera llamado por teléfono para avisarme, como hace siempre que sabe que estoy pintando. Ayer habíamos hecho el amor esplendorosamente. Al terminar nos metimos juntos en la bañera y al lavarnos, al frotarnos la espalda, las piernas, los dedos de los pies, volvimos a excitarnos y volvimos a hacerlo dentro del agua, como los moluscos. Estuvo encantador, cariñoso, agotando sin prisas todas las fases de todas las caricias. El sexo es el oxígeno del amor: lo limpia de escorias, lo purifica y lo renueva. Puede haber sexo sin amor, del mismo modo que en un desierto hay oxígeno que nadie aprovecha. Pero no puede mantenerse una relación amorosa sin el soplo benéfico del placer, como no puede haber vida en la Luna.

Yo creía que con aquella tarde había quedado clausurada la mala racha que ya duraba demasiado, pero hoy comprendí que todo fue como el deseo que se les concede a los condenados en su última cena. Esta tarde en el estudio se había multiplicado su malhumor, su grosería, su aspereza al hablarme, como si considerara lo de ayer una debilidad y ahora surgiera la irritación contra la causa de su caída. No puedo ni quiero acostumbrarme a estos cambios de humor. Yo hubiera querido salvar esta historia. Sé que había recuperado unos sentimientos hacia él que durante meses había tenido adormecidos, pero no puedo ofrecérselos si no está dispuesto a recibirlos.

Le dije que este fin de semana me iré a Breda, sola, que no quiero la compañía de nadie. Que los dos debíamos pensar en lo nuestro y decidir si era conveniente para ambos seguir juntos. Me miró de un modo extraño y luego se fijó en el cuadro en el que estaba trabajando, el último de la serie de las pinturas rupestres, como si hubiera allí dentro algo que a él le concerniera. De repente lo entendí: estaba pensando en Emilio. Son los brotes de los celos de siempre los que provocan sus cambios de humor. Recordé que la tarde anterior le había comentado que Emilio tenía que pasarse hoy por el estudio a recoger los bocetos que usó para sus esculturas. Pero no se ha presentado. Marcos ha venido sin avisar, creyendo que él estaría aquí. Al no encontrarlo, debía haberse mostrado alegre, pero los celos actúan en él de esa forma tan absurda. El que los sufre sólo parece sentirse satisfecho cuando ha comprobado que tenía razón al sospechar.

Yo nunca he creído en el supuesto atractivo de los hombres posesivos y celosos, ni mucho menos en esa falsa coartada de las personas que aseguran que son celosas precisamente porque quieren a su pareja y que identifican la confianza en el otro con la indiferencia.

Ahora, al quedarme sola, irremediamente perdida la tarde para la pintura, he bajado a casa, he sacado el diario del escondite de papá y me he puesto a escribir. En lugar de odiarlo por las voces que nos dimos arriba, tiendo a sentir lástima por él.

Me detengo con el bolígrafo en alto. No sé si debería seguir escribiendo estas cosas. Si un día vuelvo a leerlas, todo esto volverá a hacerme daño.

20 de octubre, viernes

*Hoy he hecho la última tentativa para salvar mi relación con Marcos. Y he fracasado. Aunque ayer le había dicho que me iba a Breda durante el fin de semana, anoche pensé que podríamos ir juntos. Hace mucho tiempo que no tenemos dos días para nosotros solos, como al principio. Siempre hay alguna interferencia que se cuela entre ambos: una visita, una llamada de teléfono, un trabajo urgente que es necesario terminar. Sé que a él no le apasiona aquello tanto como a mí, pero también le gusta hacer ejercicio, caminar. Imaginé que si aceptaba acompañarme hasta las cuevas, allí arriba, hablando, nos desprenderíamos de todos esos lastres del pasado que nos aplastan. Le hubiera señalado las pinturas para mostrarle que cuando dibujo sobre ellas no es Emilio quien está detrás imponiendo el tema ni inspirando el cuadro, sino los mágicos fantasmas que rayaron las paredes con los dedos untados de pigmento. Unos fantasmas más reales que los que él alimenta en su cabeza, porque son el fruto benéfico y civilizador del diálogo: el hombre se para a hablar junto a una hoguera y abandona la horda nómada para organizarse en tribu.*

*Y acaso también comprendiera definitivamente la importancia que la pintura tiene para mí y abandonara para siempre ese sutil tono de indiferencia con que de cuando en cuando todavía califica mi trabajo, como si sólo fuera un hobby que podría dejar de lado sin nostalgia.*

*Lo llamé por teléfono para proponerle el viaje y aceptó venir a casa. Pero una vez aquí ni siquiera me dio la oportunidad de comprobar si son ciertas las virtudes que yo le atribuyo a aquel paisaje. Me miró en silencio durante unos segundos, con ese hermetismo que hace tan difícil estar junto a él en muchas ocasiones. La mirada del hombre desconocido que a chispazos entreví cuando hice su retrato, una mirada cuyo ingrediente principal ahora era el desprecio. Luego dijo: «No. Mañana voy al médico. Quiero hacerme unos análisis». Le pregunté si le estaba pasando algo, si se sentía mal, pensando durante un segundo que quizá su actitud tan fría, tan distante, se debiera a algún problema que me estaba ocultando. Pero su respuesta fue tan tajante y tan seca al decirme que sólo era un chequeo de rutina que entonces fui yo quien ya no quiso seguir hablando. Me levanté y entré al cuarto de baño para que no notara las lágrimas que era incapaz de contener. Cuando regresé ya se había ido.*

Cupido se quedó mirando al vacío, pensando en el último párrafo que acababa de leer. Allí estaba la mitad de la respuesta a la pregunta que tantas veces se había hecho en aquellas tres semanas. Volvió a releer los últimos renglones y luego continuó:

*Todo había sido inútil. Cuanto más amable intentaba ser con él, más aumentaba su rechazo. Marcos está lleno de un rencor enfermizo y nocivo que aumenta cada día. Esta tarde parecía una bola de yesca que prendería al mínimo contacto de mis manos. No me atreví ni siquiera a tocarle. No puedo entender que algo tan del pasado pueda perdurar tan vivo en su cabeza.*

*Me he quedado sola, sin saber qué hacer, viendo cómo a través de los cristales las sombras van invadiendo mi casa.*

*Salgo para Breda. Allí siempre soy feliz.*

El detective cerró el diario. De allí en adelante todas las páginas estaban en blanco. Ahora que sabía lo ocurrido, todo le parecía dolorosamente triste y cruel. Matar por tan poco. Aquellas últimas palabras de Gloria, «Salgo para Breda. Allí siempre soy feliz», tan llenas de esperanza, ponían un contraste desolador con lo que unas pocas horas después le esperaba en el silencio del bosque. Ya sabía quién la había matado y creía saber cómo, pero le faltaba la forma de demostrarlo. Levantó la cabeza y miró alrededor, el enorme salón dividido en dos por la puerta corredera. Estaba solo, sin la presencia de Marcos Anglada, y no pudo resistirse a deambular de nuevo por la casa. Todo permanecía igual, los cuadros en las paredes, la distribución

de los muebles, las pinzas de depilar junto al espejito, el crucigrama no resuelto del último periódico, el frío silencio de los electrodomésticos apagados. Abrió el armario del dormitorio y acarició las blusas de Gloria, los abrigos de Gloria, los pantalones de Gloria, las joyas de menos valor guardadas en el pequeño cofre de madera. En el cuarto de baño, el olor a cerrado intentaba ya superponerse al olor del jabón que comenzaba a cuartearse en una jabonera de cerámica. Abrió un frasco de perfume y era el tipo de aroma de seda que esperaba. Sin haberla visto nunca, creía haber llegado a conocerla bien, como un hombre y una mujer de países alejados que iniciaran una relación por correspondencia a sabiendas de que nunca habrían de encontrarse. Conocía su rostro, podía cerrar los ojos y reconstruirlo; conocía sus colores y olores preferidos, sus gustos y sus rechazos; conocía los cuadros que explicaban su visión del mundo. Pensó que sólo le faltaba conocer su voz. Volvió al salón, al mueble donde había visto durante el primer registro con Anglada algunas casetes de vídeo con etiquetas relativas a viajes y a sus exposiciones de pintura. Las cintas estaban junto a sus álbumes de fotos. La mano del detective se detuvo pensativa en el aire unos segundos, recordando, y volvió atrás unos centímetros hacia las fotografías. Allí debía estar la otra mitad de la solución. Con orden, conteniendo el ligerísimo temblor que aún le recorría los dedos llenos de impaciencia, fue pasando las duras hojas de cartón, observando cada instantánea. Sabía bien lo que buscaba, porque el primer día del registro le había llamado la atención qué pocas veces Gloria y Anglada aparecían juntos y solos, como si nunca hubiera un tercero para disparar la cámara o como si alguien más se interpusiera siempre entre ellos dos. La encontró en el segundo cuaderno. Había sido hecha en el apartamento de Anglada, una foto aislada que no formaba parte de ninguna serie, como para aprovechar el último trozo de negativo de un carrete o como si alguien ajeno se la hubiera regalado. Estaban sentados cada uno en un lateral de la mesa del despacho, frente a frente, de perfil al fotógrafo. Tenían los brazos extendidos sobre el cristal y se cogían las manos, mirándose sonriendo y dándole un odioso relieve de estorbo a la mesa que los separaba. Era de alguna época en que debieron de ser felices. En el hueco que dejaban sus cabezas, al fondo, en el trozo de pared delimitado por las dos ventanas, un centenar de diminutos rostros difuminados los contemplan con impertinencia desde la orla de fin de carrera. Las pupilas del detective se afilaron para enfocar las pequeñas cabezas interpuestas entre los dos amantes llenos de bienestar. «Casi los mismos años, la misma licenciatura, la misma ciudad. Quizá la misma facultad. Esto era lo que había cambiado cuando ayer estuve en su casa. Había sustituido la orla por el retrato que le hizo Gloria», pensó recordando el cambio de decoración que Anglada había hecho en su apartamento. Se fijó atentamente, pero era imposible descubrir nada en aquellos rostros homogeneizados por el desenfoque, ni en la oscura línea de letras que se veía bajo ellos como una diminuta escritura de hormiga.

Revolvió en los cajones del mueble, sin preocuparse ya del ruido, hasta encontrar una lupa. Con ella aumentó considerablemente el tamaño de los detalles, pero aun así ni el enfoque ni el pequeño formato de 9 x 13 permitían apreciar nada definitivo. Suspiró al ver perfectamente ordenadas y numeradas las hojas transparentes de clasificación de negativos. Los miró al trasluz, hacia la lámpara del techo, temiendo que el de aquella foto fuera un regalo de un tercero y no estuviera allí.

Allí estaba, al final de una tira que extrajo del plástico sin tocar la emulsión con los dedos. Reconoció las siluetas de Gloria y Anglada. En el negativo, con la inversión de las luces, tenían el pelo blanco, la piel gris, la boca desdentada como la boca de los muertos, los rostros llenos de vínculos con las calaveras. Había hecho cine y fotografía en aquellos cuatro años y sabía todo lo que podía dar de sí un negativo convenientemente manejado en una ampliadora. Envolvió la tira en un folio y la guardó en el bolsillo interior de su chaqueta. Estaba convencido de no equivocarse.

## Capítulo 22

La vida se le estaba haciendo terriblemente larga. Ahora que ya no tenía nada por lo que luchar, los días le parecían interminables; las noches, eternas. La sentencia definitiva del Tribunal de Luxemburgo había cerrado la última puerta a su esperanza. Podría morir ahora mismo, podría caer fulminada al suelo de baldosas antiguas y enceradas y nada cambiaría en el mundo. Sólo Octavio la echaría de menos y durante algún tiempo sentiría dolor y tal vez desamparo, pero también a él terminaría favoreciéndolo su muerte, libre de las obligaciones con que lo había cargado. Sentada ante el tocador de su habitación, se miró al espejo ovalado. Seguía avanzando el radical envejecimiento que había comenzado tres semanas antes, el día en que supo que habían matado a Gloria. El cristal le devolvía la imagen de una enferma. Se le había acentuado la palidez de la piel y la negrura de las manchas. Era curioso, pensó, que las mismas pecas que en la infancia son signos de salud, bronceado y energía, en la vejez se convirtieran en agoreros heraldos de la necrosis y el cáncer. Además, tenía dificultades para mantener simétricos los párpados y los labios le temblaban como los de un perro viejo. ¡Qué poco quedaba de aquella mujer de hacía cuarenta años, fuerte y combativa, dispuesta a saltarse la ridícula convención de la dictadura de que el único ámbito público donde podía intervenir activamente una mujer era en la iglesia! Puso en los lóbulos de sus orejas la media gota del perfume francés que había usado desde los quince años y por primera vez se preguntó si aquello no era ya superfluo, una coquetería vana y sin destinatarios. «No, todavía no. Todavía está Octavio», susurró en voz baja. Por él debía mantener lo poco que aún quedaba. ¡Le había hecho prescindir de tantas cosas en todos aquellos años! Le había hecho sufrir una penosa travesía del desierto con la promesa de una lejana Tierra Prometida y cuando habían llegado a ella descubrían que las granadas y los racimos de uvas eran sólo un espejismo, que avispa estériles y venenosas habían invadido las colmenas. Desde niño lo había obligado a caminar descalzo por la arena cuando debían haberse detenido en todos los oasis cuyas aguas es necesario beber en esa edad. Ella era ahora la única culpable de su sed.

Agitó la campanilla de plata y esperó la llegada de la doncella para que la ayudara a bajar al salón. No estaba segura de la fortaleza de sus rodillas al descender cada escalón, de sus tobillos hinchados, embutidos en los zapatos que había usado desde siempre, estrechos y con un apunte de tacón, porque ni en casa se había permitido nunca vestir zapatillas de paño ni cubrirse los hombros con una de esas horribles toquillas de vieja, negras, grises o marrones, que van acumulando el polvo y la caspa. Pasó su brazo por debajo del de la muchacha y sintió la seguridad que le transmitían sus músculos frescos y tensos. Al mismo tiempo, le llegó la erótica calidez de sus pechos y el tierno temblor que los agitaba al apoyar el pie sobre cada escalón. Era una



chica de veintidós años, de pelo y ojos negros, de rostro bonito y una consistente voluptuosidad en sus formas. En aquella casa ninguna de las doncellas duraba mucho más de dos años y la aceptación de ese tiempo máximo era una de las condiciones que se les imponía a todas cuantas solicitaban el trabajo. Estaba segura de que la otra condición ya la intuían antes de aceptar, de modo que ni siquiera era necesario comentarla. Por lo demás, se les pagaba un magnífico sueldo y no tenían excesivo trabajo: mantener cerrada, pero en orden, la casa cuando ellos estaban en Madrid; hacer el servicio doméstico; guardar rigurosamente las rancias fórmulas del tratamiento, y estar presentes las veinticuatro horas del día para cualquier necesidad cuando venían los fines de semana o las temporadas que nunca llegaban a suponer más de cien días al año. Pronto se agotaría el plazo y la muchacha había comenzado a manifestar algunos indicios de impaciencia: ya no se demoraba ante Octavio al servir el aperitivo y comenzaba a demostrar pereza en sus labores. Al irse a Madrid uno de los últimos domingos había puesto una moneda bajo su cama y al regresar el viernes siguiente la había encontrado en el mismo sitio, a pesar de haberle ordenado expresamente que hiciera una limpieza a fondo de su dormitorio. La imaginaba, cuando ellos estaban ausentes, deambulando por las habitaciones con toda la casa para ella sola, tumbándose en su cama con un ensueño de molicie y propiedad, probándose sus joyas y gastando unas gotas de su perfume, hurgando en todos los cajones y observando todos los objetos en busca de algún indicio que confirmara aquel rumor que corría en Breda afirmando que la mitad de las cosas de la casa eran usurpadas. Además, había comenzado a sonreír demasiado a los visitantes, sobre todo al detective alto, y desde niña había aprendido que cuanto más simpáticas eran sus doncellas con las visitas, menos valoraban a sus patronos. Pronto habría que comenzar a buscar.

La vejez le había dado sabiduría y tiempo para observar y sabía que el primero en mostrar indiferencia había sido el propio Octavio. Desde que había aparecido Gloria por la Reserva había comenzado su desdén hacia la chica y desde su muerte había manifestado un franco rechazo a cualquier presencia femenina. Ella no era su madre, pero al cabo de tantos años junto a él conocía sus gustos, sus miedos y sus deseos, sus debilidades. Por eso era ella quien mejor podía protegerlo. Por eso no se había negado a recibir a aquel detective de nombre tan extraño, Cupido, y le había abierto las puertas de su casa. Era mejor que lo interrogara en su presencia que sorprendiéndolo a solas en cualquier calle. De aquel hombre venía el peligro, no del teniente de la Guardia Civil, porque éste hablaba y preguntaba como les han enseñado a todos los agentes de la ley y contra ese frío lenguaje de juzgados Octavio sabía defenderse perfectamente. El peligro estaba en el detective, en su forma tan humana de hacer preguntas que nunca parecían llevar dentro un cepo, una amenaza.

Llegaron a la sala y la doncella la ayudó a sentarse en su sillón.

—¿Quiere que le traiga algo? —le preguntó con una solicitud que ya no mostraba en las últimas semanas, como si también la muchacha advirtiera la inquietud y el miedo que flotaba sobre la casa.

—Sí, ponme un vasito de oporto —ordenó.

La doncella se acercó a la credencia y sacó el tuiyó y la botella. Llenó un vaso y luego se retiró en silencio.

Sólo se inclinó para cogerlo cuando oyó que cerraba la puerta, porque no quería que advirtiera cómo le temblaba el pulso. Fue bebiendo despacio, sin despegarlo de los labios, dándose tiempo para humedecerlos con el vino dulce y aromático, a tragos breves y gustosos, como si fuera una medicina sumamente agradable. Lo devolvió a la mesa, vació, y se recostó hacia atrás en el sillón, mirando la luz de la tarde que al colarse por los visillos adquiría una tonalidad amarillenta. «Como el color de una mortaja», susurró. Escuchó los ruidos de la calle: los gritos lejanos de unos niños jugando, el murmullo de dos mujeres, posiblemente viejas, que pasaban conversando, de cuando en cuando el runruneo del motor de un automóvil. Sabía que llegaría el detective, pero no sabía cuánto tiempo tendría aún que esperarlo. Sintió picor en los ojos por tenerlos tanto rato fijos en la claridad de la ventana y cerró los párpados, con las manos ante ellos, protegiéndose de la luz. Comenzaba a olvidar cosas que habían ocurrido ese mismo día, pero recordaba con precisión detalles del pasado. Ahora, sin que supiera por qué, su memoria eligió para atormentarla la imagen de los ojos desorbitados de un ciervo colgado por el cuello como se cuelga a los perros rabiosos. Tampoco aquella crueldad había servido para nada, ni de amenaza ni de escándalo. Recordó el rostro de Gloria recorrido por dos expresiones simultáneas: de piedad hacia el animal y de rabia hacia los autores de su muerte. Todos se habían puesto de su lado. Hasta Octavio había comenzado a dudar de la eficacia de aquella estrategia, turbado por las protestas de Gloria y por la simpatía que suelen despertar los herbívoros, y sólo ella tuvo fuerzas para romper la decisión de la muchacha que quería descolgar al animal, como si aún pudiera devolverle la vida. ¡Todo había sido tan desagradable! Además, estaba aquel perro, un chucho de ojos hambrientos y huesos afilados al que nadie se atrevía a espantar, desconfiando de las reacciones de esos animales cuando se les aparta de la comida. Ella nunca había consentido tener animales de compañía dentro de su casa. Siempre le habían parecido una debilidad de mujeres histéricas y una fuente añadida de trabajo y de suciedad, de pulgas y de garrapatas. Creía que cada animal, como las personas, debía ganarse el sustento con su sudor o con la producción de alimentos. Despreciaba a esa gente que ama más a sus mascotas que a sus vecinos...

Se había quedado dormida, aunque no sabía durante cuánto tiempo. Al menos el suficiente para haber tenido un sueño en el que se veía a sí misma paralizada en el

sillón, con la cabeza pegada al respaldo, sin poder abrir los párpados. Pero se veía desde fuera, como si sus ojos se hubieran despegado del cuerpo para contemplarla desde lejos. Respiró profundamente y se preguntó si aquel tipo de visiones que últimamente la asaltaban no serían los primeros avisos de alguna enfermedad, acaso de la muerte. Le ocurrían cada vez con más frecuencia. Se quedaba dormida durante el día y luego, por la noche, le costaba mucho conciliar el sueño. Otras veces, en cambio, se dormía en cuanto se acostaba en la cama, pero se despertaba a las pocas horas, desconcertada, para pasar toda la noche en vela, sorprendida de que aún faltaran tantas horas hasta el amanecer, como si su dolorido cuerpo tuviera un excedente de descanso. Eso le había ocurrido aquel sábado en que mataron a Gloria. Estaban en Madrid y había oído a Octavio salir muy temprano, antes de lo habitual. Había mirado el reloj y eran las seis y media. Ella se había quedado en la cama, con los ojos abiertos, pensando que acaso tuviera trabajo atrasado en su despacho que debía resolver antes de ir al laboratorio donde aquella mañana iba a hacerse unos análisis médicos; o que tal vez tampoco él lograra dormir bien: el insomnio no es un flagelo exclusivo de los viejos. No le había dado importancia hasta que el lunes siguiente conoció que habían matado a una chica en la Reserva, a doscientos cincuenta kilómetros de Madrid. Entonces supo que vendrían a interrogarlos, porque nada de lo que ocurría en El Paternóster les era ajeno. Ella le había preguntado a qué hora había salido de casa y Octavio le había contado que a las ocho y media, como todos los días. Lo oyó mentir sin contradecirlo, porque estaba segura de que nunca se hubiera atrevido a matar a nadie. No sólo le faltaba maldad, también el valor suficiente. Además, al día siguiente le enseñó los resultados de los análisis, limpios de cualquier enfermedad, y ella se fijó en la hora de recogida de la muestra: las diez y media. Aquel dato confirmó su seguridad, porque no hubiera tenido tiempo de ir y volver de Breda, aunque le quedó la sombra de la mentira sobre aquellas dos horas matinales. Acreditó su horario ante el teniente de la Guardia Civil y ante el detective, para evitarle complicaciones si no tenía una coartada, aquella fea palabra, pero se dijo que no hubiera sido necesario mentirle a ella. Su inquietud había aumentado cuando supo quién era la víctima: Gloria, la hermosa muchacha que tanto lo había turbado en sus fugaces encuentros. Sin embargo, no quiso preguntarle más. Pasara lo que pasara, ella lo protegería contra el mundo. Era como su hijo y no estaba dispuesta a entregarlo a los lobos.

La luz había perdido intensidad en la ventana. Un moscardón se había colado dentro buscando el calor de la casa, pero no tardó en zumbar contra los cristales intentando huir de la creciente penumbra. «No tardará en llegar el invierno. Ya deberías estar muerto», susurró al verlo quedarse inmóvil y agotado en un rincón. Miró la hora en el ovalado reloj de oro que la había acompañado durante cuarenta años. Era demasiado tarde para que Octavio no hubiera llegado todavía. Pronto se

pondría el sol, y él sólo salía a tomar un café después de su siesta. Apenas conocía a gente en Breda y no había razones para tanto retraso. Apoyó los codos arrugados en los brazos del sillón y se irguió un poco intentando escuchar algún ruido en la casa. Tal vez había regresado mientras ella dormía y no había querido despertarla. Pero no se oía nada. Cogió la campanilla de la mesa y la agitó varias veces. La doncella apareció enseguida.

—¿Ha llegado el señor? —le preguntó. Todavía usaba las viejas fórmulas que había aprendido antes de que todo cambiara y no estaba dispuesta a sustituirlas por la vulgaridad de los tuteos.

—No, señora.

Temía aquella respuesta y se quedó en silencio, sin saber qué añadir. La muchacha esperaba junto a la puerta.

—Está bien, puedes retirarte. Que venga a verme en cuanto llegue.

El temor fue agrandándose en su cabeza al mismo tiempo que crecían las sombras en la sala. No quiso encender ninguna bombilla, como si en la oscuridad se afinara su capacidad para captar los pasos que se acercaban por la calle y el ruido de la puerta cuando se abriera. «Pobre hijo mío», murmuró. Hacía tanto tiempo que no lloraba que la sorprendieron las dos lágrimas que sintió correr por sus mejillas. Se las limpió rápidamente, porque Octavio podría llegar en cualquier momento y no quería que la viera así. O tal vez no llegara. Tal vez el único que apareciera por la puerta sería aquel odioso teniente de la Guardia Civil para comunicarle que lo habían detenido como sospechoso de las muertes. «No, eso es imposible», volvió a susurrar. El miércoles en que mataron a la segunda chica Octavio estuvo toda la tarde en Madrid. Sin embargo, aquellas dos horas... Le gustaría saber toda la verdad, pero no quería preguntárselo porque cualquier duda entre ellos dos sería peor que una acusación.

## Capítulo 23

La oscuridad había caído definitivamente, pero no iba a tomar nada hasta que él no llegara. Era una costumbre —la de comer juntos— que habían mantenido escrupulosamente, y no por esa especie de chantaje sentimental de muchas madres que esperan hambrientas o despiertas a sus hijos más noctámbulos o turbulentos, sino porque, en una relación que nunca podría ser la de madre e hijo verdaderos, compartir aquel momento le daba una cohesión necesaria a su concepto de familia. Orientándose con los retazos de luz que entraban de las farolas de la calle, se sirvió un nuevo oporto para mitigar el apetito. Todavía lo tenía en la mano, ya vacío, y la lengua saboreaba la untuosa dulzura del licor, cuando oyó la puerta que se abría. Por el modo de caminar en el zaguán, antes de subir las escaleras, supo que era él quien llegaba, y que venía solo. Volvió a limpiarse los ojos para que no advirtiera que había llorado. Oyó cómo avanzaba por el pasillo y abría la puerta de la sala. La luz estaba apagada y él, al no verla, se estaría preguntando dónde estaba.

—Octavio —lo llamó desde las sombras con el tono más dulce que sabía usar.

Él dio dos pasos para apretar el interruptor. La antigua lámpara de bronce y vírgulas de vidrio derramó la claridad de las seis bombillas sobre la cabeza gris de la anciana, deslumbrándola, pero pensó que era mejor así, porque la brusca contracción de sus pupilas podría justificar la humedad de sus párpados.

—¿Qué hacías con la luz apagada? —le preguntó, extrañado.

—Me quedé dormida.

Se agachó hacia ella para darle un breve beso en la mejilla y la observó con atención, como un médico examinaría a un paciente.

—No debes dormir durante el día —le reprochó amablemente—. Luego no puedes hacerlo por la noche.

—Lo sé. ¿Dónde has estado? —le preguntó. Al agacharse hacia ella le había llegado su aliento, el olor a whisky. Sin embargo, él nunca bebía. Sólo la acompañaba tomando por las tardes una copita de oporto.

—Por ahí, dando vueltas —respondió vagamente.

Doña Victoria no quiso insistir más. Volvió a mirar la oscuridad de la ventana. Ya eran muy largas aquellas noches de noviembre. Sintió necesidad de ir al cuarto de baño, porque llevaba demasiado tiempo sin moverse. Apoyó los codos en los brazos del sillón e hizo un esfuerzo para levantarse, pero vio, sorprendida, que por primera vez las piernas no la obedecían, como si se le hubieran quedado dormidas, aunque no sentía ningún cosquilleo. Quiso disimular, pero Octavio ya había advertido su debilidad y la ayudó a erguirse con gesto solícito. Doña Victoria pensó que nunca como en ese momento había necesitado tanto su compañía.

—No te apartes nunca de mí —le dijo, cediendo por primera vez a una debilidad

hasta entonces vetada a la última heredera de una de esas rancias familias provincianas que, sin ser de la nobleza, nunca han perdido su apellido, nunca han pedido dinero prestado, nunca han necesitado comprar carne y no han tenido otros obreros que los hijos de sus propios obreros.

La anciana salió de la habitación y Octavio se quedó solo, mirando todos los objetos que la decoraban, pensando que de ahora en adelante, cuando se había perdido definitivamente el litigio por la propiedad de las tierras, cuando ni siquiera existía la posibilidad de un pacto que equilibrara los intereses de vencedores y vencidos, ya no tenía sentido venir a Breda tan a menudo. Allí sólo les quedaba aquella casa y unos pequeños predios de los que Gabino se nutría. Tendría que dedicarse a trabajar más horas en Madrid como abogado. Casi agotadas durante los largos juicios todas sus reservas económicas, con la esperanza de un futuro resarcimiento, incluso tendrían dificultades para pagar a una doncella que mantuviera dispuesta la casa todo el año.

Doña Victoria regresaba hacia el sillón cuando oyeron los tres aldabonazos que alguien daba en la puerta de la calle. Los dos se miraron durante unos largos instantes, sin decir nada, pero temiendo la misma visita, escuchando los discretos pasos de la doncella, el ruido del cerrojo al abrirse, el murmullo lejano de una voz que ambos supieron a quién pertenecía.

—Es el señor Ricardo Cupido —confirmó la muchacha desde la puerta, esperando una respuesta.

—¿Quieres hablar con él? —preguntó al fin doña Victoria.

—Creo que no habrá otro remedio.

—Dígale que pase.

Doña Victoria fue a sentarse en el sillón que siempre había ocupado, como si el alto respaldo pudiera protegerla de la amenaza que intuía en aquella última visita del detective, porque ya no quedaban preguntas por hacer y su aparición sólo podía ser para traer respuesta a las incógnitas.

Vio cómo Octavio se acercaba y se colocaba tras ella. Sintió sus manos apoyadas en la tapicería, muy cerca de su cabeza, de su pelo fino y gris como el de una telaraña. Por vez primera no supo si aquella actitud era para protegerla a ella o si respondía al miedo de quien necesita esconderse.

Desde allí, desde el refugio del asiento, vieron cómo la doncella abría la puerta, se apartaba para cederle paso al detective y se retiraba de nuevo al comprobar que no la requerían para nada más.

Cupido los saludó con las mismas fórmulas que en las otras ocasiones, pero los dos notaron la ansiedad que vibraba en el tono de su voz.

—Octavio, por favor, coñac —pidió doña Victoria, haciendo un esfuerzo para simular que todo seguía igual, que nada temían, los mismos gestos de leve

incredulidad y de superioridad respecto a todo lo que desde el exterior intentara turbarlos.

El abogado sirvió dos copas y rellenó de oporto el pequeño vaso. Los tres bebieron un trago demorando el inicio de la conversación, como si ninguno de ellos supiera por dónde comenzar.

—¿Aún le quedan preguntas por hacernos? —dijo al fin doña Victoria.

—No —respondió el detective—. Ya no quedan preguntas. Hoy he venido a darle respuestas.

—Puede comenzar —ordenó, el tono de desafío y orgullo todavía en sus palabras.

—Falta un invitado por llegar —dijo Cupido.

La anciana y Octavio se miraron con gesto incrédulo e interrogativo.

—¿Qué quiere decir? —preguntó el abogado.

—He invitado a esta casa al último testigo necesario. Ya lo han visto en el camino y está a punto de llegar. Tiene una moto muy potente.

Cupido vio cómo Expósito miraba rápidamente hacia el teléfono, pero no dio un paso hacia él.

—¿Cómo se ha atrevido? —intervino con furia doña Victoria—. ¿Cómo ha podido atreverse a invadir una casa ajena?

El detective la miró resistiendo la ira de sus ojos, de los labios que temblaban como los de un perro viejo, de la respiración ruidosa y acelerada.

—Salga inmediatamente de esta casa —ordenó—. Nunca debí dejarle entrar. Desde el principio supe que era de usted de quien debíamos cuidarnos.

—Está bien —obedeció Cupido—. Esperaré por ahí cerca, en la calle. En cuanto salga comenzarán a preguntarse cuánto sé de todo esto, de qué tendrán que defenderse verdaderamente de ahora en adelante.

No había dado el primer paso cuando se oyeron dos discretos aldabonazos en la puerta, como si él sólo hubiera sido un heraldo del invitado principal. Era lo que había estado esperando y se quedó quieto, sabiendo que aquella llamada modificaba toda la situación anterior y obligaba a los anfitriones a reconsiderar la orden de despido. Los tres oyeron los pasos chinos de la doncella que se acercaba a la puerta y mantenía con alguien el susurro de unas frases.

—Preguntan por usted —dijo al regresar a la sala, dirigiéndose a Expósito—. No ha querido decirme su nombre.

El abogado hizo el gesto de salir hacia el pasillo, pero Cupido sacó del bolsillo de su chaqueta dos fotografías y las dejó caer sobre la pequeña mesa, junto a las copas de coñac y oporto.

Los ojos de Expósito y de doña Victoria se inclinaron sobre ellas. En una de las cartulinas aparecían Gloria y Marcos Anglada sentados frente a frente ante una mesa, con las manos enlazadas, sonriendo. En el hueco que quedaba entre sus cabezas se

veía la trama desenfocada y lejana de una orla. La otra fotografía, llena de grano, era la ampliación a gran escala de un detalle de la anterior: correspondía a uno de los rostros de la orla que había sido extraído del fondo de la emulsión como se extrae un fósil en una excavación arqueológica. Estaba cinco o seis años más joven —y más pálido y más delgado—, pero perfectamente reconocible. Bajo el rostro inseguro y lleno de tensión ante la cámara se podía leer su nombre, a pesar de una cierta indefinición en los contornos de las letras: Octavio Expósito Blanco.

Cupido esperó en silencio su reacción. El abogado miró a doña Victoria como si fuera a ella a quien tuviera que dar explicaciones.

—¿Qué quiere demostrar con esto? —preguntó, pero su voz ya no tenía ese aplomo que necesita un abogado defensor para convencer a un tribunal de la inocencia de su cliente.

—Nada todavía. Pero ahora no debería hacer esperar en la puerta a un compañero de promoción.

—Dígale que suba —ordenó doña Victoria a la doncella. La furia anterior estaba dejando paso a la confusión y al miedo. Había perdido su fortuna y las tierras de sus antepasados en un litigio interminable. Sólo le quedaba Octavio y comenzaba a sospechar que también podía perderlo a él. El detective comprendió que la anciana no conocía toda la verdad. Sabía que defendería a Expósito frente a cualquier amenaza externa, y que lo defendería mejor conociendo la naturaleza de la amenaza. Para protegerlo empeñaría todo lo que le quedaba, la casa y su contenido, y gastaría todas sus fuerzas antes de retirarse hacia el silencio como un viejo elefante.

En la puerta apareció la figura alta, atlética, de Anglada. No parecía asustado, sólo lleno de desconfianza por la presencia de Cupido y de doña Victoria. No era aquello lo que esperaba. Iba vestido con un pantalón de cuero negro, propio de los motoristas, y una camisa a cuadros, de manga larga, sobre la que llevaba un chaleco también de cuero. Aquella forma de vestir y el pelo revuelto y sudoroso al quitarse el casco que conservaba en las manos potenciaban su aspecto musculoso y aportaban a su figura un nuevo hálito agresivo.

—Él te envió el recado para que vinieras —explicó Octavio señalando al detective.

Anglada lo miró con furia y desprecio, como a alguien que con su torpeza revela un secreto celosamente guardado.

—No es necesario seguir ocultando —dijo Cupido—. Ustedes dos se conocían desde hace muchos años, desde que estudiaron juntos en la universidad.

Se agachó hacia la mesa y le mostró las dos fotografías.

—Si no hubiera sustituido la orla, tal vez no lo hubiera advertido. Pero aquel cambio no era algo propio de un brillante abogado orgulloso de su título.

—Nunca lo he ocultado —dijo abriendo las manos, empujando la sonrisa hacia



los labios—. Estudiamos juntos y nos conocíamos, no hay nada extraño. ¿Qué pretende demostrar con eso? ¿Adónde quiere llegar? —preguntó. Desde el momento de su llegada había asumido el peso de la conversación, como el actor principal de una tragedia al entrar en escena relega a un rincón al coro y a los personajes secundarios. Expósito parecía aceptarlo, pero doña Victoria observó con desconfianza su modo displicente de dejar el casco sobre la mesa, sin preguntar si estorbaba, su enérgica manera de caminar con las botas grandes y sucias de polvo en aquella casa donde todo era lento y silencioso.

—Todavía hay algo más —dijo Cupido.

—¿Encontró al fin el diario?

—Sí. Y allí estaba la mitad de la verdad.

—Después de muerta escribió el nombre de quien la había matado —se burló.

—No. Ni siquiera era necesario —replicó Cupido de forma apacible, ajeno al sarcasmo—. A Gloria la mataron dos abogados que estudiaron juntos, que vivían en Madrid, que conocían Breda y conocían su afición a caminar sola por las veredas de la Reserva y los itinerarios que seguía. Uno de ellos había sido su pareja hasta unos días antes de su muerte. Al otro posiblemente le hubiera gustado serlo. La mataron y luego, para desviar la investigación —y para seguir presionando sobre la posesión de las tierras de El Paternóster—, mataron a la otra chica. Así hacían pensar que todo era obra de un loco. Más tarde mataron a Molina porque sabía demasiado. Lo habían previsto todo meticulosamente. Por algo eran dos eficaces abogados y conocían todos los mecanismos de las leyes. Para buscarse unas coartadas perfectas se apoyaron uno en el otro. Nadie sabía que se conocían. ¿También se pasaban los apuntes cuando estudiaban en la facultad?

Expósito no contestó. Permanecía callado y a la expectativa. Anglada esbozó una gran sonrisa.

—Copiábamos en los exámenes —dijo, todavía lleno de provocación, todavía seguro de su invulnerabilidad.

—Se apoyaron uno en el otro —repitió Cupido— como los zarcillos ciegos de las enredaderas. Buscando un soporte, los dos brillantes abogados habían tocado entre sí, en el aire, y los dos se engañaron al creerse bien asentados en el otro. Pero ninguno de los dos tenía tronco y se están cayendo al suelo. Dos nada juntas es igual a otra nada.

—Un bonito discurso. Una fantasía sobre héroes y culpables —dijo Anglada—. Esto es la vida real, detective. Aquí sólo valen las pruebas y nadie va a reconocer nada —añadió mirando alrededor, a Expósito y a doña Victoria, los ojos brillantes y maduros por la rabia y la revelación del secreto—. Es cierto que nos conocíamos, ya lo ha demostrado con el ingenioso numerito de la orla, pero eso no demuestra ninguna de sus hipótesis.

—¿Qué pruebas tiene de esas acusaciones? —habló por primera vez doña Victoria. Su voz recuperó la vieja autoridad que no necesita gritar para imponerse.

Cupido se volvió hacia ella. Frente al mutismo de Expósito y al sarcasmo de Anglada, la anciana era la única interlocutora con la que sentía la obligación de seguir hablando. Tenía que contarle con claridad y detalle toda la verdad. Aquél era el momento final que le resultaba más desagradable en cualquier investigación. Nunca le había gustado la acusación directa y personal y, si hubiera podido, la habría evitado siempre. El desarrollo de la investigación en algunos casos le había parecido un ejercicio apasionante, pero era siempre en los desenlaces cuando se decía que odiaba su trabajo.

—Su ahijado mató a Gloria.

—Continúe —ordenó, irguiéndose en el sillón—. Pero si luego no puede demostrar todas sus acusaciones, lo demandaré por calumnias y haré que no vuelva a trabajar nunca más en ese sucio oficio.

—Su ahijado mató a Gloria —repitió—. Y no porque se encontrara de repente con ella en medio de la Reserva, sino de forma premeditada. Tenía perfectamente pensado lo que hacía. La mañana de aquel sábado salió de su casa en Madrid antes de lo que usted afirmó, tal vez porque estaba dormida y creyó lo que él le dijo o tal vez mintiendo. Los viejos duermen poco y se desvelan con cualquier ruido.

Esperó una réplica, una protesta de alguno de los tres, pero ninguno dijo nada.

—Esa hora y media o dos horas —continuó— era todo lo que necesitaba para montar una coartada inamovible. El resto del tiempo lo tenía bien ocupado: aparentemente estaba haciéndose unos análisis de sangre en un laboratorio y, luego, pagando unas compras con su tarjeta en El Corte Inglés. Todo era mentira. En realidad corría por la carretera en una potente moto, camino de la Reserva, hacia la única vereda por donde Gloria tenía que pasar para subir a las cuevas de las pinturas rupestres. Por casualidad, durante la huelga de transportes públicos en Madrid, supe un dato que Anglada había callado: que tenía una moto. A Camila, la otra dueña de la Galería, le extrañó que no la usara aquel día para evitar los atascos. Olvidé ese detalle entonces. Pero luego comprendí por qué lo ocultaba. Aquella mañana, mientras su ahijado esperaba escondido junto a la vereda, era Anglada, con sus gafas, sus ropas y su aspecto, quien pagaba las compras con su tarjeta y quien se hacía extraer sangre en un laboratorio. También, claro, antes había tenido tiempo para aparecer como abogado ante un juez, rodeado de testigos que lo conocían, por lo que no podía quedar ninguna duda de que se encontraba en Madrid a aquellas horas.

Cupido suspiró y por primera vez tomó un sorbo de la copa de coñac. Asociada al alcohol, la sangre le reclamó aún su dosis de nicotina, pero desoyó su demanda sin demasiado esfuerzo.

—No es necesario recordar la brutal forma del crimen. Sólo que hubo un pequeño

error y un imprevisto. El error fue dejarse arrebatar el pin que iba prendido en la ropa. Hacía pensar que el agresor tenía alguna vinculación personal con Gloria. El imprevisto fue el disparo de escopeta que sonó no muy lejos de donde la mataron.

Cupido y doña Victoria captaron la mirada que los dos abogados se dirigieron, movidos por el desconcierto.

—Si el error los obligaba a seguir matando para demostrar que todo era obra de un sádico y para presionar sobre el litigio, porque toda tierra donde se cometen varios crímenes así queda maldita y ningún aficionado al turismo rural se atrevería a pasear por ella, el imprevisto los obligó a matar a Molina. El guarda vagaba aquella mañana por la zona, pero no en labores de vigilancia. Era un tipo ambicioso, le gustaba demasiado el dinero y a ratos se dedicaba a su propio negocio. Cazaba algún ciervo, hacía disecar los trofeos y luego los vendía a buen precio. Hay algunos detalles que no sé, pero todo es tan grave que los detalles ahora no tienen importancia. Supongo que se verían uno al otro, los dos acabando de cometer un delito distinto, que se cruzarían inesperadamente en algún punto de la huida. El guarda no podía decir nada. Perdería algo más que el empleo. Era un silencio que los obligaba y les convenía a ambos. Y como la muerte de una chica es más grave que la muerte de un ciervo, se le compensaba económicamente por su silencio. Mientras tanto, Anglada me había contratado, para que nadie dudara de su afán por esclarecerlo todo, incluso de su deseo de venganza. Un oscuro detective provinciano que se perdería en los vericuetos de la capital cuando fuera a Madrid tras las huellas de un pin. Me despidió diez días más tarde, poco después de la muerte de la segunda chica. Ya no me necesitaba. Creyeron que todo estaba cerrado. Pero problema hay siempre. Molina debió de ponerse muy nervioso con el segundo crimen. Aquello no era lo previsto en la compra de su silencio. El detective y el teniente de la Guardia Civil comenzaban a seguirlo de cerca. Ahora su silencio valía más. De modo que también a él había que matarlo, aunque no con un cuchillo. Era un hombre fuerte. Muy poco antes me había dicho que sólo se ataca así a una mujer, que el suelo del bosque está lleno de palos y piedras con los que defenderse. Usaron una escopeta. Poco después le llegó al detective un nuevo indicio sobre el posible escondite del diario. Es un tipo provinciano al que le gusta terminar sus trabajos y con alguna frecuencia en sus investigaciones, al conocer los datos, le asalta una duda: cuánto ha averiguado él mismo y cuánto le han dejado conocer. Sospecha que al principio lo han dirigido tras unas pistas sin salida y que ahora, cuando ya no trabaja en el caso, comienza a ver la luz. El descubrimiento del diario lo iluminó todo.

Cupido se quedó en silencio. Estaba siendo un monólogo largo y se sentía cansado, las palabras le pesaban en la lengua. Pero continuó, dirigiéndose siempre a doña Victoria:

—Él —dijo señalando a Expósito— mató a Gloria. Anglada mató a la otra chica.

Como los dos tenían coartadas inamovibles para la mañana del primer crimen y se daba por cierto que sólo había un autor con una única forma de matar, habían quedado al margen de sospecha. A Anglada se le creyó cuando dijo que la tarde de la segunda muerte había estado solo en su casa, emborrachándose. Todo el mundo lo comprendería y nadie podría demostrar lo contrario. Respecto a Expósito, usted misma y su asistente en Madrid sabían que había estado allí todo el tiempo.

—¿Teníamos coartadas? Aún las tenemos —repuso Anglada, todavía sonriendo. Pero ya era esa sonrisa sin apoyo de quien no encuentra ninguna complicidad alrededor.

—No, ya no. Ustedes dos tienen el mismo grupo sanguíneo, una pequeña coincidencia a la que supieron sacarle todo el rendimiento. Pero se les escapó algo que no habían previsto. Los dos son buenos abogados, pero no son médicos.

Cupido vio cómo de nuevo ambos se ponían en tensión y escuchaban sus palabras con una creciente mezcla de ansiedad y de miedo.

—Esta mañana, aunque es domingo, el teniente pudo sacar una copia de los resultados de los análisis a nombre de Octavio Expósito, pero que en realidad se hizo usted —explicó dirigiéndose a Anglada—. El día anterior le había dicho a Gloria que no la acompañaba porque iba a un laboratorio a hacerse unas pruebas. Era algo rutinario que no podría comprometerlos, un simple análisis de anticuerpos, sin duda sabiendo de antemano que ninguno de los dos tenía nada. Basta una donación de sangre para comprobarlo. Sabían también que el laboratorio destruye las muestras de estas pruebas sencillas a las cuarenta y ocho horas, y aunque unos chicos encontraron el cadáver de Gloria demasiado pronto, ya no hubo posibilidad de investigar más sobre ellas. Sólo pidieron los datos que necesitarían para sustentar su coartada: el grupo sanguíneo, que siempre se indica, el recuento de hematíes y leucocitos y la ausencia de anticuerpos. Y, en efecto, la sangre analizada estaba limpia.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Expósito. La voz le temblaba y en sus ojos muy abiertos había aparecido un miedo que no cabía en los gruesos cristales de sus gafas y contagiaba todo su rostro.

—Que aquella sangre no salió de sus venas. Usted lleva en su sangre anticuerpos contra el virus herpes que ha tenido en el labio. Y sin embargo no aparecieron en los análisis.

El silencio cayó sobre la habitación como si estuviera desierta, como si hasta los vetustos muebles de madera hubieran detenido sus chasquidos de ajuste y el viento se parara en la ventana sin atreverse a agitar los visillos. Todo había terminado.

Cupido sacó de su chaqueta la fotocopia de un folio timbrado con el anagrama del laboratorio. Expósito no se movió de su sitio, no le era necesario comprobar de dónde procedía y a quién pertenecía, pero Anglada se acercó hasta el detective y se lo arrancó de las manos. Fue pasando sus ojos por las líneas escritas, descifrando las

palabras técnicas que derrumbaban todo lo que habían urdido, la meticulosa telaraña segregada por el odio y la codicia. El detective miró a Expósito, los labios limpios ya de la infección, pero temblorosos, la boca amarga, no por la escoria abandonada por el virus en su retirada a sus cuarteles de invierno —el ganglio donde dormirá y se fortalecerá, como esas terribles especies de hormigas omnívoras, hasta que un nuevo estímulo lo despierte y lo lance a la dolorosa depredación del labio—, sino por la angustia y la vergüenza y la derrota y el miedo.

Cupido se sintió pesimista y cansado, como siempre que resolvía un caso y comprendía al fin las pulsiones que habían empujado al delito, pero procuró no dejarse llevar por la compasión, porque ya conocía la habilidad de ciertos verdugos para presentarse como víctimas cuando cambiaba su suerte. Pensó que el mal actúa como el herpes en el interior del hombre. Del mismo modo que el virus duerme indestructible y acantonado en el interior del ganglio hasta que la llamada de la fiebre, de la ansiedad o del exceso lo envía al labio para herirlo con su dolor cáustico, así el mal duerme en el interior del alma para salir a la superficie en cuanto el odio o la desdicha lo despiertan. Los dos son inmunes a toda terapéutica y acompañan durante toda la vida al contaminado.

Anglada levantó los ojos del papel y miró a Expósito y a doña Victoria buscando su ayuda. Luego recorrió varias veces la habitación, como si rebotara en las paredes, y Cupido se preguntó si no estaba buscando un arma. Era el más fuerte de los tres y parecía ser el único que se negaba a aceptar la derrota. Mientras la anciana había quedado aturdida por la revelación y Expósito mantenía agachada la cabeza, con las manos en las sienes, Anglada parecía a punto de saltar hacia la puerta, como un lobo encerrado buscando una salida. El pantalón y el chaleco de cuero le daban aspecto de amenaza. El detective se preguntó por qué tardaba tanto en llegar el teniente, cuando habían acordado que aparecería diez minutos después del último invitado. A cambio de sus descubrimientos, le había arrancado esa concesión pensando en doña Victoria. Se sentía compasivo y obligado a esa mínima cortesía hacia ella, a ser él quien se lo contara todo sin lenguaje judicial ni presencia de uniformes ni de fotógrafos. Sabía que, después de matar, el homicida deja de pensar en la víctima, aparta el remordimiento y sólo piensa en sí mismo, en salvarse, en no ser descubierto y no caer en ninguna trampa. Temía que Anglada reaccionara con violencia si supiera que nadie más conocía toda la verdad. Pero aún lo sorprendió la voz dura de doña Victoria al preguntar:

—¿Cuánto vale su silencio?

Se había vuelto a erguir en el sillón, dispuesta a una nueva lucha para la que Expósito no tenía fuerzas, distorsionando la ley del tiempo que marca los atributos de dos generaciones cohabitando: que el joven viva lleno de fuerza y ambición y el viejo viva lleno de miedo. Cupido vio de nuevo los párpados abiertos, el cuello tenso, el

rostro refractario a aceptar la derrota, a perder lo más valioso de lo que le quedaba.

—¿Cuánto vale su silencio? —repitió.

—No —respondió. Le hubiera gustado añadir que sólo callaría por ella. Los dos abogados no le despertaban un soplo de piedad.

—¿Quién más lo sabe? —preguntó Anglada, dejando salir las palabras que desde hacía unos minutos debían de quemarle la garganta—. Entre los dos le daremos el dinero suficiente para que se retire para siempre. ¿Lo sabe alguien más?

Durante un segundo Cupido pensó en Molina. Debía de haber escuchado esas mismas frases y las había creído.

Un grito y un ruido sordo de algo que caía, muy cerca del pasillo, se anticiparon a su respuesta. Gallardo abrió la puerta con un movimiento brusco. Se quedó parado junto al quicio, sorprendido de la apacibilidad que reinaba en la habitación, como si hubiera esperado alguna escena de violencia. Tras él vieron a dos guardias que sujetaban por los brazos a Gabino, que alzó las manos esposadas hasta la nariz para limpiarse el hilo de sangre que le corría hasta la boca.

El teniente se dirigió directamente a Anglada, sin mirar al detective. Le dijo su nombre completo y mientras un número le ponía las esposas, le recitó con claridad la fórmula de detención, receloso de todo cuanto se refiriera a la parte formal de su trabajo. Anglada no bajó la mirada, como si incluso en aquellos momentos la humillación fuera algo que no podía aceptar, algo ajeno a su metabolismo.

Todos se volvieron hacia Expósito al oír el primer sollozo. Las lágrimas le humedecían los ojos bajo las gruesas lentes y una se deslizó hasta colgar de su barbilla de un modo casi ridículo. Se levantó de la silla donde había estado sentado con la cabeza entre las manos, las mismas manos que había utilizado para manejar un cuchillo, y caminó los pocos pasos que lo separaban de doña Victoria, indiferente a todos los demás —a Anglada y al teniente y al detective y al número que esperaba indeciso junto a él con las esposas abiertas—, excepto a la anciana que seguía inmóvil en el sillón. Se arrodilló ante ella y, estremecido por los sollozos, hundió la cabeza en su regazo. Cupido supo que las lágrimas de Expósito no la contagiarían, y que sus ojos seguirían secos. No la imaginaba llorando. Al contrario, la veía como esas personas a quienes enerva el llanto de los demás, ya que ellas mismas se han negado siempre ese consuelo. Doña Victoria le acarició el pelo sin permitir que ni sus ojos ni sus manos se contagiaran de debilidad, para demostrarle que todavía podía contar con su fortaleza. Luego le levantó el rostro y lo obligó a mirarla, para que no olvidara lo que iba a decirle y lo que aquellas palabras significaban:

—Tú eres mi hijo.

Expósito se fue quedando en calma, como alguien que ha recibido un sacramento de perdón. Se levantó y, dócilmente, dejó que el número pusiera las esposas en sus muñecas. Luego todos fueron saliendo, excepto Cupido y doña Victoria, sentada en el

sillón, intentando recobrar las fuerzas necesarias para todo lo que aún le esperaba, una batalla más dura, más larga y más dolorosa que la que había mantenido durante veinte años.

—Creo que lo odiaré durante toda mi vida —dijo al fin, sin mirarlo, sin mirar nada, los ojos perdidos en cualquier objeto de la sala.

—Le será más fácil la espera si lo hace —respondió el detective. Creía sinceramente en las palabras que decía, lleno de compasión hacia aquella frágil mujer dura, pensando que lo terrible y repugnante del crimen no es sólo el dolor de la víctima y de su familia; también el de todos los seres cercanos al criminal que a pesar de su inocencia quedan contaminados y marcados por el asesinato.

—¿Cuánto tiempo?

—Veinte o veinticinco años. Si todo va bien, en ocho o diez lo dejarán salir los fines de semana. Y un poco más tarde podrá dormir fuera.

—Iré a verlo todos los días del año. No tengo otra cosa que hacer con mi vida. Lo estaré esperando hasta entonces.

Cupido avanzó hacia la puerta, la cerró con suavidad y salió a la calle. Comenzó a caminar dejando atrás las viejas piedras de la casa, los viejos muebles, la vieja inquilina desolada.

## Capítulo 24

La tierra comenzó a resonar como un tambor. Las primeras gotas, gordas como canicas, le golpearon la espalda, los muslos y el casco donde retumbaban amplificadas. Había salido aquella tarde a montar en bicicleta, a pesar de que los meteorólogos anunciaban lluvias, porque pronto terminaría el otoño y el frío del invierno lo llenaría de pereza. Además, al cabo de cuatro años de sequía —la más terrible, la que no sólo afecta al fruto, sino también a la propia savia de los árboles— había dejado de creer que la presencia de nubes en la atmósfera era sinónimo de lluvias. Durante ese tiempo las había visto muchas veces deslizarse por el cielo y desaparecer sin soltar una sola gota, dejando al campo más sediento y decepcionado que antes de su llegada.

Pero al fin allí estaba el agua, empapándolo todo de arriba abajo, estallando en el asfalto y llenando de charcos la carretera hasta el punto de hacerla peligrosa para la estabilidad de las finas ruedas, más aún con esa resbaladiza capa de barro y aceite que se forma con las primeras lluvias. Se agachó un poco más sobre el manillar, redujo una marcha y se concentró en guardar el equilibrio. La tromba aumentaba su intensidad y al cabo de cinco minutos era imposible continuar. Vio una casa de campo cercana a la carretera, se dirigió hacia ella y se resguardó bajo su porche. Allí esperó media hora y el temporal no amainaba. Nubes compactas, gangrenosas, se apretaban los hombros y copaban el cielo. De su contacto con la tierra surgía un olor a soldadura o a hierro candente cuando se enfría de golpe.

A pesar del frío que comenzaba a sentir, con la camiseta y la culotte empapadas, se dijo que era un buen momento para la lluvia. Se estaban yendo las cigüeñas, los vencejos y las golondrinas, y ya habían llegado los nuncios del otoño: las aceitunas diminutas como excrementos de cabras, las castañas rojizas con los espinos afilados por la sed, las pequeñas setas cerradas como huevos y todos los frutos que sazona el frío. Ahora, con el agua, todo cambiaría. Volverían a hincharse de savia las venas de los árboles y las hojas lavadas y brillantes como si fueran de vidrio levantarían de nuevo la cabeza. Los campesinos sentirían al caminar el agradable peso del barro pegado a sus zapatos. Se moriría un millón de moscas.

Cansado de esperar, subió de nuevo a la bicicleta en cuanto la fuerza de la lluvia cedió un poco. Pedaleó despacio por la carretera encharcada, entumecido, pero llegó al garaje sin ningún percance. En las primeras casas de la ciudad había visto a la gente asomándose a las ventanas con una sonrisa en el rostro, como si estuvieran viendo un espectáculo maravilloso y olvidado. Algunas madres cogían en brazos a sus hijos pequeños y les extendían la mano al exterior para que notaran en las palmas la sensación desconocida del agua que caía desde las nubes.

Se dio un largo baño en agua muy caliente, estirando los músculos y echando de



menos a alguien que le frotara la espalda y el cuello contraído por la postura encogida sobre el manillar. Se secó con una toalla nueva y, caminando desnudo por la casa — una más de las costumbres de la soledad, como las comidas rápidas y tristes o la inmersión en el sueño a horas intempestivas de la tarde que luego le provocaba insomnio durante toda la noche—, llegó hasta el armario empotrado del pasillo donde guardaba los abrigos y la ropa de invierno. Eligió un suéter fino y, al ponérselo sobre la camisa, sintió el ligero olor a alcanfor y el agradable picor de la lana en el cuello y en los brazos con que se inaugura la llegada del frío. Se contempló vestido en el espejo del armario y a pesar del buen aspecto que le devolvió el cristal, bronceado y erguido por el ejercicio, como un tardío veraneante recién llegado de unas largas vacaciones, no pudo evitar de nuevo la sensación de vacío que siempre lo embargaba al cerrar un caso, la misma que había sentido durante todos sus años de estudiante al terminar en junio las clases y los últimos exámenes, el desconcierto de no saber qué hacer de pronto con tanto tiempo libre a pesar de tantos proyectos aparcados para ese día. Volvía a la soledad después de los días llenos de preguntas y palabras.

Al ponerse la chaqueta notó el bulto de algo oculto en el bolsillo interior. Introdujo la mano y sacó un paquete de tabaco rubio, casi lleno. Le extrañó el hallazgo, porque hacía poco más de una semana que había rebuscado todo su vestuario tras un cigarrillo olvidado. Sonrió satisfecho, aspiró profundamente el suave aroma de la nicotina y se llevó uno a la boca. Volvió a mirarse en el espejo, con el cigarrillo colgando entre los labios: el cristal reflejó una imagen antigua e incongruente. Arrojó el paquete a la basura y salió a la calle.

Llegó al Casino, protegido por un paraguas de la lluvia que no cesaba de caer. El Alkalino estaba hablando con dos hombres, pero al verlo se acercó enseguida a él, como si hubiera estado esperándolo.

—¡Qué forma más tonta de perder un millón! —le dijo—. Hoy tendré que invitar yo.

Llamó al camarero y, sin preguntarle a Cupido lo que quería, pidió dos copas de coñac, farfullando algo sobre la lluvia y el frío.

—¡Bonito oficio el tuyo! —añadió—. Se supone que te pagan por descubrir la verdad y precisamente por hacerlo dejan de pagarte. Deberías buscarte otro trabajo.

—Tendría menos posibilidades de hablar contigo —replicó riendo. Se sentía agradecido con él por la información sobre el furtivo que oyó el disparo y aquélla era la mejor forma de expresarlo. El Alkalino hubiera rechazado cualquier formulismo. Además, tenía razón en lo extraño de su oficio: a pesar del contrato escrito, no podía ir a la cárcel a exigirle a Anglada el pago del millón pactado por descubrir al autor de la muerte de Gloria.

—Hoy te toca hablar a ti. Hoy pago yo y hablas tú —propuso el Alkalino, demostrando otra vez la habilidad de su muñeca para vaciar las copas.

—¿Qué quieres saber?

—Todo. ¿Quién mató a la primera chica?

—Expósito. Anglada le guardó las espaldas con una coartada perfecta hasta que el diario de Gloria me reveló su único punto débil: ella le había pedido que vinieran juntos a Breda ese fin de semana y él se negó alegando que tenía que hacerse unos análisis. No le importó decírselo porque sabía que al día siguiente iba a morir. Pero fue Expósito quien luego declaró haber ido al laboratorio. Eligieron una clínica muy concurrida donde entra mucha gente cada día. Anglada se puso unas gafas gruesas como las de Expósito, quizá una peluca (lleva el pelo muy corto), se vistió como él y ocupó su lugar. En cualquier caso, alguien podría afirmar que no lo recordaba, pero nadie se atrevería a jurar en un juicio que no era Expósito. Tenían el mismo grupo sanguíneo. Tal como habían previsto, los análisis salieron limpios, pero ahí estuvo su segundo error: tenían que haberse detectado los anticuerpos de un virus herpes que Expósito lleva dentro. A la segunda muchacha la mató Anglada. Favor por favor. Todavía confiaba en que aquellas muertes evitaran la definitiva expropiación de las tierras. Nadie se atrevería a caminar por ellas. Ambos formaban una sociedad como la de los cocodrilos y esos pájaros que les limpian los dientes.

—¿La Doña sabía algo?

—No, pero quizá lo sospechara.

—¿Y a Molina?

—De nuevo fue Expósito, que tenía bien cubiertas las espaldas en las dos ocasiones anteriores. Usó una vieja escopeta que tenían en la casona.

—Pero ¿por qué lo mataron?

—Él fue quien hizo el disparo que oyó tu furtivo. Comerció ilegalmente con los trofeos de los ciervos. Aquella mañana se cruzó con Expósito, lo comprendió todo y exigió dinero a cambio de silencio. Se lo dieron, pero ya estaba condenado. A propósito, dale las gracias a tu furtivo. Fue una gran ayuda.

—Ya te lo dije —presumió. Hizo una pausa, pensando algo que no acababa de entender. Luego añadió: —¿Tan amigos eran los dos abogados?

—Una extraña forma de amistad, esa especie de mutua comprensión que tienen las personas que padecen la misma enfermedad. El teniente ya lo ha averiguado todo. Ha sido muy hábil al provocar las acusaciones cruzadas entre ellos, diciéndoles a cada uno que el otro lo acusaba de haber sido el inductor de las muertes. Al parecer, la primera frase salió de Expósito, algo así como «Me atrevería a matar por recuperar aquellas tierras». Una frase así, cuando cae en un terreno abonado por el rencor, germina fácilmente, comienza a activar un mecanismo que ya no será fácil detener. Si Expósito había dado el primer paso, sin saber bien el lugar adonde lo conducía, Anglada avanzó los dos siguientes y obligaba al otro a continuar su turno. Comenzaron a complementarse cuando estudiaban juntos.

—Como esos pájaros —repitió el Alkalino.

—Expósito lo ayudó en más de una ocasión a pasar los exámenes más complicados. A cambio, Anglada era uno de los pocos compañeros de clase que lo aceptaba. Eran tan distintos que se entendían al no tener nada por lo que competir. Si Anglada bebía, Expósito vomitaba como un perro; si Anglada conquistaba a las compañeras de pupitre, Expósito ni siquiera lo intentaba, con la seguridad de ser siempre rechazado; si Anglada podía presumir de haber viajado por varios países extranjeros, Expósito no conocía otro itinerario que el que va de Madrid a Breda. En fin, como las dos caras de una misma moneda.

—Sí, pero al final pura calderilla —sentenció.

Todavía quedaban preguntas por hacer y Cupido estaba dispuesto a aclarar todos los detalles que luego el Alkalino exhibiría como información privilegiada, desmontando las fantásticas versiones que los rumores crean en torno a cualquier crimen, cuando lo sorprendió su comentario:

—Comprendo las razones de Expósito para matar. Yo mismo te advertí que la solución la encontrarías por ese camino —presumió—. Pero no acabo de entender los motivos de Anglada.

Cupido bebió por primera vez un sorbo de coñac.

—Cada uno de nosotros tiene un punto débil en el que no permitimos la ofensa. Cuando no es el nuestro, siempre nos cuesta creer que otros maten por tan poco. Gloria lo había engañado en algunas ocasiones y él lo sabía. Pero se trataba de asuntos pasajeros, cuando su relación aún no era ni sólida ni seria. Pero recientemente, en un momento de debilidad, ella le contó otra historia que había mantenido durante dos o tres meses con un tipo raro y sucio, lo que, a sus ojos, hacía el engaño más humillante. Yo tampoco comprendo por qué en ese momento Anglada comenzó a reaccionar. Supongo que fue como un hombre que consigue que el huracán no le destruya la casa y cuando, tras el paso del ciclón, se cae un simple gozne de una puerta, el tipo se derrumba incapaz ya de levantarlo. Todo el sufrimiento del pasado se le hace de pronto contemporáneo, porque ha agotado sus últimas fuerzas para resistirlo. Ni podía dejar de amarla ni era capaz de soportar un nuevo engaño. En esa situación estaba, debatiéndose entre la indulgencia y el odio, pero quizá ya sabiendo que al final se impondría lo último, cuando se encontró un día con Expósito en uno de los juzgados de Madrid. Ya se habían visto en la Reserva y se habían saludado fugazmente, porque había ocurrido un pequeño incendio y con aquella confusión no tuvieron tiempo para más. Fueron a comer a un restaurante, a hablar de los tiempos pasados y de su trabajo actual. Expósito le contó las dificultades que tenían en su litigio por las tierras de El Paternóster —el mismo sitio adonde iba Gloria con frecuencia—, los temores de una sentencia definitiva de expropiación para reconvertirlas en un espacio turístico, su disposición a hacer

cualquier cosa para impedir la invasión de los senderistas, incluso sus pequeños sabotajes y amenazas. De aquella comida salió la primera idea de su asociación. Al encontrarse con Expósito, todo lo que había imaginado en sus peores pesadillas o en los momentos más lacerados por los celos comenzó a tomar un marchamo de posibilidad real, de ejecución. Luego se reunieron otras veces. Los dos eran abogados y sabrían hacer bien las cosas para que no hubiera peligro para ninguno. El plan fue creciendo rápido y verosímil. Si hasta entonces Anglada tenía dudas, poco después comenzó a anular los rincones de su cabeza donde no había hecho estragos el rencor.

—Todos tenemos más memoria para las ofensas que nos hacen que para los favores recibidos —dijo el Alkalino mirando a Cupido con ojos serios, pequeños, eficaces. Cogió la nueva copa que ya le había pedido con un gesto al camarero y con un movimiento circular de su muñeca hizo girar el líquido en su interior, aspirando su aroma.

—Era otra vez el viejo asunto del amor y el engaño, que vuelve con implacable frecuencia. No somos muy originales. Siempre los mismos sentimientos en nuevos corazones, la misma vieja seguridad de creer que se recorre un camino que nadie nunca ha recorrido antes.

—Como los sueños —dijo el Alkalino—. Creemos que es algo nuevo lo que nos está ocurriendo cada noche. Pero basta despertar para comprobar que son siempre las mismas pesadillas.

—Sí, siempre las mismas pesadillas.



EUGENIO FUENTES. Escritor español nacido en Montehermoso, Cáceres, en 1958. Se ha especializado en novela negra y policiaca, especialmente con la serie de narraciones protagonizadas por el detective Cupido.

Como narrador ha sido ampliamente galardonado con, entre otros, el Premio Cáceres de Novela Corta (por *Las batallas de Breda*, 1990), el Premio Internacional de Novela Ciudad de San Fernando (por *El nacimiento de Cupido*, 1993), Premio de Extremadura a la Creación “José Antonio Gabriel y Galán” (por *Tantas mentiras*, 1997), Premio Alba/Prensa Canaria (por *El interior del bosque*, 1999) o el Premio Extremadura a la Creación (por *Venas de nieve*, 2006),

También como articulista ha recibido el Premio del Consejo Asesor de RTVE en Extremadura, el Premio “Francisco Valdés”, el Premio Nacional de Periodismo “Julio Camba”, el Premio “Carmen de Burgos” y el Premio “Manuel Azaña”.

Sus novelas han sido publicadas en más de una docena de países, siendo considerado por la crítica como uno de los renovadores del género policiaco en Europa.